ANA TERESA TORRES

El corazón del otro

10 BIBLIOTECA ANA TERESA TORRES

Editorial Alfa

El corazón del otro

Ana Teresa Torres

Every life is inexplicable, I kept telling myself. No matter how many facts are told, no matter how many details are given, the essential thing resists telling… We imagine the real story inside the words, and to do this we substitute him because we understand ourselves. This is a deception. We exists for ourselves, perhaps, and at times we even have a glimmer of who we are, but in the end we can never be sure, and as our lives go on, we become more and more opaque to ourselves, more and more aware of our own incoherence. No one can cross the boundary into another -for the simple reason that no one can gain access to himself.

Paul Auster, *The locked room*

1

Desde el primer día comprendí que aquella mujer tenía un poder sobre mí, el poder de leer mis pensamientos. Esperaba el pedido en una de las mesas cercanas a la entrada, al lado de la puerta decorada con vidrios de colores que a través del neón reflejan de un modo teatral el rojo de las sillas plásticas. El Pretty China estaba casi vacío porque era muy temprano, quizá las seis y media o las siete, cuando la vi sentada en la barra. El mesonero, un chino con aire neopunketo que habla muy poco español, por no decir nada, me entregó la comida para llevar y Elvira Madigan se acercó a mí.

—Lamento mucho lo ocurrido.

Di las gracias y me levanté con mi paquete de pollo al jenjibre y sopa wanton.

—Yo conocí a Andrés y lamento que terminara así, no se lo merecía.

Le dije que de nuevo se lo agradecía y que nadie merece nada, si uno se pone a ver. No me sentía con ganas de establecer contacto con más personas.

Primero, creo tener bastante completa la lista de mis amistades y conocidos, y segundo, lo ocurrido era en ese momento, y lo sigue siendo, un cambio de tuerca en mi vida y en la de todos. Algo liviano y amable se había enterrado para siempre con él.

No insistió. Era más que obvia mi falta de sociabilidad, y regresó a la barra. Yo salí del Pretty China pensando que nunca la volvería a ver.

Al día siguiente mi hermana Verónica me preguntó si yo conocía a Elvira Madigan.

— No me suena -le dije.

— Fui a la farmacia a comprar las pastillas para dormir de mamá y me la encontré, se presentó como una amiga de Andrés.

— Es posible, ¿cómo vamos a saber los nombres de todas las personas que fueron amigas de Andrés?

— Es una mujer mayor, no parece como una amiga. ¿Sería una profesora?

Hizo una descripción que me hizo pensar en la mujer del Pretty China pero la descarté.

— No tiene importancia -le contesté a Verónica -. Supongo que cuando alguien muere empiezan a aparecer personas que lo conocían.

— Me preguntó si podía venir un día a visitarnos.

— Espero que le hayas dicho que no.

— Le dije que había unas misas y que no recibíamos visitas.

Las misas por el alma de Andrés terminaron y Elvira Madigan nunca apareció. La vida comenzó a recuperar la rutina, papá volvió a su oficina, mamá a la suya, Verónica al colegio, y yo a mi tesis de doctorado. La única novedad fue que compramos un perro. La idea había sido del psiquiatra que trataba a mamá. Dijo que necesitaba una presencia viva. Sin embargo estaba equivocado. Verónica y su novio escogieron un labrador, papá lo sacaba a pasear y a mí me encargaron las visitas al veterinario. Mamá no llegó a aprenderse su nombre y lo regalamos a los pocos días, no somos una familia a quien le gusten los animales. Antes de que nos desprendiéramos de él, lo llevé a vacunar. Es demasiado sorprendente lo ocurrido para creer en la casualidad.

Salía del veterinario forcejeando porque la inyección lo había dejado muy inquieto. No quería montarse en el automóvil y yo luchaba para que lo hiciera, molesta de verme sometida a aquella tontería por culpa de un psiquiatra banal.

De pronto una mano sostuvo la puerta que el perro empujaba con las patas.

La mano de Elvira Madigan.

— Qué fuerte es -dijo.

Metí al animal casi que a patadas y me la quedé viendo. La había reconocido pero no quise dárselo a entender. Era la mujer del Pretty China.

— Andrés adoraba los perros -comentó.

Me senté al volante y le di las gracias pero no respondí a su comentario.

Arranqué y maldije una vez más al psiquiatra.

Estaba preocupada. Se habían producido ya tres encuentros con una persona desconocida que espiaba nuestros pasos, evidentemente me había seguido al restaurante y al veterinario, y a Verónica a la farmacia. Pensé que de la misma manera podía buscarme en otros sitios, y si el asunto continuaba tendría que hablar con mis padres. Quizás era una mujer que pensaba reclamar algo, decir que Andrés le debía dinero o que había embarazado a su hija. Me recriminé a mí misma un pensamiento tan machista pero no estaba dispuesta a permitir que una intrusa viniese a complicar más nuestros estados de ánimo.

Era suficiente con lo ocurrido. Por otra parte, a Andrés nunca le gustaron mucho los perros. Aquel comentario me había sonado profundamente agresivo, como si quisiera decirme que conocía mejor que yo el mundo privado de mi hermano. Jamás pidió una mascota como hacen la mayoría de los niños, nunca tuvo un gesto que denotase amor por los animales y no recuerdo que en mi casa se hablara de tener uno hasta que aquel doctor lo había sugerido. Creo estar razonablemente segura de que Andrés no era un fanático de los

perros. ¿Por qué aquella mujer se sentía en el derecho de afirmarlo? ¿Para hacerme sentir que su relación con él había sido íntima, muy íntima, quizá? Andrés tenía veinte años, Elvira Madigan aparentaba unos cuarenta largos bien llevados. Amante o no, estaba resuelta a olvidar a Elvira Madigan y a que Elvira Madigan nos olvidase a nosotros. De modo que decidí que si se presentaba una próxima oportunidad no dejaría pasar las cosas.

Tuvo lugar de nuevo en el Pretty China. Fuimos a almorzar los cinco, mis padres, Verónica, su novio, y yo. Cuando estábamos terminando se acercó a nosotros. No sé si estaba desde antes o había llegado en ese momento, en todo caso no la había visto. Con gran naturalidad nos saludó a todos diciendo que había sido una gran amiga de Andrés. Mis padres la recibieron con mucha cordialidad. Supongo que les parecía recobrar algo de él. Verónica y su novio correspondieron amablemente y yo intenté simular lo mismo. Nos levantamos para irnos y ella volvió a su mesa. Fingí que había olvidado algo y volví a entrar.

— Usted nos está siguiendo. Por razones que ignoro y que tampoco quiero saber. Trate de no hacerlo más.

— Sólo quiero ayudar.

— Se lo agradecemos mucho pero la verdad es que no hay nada en que pueda ayudarnos. Andrés está muerto y eso es todo. No hay nada más que hacer.

— Sí lo hay y usted lo sabe. Usted no duerme pensando en las razones por las cuales un joven feliz pudo decidir terminar su vida a los veinte años.

Ese pensamiento no la deja en paz ni la dejará por el resto de sus días.

— ¿Es psiquiatra?

— Así es. La puedo ayudar a averiguar porqué Andrés hizo lo que hizo.

Esa verdad la calmará a usted y a todos.

En ese momento mi padre asomó la cabeza por la puerta y me indicó con su gesto que me estaban esperando.

— Volveré a entrar en contacto en un momento más apropiado - dijo.

Era cierto, absolutamente cierto el tormento que ella había descrito.

Todavía me despertaba con su cuerpo estampado contra el pavimento, la última imagen porque su rostro quedó tan desfigurado que la urna permaneció tapada durante el velorio. Todos lo sentíamos aunque no lo hablásemos.

Verónica y yo lo habíamos intentado entre nosotras sin llegar a nada. Con papá y mamá prefería evitarlo. Decidimos referirnos a su

muerte como “lo ocurrido, — y dentro de esa palabra estaba todo comprendido. Salí del Pretty China confundida. Algo en mí deseaba, a la vez que rechazaba, que Elvira Madigan reapareciera, pero pasaron varios días sin que lo hiciese y empecé a suponer que había olvidado su promesa. Decidí quitarme el luto y no seguir pensando en las razones de Andrés. Ignorarlas era parte del sufrimiento, saberlas no lo devolvería. Mi tesis avanzaba bien, mamá dio algunas señales de recuperación y volvió a la peluquería para hacerse el tinte y un nuevo corte, papá dejó de emborracharse todas las noches y Verónica tímidamente se atrevió a decir que quería invitar a unos amigos para celebrar su cumpleaños.

Estuvimos de acuerdo. Cumplía dieciocho y era una gran alegría para todos.

Quería decir que la familia seguía viva.

— Ella va a venir también -me confesó antes de que llegasen los invitado4s.

— ¿Quién es ella?

— Elvira, Elvira Madigan.

— ¿Qué tiene que ver esa mujer con tus amigos?-. Estaba furiosa con Verónica.

— Nos la encontramos en el automercado. Me preguntó qué hacíamos y le dije que estábamos comprando unas cosas para mi cumpleaños.

— ¿Y ella dijo que le gustaría venir?

— No, no dijo nada. A mí me lo pareció, pensé que a papá y mamá les alegraría conversar con ella.

— Francamente, Verónica…- no podía ocultar la rabia que sentía.

— ¿Qué tienes en contra de ella?

— ¿Qué tienes a favor de ella?

— Creo que a mamá y papá les gustó conocerla el día que la encontramos en el Pretty China. Por eso le dije que viniera, tampoco estoy segura de que venga, lo dije así, casual, si quieres pasa por allá. Lo más probable es que no lo haga.

— Lo más probable es que lo haga -contesté, y no me equivoqué.

Era domingo y la reunión terminó temprano. Los amigos de Verónica tuvieron mucho tacto en no darle al momento un carácter de fiesta sino de encuentro. Brindamos por Verónica, por su próxima graduación de bachillerato, conversamos de temas sin importancia. Los invitados estaban por irse cuando Elvira Madigan tocó el timbre y entró con un regalo para Verónica; yo me fui a mi cuarto y la dejé con mis padres. Al día siguiente los dos comentaron que se habían sentido muy acompañados por ella, era fácil ver que había tenido mucho cariño por Andrés y ese tipo de presencias era reconfortante, razón por la cual la habían invitado el domingo siguiente a almorzar. No

salía de mi asombro ante la habilidad de aquella mujer. Esa mañana anuncié que mi tutor de tesis era un loco furioso que me obligaba a reunirme con él los fines de semana y no estaría de regreso hasta la noche.

Cuando volví, pasadas las diez, mamá estaba en su cuarto leyendo. La noté más animada, no la había vuelto a ver con un libro en la mano. El libro era un regalo de Elvira Madigan, una novela que mamá juzgó "muy entretenida. — Me sentía francamente celosa. Nunca había logrado que mi madre leyese con entusiasmo ningún libro recomendado por mí y había decidido no hacerlo más. Vi el libro, *Malena de cinco mundos*, probablemente con un gesto despreciativo que mamá agarró al vuelo.

—No es el tipo de libro que tú lees, pero es muy entretenido. La autora fue psicoanalizada por Elvira; es una mujer muy inteligente, sabes, y lamento que no hayas estado para hablar con ella.

Me pareció entender que no había creído que estaba con mi tutor.

— Otra vez será.

— Opina que en un caso como el nuestro la familia necesita ayuda. Le dije que yo había estado en tratamiento y le pareció muy adecuado. ¿No te parece que te haría bien? Profesionalmente, quiero decir.

— No creo.

—A tu papá le gustó mucho conversar con ella. Pasamos el día muy serenos. Como si Andrés quisiera que la conociéramos, que la tratásemos.

Sentía la presencia de Andrés mientras ella estaba aquí.

He escuchado decir que las personas que tienen una pérdida tan brutal como la nuestra desarrollan a veces un pensamiento esotérico buscando un consuelo en el más allá. Me lo explicó alguien a quien le ocurrió una circunstancia similar, de modo que no quise discutirle nada a mi madre y le dije que estaba cansada y que me iba a dormir. Verdaderamente estaba agotada. Había pasado todo el día dando vueltas por la ciudad visitando exposiciones de arte que no me interesaban y paseando por nuevas urbanizaciones que no quería conocer. Finalmente me había refugiado en un *lounge* de moda donde coincidí con algunos amigos que no veía hacía tiempo y que tampoco tenía ganas de ver. Me acosté pero no podía dormir. El reloj me mortificaba enseñándome constantemente la hora y diciéndome cuán estropeada estaría al día siguiente cuando verdaderamente tenía una cita con mi tutor.

El viernes a mediodía estaba de nuevo en el Pretty China esperando la comida para llevar que me había encargado papá, y vi a Elvira Madigan retirando su paquete.

— Usted también es cliente de los chinos -dije.

— No me llames de usted, no soy tan anciana.

La llamaba de usted para marcar distancia, era una mujer que de pronto me pareció con menos edad que otras veces.

— ¿Siempre vienes aquí? -volví sobre el estúpido tema.

— Con frecuencia.

— Mis padres te han tomado mucha simpatía.

— Yo a ellos también, me duele mucho verlos así. Tú también estás muy dolida.

— Estoy devastada.

De pronto estaba confesando mi interior. No lo había hecho con nadie.

— Es devastador lo ocurrido -corroboró.

— ¿Y tú sabes por qué?

— No, no lo sé.

— Pero eso fue lo que dijiste. Que me ibas a decir por qué había ocurrido.

— Te dije que podría averiguarlo, no que lo supiera.

— Supongo que esto no es tema de investigación. Se tiró por la ventana una noche como cualquier otra.

— Siempre hay una razón para las cosas. Las personas no se suicidan casualmente, ni Andrés sufría trastornos mentales…

— Ni estaba borracho, ni estaba drogado. Ya esas hipótesis las hemos repasado mil veces.

— Si estás de acuerdo, podríamos ahondar más en las razones.

Entendí mal ese “acuerdo”.

— No dispongo de dinero para eso ni creo conveniente pedírselo a mis padres.

— Saltas muy rápido a las conclusiones. No he pedido ni tengo intenciones de pedir una tarifa profesional. Quiero decir si estás de acuerdo en profundizar en lo ocurrido. Es una circunstancia que deja tantas puertas abiertas a la imaginación. Tus padres están demasiado destruidos y Verónica es muy joven. ¿Tienes a alguien? ¿Una pareja?

Me sentí yo misma como objeto de la investigación.

— Pensé que el tema era Andrés, no yo.

— Tú eres parte de Andrés, ¿no?

Sí, yo era parte de Andrés. Yo había tenido con mi hermano una relación sexual y aquella mujer lo había descubierto. En sus ojos vi que lo sabía.

— Tuve un novio con el que pensaba casarme pero el asunto terminó y decidí dejar ese tipo de proyecto más o menos totalitario que es el matrimonio, la verdad es que tampoco he encontrado a nadie con ganas de proponérmelo.

— Lo que quería saber es si en tu vida hay alguna persona íntimamente relacionada, porque en ese caso tendríamos que incluirla.

— No, no la hay.

Estaba segura de que adivinaba mis mentiras. Conocía mi automóvil, me había seguido al Pretty China, al veterinario, y probablemente a un montón de sitios más; había seguido a mi hermana a la farmacia y al automercado, le regalaba libros a mi madre. Estaba demasiado adentro como para que ignorara mis relaciones.

— ¿Tengo derecho a alguna pregunta?

— Por supuesto -dijo Elvira Madigan.

— Si no es por dinero, ¿cuál es la razón que tienes para meterte en esto?

Nunca he sabido de un psiquiatra que trabaje sin cobrar.

—Me gusta encontrar la verdad. La verdad merece algún lugar en el mundo. La muerte de Andrés, así como está, queda incompleta. No estuve enamorada de él, por si acaso se te había ocurrido, y no me debía nada. Ni dejó embarazada a mi hija.

Me quedé mirándola sin decir nada.

Sabía todo lo que había pensado de ella.

— Te extraña, piensas que estoy loca. Lo comprendo. El mundo está tan dislocado que si alguien quiere llegar a la verdad es considerado loco. La cordura consiste en aceptar cualquier sinsentido.

— No pienso eso pero si me pidieras dinero a cambio me quedaría más tranquila.

— Haces bien en dudar de la filantropía. Ocurre que estoy trabajando en un estudio sobre el suicidio y es muy difícil conseguir familias que se presten a ello. La mayoría de las personas tiene muchos prejuicios al respecto. Necesito ampliar mi casuística, de lo contrario todo el trabajo estará perdido. En mi país les gustan las investigaciones con datos, estadísticas y esas cosas. Hay una beca en juego.

— Hablas muy buen español.

—He vivido en muchos países de América Latina y aquí llevo ya un montón de años. Pero estoy cansada, quiero volver a Canadá. Solicité una beca para este proyecto de investigación y poder vivir durante un cierto tiempo sin pacientes. Bueno, te estoy contando mi vida que probablemente no te interesa para nada.

Me dio su tarjeta y se despidió.

— Si decides algo, llámame. Te estaré esperando.

Así quedó sellado mi pacto con Elvira Madigan.

Dejó el paquete sobre la mesa de la cocina. No hay nada que deteste más que la comida china. Llamó a su gato y le ofreció el envase del arroz.

Cheshire II lo olisqueó y, apenas lo probó, se alejó y volvió a echarse en su sofá preferido. Pobrecito, ni siquiera a él le gusta. Sacó unas galletas de un frasco y el gato brincó y se las comió en segundos.

Si crees que voy a comprarte galletas inglesas por mucho tiempo más, estás equivocado. Se sentó y se sirvió una ginebra. Quedaban restos de comida en las ollas, vasos sucios y un olor a desorden que invadía todo el lugar. Hoy tampoco tengo ganas de limpiar. Se acostó en la cama y tomó en sus manos una pequeña fotografía que reposaba en la mesa de noche, la contempló sin emoción. Algo se ha endurecido dentro de mí, eso me protegerá para siempre.

Cerró los ojos. La voz de la contestadora le dijo que el paciente de las cuatro cancelaba la cita. Menos mal, no estoy para nadie. Sin embargo, le preocupaba. Constantemente cancelaba sus citas y era signo inequívoco de que abandonaría pronto el tratamiento. Elvira Madigan tenía muy pocos casos en marcha, de continuar en aquella penuria su presupuesto sufriría nuevos recortes. Los tiempos de la clientela rica se habían esfumado. Debo volver, no hay otra salida. Al menos contaré con seguridad médica y pensión de retiro.

Recordó el frío de Calgary, el asfixiante *family-room* de sus padres que cumplían setenta y ocho años, se imaginó la cara de sorpresa de su madre tras la ventana borrosa de nieve al verla llegar después de su exilio voluntario en un *fucking shit country*. Pero todavía no. No me iré de Caracas sin saber qué le ocurrió a Tom.

No se había atrevido a decirles la verdad. Les había ocultado su desaparición con la excusa de que el muchacho había decidido alargar su estadía para aprender español y se había residenciado en un pueblo sin líneas telefónicas —Esto es incomprensible, — chillaba su padre. Eso ocurre frecuentemente en el tercer mundo, mamá —A papi le va a dar un infarto, sabes que tiene obstruidas las coronarias, —gritaba su madre a punto de que el infarto le diera a ella. Es mayor de edad, había contestado Elvira intentando recordar el tono aséptico de su educación —Tienes que obligarlo a volver, va a perder su trabajo. —Mi hijo es mayor de edad. De aquella frase no la habían movido.

He conocido muchas personas, muchas familias. He vivido en dos culturas occidentales opuestas –la mía, *Wasp*, y la latina o hispánica como dicen los estadounidenses para referirse a todo lo que va desde el Río Grande hasta la Patagonia-y nunca he encontrado a dos seres mejores que Thomas Evans Madigan y Emily Roberts Madigan, mis padres. Thomas y Emily cumplieron sus obligaciones todos los días de su vida y yo fui testigo del profundo amor que desplegaron en sus modestas existencias. No eran personas divertidas, no tenían imaginación. Son de inteligencia mediana.

Pudiera decir que mediocre y no sobrepasaron la educación básica. Hicieron de su vida algo sagrado. Luchar por su familia. Llenar sus deberes. Ser generosos con sus prójimos. Amar y respetarse el uno al otro. Dar de sí todo lo que tenían. Ésa es la lección que aprendí de ellos. Trato de recordar alguna circunstancia que me permita el rencor

o el resentimiento y no la puedo encontrar. ¿Podría reclamarle a mi padre que fuera un hombre rutinario que salía y llegaba a casa siempre a la misma hora? ¿Podría quejarme de que mi madre tuviera la cena lista todos los días a las 5.15? ¿O que nos enseñara con absoluta rigurosidad a preparar el *plum pudding* en Navidad y se empeñara en que tejiéramos juntas los *quilt* que donaba todos los otoños a la organización de caridad a la que pertenecía? No he vuelto a preparar un *plum pudding* ni a tejer un *quilt* pero estoy segura de que si lo hiciera me quedarían perfectos. Es ante ellos ante quienes debo responder y me siento avergonzada. Pero al mismo tiempo orgullosa. He visto suficientes personas haciendo el mal, provocando la infelicidad de los otros, destruyendo las almas de quienes deberían proteger, para saber que fui una niña afortunada por haber nacido entre ellos. Quisiera ser niña otra vez sólo para verlos construir la felicidad del modo en que lo hicieron. No pude duplicar sus vidas; otros tiempos, quizás.

Pero algo es seguro. Todo lo que esté en mi mano para devolverles la paz lo haré.

Con o sin Tom volveré, pero no antes de saber la verdad. Elvira entendía que una desaparición prolongada era una muerte. Entonces, cuando regresara, enfrentaría la verdad y les diría a sus padres que Tom estaba muerto, o quizás ellos morían antes y no sería necesario. Con frecuencia tenía la fantasía de que sus padres morían sin que ella sufriese el dolor de decirles que en esas dos semanas de vacaciones que vino a pasar en Venezuela lo habían matado. Mientras no haya un cadáver, existe esperanza. No sería de parte de los cuerpos policiales de quienes podría obtenerla. Había dejado de intentar los procedimientos legales. Siempre era lo mismo, un policía con la camisa saliéndose de los pantalones y comiendo un sándwich le insinuaba que su hijo era probablemente un traficante de drogas y había huido a Colombia. Sólo el comisario Boris Salcedo le había hablado con respeto, un joven educado, un profesional. Le confió el número de su portátil como un trato excepcional —Si se presenta algo me llama, aunque, le repito, doctora Madigan, no debe hacerse muchas esperanzas. Me duele hablarle así pero los turistas son víctimas fáciles. — Yo vivo hace mucho tiempo en este país, había insistido Elvira, le expliqué las condiciones de inseguridad, él estaba al tanto y era, es, una persona sensata. Tom no hubiera tomado riesgos —En esta ciudad no es necesario tomar riesgos - había dicho Boris Salcedo-, la ciudad los toma por nosotros. —Era un hombre bondadoso, de vez en cuando le dejaba un mensaje en la contestadora, “seguimos sin noticias, doctora, hasta otro momento”.

Boris Salcedo, sin embargo, le había dado una pista y se había aferrado a ella —Investigue a los Saudi por su cuenta, si está en mis

manos yo la ayudaré, pero no le puedo asignar detectives a ese caso. El caso está cerrado".

—Pero, ¿cómo cerrado si no se sabe nada?

—Por eso, cerrado. No es el tipo de caso que podemos seguir".

—¿Cuáles casos puede usted seguir, comisario Salcedo?

—Otros, doctora Madigan, otros".

De niña había querido ser escritora de novelas de misterio pero la vida tomó otros caminos. El suicidio de su hermana mayor la empujó a inscribirse en la escuela de medicina para especializarse después en psiquiatría. El misterio de Emma nunca se aclaró y la vida en Calgary siguió igual sin ella —No todo se puede saber -dijo su madre-. Se quiso ir y eso es. — Otro misterio a los setenta y ocho años es intolerable. La hipótesis de que Tom se hubiese suicidado también se le había ocurrido al comisario Salcedo. ¿Cree que vino a Venezuela para hacer *windsurf* y, de pronto, decidió matarse? No, esa no era la pista que pensaba seguir. Miró el reloj, las cuatro cincuenta. Esperó el timbre de la puerta, era la hora de la joven médica, una paciente muy regular. A las cinco y uno se hizo presente. La hizo pasar y trató de concentrarse; generalmente sus relatos eran muy confusos y versaban sobre distintas escenas de humillación que le infligían sus jefes del hospital, mezclados con episodios de acoso sexual y los ataques de pánico que sufría su compañera de guardia. Hizo un supremo esfuerzo por ponerle cuidado.

Elvira Madigan había sido la mejor alumna de su promoción. Ninguno de sus colegas entendió su decisión de abandonar Toronto. Le habían ofrecido una cátedra en la universidad, su consultorio estaba lleno, tenía un apartamento propio, un marido y un hijo, y ella quería irse al tercer mundo detrás de un estúpido con quien no aguantó demasiado tiempo. Tom tenía nueve años y se negó a formar parte de la segunda aventura matrimonial de su mamá. Ya con una, la transcurrida con su padre, había sido suficiente. Pero de todos modos ella se fue. Elvira recordaba su imagen de psiquiatra perfecta, sus trabajos impecablemente presentados, el tono seguro de su voz hablándoles a los pacientes, la admiración de los colegas cuando intervenía en las reuniones clínicas, el orden y pulcritud de su conducta, la disposición exacta de su tiempo. La sensación de que su vida era una recta ascendente. Ahora apenas si lograba ponerle atención a la escasa clientela, sola, aislada, con pocos amigos, se había ido quedando por inercia. Cuando estaba recuperando la idea del regreso ocurrió aquella llamada de su hijo anunciando que un grupo de amigos pensaba ir a Venezuela para hacer *windsurf* en la isla de Margarita y él había decidido ir con ellos; no era un experto pero aprendería y sería la ocasión de visitarla. No se veían desde el último viaje de Elvira a Canadá, hacía ya más de tres años. Sentía vergüenza

de confesar que sus honorarios, traducidos a dólares, no le permitían el pasaje. Quizá Tom había adivinado. Y entonces la vida se le había roto, estúpidamente, sin ninguna razón. Estaba habituada a pensar que las personas rompían sus vidas por causas banales, pero su hijo había desaparecido por nada y ahora ella intentaba descubrir por sus propios medios la verdad. Era éste el final de la niña que quería escribir novelas de misterio.

La paciente se despidió cortésmente como siempre lo hacía

—Hasta el miércoles, doctora Madigan.

Elvira la acompañó a la puerta y le sonrió. Al menos un gesto amable, puesto que nada útil le había podido decir. Por fin era viernes y para celebrarlo se sirvió otra ginebra. Estoy harta de trabajar, supongo que en este momento debe haber más de un millón de personas en esta ciudad diciéndose lo mismo.

2

Victoria Verrazano, después de la muerte de su hijo, y cumplidos los cincuenta y cinco años, fugazmente había pensado jubilarse, pero la insistencia de sus socios, de su psiquiatra, de su marido y de sus dos hijas, la convenció de que sería un error. Los argumentos habían sido, en ese orden, que la necesitaban, que enfrentaría un vacío demasiado fuerte, que tendría demasiado tiempo libre para pensar y que era demasiado joven (o no suficientemente vieja) para dejar de producir dinero.

Victoria Verrazano de Saudi había decidido continuar trabajando por una razón que no aparecía en el listado anterior: no sabía hacer otra cosa. Ciertamente, era ama de casa, esposa y madre, pero su verdadera identidad era “profesional". Pertenecía a una generación educada en la certeza de que ser -llegar a ser-una profesional era la máxima meta de una mujer.

Sus padres, sus hermanos, sus tíos, sus abuelas, toda la familia había insistido en que Victoria desde niña había demostrado excelencia para los estudios, seriedad, responsabilidad y capacidad para la ejecución de logros. Fue, además, la primera persona de la familia Verrazano en posibilidad de acceder a la universidad. Eran los años setenta, el boom de la profesionalidad, y Victoria se graduó de abogada. Desde ese día no había dejado de trabajar, primero como empleada del Ministerio de Justicia, después como asesora jurídica de una trasnacional, y por último como socia *senior* de la firma Verrazano, Valverde y Plaza, junto a dos de sus más brillantes compañeros de promoción.

Cuando la posibilidad de jubilarse cruzó por su mente, Victoria la rechazó rápidamente. La vida le había quitado un hijo en una forma que le parecía arbitraria, no estaba dispuesta a que también le arrebatara su identidad, su mejor identidad.

Llegó a la oficina sobreponiéndose para enfrentar la secuela más odiada que le había dejado la muerte de Andrés: la compasión. La recepcionista, las secretarias, su asistente personal, sus socios, los abogados *junior*, el mensajero, la mujer de la limpieza, el contable y los clientes, todos la compadecían.

Victoria se había sentido tentada de escribirles un memo agradeciendo las amabilidades y muestras de afecto, y exhortándolos a que por favor dejaran de conmiserar su circunstancia. No lo hizo porque le pareció que no sería comprendida, todos concluirían en que era una mujer amargada, más amargada todavía por lo ocurrido, y la compadecerían aún más. Decidió aceptar mansamente la

condescendencia de las palabras, de los gestos, de las sonrisas.

Nunca su secretaria había sido más eficiente, nunca su asistente le había ofrecido más té, nunca la recepcionista había tenido la voz más agradable, y nunca sus dos socios habían requerido más su juicio, su opinión, su valioso comentario. Nunca sus clientes le habían expresado mayor apreciación de sus servicios, y Victoria pensó que estaba llegando el momento de actualizar las tarifas profesionales. Las subió de golpe, las dobló esperando que sus socios le hicieran alguna observación, que algún cliente se borrara, pero nada de eso ocurrió.

Definitivamente, pensó Victoria Verrazano, a la gente le gusta la desgracia y la conmiseración. Todo me es permitido porque saben que soy profundamente infeliz. El éxito puro no se perdona.

Andrés no sólo había sido su hijo preferido sino el único a quien de verdad había querido.

Susana fue una niña dentro de una vida entrecortada, una niña censurada, una niña por la que había sentido la más inmensa culpa, y, estaba dispuesta a admitir, poca ternura. Verónica, un nacimiento desprevenido, el margen de error de todo preservativo, puesto que una ligera hipertensión desaconsejaba el uso del anticonceptivo oral. Andrés sí. Andrés había sido el niño del amor, el que se espera, se desea, el que culmina la felicidad. Andrés resumía toda la belleza que sus hijas no tenían.

Verónica, una adolescente sensible, muy cariñosa, insignificante, poco agraciada; Susana, una mujer brillante, egoísta, algo cínica, de rostro hermoso pero con un crónico problema de sobrepeso que la acercaría en pocos años a la obesidad. Ambas con cierta tosquedad en las facciones, un tanto vulgares para decir la verdad.

Él, la nobleza de un perfil mediterráneo, la distinción de un cuerpo elástico y alargado, el absoluto encanto de un rostro perfecto y profundo que más de una vez le había hecho expresar a Mireya, su asistente: “su hijo, doctora, parece un modelo de Armani. — Poco interesada en los hombres, con más valor su comentario.

Andrés, el niño a quien le había entregado la más preciada posesión: su horario de trabajo. Por el que había dejado pasar incontables horas muertas esperándolo mientras entrenaba natación o jugaba béisbol, ya que todos los profesores de educación física coincidían en que tenía muchas condiciones para el deporte. En cuyo solo beneficio había realizado más de tres viajes a Orlando porque Andresito se moría por el *SeaWorld*. Por quien había atravesado la ciudad de parte a parte, dos veces al día, para que pudiera ser alumno del mejor colegio de acuerdo a las recomendaciones mil veces estudiadas. El adolescente que en más de una ocasión había hecho temblar nuevamente su matrimonio, siendo como era capaz de irritar a Alberto en forma intolerable. El joven que contra toda opinión había

decidido estudiar diseño, ocupación para mujeres y *gays*, según su padre, y que ella había defendido en su vocación a capa y espada, porque no cabía duda de su sensibilidad visual, demostrada desde la infancia y cumplida en las muchas horas perdidas llevándolo a clases de artes plásticas. El estudiante brillante del más sofisticado instituto de diseño de la ciudad, que próximo a terminar el curso le había pedido ayuda económica para montar una oficina con sus dos mejores amigos, un muchacho de pocos medios y una chica de aspecto marginal, a los que ni siquiera conocía pero debía creer, por los criterios de su hijo, que eran parte del futuro del diseño gráfico del país, y para esos fines ya había entrado en negociaciones con el dueño de un local vacío en el mismo edificio de su oficina. Para triunfar es necesario parecer que ya se ha triunfado, ése era su lema y le había dado buenos resultados.

Andrés, su mejor proyecto, su mejor deseo, su mejor consuelo frente al vacío acumulado de la vida en el inevitable recuento de todo aquello que había aceptado sin alegría, su mejor historia dentro de lo que consideraba el relato gris de una biografía de éxito, pero que, por alguna razón que se le escapaba, no era la que hubiese deseado protagonizar. Andrés, el anuncio de que la relación con Alberto continuaba, de que los años de humillación habían terminado, de que sería, a partir de ese embarazo y para siempre, la esposa digna que por un error había dejado de ser. Andrés, el niño dorado del que toda mujer desea ser la madre, ése que ha venido a engrandecer la aburrida, sacrificada, y en ocasiones, quizá más frecuentes de lo que se atrevía a confesar, conflictiva condición de maternidad. Andrés había decidido que todo eso era prescindible, que él desaparecía del cuadro y los dejaba a ellos solos en sus propias vidas. Se había cansado de ser el motivo de su felicidad, su orgullo, su satisfacción, y se había arrogado el derecho a ser recordado desde el odio. Porque ése había sido el tema de las sesiones con el psiquiatra.

Explicarle, él, que el odio era un sentimiento comprensible en su situación.

Explicarle, ella, que el odio era un sentimiento prohibido en su situación.

Pocas variantes había tenido su diálogo con el doctor Herrera; de lo comprensible a lo prohibido habían trasegado, navegado y vomitado hasta que Victoria se había cansado de un viaje predecible y terminó la asistencia a las sesiones.

—Si se me ocurre algo nuevo, lo volveré a llamar -le había dicho-; si me viene un sentimiento diferente.

Pero no había ocurrido así. Le agradeció el tiempo empleado, las recetas de tranquilizantes, la sugerencia de comprar un perro, y salió del consultorio con el aire decidido del que no espera nada más, con la

sólida decisión que sólo tiene quien ya apostó todo lo que podía jugar. ¿Por qué no sigues?, insistió Alberto. Porque no quiero, contestó ella.

Había elegido vivir con su odio. Experimentó que era posible tolerarlo unas horas al día, las que quedaran libres después de dormir, trabajar y compartir algunas distracciones con su marido. No eran muchas las sobrantes.

No era un odio similar al que había sufrido cuando el descubrimiento de su adulterio había desatado el repudio familiar, de parte y parte, porque su propia familia no se había quedado atrás en el desprecio. No, aquello había sido rabia, arrogancia, rebeldía, quizá soledad, pero no odio. No era un odio como el que le había provocado su fallido amante cuando le comunicó que el episodio había terminado. No, aquello era despecho, impotencia, ganas de vengarse.

Banalidades que pronto ella misma olvidó, hasta se alegró de que terminasen en plena gloria antes de llevarla al sentimiento de que su amante podía aburrirla tanto como su marido. Afortunadamente Julián se había ausentado en el clímax, dejándole la impresión de que todo entre ellos había sido altamente apasionado. No, no podía recordar en su escenario interior ningún momento comparable al odio que Andrés le había producido. Era el dolor convertido en odio y al revés. Era un odio absolutamente doloroso y un dolor de odiar hasta el placer de odiar. Una posición que le hacía comprender el deseo de matar. Ése había sido uno de sus sueños repetitivos, ella apuñaleando a Andrés, ella empujando a Andrés, ella atropellando a Andrés.

—Usted siente la impotencia de lo ocurrido y quisiera ser la que tiene el poder de matarlo a él, —había dicho el doctor Herrera con distintas variantes y matices. El poder de vengarse, el poder sobre su vida, *etc.*

—Usted prefiere sentir odio que dolor, — otra de las favoritas de Herrera.

Todas eran ciertas, todas las asumía. Y en algún momento un llanto surgido de todo su cuerpo, desde la propia sede en la cual se había originado la vida de Andrés, Victoria Verrazano había llorado hasta sentir que no podría hacerlo nunca más. Andrés se había llevado eso también, la capacidad de llanto que toda persona merece poseer. Andrés la había despojado, había tirado su cuerpo como un cascarón vacío. Recordaba que ésa había sido la vivencia del parto, que su cuerpo quedaba vacío porque su producto había sido entregado, *delivered*. La muerte había sido la exacción, el pillaje, el vaciamiento más absoluto que pudiera imaginarse. El cuerpo de Andrés sobre la acera, el parto más violento.

Pero lo más intolerable de todo cuanto había ocurrido, de todo cuanto había desvencijado sus vidas, de todo cuanto había extraído el escaso sentido que pudiesen tener, era la nada como respuesta. Ni la

mejor intención del doctor Herrera, de sus amigos, de sus hermanos, de Alberto y de sus hijas, había logrado calmar esa nada. Porque no había ninguna razón. Esperó con angustia, y también con cierta esperanza, que el informe forense arrojara alguna explicación. Nada hubo para ella en el primer análisis. Armada de su coraza de abogada pugnaz solicitó, a riesgo de demorar el sepelio, una repetición de la autopsia. Ni trazas de alcohol o drogas, ni HIV, ni ninguna enfermedad en proceso. Nada. Muerte por politraumatismos. Eso era todo y así sería hasta el final. Lo único que le quedaba era hallar una posible vía de comprensión; una, aunque breve, iluminación de lo que para los demás era un misterio y para ella la imposibilidad de volver siquiera por un instante a disfrutar del mínimo contento indispensable. La más necesaria sensación de sentirse, una tarde que otra, reconciliada con el hecho de vivir de nuevo como Victoria Verrazano de Saudi. De seguir siendo ese personaje que le había tocado en suerte.

Abrió las persianas de perfil vertical y miró hacia fuera. La vista que ofrecía su ventanal era el rostro de la ciudad que más le gustaba, los edificios de los noventa, la Caracas brillante de vidrios verdes y ladrillos rojos, el río de luz que señalaba la autopista desde su oficina. Sobre la mesa estaban los periódicos con las noticias subrayadas por el iluminador de su asistente. Hojeó desganada la prensa, pidió un té por el intercomunicador, puso en marcha la computadora, activó el servicio de correo electrónico y esperó la musiquita de que había nuevos mensajes en su bandeja; cuarenta y seis eran demasiados.

Volvió a la prensa y pasó las páginas leyendo con rapidez. De pronto un pequeño aviso la detuvo. Un recuadro insignificante fijó su atención. Estaba situado cerca de los obituarios y había tomado el hábito de leerlos. Quería saber quién más había muerto

—Para asunto que le interesa, le rogamos se ponga en contacto con la Embajada de Canadá. — Volvió a leerlo. Allí convocaban a una persona sin identificación de nombre, pero con una cédula de identidad que le resultó conocida. Abrió su archivo personal y buscó el documento de defunción de Andrés. Ésa era su cédula de identidad, estaba segura desde el primer momento. Se la sabía de memoria pero había necesitado comprobarlo. Ése era el número y no otro

—Póngame al teléfono la Embajada de Canadá, —dijo por el intercomunicador.

— *Canadian Embassy, my name is Tracy, may I help you?*

— Habla Victoria Saudi. Veo en la prensa que la embajada insertó un aviso solicitando a mi hijo, Andrés Saudi.

— *Hold on a second, please.*

Victoria creyó reconocer *Its a long way to Tipperary* en la música de espera.

— Soy Juliet Mitchel, la asistente de servicios consulares -dijo una voz en español.

Victoria repitió el motivo de su llamada.

— Un momento, por favor.

—Su hijo Andrés Saudi Verrazano, ¿no es cierto?…sí, en efecto, lo solicitamos por la prensa porque el número de teléfono que nos dejó es un portátil que ha sido descontinuado. Queremos informarle que la solicitud de su visa fue reconsiderada.

— No le entiendo bien.

— Su hijo solicitó una visa de inmigración a nuestro país y en primera instancia fue rechazada. Posteriormente se amplió el cupo y él calificó. Tuvo suerte. Por favor, dígale que pase lo antes posible por nuestras oficinas para retirar la documentación y cumplir los siguientes requisitos. Si no lo hace en los próximos treinta días la visa será cancelada.

— Se lo diré, muchas gracias.

— Gracias a usted y que tenga buen día.

Tomó el teléfono de nuevo para llamar a Alberto pero lo volvió a colocar en su lugar. Esto era demasiado. Andrés no dejaba de vengarse de ellos. ¿Vengarse de qué? Proyectaba emigrar y no había sido capaz de comunicarlo. Habló de nuevo por el intercomunicador.

— Mireya, ¿qué pasó con la carpeta del Banco Comercial? No la veo por ninguna parte.

Mireya entró disculpándose por la tardanza y dejó la carpeta sobre la mesa.

—¿Qué tengo para el almuerzo?

— Nada, doctora Saudi. Los de Inversiones Planfeca cancelaron la cita.

— Dígame una cosa, Mireya. ¿Usted ha pensado alguna vez en emigrar?

Mireya se sonrojó.

— ¿Y cómo así la doctora me pregunta eso? Ya yo emigré de Colombia para acá y me encuentro bien, mejor dicho, muy bien.

— Si usted decidiera emigrar otra vez, ¿se lo diría a sus padres?

— Pues claro que sí.

Mireya salió de la oficina pensando que lo que todos decían era verdad, la doctora Saudi estaba hoy más rara que nunca. Victoria se hundió en la carpeta del Banco Comercial, era un caso complicado y le llevaría el día entero encontrar alguna claridad.

Alberto Saudi entró en la sala y se sirvió un whisky. Dio una ojeada a unas revistas de golf y las volvió a abandonar sobre la mesa. El cardiólogo le había recomendado tomar menos y practicar algún deporte. Dos cosas imposibles dadas las circunstancias. Su hija Verónica le había regalado esas revistas para entusiasmarlo y había

prometido acompañarlo a jugar los sábados con su novio. Pero lo más lejano a sus planes era el golf. Los planes habían desaparecido de su vida. Se los había llevado Andrés con su estúpida decisión. Alberto Saudi, en soledad, se permitía pensar en la decisión de Andrés como un acto estúpido. Era un acto trágico, sí, pero también estúpido.

Nadie podría convencerlo de lo contrario, entre otras razones porque a nadie le diría sus pensamientos. Era bastante tarde, casi las ocho, y Victoria no había llegado. Victoria se embrutece de trabajo, pensó, pero, al fin y al cabo, tiene razón. ¿Qué otra cosa podemos hacer un viernes? Estaba cansado de ir a malos y caros restaurantes, de invitar o ser invitado por amigos que lo abrumaban con su afecto y le hacían sentir más palpablemente su fracaso. Que su hijo se hubiera suicidado a los veinte años era un fracaso. Podían hacerse todas las especulaciones del caso pero la verdad era incontestable. Un estúpido fracaso.

Sintió la llave de la puerta y esperó a su esposa. Victoria apareció con su misma mirada ausente y ojerosa de mujer sobreexcedida en sus actividades, con su misma expresión de perplejidad, de preguntarse qué hacían ellos dos allí, en medio de la cincuentena, después de haber hecho suficiente dinero como para ser socios de un club de golf al que no pensaban ir.

— Nos ha caído un caso impresionante -dijo Victoria-. ¿A qué no sabes quién ha pedido que le llevemos la asesoría? El Banco Comercial. Andan enredados en un asunto medio raro, con posibles investigaciones de la fiscalía y demás. Vamos a contratar dos abogados nuevos, es para largo y con un equipo dedicado al asunto.

—¡Qué bueno! -contestó Alberto.

— Eso sí, voy a tener que trabajar como loca. Valverde y Plaza no quieren ocuparse y me lo dan a mí sola.

— Hace tiempo que tengo la impresión de que Valverde y Plaza son tus chulos.

— No digas bobadas. Nos repartimos muy bien las cosas, sólo que en materia de financieros consideran que soy la mejor preparada.

— Pues me alegro por ti. Estar ocupada te hará bien, te ayuda mucho.

— Por supuesto, y a ti también. No me explico cómo vas a liquidar la compañía en un momento como éste.

— Estoy cansado de la misma vida.

— De la esquina de Ferrenquín a esto no ha sido lo mismo, me parece.

— Por eso, tenemos suficiente dinero.

— Ése no es el punto. No me hagas decir lo obvio.

Alberto Saudi sin título de ingeniero había levantado una importante empresa de construcción con sus cuñados. A lo largo de

todas las alianzas había demostrado dos cosas, que entendía el gusto de los caraqueños y que jugaba limpio. Comenzó muy joven, casi niño, en la tienda de su padre, el Bazar Saudi, vendiendo paños de cocina y cafeteras, estudió algo de administración, luego tres años de ingeniería, y fue asistente de una importante empresa constructora hasta que decidió arriesgarse solo, y lo había logrado. Le gustaba atravesar la ciudad con la impresión de que parte de ella era su obra.

Los edificios le saludaban a su paso y le confirmaban su presencia, su consistencia, su raíz. Había intentado convencer a Andrés de que estudiara ingeniería para que continuara el negocio familiar porque fue educado en la idea de que el negocio y la familia son una y la misma cosa. Pero Andrés quería estudiar diseño, algo que sin duda demostraba el comienzo de su estupidez. No quería ahora volver al recuerdo de aquellas discusiones y, por otra parte, cualquier padre puede estar en desacuerdo con la vocación de su hijo. El psiquiatra de Victoria les había asegurado que ese conflicto no era causa de suicidio, sobre todo porque finalmente el muchacho obtuvo la aprobación de todos. ¿Si en el instituto de diseño se consumían drogas?

—Probablemente - había dicho el psiquiatra.- Las hay en todas partes. — Al menos su hija mayor siguió su consejo: estudia ingeniería, es una carrera que nunca falla.

—¿Quieres salir a alguna parte? -le preguntó a Victoria. Era una obligada pregunta de viernes por la noche.

— No, para nada. Estoy agotada y además quería hablar contigo. No sé si estarás de humor para volver un poco sobre lo ocurrido.

— Dime lo que quieras.

—Averigüé algo sorprendente, pensé no decírtelo para no mortificarnos más el uno al otro, pero no puedo con esto sola. Andrés había solicitado una visa de inmigración al Canadá.

Alberto Saudi se sirvió otro whisky.

—¿Cómo puede ser una cosa tan absurda? Algo que jamás mencionó…

— Es un hecho.

Mientras su mujer le relataba los pormenores de su conversación con la embajada, pensaba en otra cosa. Pensaba en cómo puede una persona vivir con otra su vida entera y no saber nada de ella.

— ¿Será que estaba metido en un lío de drogas y no nos lo quiso decir? - cavilaba Victoria-. Es lo que se me ocurre pensar o que estaba enamorado de alguien o…

— O que nos odiaba, por ejemplo, que me odiaba. Que parte de su odio era un buen día irse al carajo y escribirnos una postal desde Canadá.

— No hables así. Me hace daño.

— ¿Daño? ¿Yo te hago daño?

Recordó una recomendación en la que les había insistido mucho el psiquiatra. Ante este tipo de duelos era necesario ser muy cuidadoso con los vaivenes de la culpa, las parejas que perdían un hijo tenían tendencia a recriminar al otro y era frecuente que después se produjeran separaciones. Por el contrario, permanecer unidos era lo que más podía ayudarlos a superar el dolor.

— No quise decir eso -contestó ella-sino que no quiero pensar en que Andrés nos odiaba. Sería lo más injusto del mundo. Fue nuestro hijo adorado.

Comenzó a llorar y Alberto le acarició la nuca.

— Por supuesto que lo fue. Fue el hijo de la reconciliación, fue el más querido.

— Tampoco debes decir eso.

— Pero los dos lo sabemos. Lamento tanto que hayas encontrado ese anuncio y que esa estúpida embajada te lo haya corroborado. Son demasiado eficientes, poner un aviso en el periódico porque no encuentran al beneficiario de una visa.

— No quería quedarme con ese secreto.

Alberto miró el reloj.

— Es la hora de ese programa de la televisión española que te gusta -le dijo.

Los lunes, miércoles y viernes doy clase de Estructura de Polímeros II en la Escuela de Ingeniería. Los martes y jueves me quedo en casa trabajando en la tesis de doctorado. Generalmente estoy sola hasta las cuatro, hora en que regresa Verónica. Papá y mamá suelen llegar bastante tarde. Ahora, mis padres, enfrascados en la crónica rosa de la televisión española, me resultan extraños. No los reconozco en esa pareja cincuentona que se viste con monos de trotar para quedarse en casa los fines de semana. Mamá, de anteojos y papeles, trayéndose carpetas de la oficina para llenar el hueco de estas cuarenta y ocho imposibles horas; papá, como un corderito, arrastrado por Verónica a iniciar una afición deportiva que lejos de consolarlo lo hunde aún más.

Terminaron los tiempos en que mamá hacía listas de la “gente a la que debemos invitar este mes", nunca para demasiado agrado de mi padre pero, al fin y al cabo, parte de una vida plena y enrumbada al éxito.

Por otra parte, me siento muy invadida. El ritmo de antes los sacaba del apartamento por muchas horas durante los fines de semana y tenía la sensación de vivir sola. Mis planes de mudanza han quedado obviamente detenidos. No sería oportuno plantear ahora lo que venía pensando poco antes de lo ocurrido y he suspendido las visitas de posibles apartamentos a donde mudarme. Papá, un poco a regañadientes, porque siempre ha sido tacaño, accedió a un préstamo,

habida cuenta de que mamá estaba en trámites para comprarle a Andrés una oficina. Supongo que debo esperar unos meses, quizás hasta fin de año, para volver sobre el asunto.

Terminó de vestirse y pasó por el estudio para decirles adiós, bajó al estacionamiento, se subió al Toyota Camry y salió a la calle. Ese momento seguía siendo difícil, pasar frente a la acera en la que había caído el cuerpo.

Con frecuencia, por no decir casi siempre, se le presentaba la imagen. Siguió hacia una avenida principal y entró en un embotellamiento. Avanzaba muy lentamente y para distraerse miró por el retrovisor. Observó que por un buen rato el automóvil de atrás la seguía, no tenía dudas porque había notado que era el mismo modelo y color que el suyo. Estaba segura. El rostro del conductor, un hombre con barba y anteojos oscuros, parecía sacado de alguna película de acoso policial. Un ser de malas intenciones, un asesino. Se sobrecogió. Su asesino era nada menos que Elena, una compañera de la facultad. Volvió a mirar, esta vez insistentemente. No cabía duda, era Elena Fermín, quien, a su vez, la había reconocido y le tocaba la bocina en señal de saludo. Elena usaba unos lentes de montura grande, era una mujer muy femenina que difícilmente podía parecer un hombre con barba, y, desde luego, no era una asesina. ¿Por qué había tenido una percepción tan deformada que se le había presentado esa confusión? Pensó en Elvira Madigan. ¿Podría ella explicárselo? A veces le ocurría ese tipo de confusiones. Varias veces en el Pretty China había tenido la certeza de que el mesonero la amenazaba con un cuchillo.

El tráfico se alivió al sortear un semáforo fuera de funcionamiento, en el cruce Elena tomó por otra ruta. Le contaré el lunes lo que me pasó, le parecerá divertido. Y luego rectificó. No, quizás a Elena no le hará gracia. A nadie le gusta que lo confundan con un asesino. Encontró la vía más expedita a medida que se acercaba a su destino y se detuvo en una pequeña calle ciega frente a una casa bastante vieja, probablemente una de las pocas que quedaban como testimonio de la década en la que había sido construida. Una casa que recordaba tiempos mejores, y que aun así ofrecía un aspecto agradable, el muro recién pintado, las enredaderas cuidadas, un estrecho garaje alineado por algunas macetas con helechos. Una casa que sugería tranquilidad, habitantes serenos, personas que cultivaban la vida interior. Tocó el timbre y levantó la cancela del jardín que estaba abierta, gente que no temía la violencia urbana.

Mientras esperaba que abriese la puerta, escuchó la música que venía desde el saloncito, a la derecha de la entrada principal, pasado el mínimo distribuidor.

Conocía bien la casa, a su dueño y la música que le gustaba. Un

hombre empeñado en Brahms.

Julián abrió y me hizo entrar. Nos besamos como de costumbre, y ya me tenía enfriado un vino. Busqué el sofá en que siempre me siento y dejé que él se sentara a mi lado. Me excita la manera en que me acaricia la pierna por el lado interior. Terminamos la botella y pasamos a la habitación. Me gusta como lo hacemos, sin adornos, sin efluvios, sin excusas. Con la certeza de quien sabe a dónde va, qué encontrará y cuáles serán los resultados. De todos mis amantes él es, sin dudarlo, el más efectivo. Me gusta también quedarnos conversando en la cama después. Podemos pasar por temas intrascendentes, más serios, más cultivados, más divertidos, sin la necesidad de marcar que cambiamos de registro. Y, sobre todo, después me iré sin remordimientos, sin nostalgias, sin presentimientos. Es fantástico hacer el amor con alguien a quien no se ama. Es una paradoja. En realidad la frase "hacer el amor" es un problema de traducción que hemos adoptado en castellano porque "tener relaciones sexuales" es como demasiado médico, casi demográfico

—Tirar, —es vulgar

—Tener sexo, — una pésima versión de *to have sex*. No hay en nuestro idioma una buena manera de llamar a eso que es el encuentro sexual

—Voy a tener un encuentro sexual, —más ridículo aún. Si no hay la manera de decirlo, salvo rodeándolo por los eufemismos, "estar juntos, — "acostarse, — es que el concepto no existe del todo.

Le comuniqué esta parte de mis reflexiones y estuvo de acuerdo.

—Lo mejor sigue siendo "hacer el amor, — aunque ese "hacer" tiene el regusto de lo fabril, lo que se produce, casi se manufactura, muy propio de los anglosajones. Y "amarse, —la vibración francesa de que aquello es tremendo - comentó él.

Por eso nos entendemos bien. Julián puede seguirme en esos hilos que no llevan a ninguna parte. Le conté lo que me había ocurrido con Elena y le pareció divertido.

— Eso prueba la precariedad de la identidad.

Eran casi las dos de la mañana y decidí quedarme a dormir. Ajusté el despertador muy temprano de forma de llegar a casa antes de que los demás se despertaran, y él volvió a la carga.

— Necesitas tu independencia, tienes treinta y dos años. ¿Hasta cuándo vas a vivir con papá y mamá?

— Hasta que sea necesario -contesté. No me gusta que me digan lo que debo hacer.

Cuando Susana salió Julián Sorel recogió las copas de la noche anterior, alisó las sábanas y el edredón y puso en marcha la cafetera con la precisión del hombre que sabe vivir solo, que desea vivir solo. Entró en la ducha dispuesto a su jornada diaria que consistía en

revisar informes económicos con los cuales producía una versión abreviada para venderla a organizaciones financieras. Se vistió con una bata de baño y llevó el termo de café a su estudio. Si bien su vida no le gustaba del todo, Julián se gustaba enormemente a sí mismo. Le gustaba, por ejemplo, la correa de cuero de su reloj de estilo casual, la fragancia de su agua de colonia que desprendía, mezclado con su cuerpo, un olor muy viril; el tipo un poco pasado de moda de sus camisas; el color que su pelo había tomado al encanecer, brillantemente blanco; su casa algo deteriorada pero evidentemente refinada, y las visitas ocasionales de Susana. Le gustaba Susana por varias razones cuyo orden de importancia no podía precisar. La primera, quizá, la de ser hija de una antigua amante, lo que sin duda lo rejuvenecía, y la segunda, derivada de la primera y parte de la misma circunstancia, que Susana le hubiese exigido absoluta privacidad a sus encuentros, lo que contribuía a una cierta aventura sin riesgos pero con el sabor de ser partícipe de una relación extremadamente única. La tercera razón rozaba la condición de que Susana era magnífica en la cama, siempre fácilmente satisfacible. Si algo temía Julián era el inicio de una relación y la aprehensión subsiguiente de que la mujer elegida pusiera trabas o encontrara obstáculos en el ejercicio amatorio. Ese tipo de situación le parecía tan desdichado como un chiste que requiere explicación.

Se habían encontrado sin que ninguno de los dos supiera cuán vinculadas habían estado sus vidas. Después de algunas breves oportunidades compartidas, y considerando que ya tenían suficiente intimidad, él le había preguntado si por casualidad no era pariente de Victoria Verrazano, divorciada de un tal Saudi. En ese primer momento ella había mentido con la excusa de que Saudi era un apellido libanés muy corriente, y allí habían quedado las cosas hasta una ocasión memorable en que Susana en el alcance del placer, subida sobre él, su posición favorita, había gritado: “soy su hija”.

Desconcertado Julián casi perdía el endurecimiento, se apuró en terminar un acto tan desusado como teatral. Por el contrario ella tembló más que nunca y cedió besándolo a dentelladas. En los epílogos de aquella noche el sorprendido amante supo que aquel antiguo episodio con Victoria Verrazano no había culminado en divorcio, como parecía entonces ser el final esperable, sino en una prolongada separación tanto de la pareja como de la madre y la niña, ahora la mujer que a su lado zapeaba la televisión.

Sin ínfulas de freudiano no dejaba de todos modos de parecerle una saga familiar inusitada e incluso pensó en la posibilidad de concluirla pareciéndole que un resto de pudor quedaba en su alma, pero la protagonista se negó absolutamente argumentando que ese pasado había desaparecido por completo y que veía como una

ingenuidad despachar un buen encuentro por una suerte de remordimiento que a nadie importaba ya. Así se convirtió en un amante perenne que podía jugar en su imaginación a que madre e hija alternaban los días o a que los días no habían pasado, y que él seguía siendo aquel joven profundamente enamorado y, a la vez, profundamente cobarde, incapaz de tomar la decisión de separarse de la que entonces era su esposa, prolongando así el momento de una ruptura que de todas maneras sucedió poco después. Experimentó alguna vez la curiosidad o nostalgia, o mal gusto, de pedirle a Susana una foto reciente de su madre, quizá para comprobar su previsible pérdida de atractivo o para pesquisar rasgos de similitud entre una y otra, pero no fue complacido en su solicitud, y temiendo ambos que la rememoración de Victoria Verrazano pusiera en juego la relación, llegaron al tácito acuerdo de no volverla a mencionar. Le hubiese gustado, quizá, comentar con algún amigo tan insólita circunstancia pero nunca cedió a ese deseo vulgar y los dos se comportaron como si aquella lejana tercera no hubiese estado nunca presente.

Ante la prohibición de telefonearla a la universidad, y menos a su casa, el único modo de comunicarse con Susana era a través del buzón de mensajes de su portátil, a lo que ella contestaba en forma imprevisible. Podía ser al poco tiempo, casi inmediatamente, o varios días después. Era ella la que decidía cuándo tendrían lugar las citas. Generalmente con un día de anticipación, o a veces en la misma mañana, dejaba en su contestadora un breve comentario acerca de la hora en la que se haría presente. Nunca preguntaba si era conveniente, lo daba por descontado, y si por casualidad Julián tuviese una invitada alterna, ésta era inmediatamente desconvocada. Susana tenía absoluta prioridad. En más de una ocasión la visitante había tenido que salir apresuradamente ante una llamada inminente que Julián traducía como proveniente de su hija, de la cual era el único responsable.

La clandestinidad de sus citas, siempre en la intimidad de su casa, como si se tratara del más escondido adulterio, le recordaban los apuros secretos con Victoria y le proporcionaba una suerte de excitación previa unida a un sentimiento de posesión provocado por la voz imperiosa de Susana en una simple frase, “estaré a las siete. — Julián esperaba constantemente que se produjera esa llamada; desde su estudio escuchaba la voz de la contestadora y con frecuencia la repetía una y otra vez para recibir de nuevo la orden

—Estaré a las siete” era mucho más que un simple anuncio. Se había preguntado muchas veces en qué consistía el dominio que Susana ejercía sobre él. No era la mujer más atractiva posible, y para él, en su condición de hombre solo, financieramente solvente, seducción conservada y muchas horas de disponibilidad, las ocasiones

eróticas eran más que fáciles. La idea de que hubiese sucumbido a un estado de enamoramiento se le había presentado fugazmente y con la misma velocidad la había rechazado. Si Susana sospechara por un momento que ésa era la situación, la perdería. De ello estaba seguro y, por lo tanto, intentaba mantener un tono desprendido. No le era difícil, además. Se trataba simplemente de comportarse con ella como lo haría con cualquier otra mujer, salvo en el instante preciso del clímax en el cual Susana exigía absoluta entrega. Julián sentía que su pene se rendía en el interior de Susana, que ella lo sumergía y lo aspiraba con la propiedad de quien toma lo suyo, y de esa posesión él derivaba un intenso goce. Ésa, se decía, es la razón por la que prefiero estar con ella. Me hace su mujer.

3

Victoria Verrazano había madurado una decisión durante la semana: resolver una obsesión que no le había confesado al psiquiatra ni había comentado con Alberto. Una obsesión culpable que la hacía sentir como una madre artera que hurga los calzoncillos del hijo para ver si huelen a semen o la cartera de la hija para saber si contiene un sobre de anticonceptivos, o una esposa patética que revisa el estado de cuenta de la tarjeta del marido para averiguar si hay algún gasto injustificado. Una obsesión contra la que había estado luchando durante mucho tiempo y a la que había decidido entregarse.

Lo de la visa para Canadá era demasiado.

Esperó hasta que todos se fueron a dormir y el apartamento estuviera totalmente apagado, entonces se dirigió con mucho cuidado de no despertar a nadie a la habitación que había sido de Andrés. Hizo entonces lo que había pensado que nunca haría. Puso en marcha la computadora. Sólo temía que hubiese un *password*, pero no era así. Andrés nunca tuvo miedo de que lo espiaran

—Hola Andrés, —dijo la computadora, y la imagen del gato Garfield apareció como refrescador de pantalla.

Escuchó unos pasos. Le pareció que alguien entraba en la cocina y se quedó en silencio hasta que Verónica volvió a su cuarto. Procedió a copiar los documentos en los disketes para revisarlos al día siguiente en la oficina. Metió el primer diskete y el comando de copiar no obedecía, intentó otros recursos pero todo fue inútil. Apagó la computadora y la volvió a poner en marcha. En la pantalla negra se leía un mensaje: “Se ha cometido un error fatal. El disco duro no puede ser accesado. — Eran las doce de la noche, lo único que le quedaba era tomarse un tranquilizante y esperar la mañana para pedir ayuda.

Después de un par de horas, el técnico concluyó:

— No hay nada qué hacer, doctora Saudi. Le entró un virus letal. Se perdió toda la información.

— Esta computadora tiene mucho tiempo sin usarse, ¿cómo puede estar infectada?

— Algo le entró. ¿Usted está segura de que nadie la ha tocado?

— Solamente yo, cuando intenté copiar la información en estos disketes.

— ¿Me permite? -dijo el técnico con su tono de “siempre la gente hace algo que después olvida”.

Introdujo el diskete en su *laptop* y operó un rato.

— Aquí está la causa, el diskete estaba infectado. Y el antivirus no

lo detectó.

— Son nuevos, los acabo de comprar.

— Ésa es la causa -repitió el técnico-. No hay nada qué hacer.

Victoria llegó a la oficina pasadas las diez. Mireya, con una fugitiva mirada, supo que el retraso indicaba que las cosas estaban de temblor.

— Buenos días, doctora, ya le mando a alistar su té.

— Mireya, antes del té, ¿me puede decir dónde compró usted estos disketes?

— Donde siempre se compran, doctora.

— Están infectados.

— ¿Y cómo así?

— Mireya, usted, además de decir, ¿y cómo así?, ¿tiene alguna otra manera de enfrentar el diálogo?

— ¿Y cómo así?, quiero decir, excúseme, doctora, yo no podía saber qué estaban infectados.

Unas lágrimas asomaban en el turbado rostro de la joven. Sin decir nada se retiró. El intercomunicador volvió a hablar:

— Le pido disculpas, estoy muy nerviosa, venga para acá que hay muchos pendientes.

Mireya regresó a la oficina de su jefa y no volvió a salir hasta las ocho y media de la noche. Victoria Verrazano conocía un infalible remedio para el dolor. Trabajar. Trabajar intensamente hasta que todo quedara olvidado.

Cuando Mireya llegó a su casa encontró a Cristal encendida de rabia.

— Nueve y quince. ¿No era que íbamos al cine?

— No sabe cómo está la doctora. Brama de la ira. Le compré unos disketes y estaban infectados, se perdió toda la información. No me quedaba otra que quedarme en la oficina hasta que se le pasara la cólera.

Se acercó a la mapanare e intentó besarla en la oreja para suavizar la crisis de viernes. Casi todos los viernes había crisis, la crisis de que Mireya llegaba demasiado tarde para todo. Pero Cristal no aceptó el ablandamiento y se levantó bruscamente.

— De paso te digo que te tocaba hacer mercado y que no hay nada. Si vas a pedir una pizza, te advierto que no tengo plata.

— Podemos salir por ahí pero. .

— Pero estás agotada.

— No me puede usted culpar siempre de todo. La doctora está más neurótica que nunca después de lo ocurrido, y ahora esto de la computadora, no, si es que está de a toque. Dígame una cosa, ¿será que una caja de disketes nuevos venga infectada?

Cristal era programadora de computación graduada en Estados

Unidos así que debía tener una respuesta. Entrar en un asunto técnico la tranquilizó.

— La verdad que no es frecuente, puede ocurrir pero es raro. ¿Eran de marca o genéricos?

— Eran Fuji, los que siempre se compran en la oficina.

— Es bien raro.

— Si le traigo el resto de la caja, ¿podría saber algo?

— Podría saber si están infectados, y no ganarías mucho. Puede estar infectado uno o varios, y no todos. Y en una firma tan importante, ¿no hacen respaldos de la información?

— Es la computadora personal de la doctora, mejor dicho, la de su hijo, el que murió.

— ¿Quién la revisó?

— El técnico que se ocupa de las computadoras de la oficina, Renato Pérez.

— ¡Renato Pérez! ¡Por favor! A Renato lo han botado de todas partes, es un pirata.

— Es el técnico de la oficina, siempre lo llaman.

— Ese tipo no sabe nada. Si tú quieres, dile a la doctora que sin ningún compromiso yo le reviso ese equipo, eso sí, tiene que ser aquí porque puede tomar varios días. Y que me den los disketes también, incluyendo el infectado.

— Se lo voy a proponer, en todo caso no pierde nada. ¿No quiere que pidamos la pizza? Tengo hambre.

— Hay un paquete de espaguetis y unos tomates, voy a preparar la salsa de *fileto al pomodoro*. Saca el vino que está en la nevera.

— ¿Y cómo así me dijo que no había nada?

— ¿Y cómo así me creíste? -dijo Cristal riéndose.

Cuando se disponía a elaborar su mejor receta, por no decir la única que dominaba a la perfección, todo quedó en negro.

— ¡Coño!, ahora se fue la luz.

— Por eso es que le digo que compremos una hornilla de gas, si es que hay apagones a cada rato.

— Mañana sin falta –ordenó Cristal mientras sacaba el vino de la nevera.

Vio una vez más en una esquina del techo de su habitación las manchas de humedad que delataban una filtración inútilmente reclamada a las vecinas del piso de arriba. Unas lesbianitas que siempre le confirmaban que estaban a punto de proceder a la reparación y nunca cumplían su palabra. Si estuviera en Calgary este tipo de problema no ocurriría, con seguridad los vecinos se sienten obligados a efectuar el arreglo, y si no lo hicieran, el *superintendent* velaría porque así fuera, y si de todos modos el problema no se solucionara, tendría la opción de presentar una queja en la oficina

correspondiente y no les quedaría otro remedio que emprender el trabajo. Pero en este caso Elvira había tenido que soportar que la mancha fuera creciendo hasta representar una afrenta amarilla en la pintura de su techo, y aceptar que la afrenta crecía de día en día e incluso algunas noches goteaba de modo que el agua comenzaba a rezumar peligrosamente y amenazaba con extenderse a la pared. Ellas se limitaban a evadirla cuando por casualidad las encontraba en el ascensor o en el estacionamiento, y aunque había más o menos detectado sus horas de entrada y salida, mostraban mayor habilidad y lograban evadirla en un 98% de las ocasiones. Por vía telefónica los intentos habían sido igualmente infructuosos, o no estaban o se encontraban demasiado ocupadas para extender la conversación más allá de la promesa de que este mes, sin falta, el problema llegaría a su fin. La junta de condominio había tramitado el tema con una simple carta de advertencia a las inquilinas, el dueño del apartamento al parecer vivía fuera del país y todo intento de contacto había resultado imposible. De modo que esa mancha será parte de mi vida, y aunque en algún momento la mancha se transforme en cascada y comience a regar mis muebles no habrá nada que hacer. Será como esa cojera a la que hay que acostumbrarse, una falla implícita que nos acompaña siempre.

Pensar en la mancha, detallarla, observar minuciosamente si había aumentado de tamaño desde la semana pasada se había convertido en una obsesión pacificadora. Mientras esa mancha esté allí amenazando la conservación de mis paredes y mis pertenencias tendré un lugar donde refugiar la constante opresión que me produce la desaparición de Tom. Podré revertir sobre estas chicas despreocupadas la inconsecuencia de los cuerpos de seguridad en la investigación de su caso; la irresponsabilidad de una ciudad en la que cualquiera puede desaparecer sin que eso tenga alguna incidencia; la insensatez de haber permitido ese viaje innecesario para que mi hijo viniera a encontrar la muerte en vez de estar clasificando el correo de Calgary en absoluta paz y disfrute de su juventud; la incongruencia de haberle mentido a mis padres inventando una historia que deberé sostener, como estas niñas sostienen su permanente excusa para no gastar el dinero de una reparación que a ellas, por lo visto, ni les interesa ni les afecta. Sostenerla hasta que mis padres mueran, desear que mueran para no verme en la situación de enfrentarlos contra una verdad irresistible que producirá en ellos una mancha que les acompañara hasta la despedida. Someterlos a la recreación de una muerte incomprensible como fue la de Emma y obligarlos a aceptar en el momento final que, efectivamente, la vida fue injusta con ellos y perdieron más de lo que dieron.

Se produjo en ese instante de sus cavilaciones una baja de voltaje

que hizo temblar las lámparas y en segundos el apartamento quedó sin luz. Elvira se asomó a la ventana y comprobó que el resto del edificio estaba en la misma condición. Alrededor todo había también desaparecido de la vista, las construcciones así como los postes del alumbrado. La ciudad se extendía como un enorme bulto circundado por las luces lejanas de la avenida que delimitaba el norte contra la montaña. Un animal echado, agazapado en lo oscuro. Encendió la linterna que encontró a tientas en una cajita en la que guardaba algunas herramientas. El mínimo resplandor iluminó la ventana. Se despertó un vendaval y le pareció que la fuerza del viento era la culpable de la caída de electricidad. Sonó el teléfono y la presidenta de la junta de condominio le informó que el apagón había afectado varios sectores de la ciudad, contaban con que el servicio se reanudaría en unas doce horas.

Cuando eran niñas Emma y ella temían las noches en que las ventiscas nevadas interrumpían la generación eléctrica. Ocurría varias veces durante el invierno. Sucedía también que, después de las nevadas, cuando la temperatura bajaba en picada, los cables se helaban y quedaban sin energía. Dormían todos, los cuerpos pegados unos contra otros, en la sala frente a la mayor chimenea de la casa, embozados en las mantas y vestidos con abrigos, gorros y guantes. Su madre preparaba tazas de chocolate y así podían transcurrir varias noches hasta que los hombres limpiaban la nieve y regresaba el calor. El calor del hogar no era entonces una metáfora banal, era verdaderamente una señal de supervivencia.

En ese tiempo estaba acostumbrada a la soledad. Los vecinos más próximos vivían a ocho millas, una familia similar a la suya, criadores de ovejas, con la única diferencia de que eran descendientes de irlandeses y asistían a la iglesia católica, al principio de la calle, mientras que ellos acudían a la iglesia del reverendo Preston, que estaba al final. Recorrer la calle principal de Fort Chipewyan tomaba cuatro minutos. Lo sabía porque los niños hacían carreras de una a otra iglesia a la salida del *Sunday School*. Era una vida fácil, pensó Elvira Madigan, cuando estaba acostumbrada al aislamiento. Sus padres, su abuelo y Emma eran un mundo inmenso todas las noches de invierno y los largos días de las vacaciones de verano. Cómo lográbamos cuidar nuestros misterios en aquella estrecha convivencia, cómo podíamos amarnos tanto sin saber casi nada de nosotros más allá de nuestros lugares definidos en la familia y en la vida. Tom, en cambio, fue un niño urbano que sufrió en cincuenta y seis metros cuadrados a unos padres que lo sabían todo el uno del otro al punto que midieron su aburrimiento hasta el fondo del corazón.

Miró hacia la ventana del piso de arriba, una de las chicas encendió también un cigarrillo y brevemente se iluminó su rostro.

Quizá debería intentar una política de acercamiento, a lo mejor así las convenzo de que no sólo tenemos en común mi techo, que es su piso, sino el insomnio de una noche oscura.

4

Los mesoneros nos miraban. Los mesoneros del Pretty China tienen una manera muy particular de colocarse en fila, de espaldas a la pared, mientras observan a los clientes. Sé que algo extraño ocurre en ese restaurante, puede ser un local de distribución de droga, o una organización de asesinos de la mafia china. He leído algo sobre eso.

— ¿Qué te parece? –me preguntó Elvira Madigan.

— Me parece muy divertida tu historia.

— Es una de las mejores.

— ¿Tienes varias?

El mesonero depositó sobre la mesa la sopa Wanton Mein y el Tim Sam surtido. Pedí dos cervezas.

— A veces creo que sí. ¿Conoces Canadá?

— He visto fotos. Bosques, lagos y unas costas rocosas con pájaros que chillan.

El mesonero trajo las cervezas y bebimos.

— ¿Por qué no me hablas de ti?

— Me temo que no soy una persona imaginativa como tú. Sólo puedo contar lo que es real, lo que de verdad me ha ocurrido.

— Bueno, cuéntalo. Lo real también es misterioso.

—Pues no estaría tan segura. En todo caso sé con bastante aproximación el pasado de mis padres hasta dos generaciones atrás, es decir las que emigraron. Mi padre es nieto de libaneses y españoles, mi madre hija de italiano y portuguesa. Soy la perfecta combinación migratoria de este país, y como mis padres son, o mejor dicho fueron personas muy conversadoras, constantemente ampliaban sus biografías y otras incidencias, de modo que no puedo decir que haya vivido en el misterio.

— Pero la muerte de Andrés trajo el misterio.

— La muerte de Andrés es otra cosa y la verdad no tengo ganas ahora de entrar en ella. Me quiero tomar esta cerveza en paz y comerme con tranquilidad el Tim Sam que me encanta. Aquí lo hacen muy bueno.

Hice una pausa para subrayar que no me iba a meter por los caminos de la muerte de Andrés. Estaba arrepentida de haberla llamado y concertado aquella cita. No había podido evitar el dominio de Elvira Madigan, la certeza de que ella sabe todo de mí.

— Te puedo contar mi infancia, si quieres.

Pidió otra cerveza como diciendo que recibiría mis confesiones.

— Mi madre tuvo un amante cuando yo era pequeña. Este fue el acontecimiento central de mi vida, no porque yo supiera entonces los

detalles sino porque produjo la separación de la familia. En esos años, los setenta, el país estaba de maravilla, quiero decir que había plata para repartir y a mis padres les iba de lo más bien como profesionales jóvenes. Compraron una casa muy buena, yo era una niñita linda y todo apuntaba hacia el éxito si no hubiese sido porque mi madre tropezó con el hombre de sus sueños. El galán había sido un antiguo novio que por razones incomprensibles no se había casado con ella sino con otra, y en este segundo encuentro decidieron renovar su pasión. La mala suerte es que mi papá lo supo. Te imaginarás que mis abuelos aconsejaron poco menos que el homicidio, pero papá optó por una salida más civilizada y, simplemente, se separaron.

A partir de aquí la casa desapareció o nosotros de ella. Tengo recuerdos nebulosos de esa época. Pasé a vivir con mis tías, las hermanas de papá, en turno porque la primera, que era la mayor, se fue a vivir a Maracaibo y mi padre no quiso que me fuese con ella. Entonces me mudaron un tiempo a la casa de la segunda, y luego pasé a vivir con la menor; allí me quedé hasta poco antes de la reconciliación. Durante ese tiempo no vi a mamá, no sé si papá lo impidió o ella no quiso, o mi familia paterna consideró que ese era el castigo adecuado. Veía solamente a mi abuela materna que venía de vez en cuando a visitarme, y a mis tíos. Alguna vez pasé con ellos un fin de semana o unas vacaciones. De resto mi vida era bastante común. Iba al colegio de la Inmaculada Concepción y fui muy buena alumna, tenía muchas amiguitas, una bicicleta cromada, unos patines, un Beta para mi sola, mis tíos eran socios de Puerto Azul, y mi padre compró un apartamento en Río Chico al que íbamos con frecuencia.

Por supuesto era incómodo que en el colegio me preguntaran por mi mamá y yo decidí darla por muerta, dije que se había quemado en un incendio.

Me pareció más digno. En una oportunidad se armó un lío con esto porque la mamá de una de las niñas habló con las monjas, preocupada por mi salud mental. Al parecer conocía a mi familia y sabía que la historia era falsa. Fui llamada a comparecer a juicio y expliqué con la mejor sabiduría de una niña de diez años que me sentía muy mal por decir que mi mamá se había ido de la casa, pero yo sabía que no estaba muerta porque me mandaba regalos y algunas cartas. Entonces la psicóloga del colegio llamó a mi papá y le explicó que aquella situación me estaba dañando. Mi padre, a su vez, le explicó a mi abuela -ya mi abuelito había muerto-que no era posible seguir con aquella política de exilio y se decidió perdonar a mi madre y permitirle las visitas.

Comenzó un régimen más normal, como el de todas las niñitas de padres divorciados, y pasé a estar de lunes a viernes en casa de mi papá y los fines de semana con mi mamá. El galán, a todas éstas,

había desaparecido o en todo caso no estaba presente. Mamá, una tarde memorable en la que fuimos a ver “La guerra de las galaxias, — me llevó después al Tropi Burger y, en medio de las papas fritas y el refresco, me aseguró que el galán -ella lo llamaba “su equivocación”- había desaparecido por completo. Pregunté si había muerto, acostumbrada a esa versión, pero no. Gozaba de excelente salud y vivía en compañía de su esposa en otra ciudad. No quise hacer más preguntas y tampoco creo que faltaba mucha información disponible para mi edad. Mamá me dijo que ya tenía once años y los niños de ahora eran mucho más adelantados que antes, por todas las cosas que veían en la televisión y demás, así que podía entender que ella había cometido una equivocación de juventud, pero ya eso era agua pasada. En realidad sí lo entendía. Lo que no le dije es que su equivocación me había costado un permanente plan de mudanzas.

Papá me llevó con él a un apartamento nuevo, que es donde vivimos ahora. Un tiempo después me anunció que mamá y él se habían reconciliado.

El primer signo de su reconciliación fue la mudanza de mamá, y el segundo el nacimiento de Andrés, seguido dos años después por Verónica. Y la vida siguió las pautas normales y felices hasta esto.

— Es una linda historia.

Tuve la impresión de que se burlaba.

— En serio, es una historia que finalmente concluye con tolerancia y buen sentido en un final feliz.

— La muerte de Andrés, ¿es el final feliz?

— Me refiero a tus padres.

Ya había terminado con el Tim Sam así que puse en marcha la despedida.

— No me has contestado a mi proposición.

Traté de esquivarla.

—Lo que te propuse hace unos días. Investigar con más profundidad el suicidio.

— ¿Cómo qué sería la investigación?

— Se me ocurre que podría empezar por su habitación. ¿Se han hecho cambios?

— Ninguno. Mamá no lo ha permitido.

— Es lo usual. Durante un largo período la familia trata de conservar el santuario.

— Veo que sabes bastante al respecto.

— Por propia experiencia. Mi hermana mayor se suicidó muy joven y mi madre cerró la habitación con llave para impedir que mi padre o yo entráramos y cambiáramos algo. Por ocho meses. Luego consintió en despejarla.

—No creo que encuentres nada de particular pero si quieres

hacerlo. ., eso sí, tiene que ser cuando no haya nadie. No sé si estarían de acuerdo, más bien creo que no. ¿Te interesa el suicidio por lo de tu hermana?

Elvira Madigan dijo que sí.

Entramos al apartamento y le indiqué a Elvira la habitación, no sin antes advertirle que ya la había registrado. Las noches siguientes al entierro, cuando los demás dormían o simulaban dormir, me había pasado horas examinando gaveta por gaveta, rincón a rincón, todo lo que el cuarto contenía.

Nada que indicase nada. El cuarto de Andrés con las cosas de Andrés.

Hagámoslo de nuevo -insistió ella-. Por cierto, ¿Andrés tenía tarjeta de crédito?

—Una extensión de la de mi padre.

—¿Podrías conseguir una copia de los estados de cuenta de los últimos seis meses?

— Nada más fácil. Desde hace unos años llevo la contabilidad de la familia, como soy ingeniera se decretó que tengo facilidad para los números, y mensualmente le paso a papá una relación de ingresos y egresos, incluidos los gastos de tarjeta, por supuesto. Ya los revisé y no encontré nada significativo.

— De todos modos es útil, si puedes me das una copia.

Prometí hacerlo y me senté a mirar a Elvira Madigan en el proceso de examinar la habitación de mi hermano. Estaba segura de que no seríamos descubiertas, tenía controladas la agenda de mis padres y de Verónica, sin embargo me parecía que mi madre sabía lo que estaba haciendo. ¿Por qué mamá había invitado a Elvira Madigan a casa? Nunca invitaba personas desconocidas, la única explicación era que quería que descubriese lo ocurrido.

Probablemente estaban de acuerdo. Papá, en cambio, comentó que le incomodaba su presencia.

Elvira me enseñó tres fotos de carnet: Andrés, otro chico y una chica.

—¿Dónde encontraste esas fotos?

—En esta gaveta.

—¡Qué raro! La he revisado mil veces y nunca las había visto.

—Pues allí estaban. ¿Los conoces?

—Para nada.

—Míralas con cuidado.

Lo hice sin ningún resultado.

—La foto de Andrés es reciente, de eso estoy segura porque a mí también me hacían falta unas fotos y fuimos juntos a sacárnoslas. Sería un mes antes, más o menos. Los otros dos no los conozco.

—Unos compañeros de estudio, quizás.

—Es probable, pero te repito, nunca los he visto.

—¿Para qué querían las fotos?

—Andrés las necesitaba para la reinscripción en el instituto de diseño y yo para renovar el carnet de la biblioteca de la universidad.

—Pero diera la impresión de que las tres han sido tomadas el mismo día y en el mismo lugar. Estaban juntas en el mismo sobrecito de la tienda de fotos.

—No sé, ¿qué es lo que quieres decir?, ¿que te estoy mintiendo en algo tan estúpido? Todas las fotos de carnet son iguales.

—¿En dónde se sacaron tú y Andrés las fotos?

—En el centro comercial que queda a dos cuadras de aquí.

—Ésa no es la dirección que aparece en el sobre de las fotos.

Me lo enseñó, y efectivamente, la dirección impresa en el sobre indicaba un sector muy distante del nuestro.

— Esa foto se la tomó conmigo, aquí, en este centro comercial. Eso es todo lo que te puedo decir. Lo único que explica esta tontería es que simplemente la metió con las fotos de dos amigos suyos, que se las habían tomado en otro lugar.

—Es decir que las fotos debían estar juntas porque se iban a usar en algo que los convocaba a los tres.

—Probablemente lo que los convocaba a los tres -dije imitando su tono pedante-es que tenían que renovar su inscripción en el instituto, o que ésas habían sobrado y las guardó. Fíjate que la de Andrés está borrosa, como si le hubiera caído un líquido, no servía y la dejó en la gaveta.

La inspección de la habitación terminó sin otros incidentes. Estaba casi vacía de sus objetos, la ropa regalada, los materiales del instituto de diseño a la basura; las pequeñas cosas acumuladas en la mesa de trabajo, los trofeos deportivos y las fotografías dispuestos en unas repisas detrás de la cama eran los únicos signos de que allí había vivido Andrés. Cerré la puerta y le dije que Verónica estaba al llegar, no era cierto pero quería estar segura de que se iría.

Me sentía manchada, sucia, por haber permitido aquello.

El cielo amenazando agua aceleró la despedida.

5

Una lluvia pertinaz acompañó a Susana a lo largo del recorrido hacia la casa de su tutor. Tenía cita y la lentitud del tráfico la demoraba; impaciente metía un casete tras otro sin encontrar una música que le gustara. Harry Haller vivía fuera de la ciudad, en un área boscosa a la que se accedía por una carretera secundaria sin asfaltar. En la entrada de la casa había una barrera mecánica y una garita con un intercomunicador. Susana tocó el timbre y Harry pulsó el dispositivo para levantar la barrera.

Miró el reloj sin decir nada.

— Estoy retrasada, ya lo sé.

La hizo pasar a su estudio situado en un semisótano, una habitación grande con un ventanal que permitía ver el parque que circundaba la casa.

Susana siempre pensaba que parecía un refugio en alguna otra parte del mundo. Harry Haller comenzó a leer los papeles de trabajo preparados por Susana para el control mensual de la tesis. Pasaba lentamente las páginas, escribía algunas notas y ninguno de sus gestos traslucía opiniones. Tenía fama de ser uno de los profesores más duros de la facultad. La exesposa de Haller también era profesora de la universidad y su separación había constituido una de las conversaciones favoritas de la comunidad académica hasta que todo el mundo se acostumbró a la nueva situación y el asunto perdió interés. Las relaciones entre Susana y Haller habían comenzado antes del divorcio y habían continuado después sin que el nuevo estatus las afectara. Su juego con Haller se limitaba a tener relaciones sexuales de vez en cuando, generalmente aprovechando el control de tesis, y ninguno de los dos anticipaba un cambio en su manera de vivir.

Haller terminó de examinar los papeles de su alumna y le comunicó sus impresiones concisamente, sin valoraciones ni estímulos ni críticas. Se limitaba a tachar con un bolígrafo de tinta roja lo que consideraba inadecuado y a subrayar con un bolígrafo de tinta azul lo que aprobaba. Continuaba después con algunas recomendaciones y preguntas que debían ser entendidas como sugerencias a tomar en cuenta. El proceso en total no duraba más de dos horas.

Sobre su mesa de trabajo reposaban varios marcos de fotografías. Una de sus hijos, en el terreno posterior de la casa, sentados en un tronco cortado; otra de su exesposa con los niños, en un área publica, probablemente en otro país por la ropa que llevaban; una tercera de ambos, sonrientes a la cámara, en un espacio indefinido pues sus rostros ocupaban la totalidad de la foto, y la última, una pareja joven,

en una época bastante distante; Susana suponía que eran sus padres. La decoración del estudio era sobriamente lujosa. La mesa de trabajo en madera fina de colores claros, diseñada en U. La computadora de gran calidad, dispuesta en un mueble de la misma madera frente al ventanal.

Un juego de sofás de cuero negro centrados alrededor de una mesa años cincuenta y varios grabados, algunos de firmas prstigiosas, cerraban el entorno agradablemente. Un baño y una pequeña habitación de paredes recubiertas con madera que comunicaban con el estudio conformaban el espacio de trabajo de Harry Haller. La planta de arriba, en la que se disponía el resto de la casa, no era parte del área de visita y Susana nunca había entrado en ella. La puerta de acceso permanecía siempre cerrada con llave.

Tenía fama de ser un hombre adinerado que amaba la vocación académica como un ámbito de realización personal. Se decía que su padre había sido amigo de los nazis, razón por la cual emigraron a Sur América. Se decía también que la exesposa había alegado maltratos como causal de divorcio, y que el abogado de Harry Haller zanjó la cuestión con una importante cantidad de dinero. Se decía, incluso, que años atrás una alumna había acusado al profesor Haller de violación pero las autoridades universitarias habían desestimado la cuestión porque una experticia psiquiátrica reveló que se trataba de una joven de carácter histérico. Se tejían muchas hipótesis en torno a él pero siempre quedaban fuera de consideración porque nadie podía alegar alguna debilidad en el cumplimiento de sus tareas docentes ni poner en duda la excelencia de su nivel docente. Acudía puntualmente a las reuniones reglamentarias, ocasionalmente a algunas actividades sociales como el cumpleaños del decano o el aniversario de la inauguración de la facultad, ponía a disposición de sus colegas su excelente biblioteca personal y sostenía un trato amable con ellos así como con los subalternos. Más allá de que para algunos el profesor Haller fuese una rata, su imagen era altamente respetada y sus puntos de vista muy valorados.

Parte de que lo llamaran “la rata Haller” se debía al hecho repetido de que traicionaba a sus tutoreados. Varios alumnos decían que después de haber aprobado durante meses el trabajo presentado, en el último momento había decidido usar su bolígrafo rojo para tachar casi el 80%. Se conocía de un caso en el que, en contra de los otros dos miembros del jurado, había votado la desaprobación de la tesis sin haberle advertido al alumno sus desacuerdos. Por estas razones obviamente recibía cada vez menos solicitudes de tutoría, pero los reglamentos lo obligaban a llevar al menos una anual y, cuando se aproximaba la fecha límite, se acercaba a algún alumno destacado para sugerirle que lo eligiera con una cierta promesa de que todo

cuanto se decía en su contra era una leyenda maligna propagada por los mediocres que pretendían obtener el doctorado sin las debidas calificaciones. Susana había sido reclutada bajo estas premisas y durante un tiempo mantuvo al profesor Haller en vilo, en un coqueteo que le divertía enormemente. La rata pasaba a ratón, y ella a gato. Cuando ya estaba casi convencido de que lo elegiría, Susana divagaba acerca del tema de su proyecto de tesis insinuando que un cambio en el objetivo de la misma la llevaría quizás al profesor X o a la profesora Z. Cuando Haller pensaba que sería necesario iniciar la seducción de otro candidato, dando por perdida a Susana Saudi, ésta regresaba y muy solícitamente le pedía que leyera su anteproyecto.

Una mañana después de repasar por tercera vez el informe presentado, le preguntó directamente si acordaban la tutoría. Susana se levantó, se asomó al magnífico ventanal y, de espaldas, le comunicó que le quedaban algunas dudas, todavía tenía pendiente una cita con otro profesor aparentemente muy interesado en su tema. Paseó por el estudio mientras Haller preparaba unas tazas de café, contempló los grabados, curioseó las fotos, hizo comentarios laudatorios acerca de su extraordinaria biblioteca, y entró en la habitación contigua. Haller terminó de preparar el café, vio que Susana había desaparecido y la encontró acostada sobre la cama. Desnuda. Cuando terminaron ella preguntó la fecha y hora de su próxima cita.

Concluido el control le pasó la mano por el lado interior de la pierna y ambos se levantaron y entraron en la habitación. El sexo entre ellos duraba entre treinta y cuarenta y cinco minutos. Alcanzaban el clímax fácilmente y no perdían tiempo en preámbulos, epílogos o conversaciones. Si Susana quería que la excitación de Harry Haller alcanzara los mejores niveles posibles, cerraba duramente las piernas y lo rechazaba violentamente. Harry jadeaba y la insultaba amenazándola con herirla, con traspasarla violentamente. La volteó y su pene la ensartó como una vara que irrumpió en el ano. Terminada la erección ambos se quedaron unos minutos descansando en silencio hasta recuperar la respiración, luego se vistieron y Susana se fue. Al llegar a la barrera de nuevo tocó el intercomunicador y él pulsó el botón que ponía en marcha el mecanismo.

Por el micrófono escuchó su voz:

— Quédate.

— Otro día.

— Ahora.

— No tengo tiempo.

El tono de súplica en su voz la humedeció de nuevo y dudó en regresar.

Pero no lo hizo. Harry Haller era suyo y sabía muy bien cómo asegurar su posesión.

Elvira Madigan llegó al instituto de diseño. Se guareció de la lluvia bajo el techo de la entrada y esperó. La casa, probablemente diseñada con cierto lujo como indicaban los espacios interiores que podían intuirse desde afuera, ofrecía el aspecto deteriorado de muchas construcciones que aguardan noblemente su demolición. Probablemente, pensó Elvira Madigan, los propietarios están ansiosos de que termine el contrato de arrendamiento con el instituto a fin de ponerla en venta. Todas las casas de los alrededores habían seguido ese destino y ésta era una de las pocas que no se había transformado en edificio de apartamentos. La urbanización era hermosa, mantenía su tranquilidad, altos árboles en las aceras, y al fondo el telón del Ávila.

Era el fin de la tarde y las clases estaban por terminar. Poco a poco, y después frenéticamente, los alumnos fueron saliendo, pero el aguacero los detenía en el dintel. Había estudiado cuidadosamente las fotos de los dos jóvenes, podía decir que se las sabía de memoria, y ahora las personas amontonadas en la pequeña entrada cubierta constituían un obstáculo imprevisto. Un grupo se decidió a bajar corriendo las escaleras.

—¡Ronald! ¡Ya voy!gritó una muchacha mientras le entregaba un cuaderno a otra Ronald se volteó, le hizo un gesto con la mano para que se apresurara y en segundos desaparecieron. Pero Elvira Madigan los había visto. Eran los fotografiados. El automóvil era un Jeep rojo, bastante viejo, probablemente con unos veinte años de uso y maltrato.

—¿Cómo va a ser? -dijo en su mejor tono de amable tía.- Vengo a buscar a Ronald y sale corriendo.

—¿Usted es su mamá? -preguntó la joven a quien Elvira Madigan se había dirigido.

—No, soy una tía suya, acabo de llegar de viaje y quería darle una sorpresa pero salieron tan apurados…, él y la muchacha, ¿cómo es que se llama?

—Es Dinora, su novia.

—Bueno, lo veré luego. No le digas nada, la lluvia me estropeó la sorpresa. A lo mejor mañana lo encuentro. ¿A qué hora crees que sea buen momento?

— Tenemos clases mañana y tarde.

—Gracias, eres muy amable.

Ronald y Dinora, pensó Elvira Madigan. Ronald, Dinora y Andrés, además de compañeros de estudios, ¿qué tienen en común? Puso en marcha su automóvil, un Chevette años 80. Estamos todos muy mal de vehículos, eso nos une.

Al día siguiente aparcó su Chevette lo más cerca posible del Jeep de Ronald. Desajustó los bornes de la batería y esperó. Cuando Ronald y Dinora se aproximaron, una mujer desarreglada, descuidadamente

vestida, hacía inútiles esfuerzos por poner en marcha su automóvil.

—¡Joven, joven! Disculpe. No logro que me arranque.

Ronald se acercó y le hizo un gesto de comprensión a Dinora. Era necesario tener paciencia con estas mujeres que aún insisten en desplazarse automotrizmente por la ciudad.

—¿Tiene agua la batería?

Elvira Madigan entendía la ironía de la pregunta. Generalmente las mujeres, jóvenes o viejas, bellas o feas, casadas o solteras, todas olvidan echarle agua a la batería.

—Creo que sí -musitó en un tono compungido.

—Deben ser los bornes -comentó con sabiduría Ronald -. Abra el motor.

Revisó los cables y dijo triunfalmente:

—Están flojos y bien sucios.

Después de todo, no fingí tanto, pensó Elvira Madigan. Ronald sacó un limpiador de bornes de la guantera de su Jeep.

—Cuando se tiene un carro viejo, hay que estar preparado para todo.

Procedió a limpiarlos, los ajustó y con tono experto ordenó:

—Déle ahora.

El Chevette ronroneó. Primero con timidez y luego decididamente dispuesto a continuar llevando adelante a Elvira Madigan.

—Han sido ustedes muy amables. De verdad que se los agradezco. Hizo ademán de sacar dinero de la cartera, segura de que lo iban a rechazar.

— Acepten algo, por favor. No quiero sentir que he abusado de su tiempo.

—Estamos muy apurados -dijo Dinora que hasta ese momento había permanecido en silencio-. Tenemos que estar de regreso a las dos.

—Perfecto, los invito a almorzar. ¿Hay algún lugar de comida rápida cerca?

—A veces vamos al Wendy.

Los dos terminaron por sentarse en el Chevette rumbo al Wendy.

Dinora, obviamente, quería matar a su novio. Sentada frente a Elvira Madigan, mientras Ronald hacía la cola en el mostrador, se sentía incómoda. Miraba el reloj y sólo parecía consolarla el hecho de que a las dos debían estar de vuelta en el instituto.

—La comida rápida no es tan rápida -comentó por romper el silencio.

—No, no lo es -asintió Elvira Madigan.

En eso llegó Ronald con tres hamburguesas, tres Coca Colas y tres cajitas de papas fritas. Los tres abrieron sus paquetes y comieron en silencio.

Dinora se levantó para disponer de los desperdicios y Elvira Madigan inició el movimiento de despedida.

—Son ustedes encantadores. Me gusta mucho la gente joven. Yo quería mucho a mi sobrino Andrés. ¿No lo conocerían ustedes por casualidad?

Estudiaba en su mismo instituto. Desde que murió siento mucha tristeza cuando paso por esa calle, de hecho trato de evitarla, pero hoy tuve necesariamente que hacerlo. Y para colmo el Chevette decide no prender.

Cuando los vi a ustedes fue como si él me mandara una ayuda.

El efecto se había logrado. La mirada aburrida de ambos cambió.

— Era compañero nuestro. Fuimos muy amigos, mejor dicho. Pero no conocíamos a su familia. Sólo los vimos en el entierro.

—No pude estar. Vivo fuera casi todo el tiempo.

Otro silencio se impuso. Elvira percibió que Dinora tenía miedo cuando dijo: —Bueno, es hora de irnos.

—A lo mejor otro día podemos encontrarnos de nuevo –dejó caer Elvira Madigan cuando los depositaba frente al instituto.

—Claro -se despidieron a la vez.

—Ésta es mi tarjeta. Me gustaría que de verdad me llamaran. Sus padres y sus hermanas están tan afectados que no quieren mencionarlo. A mí me gustaría hablar de él, saber un poco más de su vida. Era mi sobrino preferido pero hacía mucho tiempo que no conversábamos. No pude entender lo sucedido y eso me hace daño.

—A nosotros también -dijo Ronald sosteniendo la puerta abierta.

—Ha sido un placer encontrarlos.

Arrancó rápidamente. El Chevette estaba como nuevo.

Oscurecía. Elvira Madigan comprobó que eran apenas las seis. Tenía por norma no beber antes de las seis y media pero esa norma era constantemente violada. Buscó la botella de ginebra, se había terminado y se sirvió un whisky, miró por la ventana y la noche creciente de la ciudad se hizo presente en su apartamento. Con el vaso en la mano removiendo el hielo lentamente trataba de diseñar otra estrategia de acercamiento con Ronald y Dinora. Estaba segura de que no la llamarían. Dejaría pasar una semana y reiniciaría la aproximación con otro subterfugio. Encendió las luces y la televisión. En alguna parte del mundo la CNN informaba: cuarenta y dos personas muertas en un incendio provocado por una secta de fanáticos autoinmolada en cenizas. En otra parte un bombardeo terminaba con la vida de una aldea y el saldo eran setenta y tres cadáveres y ciento dieciocho heridos, de ellos treinta y siete niños. Sonó el teléfono. Era Dinora.

—Ronald y yo queremos verla. ¿Cuándo puede ser?

—¿Mañana?

—Mañana no tenemos clase y nos vamos con unos amigos a la playa.

—¿Hoy? -preguntó incrédula Elvira Madigan.

Dinora conferenció con Ronald y preguntó la dirección. Confirmaron que estarían allí en media hora y fueron muy puntuales.

—¿Una cerveza? -ofreció Elvira conservando su tono de tía amable.

Ronald miró la botella de whisky con nostalgia.

—¿O un whiskicito? - rectificó la tía.

Los tres se sentaron, cada uno con su vaso en la mano. Era obvio que no podía tratarse de una cita banal. Nadie podía por más tiempo seguir actuando como personajes de un encuentro absurdo y fortuito.

—Andrés se iba con nosotros a Canadá. Estábamos tramitando las visas de inmigración.

—Para eso eran estas fotos, ¿no?

—¿Cómo las tiene?

—Las tengo.

—Por eso nos reconoció. Era mentira lo de que no le funcionaba la batería.

—No del todo, pero no tiene importancia. Necesitaba encontrarlos.

Supuse que las personas fotografiadas eran sus amigos, probablemente sus compañeros de estudio, y que las fotos no habían sido tomadas para renovar la inscripción en el instituto, simplemente las fechas no cuadraban. Averigüé los plazos de inscripción.

—¿Usted es de la policía? -preguntó Dinora -¡Qué idea!

—Pero, anda averiguando cosas…

—La verdad no es privilegio de la policía, joven.

—El día de su muerte nosotros llegamos a su casa sin saber nada. Vimos que había un zaperoco, una patrulla de la policía, un gentío en la puerta del edificio. Pensamos que habían asaltado un apartamento. Así nos enteramos que Andrés había brincado de la terraza. No lo podíamos creer, bueno, todavía no lo creemos. Ésa es la razón por la que decidimos venir a verla, porque necesitamos hablar con alguien que dude del suicidio igual que nosotros.

—¿Qué les hace pensar que yo dudo del suicidio?

—Bueno, nosotros tampoco somos detectives pero no somos bobos.

Una chica del instituto me dijo que “mi tía” había preguntado por mí. Usted es tía como de mucha gente -dijo Ronald.

—No se puede confiar en la discreción de las mujeres -se rió Elvira Madigan.

—Entonces pensamos que usted nos estaba buscando a nosotros, y que lo de la batería era un truco barato, así que decidimos llamarla enseguida.

Entre otras cosas porque no estaremos mucho tiempo más aquí.

Pensamos que la visa va a salir pronto y nos vamos a Toronto -completó Dinora.

—¿Por qué se van?

—Mucha gente se está yendo, hay mejores oportunidades.

—Y Andrés, ¿también quería irse?

—Sí, la idea fue de él. Él nos convenció, puede decirse.

—Me parece que su familia ignoraba ese plan.

—Había pensado decírselo cuando ya el viaje tuviera fecha. No se llevaba muy bien con ellos.

—¿Y ustedes tampoco han hablado con sus familias?

—Nosotros sí. Pero las cosas eran distintas en su casa.

—¿Cómo distintas?

—Distintas -sentenció Dinora.

—Por eso no creemos en el suicidio. Andrés era el más entusiasmado con el viaje. El día anterior nos reunimos porque había comprado varios libros sobre Canadá y estuvimos viendo las fotos y los datos socioeconómicos. Es incongruente. Salíamos siempre a tomar cerveza después de clase, a él no le gustaba que subiéramos a su casa, de modo que lo esperábamos en la calle. Ese día, el día que se mató, salimos temprano, el profesor de la última hora no vino. Dinora y yo pasamos por mi casa y cenamos con mi mamá, poco antes de las ocho llegamos a casa de Andrés.

Quedamos en buscarlo a las ocho y se suicidó como a las siete. Quiere decirse que él, entre cinco y siete de la tarde, tomó esa decisión. Sin tragos, sin droga, sin un carajo. La vida es rara pero no tanto.

—La vida es más rara de lo que parece, Ronald.

—Andrés era más bien tranquilo, muy sensato. No tomaba decisiones impulsivas. Lo de irse era algo que él tenía metido en la cabeza desde hacía mucho tiempo. Pensaba hacerlo solo hasta que nos convenció a nosotros. Yo me imagino que para suicidarse hace falta cierta dosis de locura, de radicalidad, de violencia. Ése no era Andrés.

—Díganos por qué duda usted del suicidio -insistió Dinora.

—Yo no dudo del suicidio. Son ustedes los que piensan que yo dudo. Yo creo que se suicidó, es decir, no es que lo crea por un acto de fe sino porque hay evidencia al respecto. Cuando lo hizo no había nadie en su casa, estaba completamente solo. Eso ha sido comprobado. Cabe la hipótesis de que hubiesen entrado a robar en el apartamento y de que el asaltante lo empujase en el forcejeo, pero nada parece indicarlo.

— A lo mejor el asaltante logró salir sin que lo vieran.

—No había ninguna señal de violencia.

—Pudo ser alguien conocido, alguien de quien no sospechaba nada.

—No puedo decir que es imposible, Ronald, pero verdaderamente es improbable. Yo también creo que hay algo dudoso en esa decisión de Andrés, no me refiero al hecho en sí sino a la causa. Por qué lo hizo, ésa es la cuestión.

Eso es lo que quiero descubrir.

De pronto Ronald parecía agresivo, violento.

—Nosotros queremos averiguar lo que pasó porque lo queríamos, porque era nuestro mejor amigo, pero a usted, ¿qué carajo le importa?

—No todo se puede saber -contestó Elvira Madigan -. Ahora, si están dispuestos a que trabajemos juntos, es otra cosa.

Ronald y Dinora no contestaron pero su silencio era una respuesta.

—Necesito un teléfono para estar en contacto.

Ronald escribió en un papelito.

— Por la noche, después de las diez. Voy a comenzar a trabajar en el instituto como profesor ayudante del básico en el turno de la noche. También me puede encontrar allí, de seis a nueve, se los dejo anotados. Dinora vive alquilada en casa de una familia y no les gustan las llamadas.

Elvira Madigan los condujo hacia la puerta.

—Gracias por los tragos -dijo Ronald.

—Gracias otra vez por haberme limpiado los bornes, estaban sucios de verdad.

Su violencia parecía haber escampado. Qué jóvenes son, pensó Elvira Madigan, qué certeza los acompaña. Se quiso servir otro whisky pero la botella estaba vacía. Tomó unas notas para recordar la conversación. ¿Qué piensas de los chicos, Cheshire II?

Cheshire II se subió en la mesa esperando encontrar las galletas inglesas y se habían terminado también.

6

Susana escuchó los mensajes almacenados en el buzón y los borró. Había dos de Julián, uno de su tutor y uno de Elvira Madigan, el único que decidió contestar. Se pusieron de acuerdo en el Pretty China a las siete.

—Andrés había solicitado una visa de inmigrante para irse al Canadá -me dijo Elvira Madigan sin preámbulos.

—¿Cómo sabes eso?

—Estoy completamente segura. Hablé con los que iban a ser sus compañeros de viaje, los chicos de las fotografías.

—¿Y qué más dijeron? ¿Qué más sabían?

—Nada. Están tan sorprendidos como todo el mundo por la decisión de Andrés. No tienen ningún indicio que les explique lo ocurrido.

—¿Qué tipo de gente son?

—Pues muy normales, unos jóvenes que están esperando a terminar sus estudios para irse a probar suerte a otro país. Son novios y Andrés era su mejor amigo.

—¿Por qué no vinieron a hablar con nosotros? ¿Por qué no se identificaron como los amigos íntimos de mi hermano?

—Parece que a Andrés no le gustaba traer amigos a casa.

—Eso es totalmente falso. Era un muchacho muy sociable, venía mucha gente a verlo, invitaba a sus amigos a cenar con nosotros. Los llevaba con frecuencia al apartamento que mis padres tienen en Margarita. Esa gente te ha mentido -me sentía furiosa.

—Bueno, quizás a éstos no los invitaba.

—Porque serán de esos marginales que estudian diseño pensando que si son artistas saldrán de abajo.

—No creo que corresponden a la descripción que haces. Al parecer Andrés les había disuadido de subir al apartamento, se encontraban en cervecerías, o lo venían a buscar.

—No les creo una palabra.

—A ellos les pasa lo mismo, no creen que Andrés se suicidara.

—Sinceramente no quiero ni hablar más del asunto, me molesta que se pongan a inventar sobre algo tan serio.

—Trataré de ganarme su confianza y eso toma tiempo. La gente joven es muy desconfiada.

— No creo que lleguemos a ninguna parte.

— Tú también eres muy desconfiada. ¿Has sido siempre así?

— Desde chiquita -dijo Susana riéndose.

— Es normal. Tuviste una infancia, cómo decirlo, atípica.

Susana se rió más aún.

— Nunca había pensado en mi infancia desde ese punto de vista.

Atípica. Pues me gusta la calificación. ¿También tuviste una infancia atípica?

— Muy típica. Estudié la escuela elemental en Fort Chipewyan y High School en el colegio público de un suburbio de Calgary. Mi padre tenía una tienda de aparatos eléctricos y mi madre era ama de casa; mis bisabuelos habían emigrado de Inglaterra y eran propietarios de una pequeña finca de ovejas en la que pasé mi niñez hasta que mi padre la vendió porque no le gustaba vivir en el campo. Fui una buena alumna y conseguí una beca para estudiar medicina en Toronto. Me casé con un chico de mi ciudad y tuvimos un hijo. Somos metodistas y cuando éramos niñas mi hermana y yo íbamos los domingos por la tarde al Sunday School. El reverendo se llamaba Henry W. Preston. ¿Cómo es un colegio de monjas? Me resulta un mundo muy ajeno. Supongo que lleno de pequeñas envidias y murmuraciones.

— Igual de aburrido que cualquier otro colegio con la diferencia de que las monjas son personas empeñadas en que las niñas tengan buena letra. Pero no son esos seres monstruosos cegados en contra del sexo y todas esas tonterías que se dicen. Por lo menos, no las monjas con las que estudié, las Hermanass de la Inmaculada Concepción.

— Supongo que todo eso es ya muy lejano. Yo, de los niños de la escuela, recuerdo pocos nombres.

— Sí y no. Quizá me sentí avergonzada por lo de mi mamá o me gustaron más las amistades que hice en la universidad. No he vuelto a tener contacto con mis compañeras de colegio, a pesar de que pasamos más de doce años juntas. A excepción de una que también estudió ingeniería y somos profesoras en la misma facultad.

— ¿Quieres algo más? -preguntó Susana terminando la sopa Wanton.

— No, creo que es suficiente-dijo Elvira Madigan.

— ¿Tienes hijos?

— Sí, uno. Se llama Tom.

— ¿Y él tuvo una infancia típica?

— Relativamente –dijo Elvira Madigan-, relativamente.

Cuando llegó a su apartamento marcó el teléfono varias veces.

Siempre daba ocupado. Finalmente la línea se liberó y contestó una voz ronca. Ronald no había llegado aún. Elvira repitió su nombre varias veces comprendiendo que la persona que hablaba tenía problemas de senilidad. Eran casi las once de la noche cuando Ronald devolvió la llamada.

—Me dijo mi abuela que habías dejado un mensaje.

—Debemos comenzar por algo, necesito una prueba de que Andrés solicitó esa visa.

—Es verdad, ¿por qué vas a dudar de nosotros?

—Necesito una prueba para otra persona.

—Tengo el comprobante de solicitud de la embajada, Andrés me lo dio a guardar porque no quería que alguien lo encontrara en su cuarto.

—¿Cuándo puedo tenerlo en mis manos?

—Pasa mañana por el instituto a las dos, si no estoy en la puerta te lo dará Dinora.

Efectivamente al día siguiente la encontró en la puerta del instituto. La muchacha bajó las escaleras, le entregó un sobre y caminó con paso rápido hacia la calle. Elvira dudó en preguntarle si quería que la depositara en algún sitio pero no tuvo tiempo, la vio cruzar la avenida y la despidió con la mirada. Abrió el sobre y constató que la Embajada de Canadá daba por recibida la solicitud de inmigración y la documentación entregada por Andrés Saudi.

Dinora Ramos se bajó del Metrobús tapándose la cabeza con el morral. La lluvia arreciaba y debía recorrer varias cuadras hasta llegar a su domicilio. Subió jadeante las escaleras del Bloque UD-4 de Caricuao y abrió la puerta del apartamento. Era de la familia que le había alquilado una de las dos habitaciones. En la otra se juntaban la madre y dos hermanas, el hermano dormía en el recibo, se llamaba Winston y aspiraba a ser músico de tecnomerengue, por lo que el volumen de su equipo estaba permanente en el máximo nivel. Las hermanas, Rosana y Delia, se amenazaban en forma constante con cortarse la cara cada vez que una de ellas acusaba a la otra de robarle el maquillaje o la ropa interior. La madre aparentaba unos cincuenta años pero probablemente no había cumplido cuarenta. Era enfermera auxiliar en un hospital y su vida transcurría entre recorrer la ciudad de punta a punta y la sala de partos. Este cuadro en el que Dinora Ramos se había inscrito era la causa fundamental por la cual había solicitado la visa de inmigración al Canadá

—Quiero estar en el lugar más lejano posible a Caricuao” -le había dicho a Ronald-. Puede ser Canadá pero también es válido Australia o la república Checa. Quiero irme, entiendes, irme”.

A Dinora le parecía que Elvira Madigan era otra consecuencia de su relación con Andrés. Había tenido la condición de introducir variantes imprevistas en su existencia ya suficientemente complicada, en su amor con Ronald, en sus planes. Aquella mujer anunciaba nuevos problemas. Se proponía una investigación sobre su muerte y quería constatar datos “para otra persona. — ¿Quién era la otra persona? ¿En qué líos se estaban metiendo? Ronald se había empecinado en llamarla.

—Es mejor saber lo que sabe”.

Rosana tocó la puerta de su cuarto. Dinora había logrado

convencerla de que ella era una “alquilada, — una residente de pago, es decir, alguien con derechos, y parte de esos derechos, además de una repisa en la nevera, era que su habitación tenía el carácter de lugar privado. Rosana quería que Dinora le prestara la minifalda negra para el día siguiente. Cada vez que le prestaba ropa, ésta regresaba con algún daño irreparable, o manchada o rota, o con el cierre desgarrado porque Rosana no quería aceptar que necesitaba dos tallas más. A Rosana le parecía inconcebible su egoísmo. Dinora sacó del closet la minifalda negra y se la extendió con una mirada melancólica, lo más probable es que no la volviera a usar

—Trátala bien, —dijo. Rosana, eufórica, procedió a probársela. Evidentemente le faltaban dos centímetros para cerrarle, pero muy optimista añadió, “me queda espectacular. —Dinora le hizo un gesto de que se fuera y cerrara la puerta

—Tú estás bien amargada, —comentó la nueva propietaria de la falda antes de salir.

Sí, estaba bien amargada. Tenía todas las razones del mundo para estarlo. No me queda más remedio que irme al carajo para no vivir más con ustedes, pensó. En eso sonó el teléfono y Winston logró escucharlo en medio del tecnomerengue.

—Te llaman -dijo contra la puerta.

Era Ronald preguntando si Elvira Madigan había ido al instituto a buscar el comprobante de Andrés.

—Sí fue…, una cosa…, Ronald, quería saber si de ahora en adelante nuestra vida es esta tipa y sus averiguaciones.

—Estás amargada -corroboró Ronald.

Dinora colgó el teléfono. Al rato volvió a sonar y Winston a tocar la puerta.

—A mi mamá no le gusta que te llamen tanto.

Dinora atendió sin prestar atención al comentario.

—Disculpa. Estoy de mal humor. No, no voy esta tarde al instituto, nos veremos mañana.

Cerró con llave la puerta de su habitación y bajó la cortina.

Ronald dejó el teléfono apesadumbrado. Su abuela lo llamaba desde la cocina. Se dirigió a ella lentamente, cansado del dolor que le producía su voz, su presencia, su invalidez.

— Ronald, hijo, empújame a mi cuarto.

Ronald empujó la silla de ruedas y la condujo a la habitación, la colocó frente a la televisión y le entregó el control. Un joven locutor gritaba desaforado: “En este momento nos encontramos en un sector de Caricuao por una denuncia de los vecinos de que está ocurriendo una pelea clandestina de perros *pitbull*. Estamos esperando que los cuerpos policiales se hagan presentes pero hasta ahora no ha ocurrido nada.

¿Desde cuándo tienen lugar estas peleas ilegales aquí, en Caricuao?” -le preguntó a la presidenta del comité de vecinos-

—Esto ha sido denunciado muchas veces, hemos acudido a la alcaldía, y nada que vienen, —dijo ella. Los ladridos al fondo indicaban que, efectivamente, la pelea continuaba.

La abuela cambió el canal.

— ¿Vas a clase?

— No tengo muchas ganas de ir hoy, no tengo ninguna materia importante. Creo que voy a terminar un trabajo pendiente.

—Tu mamá dejó preparado el almuerzo, está en el microondas.

Ronald regresó a la cocina y pulsó las teclas. Sacó el plato y se sentó frente a la ventana. Comió lentamente mirando el pequeño jardín trasero de la casa. He vivido aquí toda mi vida, pensó, era una casa progresivamente triste como si cada día la penumbra que siempre la había invadido desde muy temprano en la tarde se hiciera de más en más patente

—Voy a llamar al Instituto de Parques Nacionales para que corten ese jabillo, quita toda la luz, — era una frase que su padre había repetido al menos una vez al mes, que su madre siguió consignando por años, y a la que su abuela de vez en cuando volvía, “¿y cuándo es que van por fin a llamar para que corten ese jabillo?” Es extraño, no conozco a nadie más que haya vivido toda la vida en la misma casa.

Repasó los nombres de sus amigos y constató que solamente Andrés había vivido siempre en el mismo apartamento. Escuchó el timbre del teléfono y dudó en descolgarlo.

—Gracias, Ronald, por lo que me enviaste, va a ser de mucha ayuda.

Cortó rápidamente la conversación. Quizá Dinora tenía razón y no debían continuar la relación con aquella mujer. Elvira Madigan. Qué nombre tan absurdo, parece falso. ¿Por qué necesitaba ese comprobante de la embajada? No era tan extraño que Andrés quisiera emigrar, muchos jóvenes querían irse a otros países, ¿por qué Andrés no? Debe ser porque la familia de Andrés tiene buena posición, a lo mejor por eso les parece absurdo, pero hay muchas razones por las cuales uno puede querer irse de este país, no solamente por dinero. Al final no le importaba nada si alguien dudaba o no del hecho.

Se levantó y dejó el plato en el fregadero. Lo lavó descuidadamente y después se fue a su cuarto. Sentado frente a la mesa de dibujo se dispuso a trabajar, escuchó el tosido del Volkswagen “escarabajo” de su madre entrando en el garaje y cerró la puerta.

Ronald se dejó llenar por los ruidos domésticos que su madre producía en la cocina. Era poco diestra en el manejo de los utensilios o muy impulsiva. Su padre siempre se había burlado de su torpeza

—Para entrarle en vena a un recién nacido te sale a la primera,

pero para hacer una mayonesa rompes dos tazas. — Cosas así, bromas de cariño de las que ambos se reían. Le gustaba escucharla desde lejos pero no tenía ganas de hablar ahora y seguramente ella querría hacerlo. Contarle de su día en el hospital en el que trabajaba como pediatra, uno más de los hospitales públicos en los que había estado empleada con mucha carga y poco sueldo. Pero así eran sus padres, ingenuos médicos de izquierda que pensaban que la salud era un bien de interés social no comercializable. Para cuando su madre intentó comprar un consultorio en una clínica privada, el tiempo había transcurrido sin reconsideración y era inalcanzable. Ni hipotecando la casa accedía a la cuota inicial. Se le despertó la idea del consultorio privado cuando enviudó y la pensión de sobreviviente le vino definitivamente corta.

A Mariela le gustó Dinora. Le pareció que era una muchacha sana, una joven valiente, una ciudadana en estado de superación vía educación superior, y, a diferencia suya, con mucha habilidad para trasegar en la cocina, que con frecuencia compartían, porque como Dinorita no tenía familia en Caracas era permanente invitada de los almuerzos dominicales y posterior video de alquiler. A la abuela también le gustó porque era "una persona prudente y seria, — frase que usaba constantemente, y quedó tan parte de la familia que Ronald a veces tenía la impresión de que ya se habían casado. La verdad es que Dinora le había gustado desde el primer día; experimentó al verla lo más parecido a un deseo sexual, y simplemente dejó que los hechos se sucedieran hasta producir el estado de enamoramiento

—Un enamoramiento normal y corriente, —le había dicho a su madre cuando ésta le preguntó quién era la muchacha, descubierta su presencia en la penumbra por un cierre inesperado de la atención médica debido a una inundación producida por las lluvias que habían entrado sin piedad en gran parte de las dependencias hospitalarias

—¿Y eso qué quiere decir?, — insistió Mariela Cárdenas

—Eso es una cosa muy fácil de entender, — contestó sabiamente Ronald

—Únicamente, por una cuestión de respeto a tu abuela, a mí, y a la casa" -había dicho Mariela- "no quiero que estén juntos aquí, — petición imposible de complacer porque no había ningún otro lugar en donde pudieran estarlo. Ronald dijo que sí comprendiendo que su madre se quedaría tranquila con una falsa aceptación que salvara el respeto invocado.

No tenía ganas de hablar con su madre. Le contestó sin abrir la puerta que estaba demasiado ocupado y que ya había comido. No quería que su madre le viera la desazón que tenía en los ojos porque lo conocía demasiado bien como para dejarla pasar. No quería explicarle la presencia de Elvira Madigan, la absurda participación de

una mujer que había venido a revolver en la muerte de Andrés, y no quería volver al tema de Andrés, que a Mariela, víctima de un incurable espíritu de solidaridad, había preocupado mucho

—Eso es falta de comunicación familiar, —sentenció cuando supo la noticia. Ronald adoraba a su madre pero su capacidad inquisitiva y su intuición le parecían cualidades femeninas peligrosas

—No te metas en líos que no tienes nada que ver, —estaba seguro de que ésa sería su opinión si llegaba a saber que Dinora y él habían entrado en una imposible recuperación de las causas del suicidio de Andrés. Y para colmo Dinora estaba de mal humor con él.

Se acostó sobre la cama y se colocó los audífonos para escuchar su música preferida.

La penumbra se transformó en negro. Encendió las luces y salió de la habitación. Para su sorpresa Dinora y su madre se habían servido una copa de vino blanco, que acompañaba la preparación de un pasticho, y lo recibieron alegremente cuando entró en la cocina.

—No sabía que estabas aquí.

—Se me ocurrió venir.

—Dinorita, pásame la carne molida. Por cierto, Ronald, te llamó una amiga del instituto, no te quise avisar porque me dijiste que estabas muy ocupado. Un nombre extranjero, Madigan, ¿puede ser?

—Sí -saltó Dinora-, necesita unos apuntes que le vamos a prestar.

—Dijo que era urgente -insistió Mariela, enemiga de dejar para luego lo que se puede hacer ya.

—¡Qué urgente va a ser! La llamo más tarde. Se ve muy bueno ese pasticho. ¿Quieren que mientras tanto vaya a alquilar un video?

—Me recomendaron mucho “Los hijos de la calle, — es de unos niños pobres de Nueva York - sugirió Mariela.

—¡Ay mamá! ¡Tú y tus niños pobres! -se rió Ronald-, voy más bien a buscar algo divertido. Ya vengo.

Dinora y Mariela escucharon la tos habitual del Jeep antes de arrancar.

— Esa mujer no es ninguna amiga del instituto. No me mientan.

Dinora se quedó callada y al rato dijo:

—Doctora Cárdenas, ¿le ponemos un poquito de jamón?

Mientras tanto Elvira Madigan había recalentado un pedazo de pizza del día anterior y se lo comía mientras repasaba las notas de su conversación con los amigos de Andrés.

D.R. Joven de 21 años, la mayor de cinco hermanos. Familia de origen campesino, bajo nivel socioeconómico. Los padres de Dinora viven en Santa Ana, península de Paraguaná, una región deprimida. Rasgos esquizoides, sociabilidad apropiada pero tendencia a la desconfianza y encubrimiento de sus emociones. Alto nivel intelectual. Ironía defensiva.

Sentimientos de minusvalía encubiertos con arrogancia banal. Relató que los dos habían quedado desolados, desconcertados, heridos con su desaparición en un tono afectivamente disociado del contenido. Les había parecido incomprensible la decisión pero, al fin y al cabo, las personas no son transparentes. Ellos pensaban conocerlo muy bien y se había demostrado que no era así. Nunca hubiesen previsto ese fin, pero, ¿quién puede prever algo? Ella no había previsto, cuando era una niña en Paraguaná, que terminaría estudiando diseño en el mejor instituto de Caracas; que su padre iba a mover el cielo y la tierra para lograr de sus antiguos compañeros de partido una beca del gobierno regional para su hija, la más brillante estudiante que jamás pasó por el liceo Juan Crisóstomo Falcón de Coro; que su madre se iba a acordar de una lejana pariente que vivía en la capital, en el sector de Caricuao, área de clase obrera y media baja, al Oeste de la ciudad, y que iba a pedirle que le encontrara una habitación de alquiler a su hija mientras hacía sus estudios; que en esos estudios se iba a enamorar de alguien llamado Ronald Cárdenas y que habían terminado por solicitar una visa de inmigración al Canadá porque su mejor amigo, Andrés Saudi, los había convencido. Nada de eso había previsto cuando les dijo a sus padres que quería ser diseñadora gráfica.

Su lenguaje es particularmente controlado cuando recuerda su decisión de venir a Caracas, el momento en que sus padres estuvieron de acuerdo y se montó en el autobús de la línea “La Falconiana”; cuando la pariente de su madre que la recibió le recomendó la familia vecina que le iba a alquilar una habitación porque en su apartamento no cabía. En el relato se hace evidente el intento por ocultar la nostalgia de su hogar de infancia, del amor de sus padres y hermanos, del viento persistente levantando el polvo entre los cujíes

—¿No había nada más cerca?, —le preguntó su padre cuando le comunicó su propósito de irse a un país enorme y helado

—¿Y cuándo te volveremos a ver, hija?, —había suspirado su madre

—¿Y eso es muy frío?, — sus hermanos pequeños.

—No, no había nada mejor, —contestó ella, “pero no será para siempre.”

¿Para cuánto era? Habían pensado que podrían ser cinco años. Un tiempo suficiente para mejorar profesionalmente, aprender bien el idioma y ahorrar para regresar en otras condiciones. Resultaba difícil para ambos quedarse en Caracas. Ronald no quería seguir viviendo con su madre y su abuela; alquilar un apartamento, imposible; ejercer el diseño gráfico en Santa Ana de Paraguaná, irrisorio.

R.C. Nacido en Caracas, hijo de una pareja de médicos, tiene un hermano ocho años mayor, casado. Nivel intelectual medio. Carácter explosivo que intenta controlar. Tendencia depresiva. Sentimientos de

culpa con su madre, todavía en duelo por la muerte del marido. Vive con ella y la abuela paterna. Muy exigido por ideales de logro intelectual.

Tenía dieciséis años cuando el padre falleció en un accidente en fiel cumplimiento del deber. Había aceptado volar en un helicóptero militar para la atención de unas víctimas aisladas en una zona rural y un zamuro hizo colisión con el helicóptero poco antes de llegar al lugar de los hechos. El hospital le envió a la familia una placa conmemorativa del aprecio de sus compañeros.

Ronald no sabía qué debía sentir, si dolor o vergüenza, cuando explicaba lo del zamuro y escuchaba las risas mal escondidas de muchachos que, por ignorancia, se burlaban de que un pájaro tan pequeño pudiera hacer caer un helicóptero

—El que su papá se murió porque chocó con un zamuro, —fue su identidad durante ese último año de colegio

—¿Que qué? ¿Que los chocó un zamuro?, —y con esa nadería de la edad, que él mismo no podía criticar porque formaba parte también de su estilo, Ronald explicaba una y otra vez que un pájaro puede hacer caer a un aparato en vuelo por efecto de la velocidad desarrollada, hasta que un día solicitó la autorización para dibujar en la pizarra la trayectoria del impacto, como él imaginaba había ocurrido. Y

logró dos cosas: se acabaron las preguntas tontas y el profesor le comentó que era un dibujante muy hábil, lo que ya sabía. Pero ése fue un cambio poco sustancial. La alteración fundamental de su vida consistía en haber quedado solo, con su madre y su abuela, ya inválida y con signos de Alzheimer, en una casa progresivamente triste.

Su hermano mayor se había casado poco antes del accidente, de modo que Ronald había terminado como dueño absoluto de la penumbra, que en la infancia le gustaba y después lo llenaba de congoja.

En eso había aparecido Dinora, una muchacha de poca acogida en el grupo de “sifrinos” que estudiaba en el instituto. Se notaba a leguas su olor a “escasos recursos, —como decían algunos de los más generosos; su improvisación en aquel ambiente más o menos refinado, más o menos pedante; su rabia contenida ante el despliegue de lo que hasta entonces no había conocido, la complejidad de la alta clase media caraqueña. Decidió una política de silencio, de pasar desapercibida y limitarse a trabajar como una burra hasta llegar a ser lo que había prometido allá en Paraguaná: diseñadora gráfica. Ronald la había interceptado en sus propósitos de soledad. Comenzó por invitarla a unas birras, luego a llevarla a la playa en su arcaico Jeep, y finalmente a conducirla a la casa de la penumbra aprovechando los días de guardia de su madre.

Si la vida no era previsible, ¿por qué debían ellos haber anticipado que Andrés decidiera ponerle fin? Quedaría para siempre la incógnita de su acto. Pasado un mes de su desaparición se estaban acostumbrando. Se organizó un pequeño acto de homenaje en el instituto -al que, por cierto, la familia de Andrés no asistió-, y luego disminuyeron la frecuencia de las visitas al cementerio, y dejaron de hablar constantemente de él. Habían, pues, comenzado lo que sería un largo olvido. Ronald tenía veinte años y Dinora veintiuno. La vida sin Andrés sería casi toda. Andrés no se iría a ninguna parte, o mejor dicho se fue completamente.

Se detuvo en esa frase

—Se fue completamente. — El plan de emigrar había sido suyo, los convenció a los dos de marcharse con él, y luego “se fue completamente, — había subrayado Dinora. Ellos tenían pensado volver pero Andrés concebía una emigración a plazo indefinido, “luego transformó el plazo indefinido en uno definitivo”.

Eso había dicho Ronald.

7

— Buenos días. Quisiera ver a la Hermana Superiora -dijo una Elvira Madigan vestida de discreto tono ejecutivo y ligeramente enlutado.

— La Hermana María Cristina está ocupada en este momento. ¿Quién la solicita?

— Soy Victoria Saudi, la mamá de una antigua alumna.

Le dijeron que esperara y se sentó en una austera sala mirando de reojo una torpe pintura de la Virgen que entronizaba el espacio. Después de una larga media hora apareció la Hermana Milagros.

— ¿En qué puedo ayudarla?

— Pues verá, Hermana, disculpe que me haya presentado sin cita. Pero el caso es que mi hija Susana Saudi fue alumna del colegio hace muchos años.

Como usted quizá sabe, tuvimos hace poco una desgracia en la familia, perdimos a mi hijo, y hemos estado todos… (lágrimas), muy… (voz quebrada).

— Comprendo -dijo la Hermana Milagros con tono de "me doy cuenta de su dolor pero no dispongo de tiempo suficiente para enterarme de todos los detalles."

— Entonces, pensé que a Susana, que está tan deprimida, le hace falta volver al contacto de sus amigas, necesita el calor del compañerismo y se me ocurrió darle una sorpresa. Invitar a una reunioncita a las compañeras de su curso.

— Es una buena idea. Generalmente nosotras promovemos estos encuentros anuales, pero este año no ha sido posible por distintas causas. Sí, cómo no, es muy buena idea. ¿Y cómo está Susana? No hemos vuelto a saber nada de ella en este tiempo. Por cierto, discúlpeme que no la haya reconocido a usted.

— Ha pasado el tiempo, y además hemos tenido tantos problemas en esta familia. Recordará que cuando Susanita estaba chiquita su papá y yo estuvimos separados.

La Hermana Milagros tuvo un *flash back*. Hasta ese momento no había logrado localizar el rostro de Susana Saudi entre los miles que había llegado a conocer, pero aquel comentario la devolvió a una niña conflictuada y conflictiva, buena estudiante, poco confiable como persona.

— Pues usted me dirá en que la ayudo. Como le dije no vamos a celebrar este año los encuentros anuales. Tenemos una cantidad de situaciones difíciles, de financiamiento sobre todo, así que…

— Lo único que necesito es una lista de los nombres y teléfonos de

las compañeras de Susana. Yo me ocuparé de lo demás. Sí me gustaría saber quiénes eran sus mejores amigas, quizás usted lo recuerde.

La Hermana Milagros recordó que Susana Saudi era una niña de pocas amigas, pero le pareció antipático decirlo y trató de llenar el vacío. Las monjas tienen muy buena memoria.

— Estaba también Elena Fermín, excelente alumna nuestra, es profesora de ingeniería, Rosa María Sánchez, también muy buena, ganó un premio de arquitectura, Norma Agudo, Dulce Salgado…, y Judith Green Cabello, hizo un postgrado en los Estados Unidos.

Por un momento la Hermana Milagros dudó.

—¿Cómo me dijo su nombre?

— Victoria Saudi, Verrazano de Saudi. El papá de Susana es Alberto Saudi.

— Trataré de hacerle llegar la lista tan pronto pueda pero tenga en cuenta que con frecuencia las exalumnas no comunican sus cambios de dirección, y después de varios años la mayoría se han casado o se han mudado.

— No se preocupe, Hermana. Con un pequeño grupo será suficiente.

Ésta es mi dirección electrónica, y de paso le actualizo nuestro teléfono.

Cuando Elvira Madigan salió, la Hermana Milagros regresó a su oficina y llamó a la secretaria.

— Ismenia, por favor, ¿me puede usted buscar el archivo de Susana Saudi Verrazano? No recuerdo el año de graduación.

Enfrascada en la tortuosa contabilidad que le correspondía llevar, la Hermana Milagros no la escuchó entrar. Ismenia, con más de veinticinco años en el colegio, había adoptado el paso silencioso de las religiosas y usaba zapatos de goma. Temía los resbalones a su edad. Hurgó en los archivos y al rato volvió con una carpeta.

— Aquí lo tiene, Hermana. Saudi Verrazano, Susana. La niña ingresó en preescolar y se graduó en 1988.

— Si no está muy ocupada saque una lista de los nombres de las alumnas de esa promoción con sus teléfonos y lo envía a este correo electrónico. Copie los que encuentre, ah, y cambie de una vez el de Susana Saudi por el nuevo que nos dejó su mamá.

La Hermana Milagros no tenía más tiempo para perder en las profundidades de la familia Saudi.

Había cumplido treinta años en el colegio de la Inmaculada Concepción. Tomando en cuenta que salió del noviciado a los veintidós, era una vida viendo niñas crecer, padres madurar, profesoras envejecer, monjas morir. Durante mucho tiempo su vocación docente había sido recompensada por la gratitud de las alumnas y sus familias, por el orgullo de ver a sus niñas entrar en la

universidad y ocupar en ocasiones posiciones importantes; de allí había salido hasta una ministra. La Hermana Milagros, como directora de secundaria, se había negado a que sus niñas se especializaran en ser amas de casa. Pero últimamente estaba cansada. Aburrida de tolerar impertinencias de los supervisores del Ministerio de Educación, de pelear con unas cuentas que nunca cuadraban, de padres protestando los aumentos de tarifas, de maestras enguerrilladas, de filtraciones en las cien veces reparadas paredes, de colombianos que se decían jardineros, de vecinos quejándose a la Alcaldía por las colas de los automóviles que cerraban el paso a las horas de salida, de muchachas que no tomaban en cuenta sus consejos. Estaba sobre todo hastiada de ejercer una labor por la que ya no tenía entusiasmo, de tratar de educar a unas niñas por las que ya no sentía cariño junto a otras mujeres con las que ya no compartía solidaridad. Algo había desaparecido de su vida, quizá la fe o la esperanza o la caridad. O las tres cosas.

A la Hermana María Cristina la conocía desde el noviciado, desde entonces eran amigas íntimas, y así, en esos términos, le había pedido permiso para trasladarse a la residencia que la orden tenía cerca de La Victoria, donde vivía su madre, pero su superiora había dicho un no terminante.

— Quiero acompañar a mi madre, este año cumple ochenta.

— Cuando se entra aquí no hay madre ni padre ni más nada. Lo sabes de sobra.

— Por un tiempo, necesito descansar y luego regreso.

— No insistas, Milagros, no insistas.

— Me dirigiré a la Madre Provincial.

— Hazlo si quieres, no te va a levantar el voto de obediencia.

— Cris, no seas jodida. Ya no puedo más.

— Te necesito aquí, ¿o quieres que cerremos esta vaina?

La Hermana Milagros se había resignado, levantar una querella contra su mejor amiga, su única amiga quizá, le parecía añadir más cansancio al que sentía tocarle los huesos. Es un pecado de soberbia, pensó, creer que yo sé lo que me conviene en vez de aceptar los caminos del Señor.

Escuchó las campanadas del reloj del pasillo y se dirigió a la capilla. Al entrar se cruzó con la Hermana María Cristina

—Rezaré por usted, Hermana, para que Dios le perdone su soberbia”

—Gracias, — contestó la Hermana Milagros, “yo rezaré también para que le perdone su terquedad. —Se sonrieron y ocuparon sus puestos en los bancos. Una novicia entonó el canto y se dejó a sí misma descansar, la muchacha tenía bonita voz. Una jornada más en aquella rutina que la devoraba. Sin embargo hoy la rutina se había

roto con aquella visita improvisada de la madre de una antigua alumna. Trató de hilar algunos recuerdos, los cursos se parecían tanto unos a otros, que, pasado un tiempo, las peculiaridades de las niñas se iban perdiendo, las anécdotas desvaneciendo.

El curso de Susana Saudi, ¿qué había tenido de especial? La novicia terminó el canto y comenzaron el rosario. La Hermana sacristana encendió las velas del sagrario. Ese momento era el que más le agradaba cuando era niña. Ver cómo se encendían y apagaban las velas del altar. María Eugenia Alonso, recordó.

Esa fue la desafortunada promoción en la que perdieron una niña en cuarto año

—Si es suicidio o no es suicidio no lo sé -había dicho Cris-, pero tú, como directora de secundaria, vas a decir que fue un accidente. — Un curso problemático. María Eugenia Alonso, muerta a los dieciséis. Norma Agudo, también problemática, siempre esparciendo rumores y chismes. La hija del inglés, Judith Green Cabello, en guerra contra Susana Saudi porque inventó lo de Pelo Verde en primaria y nunca se lo quitó de encima. Susana Saudi, hija de separados, abandonada por la madre, el dolor de cabeza de la psicóloga.

¿Quién más había? Elenita Fermín, una alumna sensata y colaboradora, la mejor del curso. Era un consuelo.

Terminado el rezo la Hermana Milagros se dirigió a su cuarto y esperó a que todas las luces se hubieran apagado, bajó a las oficinas y cerró la puerta con llave. Revisó en los viejos archivos de metal hasta que encontró lo que buscaba. No hay duda de que la Iglesia ha sido siempre muy eficaz en la conservación de documentos, se dijo. Allí estaban los álbumes de fotografías que anualmente registraban los cursos y otras efemérides

—Merienda a beneficio de la compra de una computadora, 1986. Madres de nuestras alumnas de tercer año. — Victoria Saudi, entre otras madres, conversaba animadamente en aquella fastidiosísima reunión a la que había acudido a escondidas de su hija que se negaba a que fuese nunca al colegio. La Hermana Milagros miró una y otra vez la foto debajo de la cual se leía, “de derecha a izquierda, en primera fila, Victoria V. de Saudi. — Han pasado muchos años, pero, cómo ha cambiado. No se parece en nada. Quizá se ha hecho alguna operación estética. ¿Y por qué tiene un acento extranjero? Le daba vueltas a la foto, la puso debajo de la lámpara y se ajustó los lentes. Esta mujer no es la misma. ¿Quién es? Tomó una decisión impulsiva. Buscó el antiguo teléfono de Susana Saudi, segura de que Ismenia se habría limitado a tacharlo a mano y a escribir encima el nuevo.

— Es la Hermana Milagros. Quisiera hablar con la señora Victoria de Saudi.

— Soy yo. ¿De parte de quién me dijo?

— La Hermana Milagros, del colegio.

— ¿La Hermana Milagros? ¿De qué colegio?

Victoria Saudi colgó con impaciencia. Esperaba una llamada importante y le salía un colegio de monjas. La Hermana Milagros disipó sus dudas. Pensó que estaba en la obligación de contarle a Cris lo ocurrido pero decidió no hacerlo. No se lo merecía. Dejaría que a la Hermana María Cristina se la comiera el hastío, como a ella.

Un colegio de monjas es un hervidero de secretos, lo sabía muy bien.

Buscó el archivo "confidencial, —sólo abría con dos llaves, la suya y la de la Hermana Superiora. Allí estaban los informes psicológicos, además de otros reportes privados. El expediente de Susana Saudi era de los más abultados.

Desde niña había sido permanente asistente del consultorio de la psicóloga. La licenciada Delgado terminaba siempre sus escritos con la misma recomendación: "Se sugiere estudio clínico con un profesional privado".

Revisó año por año hasta que una omisión le llamó la atención.

Desde preescolar hasta el primer trimestre del cuarto año de bachillerato, infatigablemente Magda Delgado había consignado su exploración de la alumna Saudi V, Susana. En el segundo trimestre del quinto año anotaba que la alumna había superado algunas dificultades con las asignaturas de Castellano e Historia, demostrando muy buen desempeño en Ciencias de la Tierra y Matemáticas, y luego, en el informe final de Julio de 1988, se registraba que había sido aceptada en el examen de admisión de la escuela de ingeniería de la Universidad Simón Bolívar. La Hermana Milagros repasó cuidadosamente las fechas. No había duda, faltaban los informes de abril 1987 a abril 1988. Un año completo. Puede ser que no la entrevistara durante ese tiempo. Revisó otras carpetas para comparar. Efectivamente, en todas había lapsos vacíos. Sin embargo, era extraño. Una alumna explorada trimestre a trimestre durante once años era una alumna problema. Una alumna fichada. Una alumna detectada. ¿Qué había ocasionado que la licenciada Delgado dejara pasar en blanco un año? ¿Una mejoría en su comportamiento?

¿Exceso de trabajo? Todas las psicólogas que habían pasado por el colegio se quejaban de que no tenían suficiente tiempo para controlar a tantas alumnas, y de que, además, éstas rehuían las citas siempre que podían, pero Magda había sido una persona muy eficiente y muy querida por las niñas. Lamentablemente dejó de trabajar en el colegio porque aspiraba a un mayor sueldo. ¿Cuándo? La Hermana Milagros recordaba que hacía bastante tiempo de eso, pero la coordinación de personal no le correspondía. Hojeó los expedientes del año siguiente. En 1989 la psicóloga tenía otro nombre. Quería decirse que ese año, el

de la promoción 88, fue el último de Magda Delgado. Otra casualidad.

Volvió a los informes de Susana Saudi. En el del primer trimestre de cuarto año había una anotación a mano

—Enviada copia del informe a los padres. — Leyó el informe escrito en la habitual jerga psicológica. Al final aparecía la siguiente conclusión: “Se observa la presencia de rasgos paranoides y tendencia a la fabulación. Se recomienda con urgencia tratamiento psiquiátrico. — De allí Magda Delgado pasaba a los éxitos y superaciones de Susana Saudi sin otra alusión a su diagnóstico anterior. Quizá ya estaba pensando en retirarse del colegio y había perdido el interés por el trabajo.

Guardó cuidadosamente todas las carpetas y salió. Atravesó el pasillo oscuro sin encender la luz como parte de la política de ahorro. Pasó por delante de la habitación de la Hermana María Cristina y tocó la puerta.

— Te quería preguntar algo, ¿tú has vuelto a saber algo de la licenciada Delgado?

La Hermana María Cristina se sorprendió con aquella pregunta desencajada.

— ¿Y por qué te acuerdas de ella ahora?

— Por nada, pensé en ella por casualidad. La echo de menos, era muy buena profesional. Esta muchacha que tenemos ahora, no sé, me parece muy frívola. Como si nada le importase. En cambio la licenciada Delgado siempre estaba muy pendiente de todas las niñas.

— Escuché decir que está en un colegio nuevo, de esos para fabricar líderes. Si estás pensando en volverla a contratar, olvídalo. Debe estar ganando un sueldo muy superior al que nosotras pagamos.

— Seguramente. Buenas noches.

La Hermana María Cristina regresó a *Gómez, el tirano liberal*. Le encantaban los libros de Manuel Caballero.

No había tantos colegios nuevos de lujo en el panorama. En la segunda llamada le confirmaron que, efectivamente, la licenciada Delgado trabajaba allí pero solamente en las mañanas.

— Dígale que es la Hermana Milagros, del colegio de la Inmaculada Concepción, que la volveré a llamar.

No fue necesario. Al día siguiente Magda Delgado devolvió la llamada.

Siempre había sentido mucho agradecimiento por las monjas, es verdad que el sueldo era muy bajo pero habían aceptado a su hija sin cobrarle las mensualidades y haciendo caso omiso de que no era producto de un matrimonio religioso; de ningún matrimonio, en realidad

—La madre es católica -había defendido la Hermana Milagros-, tiene derecho a la educación religiosa de su hija”

—Y, si es tan católica, ¿por qué tuvo una hija fuera del matrimonio?” La Hermana Milagros había peleado duro con la superiora de entonces, una mujer de ideas arcaicas

—Somos religiosas postconciliares -le había argumentado-, hasta cuándo esa ridiculez de que las alumnas tienen que ser hijas de matrimonios religiosos. — La conversación telefónica fue breve, demasiado ocupadas las dos, y concertaron un encuentro. La Hermana Milagros quería hacerle una consulta muy especial.

— Me he puesto a recordar cosas, Magda. Usted sabe que después de los cincuenta la vida es más el pasado que otra cosa, y para ir al grano le diré de una vez que estuve revisando sus informes. No hemos tenido una psicóloga igual desde que usted se retiró de aquí. Pude comprobar el seguimiento tan detallado de la evolución de cada caso, lo pendiente que estaba de todas las alumnas. Y me acordé de una de ellas en particular, de la promoción 88, esa promoción tan triste en la que perdimos a una niña en cuarto año. ¿La recuerda?

El rostro de Magda Delgado adoptó la opacidad profesional.

— Por supuesto, María Eugenia Alonso, la muchacha que se mató en un accidente.

— Exactamente. Siempre rezo por ella, pero la alumna por la que le pregunto es otra. Susana Saudi. Una niña bien problemática, su expediente tiene más informes que ninguno.

— Sinceramente, Hermana, me va a perdonar la falta de memoria. Si usted cumplió cincuenta, yo voy para cincuenta y ocho.

— Usted se acuerda de ella, Magda, estoy segura de eso. He revisado todos los informes de los últimos cinco años en que trabajó con nosotras.

Sólo recomendó tratamiento psiquiátrico en tres casos, uno el de Saudi.

— Es posible, hace mucho tiempo, no recuerdo por qué lo recomendé.

— Por lo que aquí dice.

Sacó de la gaveta la carpeta y leyó las conclusiones del último informe en el que recomendaba urgente tratamiento psiquiátrico.

— Sí, efectivamente, ese informe es mío, bueno, no sé qué decirle, Hermana, será que vi en ella problemas importantes.

— Por supuesto que los vio, lo que quiero que me diga es cuáles eran esos problemas. Porque esos problemas siguen. Hace unos días vino a verme una mujer, se hizo pasar por su madre y me pidió la lista de nombres y teléfonos de sus compañeras para reunirlas y darle una sorpresa a Susana.

¿Sabe cuál era el supuesto motivo de esa reunión? Que un hermano de Susana murió hace poco y la reunión era para ayudarla en su depresión. Esa mujer no era la señora Saudi, lo pude comprobar.

¿Quién era? ¿Qué se propone?

Probablemente no lo sepa nunca pero me obligó a pensar, a recordar, busqué los archivos y me encontré con su informe, Magda. Un informe en el que usted diagnosticó síntomas graves, envió copia a los padres y hasta el año siguiente no la entrevistó más. Luego reportó que todo iba muy bien, que la muchacha había ingresado en una de las universidades más selectivas del país, y después, en esas vacaciones, usted definitivamente nos puso la renuncia.

— Yo vi la muerte de ese muchacho en la prensa. Cuando leí la invitación al entierro me di cuenta de que era hermano de Susana. En el periódico no decía más nada, pero Patricia, que por cierto le manda muchos saludos, es reportera de sucesos en un vespertino. Allí decían que el joven se había arrojado desde la terraza de un *penthouse.*

Magda Delgado no aportó otros detalles importantes.

— Bueno, Hermana, la llamaré otro día para conversar. Y muchos saludos a la Hermana María Cristina, y a todas, a todas las Hermanass las recuerdo con mucho cariño.

Se despidieron afectuosamente pero la Hermana Milagros tuvo la sensación de que Magda no la volvería a llamar. Patricia Delgado, la hija de la psicóloga. La había olvidado por completo. Una niña muy callada, excesivamente tímida, avergonzada, quizá. No demasiado buena estudiante.

Tuvo que esperar a 1982, a los doce o trece años, para que el Código Civil le permitiera llevar los dos apellidos maternos dando así fin al infamante uso de un solo apellido. ¿Tan desmemoriada estaba Magda Delgado que se había olvidado de que su hija pertenecía también a la promoción del 88? Ésa había sido la causa de una maledicencia más de las muchas que tuvo que soportar su madre. Algunos padres consideraban inapropiado que la psicóloga fuese madre soltera. Infinitas discusiones hasta que venció de nuevo la Hermana Milagros. Cuando Magda Delgado se retiró del trabajo las acusaciones volvieron

—Como ya se le graduó la hija, no le interesa seguir aquí. —Patricia Delgado era ahora periodista y era obvio que la noticia del suicidio de Andrés Saudi la había cubierto ella.

Se encaminó a la capilla y se arrodilló a rezar. La Hermana Milagros se preguntaba si había perdido la vocación. Desde que había recibido la visita de aquella extraña mujer no pensaba en otra cosa que no fuesen los posibles motivos de tan insólita circunstancia. Se sentía perdida en una vía abierta que la llevaba por caminos igualmente desconocidos, pero no podía dejar de pensar en ellos. Su trabajo, su verdadera misión, le resultaba intolerable. El aburrimiento de su rutina, imposible. Y en cambio aquella intriga le había devuelto un interés, una vivacidad, una capacidad de actuación que siempre la

habían caracterizado y que lentamente la habían abandonado en los últimos tiempos. Analizó su conciencia y llegó a la conclusión de que nada maligno se deducía de su curiosidad. Lo ocurrido era algo raro, las situaciones raras despiertan curiosidad en los seres humanos y ella era un ser humano. Por otra parte, una intuición, un presagio, le hacía sentir que el caso Susana Saudi estaba inconcluso. Repasó una vez más los detalles y dedujo que el Señor la llamaba a saber más del asunto, que algo se esperaba de ella en el tramo final de su vida de educadora. Reconfortada con esa consideración marcó el número que le había dejado la falsa madre de Susana.

Elvira Madigan reconoció su voz y la saludó con toda la amabilidad que suponía era propia de Victoria Saudi. La Hermana Milagros quería saber cómo había funcionado la convocatoria de exalumnas, y añadirle un nuevo teléfono que había podido encontrar, el de Magda Delgado, la psicóloga que conoció a Susana por doce años.

Le agradeció el dato y colgaron. Elvira Madigan revisó el listado y vio que el número que le acababa de dar era exactamente el mismo que aparecía al lado del nombre de Patricia Delgado. Quiere decirse que la monjita lo subraya.

8

Madga Delgado estaba ya despierta cuando Patricia llegó en la madrugada. Le preparó el desayuno y le preguntó lo mismo que le preguntaba todos los amaneceres de guardia.

— ¿Y qué de particular? ¿La noche muy movida?

— No, tranquilita. Una sola llamada, que había un incendio en una fábrica de Boleíta, y resultó uno de esos locos que no hallan qué inventar.

Hubo una pausa mientras Magda sacaba el pan de la tostadora.

— No te comenté que esta semana estuve con la Hermana Milagros. Me llamó para que la fuera a visitar, quería hacerme una consulta.

Patricia extendió la mantequilla sobre la tostada.

— ¿Ah, sí? ¿Y eso tan raro? Hace años que no llamaba nadie del colegio.

— Parece que estaba preocupada por una compañera tuya, la Saudi. La hermana del muchacho…

Patricia se acercó a la nevera y se sirvió un vaso de jugo.

— Preocupada, ¿por qué?

— No sé, cosas de las monjas.

— Se preocupan de las exalumnas.

— Hija, ese tono de amargura no te hace bien.

— Tú sabes una cosa, yo he pensado muchas veces que tú cometiste un error conmigo.

— ¿Me vas a reclamar otra vez lo de tu papá?

— No, el error no es ése sino haberme hecho estudiar en ese colegio. No fuiste buena psicóloga conmigo. No mediste bien.

— Te he explicado mil veces que era uno de los mejores colegios de la época, ahora parece que se ha deteriorado mucho el nivel pero entonces tenía uno de los índices más altos de ingreso universitario. Te aceptaron en Comunicación Social en la Universidad Católica, es algo, ¿no? Oye, se me olvidaba, llamó Emilio, que no va hoy al periódico porque tiene pauta en Maracay.

— Me gradué y lo que he conseguido son unos trabajos de mierda.

Estos diálogos se repetían con frecuencia. Patricia se fue a dormir y Magda pensó que no le diría que la Hermana Milagros la había llamado por segunda vez

—Quería decirle que he estado rezando mucho por Susana Saudi y el Señor me hizo comprender que tenía el deber de ayudarla. Le di su teléfono a esta mujer que se hace pasar por la madre de Susana, probablemente es alguien a quien hablar con usted, que tan bien la

conocía, le será muy útil”.

Magda Delgado recibió una llamada esa tarde pero la voz no se identificó como madre de nadie.

— Soy la doctora Madigan, psiquiatra. Tengo mucho interés en discutir con usted un asunto profesional, se trata de una antigua alumna del colegio de la Inmaculada Concepción, allí me dieron sus datos. ¿Cómo anda usted de tiempo? Pensé que podíamos hablar por teléfono, porque supongo que usted también estará muy ocupada, pero me pareció que no sería lo mismo, yo podría encontrarla en su lugar de trabajo. Si tiene libre la hora de almuerzo podríamos utilizarla para esto. Por cierto, queda claro que esa conversación tanto para usted como para mí genera honorarios.

—Usted sabe, Magda, los caminos del Señor son incomprensibles –le había dicho la Hermana Milagros-, si esta persona necesita averiguar acerca de Susana y utilizó esa excusa, por algo será. — Magda Delgado conocía muy bien a las monjas, cuando daban órdenes difíciles provenían de los designios divinos.

Se dirigió al estacionamiento del colegio y buscó su chatarra abandonada en medio de los lujosos automóviles nuevos. Una mujer se le aproximó.

— Si quiere podemos ir a la cafetería del colegio. A esta hora ya los alumnos han salido. No me podré demorar mucho, tengo varias cosas pendientes para la tarde…

— No, yo tampoco, usted sabe que las citas de un psiquiatra son muy estrictas.

Entraron en la cafetería, recorrieron el mostrador del autoservicio y escogieron una mesa frente a la ventana. El lugar tenía el aspecto de un *col ege* y Elvira Madigan hizo algunos comentarios acerca de la importancia del ambiente físico para el mejoramiento de la motivación del alumno.

— Tengo entendido que Susana Saudi fue paciente suya. Ahora la familia me ha encargado de su tratamiento porque está muy deprimida a consecuencia del suicidio de un hermano. Sin embargo, rechaza el tratamiento de modo que no he podido entrevistarla, y les dije a los padres que si ella no colaboraba siquiera en asistir a una cita no era posible hacer nada, pero ellos insisten.

Están verdaderamente preocupados. Me sugirieron que hablara con usted que la conoció muy bien para intentar otra estrategia de acercamiento. No la he visto, como le digo, pero tengo la impresión de que su estado psicológico es serio.

Elvira Madigan le hizo entrega de un cheque por una cantidad que representaba una semana de trabajo de Magda.

— Es gente con medios, el trabajo no se puede regalar -dijo con una sonrisa de complicidad.

Magda lo miró con indiferencia, pensó, con este dinero inesperado completo la lavadora nueva. Elvira vio como dolorosamente se alejaba para siempre su proyecto de renovar la computadora.

— Pues, en primer lugar, debo decirle que Susana Saudi no fue paciente mía. Soy psicóloga escolar y mi función es atender a la evaluación y asesoramiento de los alumnos en términos generales. No me dedico a trabajar con casos individuales.

— Sin embargo, pienso que cuando se produce un estado tan severo como el que parece presentar esta joven, es de suponer que hubo problemas en la infancia. No sé si usted comparte la orientación psicoanalítica.

— La verdad es que tengo pocos conocimientos. Pero sí, ciertamente, Susana fue una niña problemática.

Magda Delgado quedó en silencio y se concentró en el sándwich de atún con ensalada.

— Fue una niña problemática -continuó-por varias razones. Primero, tenía muy malas relaciones interpersonales, era bastante rechazada por las compañeras y, a la vez, muy admirada. Ella se quejaba de que la envidiaban.

No tuvo muchas amigas, quizá por su manera de irritar a las personas. Por ejemplo, el caso de una niña, Judit Green Cabello, Susana le puso el apodo de “Pelo Verde” y eso fue un motivo de burla contra esa chica que duró casi todo el bachillerato. No lo he podido olvidar porque esa tontería se transformó en un verdadero dolor de cabeza. La madre de Judit llegó a decirme que o yo detenía aquello o ella retiraba a su hija del colegio. Segundo, Susana era una niña con tendencia a fabular. Inventó, por ejemplo, que la madre había muerto cuando en realidad lo que ocurría es que estuvo separada del padre y no vivió con ella hasta la adolescencia.

Elvira Madigan aguzó los oídos.

— Tuvo una infancia difícil.

— Sí, podría decirse eso, pero otras alumnas también tuvieron infancias difíciles -dijo Magda pensando en su propia hija -. A raíz de la separación de sus padres pasó a vivir con una tía que falleció.

— ¿Qué edad tenía cuando ocurrió esa muerte?

— Unos siete u ocho años.

Los oídos de Elvira Madigan se abrieron aún más.

— Murió de cáncer. Una lesión cancerosa del cuello uterino. Lo sé porque Iraida, Iraida Saudi, hermana de su padre, era la persona que se ocupaba de Susana, la que venía a las citas y a las reuniones de padres y representantes. Ella misma me había comentado que se había hecho un control y su pronóstico era totalmente favorable. Sin embargo, poco después murió. Era bastante joven y tenía poco tiempo de casada. Fue muy trágico porque el cáncer se descubrió cuando se

hizo unos exámenes porque no lograba quedar embarazada. El viudo se casó de nuevo y enseguida tuvo un hijo.

— Un estado depresivo, sin duda. Es muy significativo. Hoy en día la incidencia del factor genético es aceptada por todas las escuelas psiquiátricas.

— Yo lamenté mucho su muerte y, sinceramente, me sorprendió. Era una mujer muy positiva, poco dada a la depresión. Ahora, en cuanto a Susana…

— ¿Recuerda si comenzó a fabular sobre la muerte de la madre después de este duelo? Ha debido ser tremendo para ella perder a la persona que sustituía la función materna.

— Ella siempre tuvo versiones fabuladas acerca de la madre, pero no puedo recordar si inventó lo de su muerte después o antes de esta circunstancia. Creo que fue antes. El padre decidió entonces que pasara a vivir con otra hermana, y luego con una tercera. Esto era un problema que yo conversaba mucho con él, me parecía inadecuado que cuando los padres se unieron de nuevo, y nació un hermano, no recuperaran a la hija mayor. Pero así fue. Yo creo que Susana empezó a vivir con sus padres cumplidos los catorce.

Elvira Madigan miró el reloj y recordó que debía estar a las tres en su consultorio. Magda Delgado le había dado más información de la que suponía, y ambas se despidieron prometiendo estar en contacto si el tratamiento de Susana Saudi lo requería.

Así que, Susana, en el breve recuento de tu infancia me mentiste varias veces. Cuando llegó a su apartamento encontró varios mensajes titilando en la contestadora. Uno de la licenciada Magda Delgado.

—Olvidé mencionar algo importante que quizá no sabe. En la promoción de la persona de la que estuvimos conversando, se produjo una muerte. Una joven que falleció en un accidente (pausa) que (pausa) la muchacha murió”.

Elvira Madigan retrocedió la cinta varias veces. Había un cambio en el tono de la voz al decir esa frase. Continuó escuchando.

—…un accidente que (pausa) la muchacha murió (pausa)”.

Volvió a retroceder la cinta. Había un cambio en el tono y también en la cuidada sintaxis de la licenciada.

—Espero que le sea útil. Hasta luego, —terminaba el mensaje.

Elvira Madigan esperó pacientemente hasta que su anticuada computadora bajara los correos electrónicos. A lo mejor Ronald me la puede revisar, creo que tiene un virus. Imprimió y marcó los nombres que la monja había mencionado. Se detuvo en uno que le llamó la atención porque al lado aparecía una cruz, María Eugenia Alonso. Ésta debe ser la del accidente.

Desde luego que el mensaje de la psicóloga es útil. Como le había advertido la Hermana Milagros, muchos números estaban

desactualizados; de una lista de veintiocho solamente siete eran localizables, o al menos sus familias seguían viviendo en el mismo lugar. Marcó el número de Judith Green Cabello, algo le decía que tendría suerte.

Judith Green no vivía ya en aquella casa, pero su padre le aseguró que le daría su mensaje, generalmente lo llamaba después del trabajo, hacia las seis. A las seis Elvira Madigan se acostó en la cama con una novela de Amanda Cross mientras esperaba la llamada. La puntualidad inglesa debe servir para algo. A las seis y veinte Judith Green se mostró muy sorprendida de ser solicitada a propósito de Susana Saudi. No la había vuelto a ver desde que salieron del colegio

—¿Cómo está Susana?, — preguntó en un tono del que nada se podía deducir. Elvira Madigan repitió la historia esperando conmoverla pero no lo logró.

— Sinceramente, Sra. Saudi, no estoy nada segura de ese encuentro, todo el mundo está muy ocupado.

— A lo mejor es muy brusco lo que estoy proponiendo, es lo que me quieres decir, amigas que tienen años sin verse y reunirse de pronto en una situación tan triste.

— Sí, eso es lo que quiero decir -mintió Judith.

— No sé si para ti sería mucho pedir que nos viéramos un rato, cuando tú estés disponible. Susana siempre te ha mencionado como una de sus mejores amigas, y está tan deprimida. Yo necesito (llanto) hablar con alguien que la haya conocido desde niña. ¿Crees que puedas darme unos minutos?

Prometo no quitarte demasiado tiempo.

Judith Green no pudo zafarse de aquel tono materno desgarrado y accedió a citarse con Victoria Saudi al día siguiente, en el centro comercial donde estaba su oficina. ¿Por qué la mamá de Susana tenía acento gringo?

Elvira Madigan se presentó vestida de Elvira Madigan. Pensó que continuar el engaño sería contraproducente, además era obvio que Judith Green no apreciaba a Susana, y que probablemente ninguna otra de la lista la apreciaba. Eso es lo que había querido decirle al mostrarse reticente con respecto a la reunión de exalumnas. Judith estaría sentada en el Café Mediterráneo y llevaría una revista de arte, ésa era la contraseña sugerida por ella misma. La revista Contemporary de la cual era coordinadora editorial.

Cuando se acercó a ella, Judith se levantó muy cortésmente y le dijo:

— Encantada de saludarla, señora Saudi.

— Mi nombre es Elvira Madigan.

— Discúlpeme entonces, estaba esperando a otra persona.

— Me estás esperando a mí y ése es mi nombre.

El rostro de Judith Green Cabello cambió de color. Su piel muy fina transparentaba fácilmente sus emociones. Hacía tiempo que había dejado de ser Judith Pelo Verde, apelativo con el que las niñas del colegio de la Inmaculada Concepción, capitaneadas por Susana Saudi, se burlaban de ella; hacía tiempo que era una respetada editora de arte con una maestría en arte contemporáneo en Yale; hacía tiempo, pues, de que las cosas marchaban de otra manera.

— Si te hubiese citado con mi verdadero nombre no hubieses aceptado el encuentro.

— Salta usted a las conclusiones. Mi trabajo me hace citarme constantemente con personas desconocidas.

— Pero no para hablar de una antigua compañera de colegio. Igual hubiese tenido que mentir en algún punto.

— Es cierto. Si quiere que hablemos, primeramente dígame quién es usted y cuál es el propósito de la conversación.

— Me llamo Elvira Madigan, soy psiquiatra y trabajo en los motivos del suicidio de Andrés Saudi, el hermano de Susana. Creo que tú puedes ayudar.

La piel de Judith Green cambió nuevamente de tono.

— No sabía que Susana tuviera un hermano, cuando estudiábamos en el colegio era hija única o eso dijo. Así que menos sabía que ese joven se hubiera matado.

— No es hija única. Después de que sus padres se reconciliaron de una larga separación nacieron dos hermanos. Andrés, el que murió, y Verónica, dos años menor.

— Siempre dijo que era huérfana de madre, que su mamá había muerto cuando ella era muy chiquita. Bueno, no me extraña nada. Susana era una mentirosa compulsiva-. El color de la piel de Judith había vuelto a un blanco mate.

— El suicidio de este muchacho es francamente incomprensible. Trato de encontrar las posibles razones.

— ¿Le está pagando la familia?

— Ni un centavo. Forma parte de una investigación científica absolutamente privada.

¿Sabe qué? Cuando termino mi jornada de trabajo suelo ir al gimnasio un rato y después me voy a mi casa a completar lo que queda pendiente. La revista que coordino cuesta millones y sus propietarios aspiran a que produzca millones. Quiero decirle con esto que no puedo perder tiempo. No conozco ninguna actividad que se emprenda por razones distintas a las de su posible retorno.

— Estoy reuniendo casos suicidas, necesito al menos veinte, y la mayoría de la gente tiene muchos prejuicios sobre el tema, de modo que no es nada fácil. Es un proyecto de investigación para la Universidad de Toronto. Me gradué allí y quiero volver. Con esta

investigación puedo solicitar una ayuda financiera que me permita sobrevivir un tiempo. El índice de suicidios es bastante alto en Canadá y es un objetivo interesante para ellos. ¿Complacida?

— Entiendo su interés pero para mí sigue siendo una pérdida de tiempo.

— Tú fuiste una víctima de Susana Saudi. Por eso no estás perdiendo el tiempo.

El blanco mate pasó a rojo encendido. La piel de Judith era un marcador de sus estados de ánimo que ni el mejor maquillaje lograba ocultar.

— Todas fuimos víctimas de Susana Saudi. Era una persona odiable, no movería un dedo para ayudarla. Acepté la conversación con la supuesta mamá porque entendí que se trataba de otra cosa. Para nosotras la mamá de Susana había muerto. Esta llamada de ultratumba me pareció más que sospechosa.Francamente pensé que era alguien tratando de vengarse de Susana con una broma macabra, por eso accedí a este encuentro.

— Las monjas sabían que Susana no era huérfana.

— Las monjas siempre saben todo. El día de la graduación la mamá de Susana no vino y ella lloró amargamente. Nos arruinó el día haciéndonos ver cuán triste era ser una huerfanita en ocasión tan memorable. No sé cómo se las arregló para que su madre no asistiera, pero, evidentemente, quería que siguiéramos creyendo en su muerte.

— Ese día de la graduación, ¿qué más ocurrió?

— En realidad fue un acto muy triste. Las monjas insistieron en que estuviesen presentes los padres de María Eugenia y eso marcó las cosas. María Eugenia Alonso murió el año antes de graduarnos.

Elvira Madigan miró fijamente a Judith.

— ¿De qué murió?

— Las monjas trataron de darle otro giro a los hechos pero la muerte de María Eugenia fue un suicidio.

La voz de Judith era la de alguien que hubiese estado esperando toda la vida la ocasión de decir aquello.

— ¿También incomprensible?

— No sé si hay suicidios comprensibles.

— Quiero decir que si había motivos que explicasen ese acto.

— Las monjas dijeron que había sido un accidente provocado por imprudencia. La versión oficial es que María Eugenia no sabía manejar bien y estaba conduciendo el automóvil de su padre a alta velocidad en un pavimento mojado.

— Suena plausible.

— Suena plausible pero es incierto. María Eugenia manejaba muy bien.

Yo salí con ella muchas veces. Era mi mejor amiga. Es verdad que

no había sacado la licencia, teníamos dieciséis años, pero era una buena conductora y no era ninguna loca para ir a una velocidad incontrolable. Y ese día no llovió.

Las monjas cayeron en cuenta de que la excusa de la lluvia era débil, que si llovía en esa parte de la ciudad y no en otras, bueno, esas cosas que se pueden decir. La Hermana Milagros inventó algo mejor: los frenos estaban en malas condiciones. Yo fui a hablar con sus padres, me apreciaban mucho porque con frecuencia hacíamos las tareas en su casa. Les dije que quería saber si lo de los frenos era verdad. Me dijeron que los frenos no tenían ningún problema porque habían sido ajustados recientemente, no llovía, y el medidor de velocidad señalaba cuarenta kilómetros por hora. Además, el automóvil no se volteó. Hubo testigos presenciales que vieron como de pronto, en vez de seguir adelante, se enfiló hacia un talud de la Avenida Boyacá, precisamente en una parte en donde las barreras estaban caídas. Me pidieron que no dijera nada y cumplí mi promesa. Lo digo en alta voz hoy por primera vez.

— Entonces tú y yo nos parecemos. Tú también eres una investigadora y tampoco crees fácilmente en las primeras versiones.

— Quizá por eso he aceptado hablar con usted. Me pareció sorprendente que la señora Saudi regresara de la tumba para organizar una reunión consoladora para su hija.

— Me gustaría que me tutearas. Creo que trabajaremos en equipo.

Judith Green dio un último sorbo al té.

— Cuando te dije que estaba muy ocupada no es mentira. No sé si me quiero meter en asuntos que consuman mucho tiempo.

— Yo estoy segura de que quieres meterte en éste y estoy segura de que sabes quién mató a María Eugenia Alonso.

— No dije que la mataran, sino que fue un suicidio y no un accidente.

— Sólo hay dos argumentos policiales básicos: los suicidios que parecen homicidios y los homicidios que parecen suicidios. No puedo obligarte a que volvamos a encontrarnos. *Itś up to you.*

Se levantaron de la mesa y se dirigieron al estacionamiento. Cuando Elvira Madigan abrió la puerta de su vetusto Chevette, Judith se quedó mirándola, dudó, y luego le dio su tarjeta.

— No tengo tu teléfono.

Elvira Madigan buscó un papelito en su insondable cartera y escribió el número.

— Se me acabaron las tarjetas.

Judith Green, desde su camioneta Blazer, la vio con ternura luchar con el arranque.

Hacía bastante tiempo que sabía que Victoria Saudi estaba vivita y coleando. Contemporary recibió una demanda de un anunciante y se

decidió pedir la ayuda legal de un conocido escritorio de abogados. Fui informada de que sería atendida por la doctora Victoria Verrazano de Saudi. No pude resistir la curiosidad de que tuviese los mismos apellidos y le pregunté si por casualidad no era la madre de Susana Saudi. Sí lo era. No me sorprendí demasiado, corroboré una vez más su capacidad de mentir y no le di importancia. Tampoco me imaginé que volvería a pensar en ella hasta que apareció Elvira Madigan. Pero no había querido decirle esto. Si Elvira Madigan era de verdad una investigadora debía probar su astucia.

9

— ¿Recuerdas a Patricia Delgado? -preguntó Elvira Madigan.

— ¿Patricia Delgado…?

— Era de tu promoción, estoy segura.

— Creo que sí, no preciso su cara en este momento pero me suena.

Patricia Delgado…. Ah, ¡claro!, la hija de la psicóloga. Siempre le decíamos "licenciada Magda, —había olvidado su apellido.

— Por alguna razón creo que es interesante hablar con ella.

— No tengo ni la menor noción de dónde anda. No fui amiga suya, creo que nadie fue demasiado amiga de ella. Era, cómo decirlo, era como muy insignificante.

— Tengo su teléfono.

— Oye, pero llamar a Patricia Delgado… Todavía a Norma Agudo, al fin y al cabo salíamos juntas a veces a tomar cerveza en El León, o a Elenita Fermín, pero a Patricia Delgado…

— ¿Nunca tomaron cerveza juntas?

— Pues, sinceramente, creo que no.

— ¿Y eso sería un obstáculo definitivo para la mujer que edita la revista más cara del país?

— Tú mejor virtud es sin duda la persuasión. ¿Qué le debo decir?

— Le vas a decir que te sientes muy nostálgica y que la invitas a tomar esa cerveza que nunca compartieron. Cuando ella llegue al lugar donde la vas a citar estarás con una compañera de trabajo de la revista. Es decir, yo.

— En qué líos me metes…

— *Chao*. Llámame cuándo tengas lista la cita –dijo Elvira Madigan antes de cerrar el teléfono.

Judith escogió de nuevo el Café Mediterráneo. Era un local pequeño, medio *trattoria*, medio café, medio bar, en la planta baja del centro comercial.

La ubicación dudosa, esquinado en un pasillo entre una oficina vacía y una tienda de lámparas pavosas, atraía poca clientela, razón por la cual Judith lo había tomado como punto para almuerzos rápidos. La comida banalmente creativa proponía las pastas de toda la vida con salsas incongruentes y ensaladas de nombres pomposos. Le gustaba pedir la número 3, "a la véneto con basilisco, hojas de parra, acémila, queso camembert, trigo natural, y aceitunas israelíes, — que era, finalmente, lechuga con queso y aceitunas nacionales.

Se sentaron a esperar a Patricia Delgado; llegó mucho después de la hora concertada, al punto que estaban por irse y dar por fracasado el encuentro. Era una mujer menuda, de pequeña estatura, que

representaba menos años de los previsibles treinta y uno o treinta y dos. Parecía una estudiante universitaria, cruzado a la espalda un morral desgastado, varias carpetas en la mano, pantalones y franela de rebajas de Graffitti. Miró vacilante hacia el café esperando una señal que le permitiera reconocer a su antigua compañera, pero Judith Green, en su traje de chaqueta oliendo a buena copia de Dolce & Gabana y sentada con una mujer evidentemente de otra generación, no le decía nada. Consultó su Casio, comprobó que se había retrasado mucho y supuso que su improbable amiga se había cansado de esperar. Dio la vuelta cuando Judith Green la retuvo por el hombro.

— No nos reconocemos, ¡qué terror!, debe ser que estamos viejísimas.

La comida transcurrió con más agilidad de la que Judith había supuesto.

Patricia tenía muchas cosas que contar. Relató que en una oportunidad para hacer un reportaje acerca del control médico de las prostitutas, simuló serlo, y también, en una operación conjunta con la inteligencia antidroga, se había hecho pasar por “mula. — Elvira Madigan estaba fascinada. Después de un largo rato relatando sus aventuras, Patricia Delgado pensó que era oportuno entrar en lo que se suponía las había unido en sus dispares existencias: el colegio de la Inmaculada Concepción, y preguntó a qué otras compañeras había visto recientemente Judith en su reencuentro nostálgico. Ésta mencionó varios nombres al azar.

— A la que no he visto más nunca es a Susana Saudi -soltó después de un silencio para que sonara más efectista.

Ocurrió lo esperado. Patricia Delgado se quedó sin encontrar el seguimiento del diálogo.

— ¿Tú la has visto? -insistió Judith.

— Sí, sí la he visto, hace poco.

Elvira Madigan no quería ni respirar.

— Me hubiera encantado reunirme con ustedes -continuó Judith-. Yo fui muy amiga de Susana.

Elvira Madigan no quitaba la mirada de Patricia. Le enviaba mensajes mudos de, “vamos, sigue, no te pares”.

— Nadie fue muy amiga de Susana Saudi. Tampoco mía, pero a mí no me odiaban ni mucho menos me temían, simplemente me ignoraban.

— Entonces, ¿por qué te reuniste con ella hace poco? -el tono era casi agresivo.

Bravo, Judith, pensó Elvira Madigan. Ahora sí vamos a hablar en serio.

— No me reuní con ella. La vi por cosas de trabajo. Estaba de guardia y llamaron al periódico a decir que un muchacho se había

tirado de un *penthouse*.

Fui a cubrir la noticia y era el hermano de Susana.

— Pero, ¿quién llamó? ¿Ustedes van a todos los suicidios que se producen en la ciudad?

— Depende. Cuando es así, un caso sonado, alguien "de alcurnia, —tratamos de ir. Quién llamó, no te lo puedo decir. Es ética profesional.

— ¿Y por qué era tan sonado el caso del muchacho Saudi?

— Bueno, sonado, quiero decir que era hijo de una abogada bastante conocida, que vivía en un sector de clase alta. Eso le gusta a la gente, ver cómo las desgracias le pasan a la gente rica. Informar que una muchacha del 23 de Enero se tomó un frasco de Ajax no le importa a nadie.

— ¿Y qué pudiste informar? -Elvira Madigan decidió meter la cuchara.

— Pues más o menos lo que se escribe en esos casos. Describir los hechos e intentar entrevistar a alguien que quiera decir algo. En ese caso concreto los padres no estaban en Caracas y la única persona con la que pude hablar fue la hermana menor, una muchachita muy joven. Estaba demasiado conmovida así que no quise molestarla, me limité a preguntarle si sabían que tuviera algún problema psiquiátrico o de otra índole. Ella negó todo y dijo que la familia estaba demasiado sorprendida porque su hermano era una persona muy feliz y estaba a punto de graduarse. Eso fue todo.

— ¿Y Susana?

— Bueno, Susana estaba allí. Yo la reconocí pero ella a mí no, y no quise saludarla. Me pareció demasiado incómoda la situación. El fotógrafo, que por cierto es mi novio, y yo nos fuimos enseguida, no había mucho material. La policía se quedó para reconocer el lugar de los hechos, trasladar el cadáver, toda esa mecánica.

— Y de ahí se lo llevaron para hacer la autopsia -dijo Elvira Madigan.

— Sí, claro, es lo legal en los casos de muerte violenta.

— ¿Cuando sucedió todo eso?

— Era un día de semana, como a las ocho de la noche, en abril. La fecha exacta no la recuerdo. Para una reportera de sucesos no es un caso tan significativo, aunque en mi caso particular sí lo era porque se trataba del hermano de Susana Saudi. Se lo conté a mi mamá que se impresionó mucho y hablamos de eso unos días. No lo podía olvidar. Luego, como todo, pasó. Mi trabajo es así, altamente desagradable. Ayer, por ejemplo, fui a ver a una niñita hospitalizada porque la madre escondía droga metiéndosela en la vagina con una aguja. Me gustaría dedicarme a otras cosas, reportajes sobre avances científicos, por ejemplo, pero de momento esto es lo que tengo y no puedo darme

el lujo de perderlo, así que trato de cumplir lo mejor posible. Hemos pensado Emilio y yo, Emilio es mi novio, ver qué tal en otra parte, en alguna compañía petrolera. Maturín, por ejemplo. Pero también es un problema con mi mamá porque ella no se quiere ir, y dejarla solita, no sé, no me gustaría.

Ella no me tiene sino a mí y yo no la tuve sino a ella. Cosas de la vida.

Judith tuvo un arranque que dejó impactada a Elvira Madigan.

— A lo mejor puedo conseguirte algo en la revista donde trabajo. No puedo prometer nada pero veré si hay alguna oportunidad.

— Mi primer trabajo fue en una publicación medio porno, luego fui asistente de un aspirante a alcalde que necesitaba saber los trapos sucios de sus competidores, pero perdió las elecciones y me botó, y de ahí pase a este periódico que es donde, con todo, me ha ido mejor, así que no creo que tenga el curriculum como para eso, pero, vaya, si se presenta algo, cuenta conmigo.

Y ahora me tengo que ir. Estoy de guardia.

La vieron alejarse con su paso rápido y colarse por una esquina del pasillo. En la acera Patricia Delgado persiguió a una camioneta que dudaba en recoger más pasajeros, y su cuerpo, como un objeto más, se derritió en las paredes de la ciudad.

— Bueno, bueno, bueno. Todo muy conmovedor -dijo Judith Green.

— No te das cuenta de que hemos encontrado a una persona clave -le contestó Elvira Madigan con tono reprobatorio.

— No añadió nada a lo que ya sabíamos. Y encima cobrándome que la teníamos ninguneada en la clase y que sobrevive con un trabajo de mierda, ¡por favor!

— El arte conceptual, querida, te ilumina el futuro pero te oscurece la realidad cotidiana. Esa muchacha es una historiadora del presente, y, además, sí añadió algo que no sabíamos.

— ¿Cómo qué?

— Como que alguien se tomó la molestia de llamar a un periódico basura para que cubrieran el suicidio de Andrés Saudi.

— ¿Un enemigo de la doctora Saudi? ¿Para desprestigiarla?

— Puede ser. Lo sabremos a su debido tiempo porque Patricia Delgado nos lo dirá.

— ¿La vamos a sobornar? Es indigno.

— La vamos a convencer de que la ética de la verdad es más importante que el código profesional.

— Yo creo que lo único que quiere Patricia Delgado es cambiar de trabajo.

Elvira Madigan la miró con desesperación.

A Magda Delgado le gustaba preparar el desayuno temprano para

que estuviera listo cuando llegara Patricia de la guardia nocturna. Le parecía que estaba muy delgada, mal alimentada, comiendo siempre porquerías en la calle.

— Hoy, es decir anoche, me vi con Judith Green, ¿la recuerdas? – dijo Patricia mientras se servía el cereal.

— Sí, claro, venía a quejarse todos los días de que las niñas la llamaban “pelo verde” y eso la hacía sufrir.

— Me citó para hablar de Susana. Es raro, ¿no? A ti te llama la Hermana Milagros y, a mí, Judith. Después de años sin cruzar una palabra.

— Lo del suicidio, creo, causó mucho impacto.

— ¿Tú sabes quién llamó al periódico a informar lo del muchacho Saudi?

— ¿Cómo lo voy a saber?

— Ella.

La restauración del caso Saudi es un hecho. Judith Green no había sido amiga de Patricia, en tantos años de convivencia escolar jamás le había demostrado el menor interés y ahora la buscaba para un reencuentro cuyo tema básico era Susana Saudi. La Hermana Milagros la llamaba con la misma preocupación y le pedía que escuchara a una psiquiatra que intentaba tratarla.

Demasiadas coincidencias, pensó Magda.

10

Le gustaba llegar temprano a su oficina. Entrar antes de que lo hiciesen los empleados y los otros socios, casi amaneciendo. Descorrer las cortinas aluminizadas y ver la ciudad desde arriba despejándose entre las nubes si el tiempo estaba de lluvia, o reflejándose en los ventanales de los edificios si el sol estaba límpido. Le gustaba pensar que ella era Victoria Verrazano, no importa qué. Le gustaba saber que había construido su vida a pesar de que no le gustaba del todo el resultado. Pero era su vida, la que ella había sabido hacer con su talento. La muerte de Andrés no era su vida, era un accidente que su hijo había añadido a su vida. No algo que ella hubiera construido. No algo de lo que se sintiera responsable. Había estado leyendo libros acerca del suicidio y su conclusión era que nadie sabía nada verdaderamente. Había recopilado mucha información acerca de las circunstancias, estadísticas, factores de riesgo, tratamientos preventivos, pero ningún experto podía explicar por qué algunos seres humanos deciden terminar su vida voluntariamente. Personas con infancias muy traumáticas llegaban a la vejez, otras relativamente ausentes de problemas querían morir jóvenes. Víctimas de tragedias, campos de concentración, catástrofes naturales, guerras, enfermedades severas e incapacitantes, permanecían hasta el último momento concedido; en cambio, otros que habían disfrutado de circunstancias amigables, decidían por sí mismos. Los expertos no sabían nada de lo profundamente oculto del instante en que alguien da el paso irrevocable.

Por lo tanto Victoria Verrazano había resuelto aceptar con humildad el accidente que Andrés había inmiscuido en su vida. Nunca lo comprendería. El conocimiento acumulado en los libros la había, sin embargo, ayudado mucho al demostrarle la imposibilidad de saber. Si no había manera de establecer la causa de la decisión del suicida, no había tampoco modo de determinar la responsabilidad de los otros. Ella, Victoria, la madre de Andrés, se había declarado inocente. A la luz de los expertos la vida de Andrés no incluía ningún riesgo de suicidio. No era un joven con trastornos psicológicos evidenciados a lo largo de su desarrollo. No había experimentado traumas de importancia en su primera infancia. No sufría ninguna incapacidad o limitación. Había logrado sus objetivos con razonable éxito. Era parte de una familia funcional con relaciones afectivas congruentes y positivas. Tenía metas posibles y oportunidades sociales convenientes. No abusaba del alcohol y no consumía drogas. No había atravesado ninguna situación de sufrimiento extremo o de angustia intolerable en

los seis meses anteriores a la muerte.

Repasada la escala de riesgo, todos los ítems eran negativos. De una escala de 0 a 20, Andrés Saudi tenía 0. O quizás 1, si recordaba que uno de los ítems era el temperamento introvertido con tendencia al aislamiento moderado. De acuerdo, de 0 a 20, tenía 1.

Elvira Madigan le había proporcionado el libro que ofrecía las mediciones estadísticas más confiables y recientes. Lo encargó a Canadá especialmente para ella. *The suicidal condition. Diagnosis appraisals and risk explorations.* Qué extraña mujer, Elvira Madigan. Había salido de la nada, de la casualidad del encuentro, sin razones justificables o al menos verosímiles para entrar en sus vidas. En el primer momento creyó su versión de que había sido amiga de Andrés pero en la medida en que el tiempo fue devolviéndola a su verdadero ser, Victoria estaba segura de que esa amistad no había ocurrido nunca. Luego Elvira la había llamado durante un fin de semana para saludarla, y rectificó que la amistad con Andrés era de su hijo y no de ella, se habían conocido en Margarita haciendo *windsurf.* No recordaba ese viaje de Andrés, ni que fuera aficionado a ese deporte, pero, evidentemente, hubiera podido suceder. De vez en cuando sus hijos usaban el apartamento que tenían en la isla, de modo que no era extraño. Simplemente no recordaba que nadie hubiese ido recientemente. Eso también era explicable a la luz del conocimiento experto. El trauma de una desaparición súbita bloquea en las personas la memoria relacionada con la muerte de la persona querida y detalles triviales se pierden en el recuento. Si Andrés había pasado unos días en Margarita podía considerarse un detalle trivial, algo que incluso pudiera haber ocurrido en su ausencia. Sí, eso era. Alberto y ella pasaron un fin de semana en la hacienda de unos amigos. Ese fin de semana Andrés quizá decidió ir a Margarita. El viaje a la hacienda fue poco antes de la muerte, estaba segura. Andrés era bastante independiente, y por otra parte, no era necesario que le comunicara sus planes minuto a minuto. La llave del apartamento de Margarita estaba en una caja de llaves con acceso para todos.

Susana también iba algunas vacaciones, o Verónica. Todos usaban el apartamento de vez en cuando, quizás Alberto y ella eran quienes menos lo hacían.

De modo que probablemente Elvira quiso decir eso desde el principio, que su hijo había conocido al mío por casualidad, y que por alguna razón nos había identificado en el Pretty China y quiso saludarnos para darnos el pésame. No que fuera una manera de actuar que considero usual pero los anglosajones son distintos. Es también irrelevante. A Susana, igual que a Alberto, le cayó mal en un principio pero luego se hicieron bastante amigas.

Fui yo misma quien insistió en que la aceptara de vez en cuando.

La veía tan desesperada, tan sola, y me resultaba tan imposible acercarme a su intimidad o permitir que ella se acercara a la mía. Sí, eso fue. Me pareció que esa doctora podía ser como una compañía sustituta para Susana, y ya que se negaba a ir al psiquiatra podía al menos conversar informalmente con alguien que lo era. O

sacármela de encima. Nunca pude volver a ser la madre de Susana después de la separación. Fue algo irreparable. Pensé, todo el mundo lo piensa, que la maternidad es natural, que una madre reconocería a su hija aunque la volviera a ver cuarenta años después, pero es falso. O falso para mí. Cuando volvimos a estar juntas, yo comprendí que ya no era mi hija sino una niña a la que cuidaría como una hija. Por eso quise embarazarme inmediatamente. Andrés fue *mi* hijo. Y sin embargo se quiso ir.

Mireya tocó suavemente. Reconocía su modo de anunciarse.

— Quería decirle, doctora, que si le parece así conveniente, conozco a alguien que puede intentar limpiar los disketes.

—¿Quién?

— Una amiga, es una persona muy competente. Se llama Cristal.

—¿Cuánto cobra Cristal?

— Ella cobra la tarifa habitual, lo mismo que Renato. Me dice que si los puede llevar para la casa porque toma bastantes horas. Junto con la máquina, claro. Yo creo que ella le puede solucionar el problema.

Victoria la miró por debajo de los lentes.

— ¿Y cómo así está tan segura?

— Es una intuición pero no es así que yo pueda asegurarle a la doctora, si es que se soluciona…, yo de esos asuntos, usted sabe que yo no tengo conocimientos.

— Mireya, en tanto tiempo ¿no me conoce el sentido del humor? Llévele el equipo a esa niña a ver si logra algo, de resto no pase llamadas.

Cuando Mireya llegó al el ascensor se cruzó con Elvira Madigan, una vecina que no le agradaba, ponía constantes quejas por una filtración que ya se le había dicho era un problema estructural del edificio y no algo que ellas estuvieran obligadas a reparar.

— ¿Se compró una computadora nueva? –le dijo mientras le sostenía la puerta. - Vea que no, es un equipo de mi oficina para que lo repare Cristal.

— Ah, qué bueno, así ganará más plata y podrán arreglar el problemita.

Mireya no le contestó. A esa vieja cacatúa había que tenerla muy a raya.

Elvira abrió la puerta de su apartamento con la seguridad de que tendría que convivir por el resto de su vida con la mancha amarilla. El

resto de mi tiempo aquí. Alguna vez la verdad se presentará, la encontraré aunque sea dolorosa, y entonces me iré. Rectifico, la verdad es siempre dolorosa. Hay muy pocas verdades sonrientes. Esperó a que el último paciente de la tarde terminara su relato. Había escogido un oficio que consistía, más que en descubrir verdades, en aprender a decirlas con el tono de que son completamente naturales y aceptables. Por ejemplo, a la joven médica siempre al borde de ser violada por el obstetra de guardia tenía ganas de explicarle que en realidad lo que ocurría era que su vida estaba vacía, carente de emociones en su alma borrosa, y que el temor constante al acecho sexual ocupaba por momentos el inmenso hastío que la acosaba entre una y otra noche en vela mientras esperaba los ingresos de delincuentes heridos, jóvenes ensartadas con agujas en intentos de aborto y niños quemados por absoluto abandono doméstico. Pero dicho así era muy fuerte, el arte era decirle que a veces parecía absorta en las difíciles circunstancias de su trabajo y olvidada de sus sentimientos. Pensó con impaciencia en el empresario fracasado con quien terminaba por hoy su jornada. La verdad sería decirle que fracasaba porque se imponía metas superiores a su capacidad pero resultaba mejor formular la retórica pregunta de "¿ha pensado bien si estaba convenientemente preparado para intentar ese negocio?" Debería apurarme en curarlo, de lo contrario no va a poder seguir pagando las consultas.

Estaba ansiosa por hablar con Susana, le había dejado un mensaje citándola para almorzar en el Pretty China.

—Lo único que se me ocurre es que en tu familia hay una tendencia depresiva, supe que tu tía Iraida también murió joven -me dijo Elvira Madigan.

— Tenía cáncer.

Me sentía abrumada a la par que furiosa conmigo misma. ¿Por qué la había llamado de nuevo?

— Yo creo que estás yendo demasiado lejos. La muerte de Andrés no tiene nada que ver con la de mi tía. Y además, me estoy cansando de esto. No tiene sentido. Déjanos en paz. Mejor dicho, he decidido no verte más. Si tú quieres reunirte con mis padres, eso es cosa de ellos. Yo, por mi parte, no quiero. Nada me puede obligar a encontrarme con una desconocida empeñada en saber por qué murió mi hermano.

Los mesoneros del Pretty China observaban mis gestos y creo que escuchaban la conversación. Son impenetrables pero me parecía ver una sonrisa sospechosa en su manera de acercarse a preguntar si queríamos más tiritas de pollo sechuan.

— ¿Por qué me dijiste que tu tía se fue a Maracaibo cuando lo ocurrido es que había muerto?

— Te confundiste. Me estaba refiriendo a otra tía con la que viví

un tiempo después que murió Iraida.

— Estoy segura de que no me confundí.

En ese momento perdí el control y derramé la salsa de soya sobre el mantel. El mesonero acudió inmediatamente a limpiarla y me di cuenta de que era una excusa para escuchar mejor.

— Iraida tenía cáncer, era muy joven, no había tenido hijos y se sentía muy deprimida por su enfermedad, pero no se suicidó, si es lo que estás pensando.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? Eras una niña.

— La conocía muy bien. Me hubiese dado cuenta de algo así. Y bueno, si se suicidó, y Andrés también, a lo mejor es que todos nos terminaremos matando porque somos una familia depresiva. Déjanos vivir nuestra propia muerte y ocúpate de algo más emocionante o mejor remunerado. Creo que deberías cambiar de automóvil, eso que tienes escasamente es un aparato con ruedas.

Estaba tratando de herirla para que me dejara en paz. Para que comprendiera que no soy una inocente dispuesta a recibir la ayuda de quien me quiera humillar.

— Me da curiosidad saber por qué dijiste que tu madre había muerto si la que había muerto era la tía que se encargó de i después de la separación.

Me levanté súbitamente. Me sentía acorralada y abandoné el Pretty China sin voltearme, segura de que los mesoneros me miraban. Tenía miedo de que Elvira Madigan me siguiera, creo que lo hace siempre, sabe cuándo voy a visitar a Harry. Algo en su manera de hablarme indica que sabe lo mío con Harry.

Salió del restaurante y esperó a estar segura de que Elvira se subía en su automóvil, la vio arrancar, y siguió a su edificio. Se dirigió directamente al estacionamiento, buscó el suyo y enfiló hacia la casa del bosque. A veces le ocurría de esa manera, sentía una necesidad impostergable de que él la penetrara, generalmente le resultaba dolorosa la penetración por el ano, pero cuando él respiraba sobre ella y el semen resbalaba entre sus piernas, todo parecía olvidarse. Era una felicidad inviolable.

Pulsó el timbre del intercomunicador pero no hubo respuesta. Unos minutos después se convenció de que no había nadie. Dio la vuelta y al retroceder escuchó el ruido de un motor. La casa de Harry era la última de la calle, necesariamente el visitante venía hacía allá. La visitante. Vio que una mujer estaba al volante. Se hablaron desde los automóviles.

—El profesor Haller no está. Qué raro, teníamos control de tesis.

—¿Cómo va a ser? Estoy segura de que me citó a esta hora para revisar unos programas –dijo Elena Fermín sorprendida-. Bueno, otro día será.

Hubiera podido avisar. Chao, Susana.

Los dos automóviles se alejaron uno tras otro. Enfurecida regresó a su casa. Se tranquilizó masturbándose. Luego sacó una hojilla de afeitar y se cortó suavemente la vulva. No debo hacer esto más, no debo hacerlo, gritó sollozando por el dolor.

11

— Quizás ha sido un destino de mala suerte -dijo Elvira Madigan cuando escuchó el relato de Judith Green.

— Por varios meses no quise regresar al club, mis padres lo comprendieron y no me obligaron. Un día volvimos. Fui al malecón y me quedé allí un largo rato. Mi madre me encontró, ya estaba anocheciendo y se habían alarmado por mi desaparición; creo, incluso, que llamaron a seguridad. Yo estaba sentada contemplando las olas romper y retirarse una y otra vez, igual que el día en que murió Oliver. Mamá me llamó y yo la miré como si no la conociese, mientras contemplaba el mar lo que sentía era, precisamente, que no sentía nada. Un vacío que era la ausencia de Oliver. Entonces no culpaba a Susana por lo ocurrido. Conocer la muerte en la infancia es suficiente enigma como para además buscar culpables. Mis padres quedaron muy preocupados e intentaban forzarme a hablar acerca de mis sentimientos. Me fue imposible explicarles que no los tenía.

Papá insistía en que debía comprender que mi amiguito se había ido para siempre, hasta que mamá le dijo, “basta, Hugh, Judith lo ha entendido, por eso está triste”.

— Y ella, ¿qué dijo?

— Nunca volvimos a hablar del asunto. El colegio seguía, íbamos al club los fines de semana, todo continuó como si nada. Los Twist regresaron a Estados Unidos, o eso me dijo mi madre. No supimos más de ellos. Cuando estaba estudiando en Yale busqué en el listado telefónico a los Twist de Pittsburgh, pero eran demasiados. No me imaginé que pudiese haber tantas personas con ese nombre, me parecía que era un caso único. Desistí, no sólo porque eran muchos sino porque no tenía nada qué decirles. Yo era para ellos la hija de un ejecutivo petrolero, un inglés empleado en la Shell que había trabajado junto a Mr. Twist durante su desventurada estadía en un *oil-country*. Nada grato podía aportarles mi llamada. Oliver Twist. A mi padre le parecía incomprensible que alguien le hubiese puesto ese nombre a un hijo

—Verdaderamente los americanos no tienen sentido del ridículo”

—Pero ellos no tienen la culpa de apellidarse Twist, —alegaba mamá

—Si uno tiene por apellido Twist, no le puede poner a su hijo el nombre de Oliver, — contestaba papá. Él era mi mentor en literatura inglesa, después de la muerte de Oliver cedió en cuanto a Dickens y decretó que había llegado el tiempo de Jane Austen. Pero yo, al contrario, leí *Oliver Twist* varias veces, como si buscara allí una

explicación. En cierta forma la encontré más adelante cuando supe que Oliver era adoptado. Me lo contó mamá cuando le dije que había intentado buscar a los Twist. No podían tener hijos y adoptaron a un bebé recién nacido mientras estuvieron destinados en Colombia. Provenía de un albergue llevado por monjas que recibían niños no deseados para entregarlos en adopción a parejas que demostraran posibilidades de darles un destino favorable. La madre era una adolescente de una familia rica de Bogotá y querían asegurarse de que el niño tendría una buena educación. Los Twist calificaban, por supuesto, salvo por el hecho de que no eran católicos sino presbiterianos. Al final privó el sentido práctico. La decisión no podía esperar, el Sr. Twist iba a ser trasladado de nuevo.

— Suena medieval. Conventos para hijos no deseados de la nobleza.

— No pensé más en él. Me fui acostumbrando al club de nuevo y sólo alguna vez, mirando álbumes de fotos, mi madre decía, "qué lástima de muchachito, — a lo que yo no hacía el menor comentario. Sepulté mis sentimientos por Oliver Twist y sólo resucitaron cuando ocurrió lo de María Eugenia. De nuevo una muerte cerró el triángulo que Susana formaba conmigo. Cuando salimos del cementerio la vi en la fila para subir al autobús del colegio. Tenía los ojos llorosos como todas las niñas y las monjas. Logré sentarme a su lado y durante el recorrido pensaba obsesivamente en cómo explicarle que me había acordado de Oliver. No encontré las palabras.

— Indudablemente que es una coincidencia.

— No hay coincidencia. Susana obligó a Oliver a morir como lo hizo con María Eugenia, y probablemente con su tía y su hermano.

— No tenemos pruebas.

— ¡Qué cosa tan tonta! No necesitamos evidencias, esto no es una investigación policial ni pretendemos meter a Susana en la cárcel, aunque a mi modo de ver es donde debería estar.

— La verdad necesita sustanciarse para que se restituya.

— Teníamos doce años. Oliver estaba enamorado de Susana. Hubiera hecho cualquier cosa por despertar su admiración. Ella le gritaba que nadara más adentro, más adentro, más adentro. Yo le gritaba que volviera, que volviera, que volviera. No me escuchó a mí sino a ella. Oliver se ahogó. Esas son las sustanciaciones. Elvira Madigan guardó silencio.

— El accidente fue editado como la imprudencia de un niño extranjero que no conocía el peligro del mar de nuestras costas. El Sr. Twist hizo algunas averiguaciones legales con respecto a la posibilidad de demandar al club pero todo el mundo, mi padre entre ellos, le hizo desistir. El niño se estaba bañando fuera del área permitida y, por otra parte, la lancha del club fue avisada y salió en su rescate.

— ¿Quién avisó a la lancha?
— Yo.

Judith hizo una pausa.
— Corrí hasta el puerto pero demasiado tarde. El puerto está lejos del malecón de pesca, y cuando eché a correr ya había desaparecido de la superficie. El cuerpo no fue encontrado.
— ¿Y Susana?
— Corría conmigo.
Se detuvo de nuevo como si fuese a añadir algo.
— Estaba desesperada. Pienso ahora que se dio cuenta de lo que había provocado.
— De algún modo tú también te sentiste culpable.
— No lo creo. Hice todo lo que estaba en mis manos para impedirlo.
Gritarle que no siguiera alejándose y avisar a los salvavidas cuando dejé de verlo. Mientras luchaba con las olas mi presencia era importante, le daba ánimos. No, de lo único que me siento culpable es de no haberle advertido a María Eugenia Alonso la amenaza que constituía su amistad con Susana Saudi. De eso sí me arrepiento porque ya no era una niña. Yo sabía que María Eugenia vivía atormentada por sus fantasmas, tenía insomnio, hablaba mucho de la muerte, y, aunque no conocía sus conversaciones con Susana, estaba segura de que le metía ideas extrañas en la cabeza. Le comenté varias veces cosas negativas de ella, pero no las tomó en cuenta. Las amistades adolescentes son muy absorbentes y es frecuente que una niña sienta celos porque otras dos son más íntimas. Así lo interpretó la psicóloga. Me dijo que yo debía aprender a compartir a María Eugenia, que no podía ser tan exclusiva. Llegó a sugerirme que estaba enamorada de ella. No me atreví a decirle que yo había sido testigo de cómo Susana llevó a un niño a la muerte. La dejé con sus tontas interpretaciones y eso fue todo. Debí hacer algo más radical. María Eugenia era una persona muy frágil, muy temerosa de obrar bien o mal. Siempre tenía sentimientos de culpa por cualquier error. Debí actuar con más firmeza. Hablar con las monjas, algo.
—Ahora lo estás haciendo.
— Sí, porque quiero que ella se sienta culpable. Ésa es la única venganza posible. Su impunidad me resulta intolerable. Quiero un castigo para ella y el único posible es la culpa. Que se hunda en la culpa, que no la deje sobrevivir, que la ahogue como se ahogó Oliver Twist, que la desbarranque como se desbarrancó María Euegnia Alonso, que la aplaste contra el suelo, como quedó aplastado su hermano.
Judith estaba muy excitada, hablaba sin poderse detener, ávida de

sus mismas palabras, como si su discurso pudiera matar a Susana Saudi.

— No todo el mundo siente culpa. Se dice que muchos criminales no la sienten, por eso son criminales.

— Pero ella sí. Yo vi su desesperación el día en que se ahogó Oliver, yo la vi llorar en el entierro de María Eugenia.

— Pudieran ser falsas lágrimas.

— Cuando corríamos hacia el puerto nadie la estaba viendo sino yo. No había testigos suficientes como para montar un teatro. Ella estaba *desesperada*, porque ella amaba a Oliver. Estoy segura de eso. Y también de que quería mucho a María Eugenia. No que estaba enamorada de ella, no es lesbiana, pero sí la amaba. María Eugenia era la única persona de todo el colegio que no la rechazaba, la única persona que alguna vez la trató con ternura, con compañerismo. Susana perdió a su única amiga, lo sé. María Eugenia era muy religiosa y tenía un sentido apostólico de la vida, pensaba que la misión de las personas es hacer el bien y esas cosas. Muchas veces me confesó que a veces le irritaba la manera de ser de Susana, pero que la necesitaba, que ser su amiga era un modo de agradar a Dios. Desplegaba un proselitismo con ella. La familia de Susana, al parecer, no es muy religiosa, la pusieron en un colegio de monjas por circunstancias, pero no eran creyentes y ella tampoco. Eso preocupaba a María Eugenia, la invitaba los domingos a almorzar para asegurarse de que asistiría a misa. A mi modo de ver las monjas tuvieron peso en esa amistad. Susana Saudi no era del todo bien vista, era una niña poco confiable, marcaba muy claramente que no creía en ninguna de las tonterías religiosas que el colegio pretendía impartir. Yo creo que la psicóloga no me hizo caso por eso. Había una consigna de que María Eugenia Alonso era una buena influencia para las ovejas descarriadas, y Susana, al parecer, era una de ellas. Las monjas sabían lo ocurrido con su madre, que la separación tuvo lugar por un adulterio, y quizá les preocupaba ese mal ejemplo.

— Oliver y María Eugenia, dos personas amadas. Podríamos suponer que esa tía que la crió fue su verdadera madre, y luego un hermano. Cuatro personas amadas.

— Igualmente muertas. El amor de Susana no los restituye.

— Pero, si ella los empujó a morir, su alma está rota.

— No lo suficiente. Su alma, en el caso de tenerla, está anestesiada. Es necesario que sufra. Ella es el ejemplo de cómo puede matarse, aniquilar a otro ser humano sin que se mueva una hoja.

— Ése es un problema filosófico.

— Para mí es cercano, ella es, en carne y hueso, la representación de la crueldad, la impunidad, la absoluta culpabilidad del que ni siquiera se siente culpable.

— Los posibles sentimientos de Susana Saudi no recuperan nada de la humanidad doliente.

— Dice el Talmud que quien salva a un hombre, salva a todos. Igual será, quien castigue a uno, castiga a todos.

— Tú no has sido llamada a castigar a los culpables. Eso es un destino mesiánico, una tarea como para el juicio final.

— No hay juicio final, y yo sólo quiero castigar a Susana Saudi.

Elvira Madigan se quedó en silencio.

— ¿En qué piensas? ¿Que soy un monstruo?

— Me pregunto a quién más ama Susana Saudi. Sea quien sea, corre peligro.

Elvira llegó a su apartamento y se sirvió una ginebra. Buscó hielo en el congelador pero sólo quedaba un cubito casi derretido. Se la tomó sola e inmediatamente una segunda dosis, esperando que despejaran la muerte del niño Oliver. Escuchó en los mensajes de la contestadora la voz de su madre.

Decía lo mismo que otras veces en el mismo tono. Cómo explicarte, madre, que no puedo volver todavía, que no debo abandonar a Tom sin la certeza de su muerte, sea cual sea. Al menos su cadáver simbólico, pensó Elvira. Al menos eso, para seguir viviendo en Calgary o en donde sea.

Elvira Madigan había cumplido cuarenta y ocho años de los cuales quince habían transcurrido en Caracas. Hacía tiempo que había sido borrada de la lista de miembros de la sociedad psiquiátrica de Toronto por falta de pago de las cuotas. Hacía más tiempo aún que no había presentado ningún *paper* en algún congreso, reunión o cualquier otra oportunidad. Poco a poco había ido dejando de cumplir la estricta ortodoxia en la que había sido formada

—La doctora Madigan es nuestro mejor ejemplo de cómo los procedimientos psicoanalíticos pueden continuar ejerciéndose a pesar de las transformaciones sociales, — había dicho el doctor Michael McLeod en las palabras que pronunció cuando le entregó su diploma de *High Honors*.

Recordaba al viejo Michael, su supervisor, su más acérrimo opositor a que abandonase el país por un destino tan incierto como era casarse con un colombiano. Nunca entendió McLeod que era venezolano, y no colombiano, el hombre con el que vivía. Elvira estaba más que segura de que le sería imposible volver a la práctica clínica cuando regresara a su país. Habrá, por lo menos, tres generaciones nuevas, un entorno que me resultará extraño, una discontinuidad irrecuperable. Descontinuada, pensó sirviéndose la tercera ginebra, ésa es la palabra. Mi vida se ha descontinuado. Lo único que sé de mi país son las películas de Atom Egoyan.

Recordó las palabras de Judith Green, “quien castiga a uno, castiga

a todos". Si pudiera castigar a la persona que mató a mi hijo, ¿estaría castigando a la humanidad por todos sus crímenes? No, ciertamente, pero sí en un sentido. La humanidad no es tan grande para mí. Mi humanidad es un puñado de personas, una de las cuales es, o era, mi hijo. Boris Salcedo pensaba que había sido víctima de un un asalto callejero, probablemente seguido de homicidio. Elvira Madigan no terminaba de creerlo. Puede haber muchas causas para que una persona desaparezca, la muerte no es la única de ellas.

12

Judith Green había cumplido su cometido de visitar a Norma Agudo.

No podía ser más insulso el resultado.

Norma no pensaba demasiado en sus años de colegio. Conservaba un cúmulo de pequeñas travesuras y anécdotas risueñas, una sensación de bienestar y tranquilidad asociada a su infancia, y un título de bachiller. Una buena alumna, sin excepcionalidades, ingresó después en la escuela de Letras y cursó dos años hasta que la abandonó para casarse con Juan Matute, un contador trabajador y responsable que siempre perdía las oportunidades de un mejor empleo. Su matrimonio había transitado con dificultades económicas pero alegremente. Norma no lamentaba su destino de ama de casa, lo disfrutaba, y en cierta forma se sentía más afortunada que la mayoría de las mujeres de su edad que conocía, siempre angustiadas con una agenda imposible.

Se sorprendió cuando recibió una llamada de Judith Green. No había vuelto a saber nada de ella desde entonces, tenía entendido que se había marchado a los Estados Unidos a estudiar e ignoraba que hubiese regresado.

Fueron unas compañeras más o menos bien avenidas. Judith insistía en un encuentro, “para recordar buenos tiempos, — y Norma intentaba postergar la fecha. No tenía demasiado que contarle a una ejecutiva editorial, ella, cuya máxima preocupación y tarea era la tradicional educación de los niños. Tenía tres, entre los ocho meses y los siete años. Suficiente ocupación. Pero la perseverancia de Judith venció y tuvo que aceptar que la visitaría al día siguiente en su casa. Norma no podía salir por las tardes porque no tenía con quién dejar a los niños, así que desconocía ese placer de mujeres jóvenes hablando zoquetadas en algún centro comercial de moda o citándose para cenar sushi. Compró unos dulces y refrescos en la pastelería de la esquina y se dispuso a esperar a su antigua condiscípula.

La conversación giró sobre lo esperado: ponerse al día de los casi quince años transcurridos. Judith aprendió una cantidad de recomendaciones de puericultura básica que la traían sin cuidado, y Norma, por su parte, se inauguró en las características del arte conceptual que también le resultaban bastante ajenas. Hablaron de los hombres, tema del que Norma sólo tenía un argumento básico, el contador Juan Matute, y Judith, más versada, prefirió referirse solamente a Mark, con quien se había casado, y acto seguido, divorciado mientras vivía en los Estados Unidos. Hablaron de sus

respectivas familias y se felicitaron porque los padres de ambas gozaban de buena salud y se encontraban satisfechos con los destinos de sus hijas.

El pacífico comportamiento que Manuel y Silvia, los dos mayores, habían insólitamente demostrado durante la visita comenzaba a deteriorarse.

Se produjo un incidente acerca del control de la televisión porque no coincidían en el programa deseado, a lo que se sumó la hora de la cena de Sergio, el más pequeño, quien, desde el corral, inició una protesta a berridos.

— Mira de lo que te pierdes -dijo Norma levantándose para buscar un tetero en la nevera.

Judith trató de iniciar unas negociaciones de paz en el oriente medio de Manuel y Silvia, comprendiendo que sus dotes para ello eran escasas, y sostuvo en sus piernas al hambriento y desesperado Sergio, mientras su madre calentaba el tetero y revolvía la compota de frutas. Manuel encontró un lego perdido y eso permitió que Silvia continuara viendo a Barnie con cierta tranquilidad. Sergio se atragantaba la leche, pero indudablemente se aquietó y el clima regresó a una cierta normalidad.

— Esto es siempre así -dijo Norma tratando de mostrarle a Judith que su vida no era un camino de rosas.

— Me pregunto cuántas de nosotras se habrán casado y tendrán hijos y cuántas estarán solas -contestó Judith.

— He visto poco a la gente de aquella época. Creo que Elenita Fermín se casó, no sé si tiene niños; Rosa María Sánchez tiene dos, me la encontré el otro día en el pediatra. Dulce Salgado también, su hijo hace karate con Manuel. ¡Ah! y Milena Torres, por supuesto la veo siempre, tenemos a las niñas en el colegio de las Hermanas. Las demás ni idea, les he perdido el rastro.

— A Susana Saudi, ¿la ves?

— Más nunca. Cuando cumplimos cinco años de graduadas las monjas hicieron una reunión, pero ella no asistió. Tú tampoco, claro.

— No, no estaba aquí. Por cierto que este año cumplimos quince.

— ¿Quince? ¡Qué terrible! ¡Cómo pasa el tiempo!

Judith percibió en el comentario que Norma se refería también al tiempo de aquella tarde ya anocheciendo, y ciertas muestras de impaciencia delataban que no debía prolongarse.

— ¿Te quedas a comer? Voy a preparar la cena, a Juan le gusta que esté lista en cuanto llega.

Judith declinó la forzada invitación e inició la despedida. Norma no podía creer que eso era todo, que Judith hubiese interrumpido su interesante existencia para recordar banalidades y ver a dos niños caerse a patadas. Judith decidió lanzar un cohete.

— Susana Saudi era una muchacha rara.

— Rara, ¿en qué sentido? –dijo Norma sacándole los gases a Sergio.

Judith sintió que por fin iban a hablar.

— Rara. A veces me parecía que nos odiaba a todas. Yo creo que ella tuvo que ver en la muerte de María Eugenia.

— No puedes decir eso, es muy grave.

— Te lo estoy diciendo a ti, nunca lo he comentado con nadie. Siempre pensé que era una mala influencia para María Eugenia. Tenía ideas extrañas.

Se lo dije una vez a la psicóloga, pero no me hizo caso. María Eugenia me contó que sufría de insomnio, que pensaba mucho en la muerte y que Susana le decía que lo mejor era morir en la juventud, y esa idea la obsesionaba.

¿Sabías que hace poco un hermano de Susana se suicidó?

— ¿Un hermano? ¿No era hija única?

— Tenía dos hermanos menores.

En ese momento Manuel, subido en la mesa de la cocina, utilizó un frasco de mayonesa como proyectil para matar a Silvia y el vidrio roto cayó en estrépito. Aceleraron la despedida. Se abrazaron, prometieron verse de nuevo, y al separarse Judith Green pensó que quizás en su vida hacía falta un frasco de mayonesa roto, y Norma Agudo tuvo una breve nostalgia de la elegante cartera ejecutiva de la editora de Contemporary.

—¿Eso es todo?- le había preguntado Elvira a Judith cuando terminó su relato.

— Detalles más o menos es lo que recuerdo. Siempre me aburrió Norma Agudo y estos quince años no han hecho nada por mejorarlo.

— Pero ¿no viste algún gesto, alguna señal que delatara una emoción cuando le hablaste de Susana?

— Me pareció que le desagradaba el tema, pero ella ha sido siempre tan pacata que me imagino que le incomoda cualquier cosa que niegue la felicidad de la existencia.

— No seas tan despectiva y trata de recordar mejor, o de lo contrario te pediré conocerla personalmente.

— Eso está fuera de lo previsible. En serio no observé nada más allá de su incomodidad cuando le solté esa bomba acerca de Susana y María Eugenia. Diría que en general para Norma mi visita fue una perturbación en su rutina y que ambas sabíamos muy bien que no teníamos ganas de vernos. Mi invitación le puede haber llamado la atención, pero lo cierto es que tiene suficiente tarea con esos niños y Juan Matute como para preocuparse de Susana Saudi. Sinceramente, Norma Agudo es una vía cerrada. De las otras compañeras que mencionó tampoco vale la pena perder tiempo, eran muy distantes de

Susana.

— Elena Fermín está en la lista de la Hermana Milagros. Es ingeniera también.

— Siempre detesté a Elenita Fermín, la niña perfecta. Pero es posible que hayan tenido contacto más reciente por motivos profesionales. Podría llamarla. No nos llevábamos mal.

Se despidieron y Judith comentó que la semana próxima tenía un viaje de trabajo.

—Te dejaré cavilando, ya me contarás a mi vuelta.

Para Judith Green la amistad, si ese fuera el término adecuado, con Elvira Madigan había resultado un motivo de distracción, de curiosidad, hasta de emoción. Elvira la hacía sentir protagonista de una novela de suspenso y se lo agradecía. Su trabajo había terminado por convertirse más en una cacería de anunciantes que en una verdadera investigación de las tendencias contemporáneas. Los propietarios de la revista estaban cada vez más preocupados por los balances siempre en riesgo que seducidos por los iniciales propósitos de marcar rutas y hacer diferencias en el mercado del arte.

Por lo menos este viaje a Houston para entrevistarse con el director del museo de arte latinoamericano era una pausa bienvenida. Le gustaba viajar y sobre todo viajar sola. Sentarse en el anodino bar de un Best Western Hotel y beber tranquilamente su trago mientras nadie la conocía. O zapear mullidamente acostada después de cumplida la agenda, incluida la tediosa cena en el restaurante panasiático al que su contacto profesional la invitaría, o ella a su contacto, para intercambiar banalidades de política internacional y problemas gravísimos surgidos en el selecto club al que pertenecían, tales como qué museo contrató a cuál curador y qué curador peleó con tal artista, o qué galería se encontraba ante un inminente cierre, cuando la competencia, por el contrario, preveía una astronómica expansión. Todo eso sucedería de seis a ocho y luego podría irse tranquilamente a su cuarto, colgar el cartelito rojo prohibiendo entradas inoportunas de camareras que pasan apresuradas a ver si dejaron unas toallas equivocadas, y sumergirse en el silencio de una habitación aislada a toda prueba en uno de sus placeres favoritos: The Weather Channel.

Si en el minibar hubiera una botellita de Black Label su felicidad pasaba al absoluto.

Pero esta vez hizo algo diferente. En el bar del Ramada Inn al que la habían destinado conoció a un chico aburrido que no quería aburrirse más.

También viajaba por su empresa, también había terminado su día, y también le gustaba, o eso dijo, el Weather Channel. Judith lo invitó a verlo en su habitación, y el chico después de comentar que a ella le habían dado una habitación mejor que la suya, procedió a

desanudarse la corbata, tal como hacen siempre los chicos en las películas cuando van a tener sexo con una desconocida. Y en medio de los tornados que se presagiaban para Oklahoma y Nebraska, Judith accedió a tener un orgasmo presentable que culminara su jornada.

Al día siguiente le escribió un mensaje a Elvira Madigan: “Por aquí todo bien. Demasiado calor. ¿Alguna novedad?, —pero no tuvo respuesta porque la computadora de Elvira estaba una vez más en problemas. De no haber sido así Elvira hubiera podido informarle de su segundo encuentro con la psicóloga Magda Delgado. Una mujer dura, o más bien endurecida, y, por lo tanto, frágil. Una mujer que le había regalado la confesión de una culpa guardada por años en perfecto estado de conservación y que la aparentemente insípida Norma Agudo había sacado del congelador.

— Todo comenzó –le contó Elvira a Judith a su regreso-cuando tu amiga Norma le pidió audiencia a la Hermana Milagros. Fue una especie de confesión, aunque entiendo que los católicos se confiesan con los curas y no con las monjas, pero puede ser que el movimiento feminista haya introducido cambios en las costumbres. El caso es que Norma Agudo fue a buscar a su niña una hora antes de la salida y pidió hablar con ella para un asunto urgente.

Al parecer estaba descompuesta y la Hermana interrumpió sus tareas para recibirla a solas en su oficina. Norma lloraba como si hubiese ocurrido la mayor de las tragedias, en realidad lloraba por algo sucedido hace dieciséis años.

— La muerte de María Eugenia.

— En efecto. Tu conversación en medio de teteros y niños malcriados fue más efectiva de lo que pensaste, y debo decirte que careces de toda intuición psicológica. Norma quedó afectadísima con tu visita.

— Pero lo disimuló bien.

— No sé, lo cierto es que al día siguiente tuvo lugar la audiencia con la Hermana Milagros, así que sospecho que pasó mala noche. En fin, y para no hacerte sufrir más con el secreto, Norma Agudo confesó que María Eugenia Alonso era adicta a las drogas, cocaína nada menos, desde los quince. La única que lo sabía, además de ella, era Susana, su cómplice. Salían en el automóvil del padre de María Eugenia con cualquier excusa a buscar su contacto, un joven que Susana había conocido y que al parecer vivía cerca de ella. Un muchacho que luego murió a manos de sus proveedores, lo mataron frente a su casa, muy escandaloso. En fin, Norma sabía esto porque las escuchó hablar en el baño, pensaban que estaban solas y Norma desde el cubículo de los baños oyó una conversación en la cual no quedaban dudas de lo que ocurría.

María Eugenia vivía en una crisis permanente, dominada por un

sentimiento de culpa irredimible, no podía confesárselo al capellán del colegio porque desconfiaba de su discreción, decírselo a sus padres le parecía matarlos de dolor, había intentado hablar con su hermana mayor pero ésta sospechando lo que ocurría escurrió el bulto. Supongo que una familia tan cristiana y estricta vivía esto como algo intolerable, o al menos esa pobre chica así lo pensaba. El caso es que Norma Agudo siente que si ella hubiera tomado la decisión de decir lo que sabía la muerte se hubiera evitado. Parece que hizo algunos intentos de sugerírselo a Magda Delgado y ella no le puso cuidado. Cuando vino a verme, y te aseguro que yo no estaba preparada para una sesión de emergencia, añadió algo que Norma no supo nunca, y es que Susana Saudi le dijo lo que estaba ocurriendo.

— ¿Susana le dijo a la licenciada Magda que ella y María Eugenia consumían cocaína?

— Sí, pero Magda consideró que eran fabulaciones. No le creyó nada.

Tenía razones, por otra parte, con toda esa historia de que su mamá estaba muerta, y otros cuentos que se inventaba para llamar la atención.

— Pero Susana se salvó y María Eugenia no. Seguro que fue ella quien la indujo.

— Creo que sí, era Susana la que comenzó a consumir y metió a la otra en el asunto, o eso le contó a Magda. Después de la muerte de María Eugenia lo dejó completamente y Magda omitió ese detalle en sus reportes. Se limitó a recomendar tratamiento psiquiátrico, convencida de que todo apuntaba a que Susana fabulaba. Susana inventaba unas cosas y otras no, no supo diferenciarlas. He allí el error profesional. En fin, para hacerte corto un cuento largo, traté de ayudar a esta pobre mujer con su sentimiento de culpa y le dije que cometió una equivocación como todos la hemos cometido en nuestra práctica. Le puse un par de ejemplos de mi cosecha y le pasé la mano por el hombro tanto como pude. Me debe agradecer que le haya aliviado una pequeña parte de su peso.

— Por eso se fue al año siguiente.

— Varias razones, pero ésa sin duda formaba parte. No se sentía digna de mirar a la cara a las monjas. El día del acto de graduación lloró mucho más de lo que la emoción por ver a su hija bachiller pudiera justificar. La imagen amputada de los padres de María Eugenia le resultaba intolerable. Lo describió así, como si fueran unas personas a quienes hubieran cortado un miembro.

Muy vívida la imagen.

— Probablemente nadie le hubiera creído, ni las monjas ni los padres de María Eugenia. No sé si yo lo hubiese creído. Es tan poco como era ella.

¿Cómo pude no darme cuenta?

— La coca es una droga muy traidora. Hace falta bastante tiempo de abuso continuado para que los síntomas sean visibles. No te exijas eso. Por otra parte, no me parece tan incongruente. Una chica en una familia muy perfeccionista y de obsesivos cumplimientos es terreno fértil. Si se mató lo hizo por no ser capaz de romper su imagen de perfección ante sí misma y ante sus padres, escapó de una calle ciega.

Elvira Madigan vio llorar a Judith Green por primera vez.

— Todo es tan lejano y tan próximo al mismo tiempo.

— Lo cierto es que eran dos jóvenes imprudentes.

— Y Susana, a última hora, recobra la prudencia –cortó Judith reconfortada de nuevo por su odio-. La idea de bordear a nado el faro del puerto fue de ella. Insistió en que podíamos hacerlo los tres, Oliver, ella y yo. Salir de la playa, nadar fuera de los límites marcados por las boyas, cruzar frente al faro, y regresar entrando por el embarcadero.

Desde el primer momento yo dije que no quería, soy cobarde y además no era buena nadadora. Ella y Oliver sí lo eran. Oliver había ganado una medalla en un campeonato en su escuela y se consideraba capaz de cruzar el Estrecho de Magallanes. Susana también estaba decidida, pero en el momento de hacerlo dijo que había un poco de viento y estaba débil porque le había venido la regla. Un extremo de fragilidad femenina que conmovió a Oliver. ¡Quién sabe con qué argumentos convenció a Susana de que probaran la coca!

Judith me miró fijamente.

— ¿Crees que indujo de alguna manera el suicidio de su hermano?

— Es lo que trato de saber.

— A medias víctimas, a medias culpables, como todo el mundo.

— ¿Por qué dices eso?

— Acerca de la condición de las mujeres. Sartre.

Cuando cerró la puerta Judith volvió a tocar el timbre y preguntó:

— ¿Cómo carajo supo Magda Delgado la confesión de Norma Agudo con la Hermana Milagros?

— La providencia divina es inescrutable. San Agustín.

— Desconfiad del secreto de las mujeres, y más si son célibes. San Pablo, epístola a los Efesios.

Nos despedimos llenas de sabiduría, pensó Elvira.

El timbre sonó de nuevo y abrió creyendo que era otra vez Judith, conmovida por sus revelaciones, pero sorprendentemente era la vecina de la mancha amarilla.

—Disculpe si es un poco tarde pero quería comentarle algo acerca del problema de la filtración –dijo Cristal.

Elvira no creía lo que estaba ocurriendo.

— Dime –contestó secamente.

— Pedimos un presupuesto y el arreglo es complicado, quiero decir muy caro, hay que levantar todo el piso. No es que no queramos hacerlo sino que está por encima de lo que podemos pagar, mi compañera de apartamento y yo. Pero a fin de año puede ser que con las bonificaciones de navidad y otros ingresos se solucione.

A fin de año, pensó Elvira Madigan, me habré ahogado en mi propia habitación, o el techo se habrá desplomado sobre mi cama. Se limitó a decir:

— Comprendo.

Cristal echó una rápida mirada sobre la computadora que reposaba en un pequeño escritorio al fondo de la sala.

— ¿De cuándo es? Ya ese modelo no existe en el mercado – comentó con piedad.

— Me pasa como a ustedes, espero el fin de año para ver si puedo sustituirla. ¿Tú crees que es vendible?

Cristal acarició las orejas del dinosaurio y compasivamente concluyó que no valía ni el esfuerzo de transportarlo.

— Pero ¿le funciona?

— Hay días que sí y días que no. Hace por lo menos una semana que no he podido bajar mis mensajes.

Cristal la manipuló y en diez minutos llegó a un diagnóstico previsible.

La máquina era muy vieja, pero si no estaba en condiciones de sustituirla lo único que se podía hacer era intentar limpiarla.

—¿Cuánto es eso?

— Tomando en cuenta lo de la filtración, nada. Si quiere paso por la mañana, pero sin garantía. El antivirus que tiene está desactualizado completamente, quién sabe lo que le ha venido entrando. ¿Recibe mucho *spam*?

— Recibo constantes anuncios de cómo alargarme el pene, lo que no me sirve para mucho.

Por primera vez en varios años Elvira Madigan tuvo un contacto más risueño con las culpables de la mancha amarilla. Reconfortada con el auxilio técnico que le llegaba como un inesperado regalo, decidió dejar un mensaje en el buzón de Susana, hacía varios días que no sabía de ella, o mejor dicho sabía mucho.

13

Elvira corrió en dirección al departamento de policía. Por fin Boris Salcedo tenía algo que decirle.

— Entonces, ¿averiguó algo?

— Cuando le dije que siguiera a la familia de ese muchacho Saudi tenía una intuición. Ahora la tengo más fuerte. ¿Sabe quién apareció muerto? Harry Haller

— ¿Quién es Harry Haller?

— El amante de la hermana, un profesor de la universidad.

—¿Como sabe que ese profesor era su amante?

Boris Salcedo sacó un sobre de la gaveta y desplegó sobre la mesa una serie de fotografías. Era Susana, su cuerpo desnudo penetrado en el ano por el pene de Harry Haller.

—¿Quién las tomó?

— Él mismo con una cámara muy sencilla de disparador automático. Hay indicios para dictarle un auto de detención. Estuvo en casa de Haller el mismo día de su muerte y, además, las fotos. Móvil: evitar el chantaje.

Pero no lo voy a hacer todavía, por el momento el forense confirma la causa de muerte por exceso de barbitúricos y alcohol.

— Con ésta, alrededor de Susana Saudi se han producido en mi conocimiento tres muertes accidentales. La muchacha es peligrosa, no cabe duda, pero no he logrado construir una relación con la desaparición de Tom.

— De verdad lamento que no haya un detective disponible para asignarle el caso. Discúlpeme pero no tengo más tiempo para atenderla. ¿No ha escuchado lo del secuestro?, la hija de un ministro, lo que me faltaba.

— ¿Quién le trajo las fotos? –alcanzó a preguntar en la puerta, pero ya Boris Salcedo estaba entregado al teléfono y le hizo un gesto de despedida.

Con razón Susana no ha atendido ninguno de mis mensajes. Y

sin embargo, estoy segura de que necesita hablar conmigo, en qué lío está metida. ¿Quién llevó esas fotos a la policía? Alguien interesado en comprometerla. ¿Y quién puede tener ese interés? ¿Judith Green, en su afán de castigar las muertes de María Eugenia Alonso y Oliver Twist?

¿Es ese motivo suficiente para enredar a Susana en un asesinato? ¿Y

cómo podría haber obtenido esas fotos Judith Green? Otra posibilidad: ¿la exesposa celosa? ¿Quién era Harry Haller, además de

ser un hombre a quien le gustaba registrar sus gustos sexuales? ¿Lo hubiese asesinado Susana sólo por unas fotos comprometedoras? No la Susana que yo conozco. ¿Qué le hubiese importado que esas fotos se conocieran?

¿Problemas en la universidad? ¿Su tesis invalidada? No, por Dios.Nadie mata por eso. Aunque, ¿por qué una persona mata a otra? Matar es fácil, ¿o no? En todo caso hay en esta historia alguien interesado en que las muertes se conozcan. Se suicida el muchacho Saudi y alguien llama a la prensa. Muere el profesor Haller y alguien entrega unas fotos a la policía. Susana nunca mencionó a ese hombre, seguramente hay otras personas en su vida que tampoco ha mencionado y la única posibilidad de saberlo es seguirla continuamente. Pero he aquí que el comisario Salcedo no tiene detectives disponibles para mi caso. El caso de Tom está oficialmente cerrado. Y yo debo montar un seguimiento sin conocimientos ni medios para ello.

Cuando abrió la puerta el gato brincó de la cortina. Tú también estás nervioso. Le acercó unas galletas y acto seguido tomó el teléfono y concertó una cita con Judith Green. Por lo menos para desahogarme en inglés. Judith le confirmó que pasaría por su casa después del trabajo y Elvira salió a comprar una botella de ginebra y más galletas para Cheshire II. Tocaron el timbre y se dio un vistazo en el espejo antes de abrir. Qué ojeras, qué descuidado el pelo, qué arrugada la ropa. La joven médica se acostó en el diván y procedió a relatar su noche de guardia.

Cuando Judith Green llegó Elvira estaba agotada de historias.

Esa tarde nadie había cancelado su cita. Después de relatarle la muerte de Harry Haller decidió ir al grano. Judit no tenía la menor idea de quién era Harry Haller ni de que hubiese aparecido muerto pero se alegró de saberlo. Una muerte más. El destino de Susana Saudi es ir dejando muertos alrededor.

—Necesito dinero.

—Yo también –se rió Judith Green.

—No estoy diciendo que necesito dinero para comprar ginebra ni galletas. Necesito recursos para seguir a Susana Saudi como es debido.

Ha cortado por completo el contacto conmigo. He ido varias veces al Pretty China y me dicen que no la han vuelto a ver. No contesta mis mensajes. No puedo apostarme frente a su casa todo el día para ver cuándo entra y sale. Además no serviría de nada. Está aislada, en pánico. Probablemente no querrá hablar con nadie.

—¿Y para esas cosas no está la policía?

—Precisamente no.

—Dinero, ¿cómo cuánto?

—Ni idea. Voy a seguirla continuamente, y es obvio que no puedo

hacerlo yo, luego debo contratar a alguien cuyo trabajo consista en reportarme todos sus movimientos durante una semana. ¿Una semana será suficiente?

— ¿Sabes una cosa? No te acepto más tu investigación sobre el suicidio para una improbable beca en una remota universidad de Ontario. No lo he creído nunca y estoy segura de que Susana tampoco, hasta ahora para mí ha sido un juego, pero si necesitas dinero y yo voy a invertir en esta empresa, quiero saber la verdad de todo esto. ¿Por qué es tan importante para ti seguir a Susana Saudi? Dímelo y veré qué puedo hacer.

Elvira Madigan comprendió que había llegado el momento de una decisión. No le quedaba más remedio que confiar en Judith Green.

—Mi hijo vino a Venezuela a pasar unas vacaciones y desapareció.

Hace dos meses que nadie ha sabido de él. Lo más probable es que esté muerto pero no quiero darme por vencida hasta que la evidencia me obligue. Vino a pasar dos semanas, una en Margarita para hacer *windsurf* con unos amigos canadienses y la segunda en Caracas para visitarme. El último día antes de su regreso desapareció. Habíamos previsto para su despedida salir a cenar a un restaurante italiano que hay por aquí cerca.

Cuando terminé la consulta entré en su cuarto y no estaba. No me inquieté en ese momento, pensé que había salido a cualquier cosa. Pasó la noche y comprendí que ya no era posible engañarme más. Fui por la mañana a la policía. El detective que me recibió trató de convencerme de que había sido asesinado en un asalto callejero y que arrojaron el cuerpo en cualquier parte pero, ante mi insistencia, me atendió el comisario Salcedo y al menos me escuchó, luego me pidió una lista de las personas con las que mi hijo había tenido contacto. No eran muchas porque la mayoría de las que mencionó eran sus amigos de Calgary.

Recordé las anécdotas que me contó, las cosas que le habían llamado la atención en su viaje, finalmente los nombres locales que pude anotar eran solamente dos. Una joven con la que tuvo una relación sexual en la playa de El Yaque y que se llama María del Valle Salazar, la hija del que cuida las tablas de *windsurf*. Me habló mucho de ella porque es una muchacha muy pobre y él quedó impactado por la pobreza que vio aquí. No está acostumbrado. Habló también de dos muchachos venezolanos que conoció en el hotel y se sentaron un rato con los canadienses a tomar cerveza. Uno de ellos se llamaba Andrés Saudi, le dio su teléfono en Caracas porque estaba muy interesado en irse a Canadá y quería conversar más con Tom. En la mesa de noche encontré un papelito con el nombre de Andrés y su teléfono.

A los pocos días de su desaparición, Salcedo me llamó y me comunicó que repasando los nombres que le di había encontrado un

dato interesante: un joven llamado Andrés Saudi se había suicidado la misma noche que desapareció mi hijo. Me dijo, “siga esa pista, puede haber algo. —Es lo que vengo haciendo. Me proporcionó los datos de la familia y no me fue difícil entrar en contacto con los Saudi. Es increíble lo confiada que puede ser la gente. Un diagnóstico rápido me indicó que de toda la familia la más accesible era Susana. La madre es una mujer que ha encerrado su dolor en alguna parte de su oficina, lo único que le interesa es declararse inocente del suicidio; el padre y la hermana menor, más o menos igual, no están dispuestos a hablar de nada.

Únicamente Susana estaba preparada para ahondar más en el sufrimiento, la culpa la está enloqueciendo. De hecho, creo que tiene momentos psicóticos. La licenciada Delgado tenía razón en sus recomendaciones, lástima que nadie le hizo caso. Establecí con ella una suerte de vínculo que podríamos llamar paraterapéutico y ella sintió la necesidad de confiar en mí. Gracias a eso pude entrar en la habitación de Andrés y allí encontré las fotos de unos amigos, unos compañeros de estudio; logré localizarlos y me contaron que tenían pensado emigrar a Canadá los tres. Más adelante Susana me mostró los estados de cuenta de la tarjeta de crédito, eso confirmó el cargo del hotel, el mismo en el que se alojó mi hijo, y las fechas cuadran. No me cabe duda de que es el mismo Andrés Saudi que Tom conoció y no alguien con el mismo nombre. En fin, ésta es la razón por la que he desarrollado una relación con Susana. Conocer más de su hermano puede llevarme a saber algo de mi hijo, aunque todo me ha conducido más a la historia de ella que a la de Andrés. Salcedo tiene la intuición de que puede haber una relación entre ambas… muertes. Él considera que murió…, pero no es un caso digno de detectives. Es un caso para madres.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Tom Sawyer.

El rostro de Judith Green empalideció.

—Tom Sawyer y Oliver Twist.

—Tom Sawyer y Oliver Twist, efectivamente –repitió Elvira Madigan.

—Tom Sawyer, Oliver Twist y María Eugenia Alonso. Increíble –añadió Judith.

-*Did I miss something*?

—Tom Sawyer, Oliver Twist, María Eugenia Alonso y Harry Haller. Definitivamente te faltó un curso de literatura general.

Cuando Judith Green tomaba el ascensor Elvira le recordó que no habían concretado el dinero.

—Hablaré con mi padre. Voy a ver qué invento. Ni sueñes que puedo comprometer mi sueldo.

¿Quién puede ser la persona apropiada para seguir a Susana Saudi? El gato se había subido a la mesa de la cocina y olisqueaba la caja de las galletas inglesas. Judith se las comió todas, sólo quedan unas migajas, confórmate. Metiendo la lengua hasta el fondo, ronroneó con placer. Estoy harta de ti, un día de éstos te saco a la calle para que te las arregles sin mí. Elvira se sorprendió de su propia intención. Suponía amar a Cheshire II pero su vida había estado llena de suposiciones incumplidas. Eso es lo que hace la infelicidad de las personas, sus suposiciones. La humanidad es un gran supuesto. Acarició a Cheshire II y se alegró de su inocencia. Los gatos no tienen suposiciones, él no puede saber que acabo de pensar en su fin. Es un animal demasiado acostumbrado a la vida casera, ha perdido su capacidad de cazar y en la calle lo aplastaría un automóvil en poco tiempo. ¿Cómo cazo yo a Susana Saudi? Ese es mi problema y no el gato de Cheshire.

Ronald Cárdenas y Dinora Ramos. Sus nombres se desplegaron como una epifanía. Les hace falta dinero; tienen un automóvil; comparten la angustia por la muerte de Andrés; no harán preguntas acerca de por qué quiero seguir a Susana; el semestre acaba de terminar; la visa no les ha llegado aún. Ésa es la elección perfecta. Los citó en el restaurante italiano al que había pensado ir con Tom el último día de sus vacaciones en Caracas. No había vuelto desde entonces. En parte porque no tenía necesidad de gastar más, pero sobre todo porque no quería ir al lugar en el que había *supuesto* cenar con su hijo la noche antes de que se fuera a Calgary. Bobby Sawyer, el padre de Tom, enterado de la situación, la había amenazado con viajar a Venezuela para encargarse él mismo de obligar a su hijo a regresar. Logró detenerlo. ¿Cuántas mentiras a lo largo de dos meses? Tom había decidido conocer América Latina. Machu Pichu, las cataratas de Iguazú, la Patagonia, la Antártida. Quería escribir una guía turística para canadienses, y sí, había mandado a la mierda su trabajo como empleado del servicio postal de Calgary. Una posición segura pero tremendamente aburrida que quería cambiar por la aventura

—Las aventuras suramericanas de Tom Sawyer, — ése sería el nombre de la guía que estaba escribiendo. ¿Cómo puede habernos hecho esto?, decían los abuelos. Quizás esa traición era tan terrible como la propia muerte. O más terrible. ¿Por qué me metí en este laberinto de mentiras?

Ahora mis padres no me lo perdonarán a mí. Al dolor de sentirse traicionados habrá que añadir el dolor de su muerte cuando a mí no me queden dudas y tenga que confesarla. Y a mi dolor por la muerte de mi hijo tendré que añadir la culpa de haber hecho sufrir a mis padres inútilmente. ¿Por qué no les dije simplemente lo ocurrido?

Tom fue asesinado en una ciudad en la que el 90% de los crímenes nunca llegan a ser investigados ni castigados. Compartamos el dolor. Ahora no podrían ni siquiera compartir el dolor porque no era el mismo. Ellos sufrirían por una traición, ella por haberlos traicionado. Todo era demasiado oscuramente hiriente.

Quedaba un resquicio a la esperanza. Tom no había muerto, su desaparición se debía a causas inimaginables pero, una vez expuestas, serían perfectamente comprensibles. Volvería a Calgary. Aceptaría decirles a sus abuelos que efectivamente estuvo recorriendo América Latina con la idea de escribir un estúpido libro de viajes, pero ahora quería de nuevo ser empleado del servicio postal. Sus abuelos morirían en paz y ella estaría libre de sus mentiras. Regresaría con Tom a Canadá y viviría del *welfare* hasta que pudiera encontrar algún trabajo, quizás un empleo en el servicio de biblioteca de la sociedad psiquiátrica de Toronto. El viejo McLeod había muerto pero todavía quedaban colegas que la recordaban y tratarían de ayudarla. Incluso prestar servicios en alguna agencia de ayuda para inmigrantes latinoamericanos. Todo era posible siempre y cuando apareciera Tom, y eso la llevó a su cena con Ronald y Dinora.

— Pidan los raviolis cuatro quesos, es lo mejor -ordenó unas copas de vino.

— Muchachos, es tiempo de acción. Necesitamos conocer con precisión los movimientos de Susana Saudi y quiero contratarlos para un seguimiento de veinticuatro horas. Queremos todos sus pasos registrados, gente con la cual se encuentra, actividades, distribución de tiempo.

— Nosotros ya hemos dejado eso así –dijo Dinora-. Andrés descansa en paz. Y lo que queremos es terminar de irnos. En caso de que no nos den la visa de Canadá, hemos pensado en Australia, aceptan emigrantes con calificaciones profesionales y es más fácil.

— Sí, eso es lo que hemos pensado –corroboró Ronald.

Elvira Madigan comprendió que sin una explicación más contundente no lograría nada de ellos. Procedió a contarles lo mismo que le había relatado a Judith Green, omitiendo algunos detalles. La escucharon sin interrupciones. Terminó de hablar y seguían en silencio.

Ordenó otra ronda de copas. Dios mío, la tarjeta de este mes. Estos bandidos han subido los precios.

Elvira Madigan concretó el ofrecimiento. El padre de Judith no había sido demasiado generoso pero aun así aceptaron la cantidad.

—Por una semana –dijo Dinora.

—Por una semana – aceptó Elvira-. Lo que una persona hace a lo largo de una semana es representativo de su vida.

Al llegar a casa la luz de la contestadora titilaba. No será un nuevo

paciente, pensó, tengo más de seis meses sin ninguna referencia.

Había dos mensajes con dos noticias, una buena y una mala. La buena era que, efectivamente, la compañera de la joven médica le pedía una consulta, no soportaba más los ataques de pánico. La segunda era de su madre, “papá está en el hospital. —Eso era todo. Decidió llamar aunque era tarde, su madre se acostaba a dormir a las nueve en punto pero quizás en esta circunstancia estaría despierta. Atendió otra voz .

— Mi nombre es Megan. Soy de la agencia de servicios para *senior citizens* a la que están afiliados sus padres. El Sr. Madigan está ahora mismo en cuidados intensivos. Debo decirle que los médicos no piensan que pueda recuperarse. La Sra. Madigan obtuvo un permiso para dormir en el hospital y facilitarle así los traslados, tiene problemas con la artritis, como usted sabe. Y yo vine a buscarles ropa y darle la comida al perro. Lo lamento, doctora Madigan.

—Muchas gracias, Megan. Por favor deme el teléfono del hospital.

Pero cuando se comunicó con el hospital le advirtieron que las llamadas debían ser entre nueve y cinco.

Esto era exactamente lo que temía. Mi padre va a morir. Mi madre tiene setenta y ocho años y se va a quedar sola sin el consuelo de saber algo más de Tom, acompañada por Megan, que la ayudará a hacer las compras y a quitar la nieve del frente. Decidió llamar al día siguiente a la línea aérea para averiguar los precios y posibilidades de crédito. Ya Cristal le había dicho que su dinosaurio electrónico no valía ni el precio del entierro, la única opción sería vender el Chevette y los cuatro muebles. Irme de una vez. Olvidar esta pesadilla y regresar. Decirle a mi madre cualquier cosa, Tom murió en un accidente en Machu Pichu, se cayó en el Iguazú, el barco que atravesaba la Antártida chocó con un *iceberg*. Decirle adiós a mis escasos pacientes, regalar a Cheshire II a la niña de la conserje, olvidar para siempre este intervalo de mi vida.

Envejecer dignamente en Calgary de donde nunca debía haber salido. Y

escribir las novelas policiales que quise escribir antes de que muriera Emma. Acompañarnos mis padres y yo por el tiempo que estén vivos y sufrir juntos la pérdida de mi único hijo. Eso es exactamente lo que voy a hacer. Ir a la embajada y solicitar ayuda para reintegrarme definitivamente.

Cuando amaneció había cambiado de opinión. No antes de saber de Tom. No me iré sin llevarme la verdad. Y cuando la tenga, prometido mamá, me iré.

Llamó a su madre temiendo lo peor pero las nubes se desvanecieron.

—Papá se está recuperando muy bien. El doctor Lowell piensa que

si continúa estable por cuarenta y ocho horas procederán a destaparle el coágulo. Elvira, intenta venir a vernos, te necesitamos mucho.

Su madre no le había dicho eso nunca jamás. Por primera vez sonaba débil, una viejecita frágil que la necesitaba. Iré tan pronto pueda, mami. No estoy en condiciones de enternecerme. Papá, esas coronarias tienen que aguantar. En una semana sabré todo. Entusiasmada devolvió la llamada a la nueva consultante. Fingió revisar una apretada agenda y le dio una cita para el día siguiente. Hoy tengo que organizar el primer día de seguimiento de Susana Saudi, querida amiga, tendrás que esperar un poco más para contarme tu vida. No temas, tu vida siempre estará allí, no importa lo que hagas por evitarlo.

14

La rata Haller amaneció muerta debajo de la mesa de su estudio. El cadáver fue encontrado por la persona encargada de la limpieza y el deceso se debió a un paro cardíaco a consecuencia de una sobre dosis de Rohypnol mezclados en medio litro de alcohol. La noticia se diseminó rápidamente por la facultad. Susana se presentó a primera hora de la mañana en la funeraria.

Reconoció a los hijos de Haller, a su exesposa, a dos profesores y un alumno, tesista del curso anterior. De resto, algunas personas que no identificaba.

Pocos deudos. Saludó y súbitamente desapareció.

Llegó a las inmediaciones de la casa y dio algunas vueltas buscando un lugar para estacionar el automóvil, consiguió hacerlo una calle más abajo.

Continuó a pie y cuando llegó a la barrera electrónica se detuvo. Se escondió detrás de unas matas y oyyó el ruido del motor de un automóvil que se dirigía a la calle de Haller. El automóvil traspasó la barrera. Una amante de más categoría que yo. Haller le había dado copia de la llave de la puerta pero se había negado a cederle el control de la barrera por razones de seguridad.

Comenzó a contar en voz alta los minutos que transcurrían y permaneció escondida hasta que escuchó que el automóvil descendía la calle. Subió a pie hasta la casa y sacó la llave de la cartera. La puerta cedió y Susana entró. Abrió cuidadosamente las gavetas del escritorio. No quiero que nadie encuentre los jugueticos de Haller. Sin embargo, el registro fue infructuoso. Probablemente ella buscaba lo mismo que yo y se lo llevó.

Esperó varios minutos para salir y recuperar la respiración. Afuera no se veía a nadie y comenzó a bajar la colina hasta la barrera. La encontró alzada y siguió adelante. No quería detenerse a pensar por qué estaba abierta, no era importante ya. Quizás el mecanismo se había echado a perder o existía otra razón. Descendió la calle hasta el lugar donde había estacionado su automóvil y cuando llegó a él un muchachito le habló desde la ventana de la casa que estaba enfrente.

— Le reventaron los cauchos-dijo con malicia.

Susana se agachó y comprobó que los dos cauchos traseros estaban pinchados.

—¿Fuiste tú?

—Yo no fui. Salí a buscar la pelota que se me había caído y vi que estaban pinchados, pero nosotros no fuimos –señaló a otro niño que apareció en ese momento en el marco de la ventana.

—Dime si fuiste tú, no te voy a hacer nada.

Su joven interlocutor cerró la ventana. Susana sacó el portátil de la cartera.

La grúa prometió llegar en cuarenta minutos y, en efecto, cumplió. Cuando logró reponer los cauchos era demasiado tarde para volver a la funeraria. Se dirigió directamente al cementerio y tuvo tiempo de asistir a los momentos finales. Saludó de nuevo a la exesposa, a los hijos, y al director del departamento, único representante de la universidad que asistió al entierro. La rata Haller, muerta, no le interesaba a nadie.

— No te preocupes por tu tesis, Susana –le dijo el director-. Una buena alumna siempre encuentra un tutor.

—Estoy muy afectada por la muerte del profesor Haller –contestó-; se dice que fue un suicidio.

—Así se dice, de todos modos, la policía quiere hacer algunas averiguaciones. Cosas de rutina, me imagino.

Susana se despidió de él y se dirigió hacia su casa. Encontró un papelito sobre la almohada

—Llamaron de la policía, el comisario Salcedo. V.” Lo arrugó y se acostó en la cama. No más acontecimientos por hoy, se dijo, y trató de dormir.

Al día siguiente Susana encontró un memo en su casillero. El director del departamento la citaba en su oficina

—Re: continuación de su tesis. — Se mostró muy amable y comprensivo, le dio fecha abierta para la búsqueda de un tutor sustituto, la invitó a expresar sus sentimientos.

— Será difícil para mí. El profesor Haller fue un excelente tutor.

— No todo el mundo pensaba así.

— Bueno, son puntos de vista.

— Así es. Algunos pensaban que extorsionaba a sus tesistas. Sobre todo, a las tesistas.

— No es mi experiencia.

— Me contenta escuchar eso, ¿y has pensado en alguien?

— Es prematuro. Todavía no he salido del impacto.

— El semestre está muy avanzado, tengo cierta preocupación de que no logres presentar la tesis a tiempo.

— Podría hablar con la profesora Arévalo. Probablemente lo haga hoy.

—Excelente idea. La profesora Arévalo es muy colaboradora, aunque tiene varios tesistas quizá te acepte. Porque tu tesis estaba ya bastante completa, ¿no?

— Creo que sí, le puedo presentar un informe si quiere.

— No es necesario, para nada, no es necesario. Por cierto, ¿has recibido alguna citación de la policía? Preguntaron por las personas

más relacionadas, tuve que dar tu nombre. Cualquier cosa estoy a la orden.

— Sinceramente no veo qué problema pueda presentarse. Pero lo tendré al tanto, profesor.

Tan pronto logre el doctorado me iré de este nido de víboras, pensó Susana.

15

—Bueno, muchachos. Estamos listos para el reporte. Cuéntenme las aventuras y desventuras de nuestro objetivo.

Ronald procedió a leer una hoja de papel escrita a mano: -Lunes, miércoles y viernes. Sale a las 7 am y se dirige a la universidad.

Regresa entre 4 y 4.30 pm. No salió más.

Martes. Salió a las 5.15 y fue a la peluquería. Regresó a las 7 pm y no salió más.

Jueves. No salió en todo el día (hasta las 11.45 de la noche, por lo menos).

Sábado. Salió a las 6.20 de la tarde y estuvo en la siguiente dirección (Calle Los Apamates, Quinta Ma Jolie, Urb. Las Araucas) hasta las 5.30 am del domingo. Regresó a su casa.

Domingo. Con las demás personas de la familia al Pretty China a almorzar, y luego fue con su hermana y un joven al cine en el centro comercial de su urbanización. Regresaron a las 7.10. pm.

—Muy bien, Ronald. ¿Quién vive en la quinta Ma Jolie de la calle Los Apamates?

—Vive un hombre solo. No tiene servicio doméstico fijo, sólo una señora que limpia los lunes. Sale poco de la casa porque el automóvil está siempre en el garaje, se puede ver desde la calle porque tiene una reja que da visibilidad.

—Ahora es necesario saber cómo se llama.

—Se llama Julián Sorel. Le di una propina a la señora de la limpieza, eso no está incluido en los gastos, por cierto. No me quiso dar el teléfono pero encontré la factura en el buzón de la puerta y pudimos leerlo.

—Esa visita pudiera ser ocasional, es necesario constatar que se produce con regularidad. Vuelvan el sábado a esa misma hora. A ver si tenemos suerte.

Efectivamente la visita se repitió en un horario similar. Susana Saudi llegó a la casa de Julián Sorel cerca de las siete y pasó la noche del sábado.

Aquí hay otro amante, de momento con buena salud, pensó Elvira.

—Queremos decirle que no vamos a seguir en esto. Hemos cumplido nuestra parte, una semana; nos está debiendo el otro fin de semana.

— El contrato sigue en pie, conseguiré más dinero.

—No queremos más dinero –dijo Ronald.

— Sí queremos más dinero –dijo Dinora.

— Lo que viene será más divertido, se los aseguro. Tengo que

pensar una estrategia que me permita entrar en contacto con Julián Sorel. De modo que necesito saber a qué se dedica.

— Se dedica a los negocios –opinó Dinora-. El domingo lo seguimos un buen rato. Salió hacia el mediodía y se reunió con unos tipos vestidos de hombres de negocios en un restaurante caro. Entramos como si estuviéramos buscando a alguien y estaba sentado con dos, luego llegó otro que no conocía y se lo presentaron. Gente de negocios, tiene que ser.

—Suena correcto pero no estamos seguros.

—¿Julián Sorel? –gritó Judith Green por el teléfono. ¡Es fantástico!

— ¿Qué tiene de fantástico?

—Elvira, cuando esto termine tienes que dedicarle tiempo a la lectura.

No me imaginaba las preocupaciones literarias de Susana, no las demostró en el colegio.

— Lo que quería decirte es que necesito más dinero –dijo Elvira Madigan.

— Pero qué pragmática puedes llegar a ser. Para averiguar quién es Julián Sorel no necesitas más dinero, te lo puedo decir yo gratuitamente como contribución a esta investigación. Es un nombre inolvidable.

— ¿Inolvidable el nombre o el hombre?

— Sólo el nombre.

Julián apagó la computadora, se dirigió a su habitación y procedió a escoger con cuidado su vestuario. Se miró en el espejo de arriba abajo y quedó complacido con su imagen. Hoy su rutina cambiaba. Estaba citado con un importante financista japonés que deseaba contratar un informe exclusivo.

Los detalles habían sido acordados por Eleonor Rigby, su asistente.

Entró en el *lobby* de un lujoso hotel recién inaugurado. Se ajustó el nudo de la corbata y se recorrió a sí mismo con una rápida mirada aprobatoria en el espejo del ascensor. Un largo pasillo alfombrado lo esperaba en el piso dedicado a los *executive lounges,* lo atravesó con seguridad hasta encontrar la *suite* en la que había sido citado. Eleonor Rigby le abrió la puerta y lo saludó con asertividad cordial.

No encontró nada desacostumbrado en ser recibido por la asistente y en escuchar que el Sr. Hayashi se retrasaría unos minutos. Le pareció, sí, altamente descortés cuando, pasada media hora, la asistente contestó el portátil que desde Caricuao había marcado, muerta de la risa, Dinora y, después de sostener una conversación en inglés, Julián fue informado de que al Sr. Hayashi se le había presentado un inconveniente y le era imposible llegar a tiempo. Estaba por levantarse del cómodo sofá de cuero con una inocultable expresión de molestia cuando Eleonor Rigby le comunicó que el Sr.

Hayashi estaba tan apenado por el inconveniente, y tan seguro de que quería llegar a un entendimiento con el Sr. Sorel, que le rogaba aceptase una invitación a almorzar en un restaurante a donde ella misma lo conduciría.

Salieron del *lobby* y Eleonor Rigby le hizo señas a un elegante automóvil de alquiler, cuya puerta abrió un no menos elegante Ronald disfrazado del chofer que con toda discreción los depositó frente a la puerta del restaurante.Eleonor Rigby preguntó por la mesa reservada para el Sr. Hayashi y fueron conducidos a ella. Pidieron unas bebidas y Eleonor Rigby explicó que esperarían al tercer comensal para ordenar la comida. Veinte minutos después no había llegado y Julián miró el reloj con gesto desaprobatorio.

— Pensé que los japoneses se distinguían por la puntualidad.

— El Sr. Hayashi es una persona ocupadísima, verdaderamente hace esfuerzos por ser absolutamente cumplido en sus compromisos pero su agenda es tan apretada que a veces ocurren estos inconvenientes. Le sugiero que ordenemos la comida, se hace tarde.

Pidieron el plato combinado de *sushi* y *sahimi* con Alaska *rolls*. Julián se resignó a que la comida transcurriría en medio de la intranscendente conversación de la asistente del Sr. Hayashi, quien era, evidentemente, una mujer de mundo en capacidad de comentar datos y anécdotas de viajero trivial con cierta amenidad. Pero no era a eso a lo que Julián había acudido y al final de la comida se sentía definitivamente irritado.

Eleonor Rigby pidió la cuenta, dejó una propina exorbitante y volvió al caudal de las excusas asegurándole que el interés del Sr. Hayashi en contar con sus servicios seguía en pie. Le ofreció llevarlo hasta el hotel para recoger su automóvil pero Julián se negó. Ella insistió, el Sr. Hayashi quedaría muy desagradado si no cumplía su tarea hasta el final. Llegaron al hotel y Eleonor Rigby le prometió que recibiría noticias inmediatas del Sr. Hayashi.

Julián se desvistió y se puso ropa cómoda. Se tumbó en la cama y sin poderlo evitar marcó el número de Susana. Muy rara vez se comunicaban para algo que no fuese el arreglo de los encuentros, si le comentaba circunstancias de trabajo era casual, y no habían establecido la costumbre de consolarse mutuamente por los inconvenientes o dificultades que cada uno de ellos enfrentara en ese terreno. Pero lo ocurrido había herido su vanidad. Había pensado que era un asesor de importancia cuando ya los japoneses sabían de él, había conjeturado que un informe exclusivo podía representar ingresos significativos, y se sentía ligeramente deprimido por el desplante. La voz del buzón le pidió que dejara su mensaje y Julián grabó: “Llámame, me echaron una vaina. —Escuchó el menú de opciones y decidió borrar el mensaje y dejar uno nuevo. Era el mismo

pero con el tono corregido, le pareció que en el primer “llámame” se había colado un desconsuelo.

Por la noche, Elvira Madigan, desvestida de su disfraz de Eleonor Rigby, había invitado a cenar a Dinora y a Ronald en el restaurante italiano.

Dinora se había reconciliado un tanto con ella, le parecía divertidísimo el plan fraguado con Julián Sorel y le pedía una y otra vez que volviera a describir la expresión desolada del super asesor a medida que se iba desvaneciendo su esperanza de conocer al Sr. Hayashi.

— Ahora empieza lo más difícil -dijo Elvira Madigan-. Ahora debo explicarle que el Sr. Hayashi tuvo un imprevisto viaje a Malasia y que yo quedo encargada de todo. Ya he hablado con alguien que me va a pasar la información que un gran inversor solicitaría.

— El problema va a ser cuando Julián pida que le paguen.

— De todos modos no será necesario mantener el engaño por demasiado tiempo y dudo mucho que pueda dar conmigo. El número del portátil y la *executive lounge* fueron contratados con otro nombre, él conoció a una mujer quince años mayor, con el pelo de otro color, y aparentando más peso del que afortunadamente tengo.

— Me da la impresión de que ser engañado no le gustará nada. Se va a sentir pésimo -dijo Dinora.

— Sí, pero pésimamente vivo. Necesito desarrollar una cierta relación con él. Que él me necesite, que me tenga confianza. Que espere algo de mí. Es la única manera de salvarlo.

— ¿Crees que corre peligro?, ¿que alguien le pueda hacer daño?

— Temo que se lo va a hacer a sí mismo.

— ¿Un tipo con la vida tan resuelta? -preguntó incrédula Dinora.

Elvira Madigan no le contestó y pidió otra ronda de Chianti.

— Vamos a celebrar, muchachos, estuvieron fantásticos.

Julián puso en marcha el equipo de sonido y escogió el concierto para violín y orquesta en Re mayor de Tschaikowsky. Sintió que Brahms contribuiría a abrumarlo y necesitaba algo más triunfal y enfático. Se quitó los zapatos y cambió la ropa por una informal. Cerró los ojos y se entregó a la música sin esperar nada. Por eso se sorprendió cuando escuchó la voz de Susana en la contestadora, corrió a atender el teléfono pero llegó tarde. Susana había dejado un brevísimo mensaje: “no entiendo qué pasó, bueno, hasta luego. — No entiendes eso, ni nada, pensó. Sólo entiendes que te cojan. Se arrepintió de su pensamiento. Le pareció vulgar, machista, insolente. Los acordes tschaikowskianos lo alejaron de sí mismo. Le gustaba particularmente ese concierto, subir el volumen en los violines, irse hacia otros lugares. Pensó en su hija y también le desagradó su recuerdo. Había optado por verla lo menos posible. Habían llegado

casi a un acuerdo perfecto: días del Padre, ambos cumpleaños, Navidad. Cuatro fechas anuales resultaban más que suficientes. Nunca en sus casas. Navidad y día del Padre en la tarde, para un café. Cumpleaños en restaurantes para almorzar. El resto del acuerdo era también perfecto: comentarios políticos y económicos, revisión de últimas películas vistas, alusión lejana y aparentemente delicada a su madre, risueña y algo burlona hacia su hermano mayor de quien ambos recibían noticias por correo electrónico; alto ejecutivo bancario, vivía una agenda imposible y las posibilidades de encuentro anual se reducían a dos, y no necesariamente en fechas preseleccionadas. El espacio intermedio entre los temas viables quedaba intacto. La estofa de sus vidas, el hecho de que en algún momento habían formado una familia, era un bulto compacto, incómodo, excesivo.

Coincidían en odiarlo.

El concierto entraba en un movimiento lánguido interrumpido de nuevo por el sonido telefónico, esta vez de una amiga a la que no tenía el menor interés en atender. En la última cita había intentado penetrarla dos veces felicitándose íntimamente por su potencia, y ella estuvo cerrada y seca.

Demasiado problemática. Consoló su frustración por aquella vez pero no estaba dispuesto a repetir la ocasión. Demasiadas opciones abiertas como para meterse por caminos difíciles. Llegaban compases más decididos, sonoros, anunciadores. Hacía ya bastante tiempo desde que las ocasiones eróticas habían adquirido una fantasía inevitable. Le era imprescindible pensar en Susana, verla sobre él, la cabeza hacia atrás, una cierta manera de abrir la boca y de gruñir su propia excitación. Si no era así, su pene se negaba a ponerse en acción. Al principio le dio la bienvenida a esa fantasía, le pareció inocente, un juego privado del que ellas -las mujeres, incluida Susana-no participaban, pero, en la medida en que la inexorabilidad de esa fantasía se hacía más patente, el juego derivó en una mortificación. Había intentado desecharla voluntariamente y el resultado era nefasto. Nada ocurría, a lo sumo un débil endurecimiento insuficiente. Tomó esta señal como el indicio de que debería formalizar su relación con ella. No proponerle matrimonio, con seguridad Susana no accedería, pero al menos darle a aquello que ocurría entre ellos el carácter de amantes establecidos. Viajar juntos, salir de vez en cuando a un lugar público, asistir en pareja a alguna invitación. Lo insinuó, con el tono más desafectado y distante posible, una tarde cualquiera en que escuchaban música después del amor. Unos cuartetos de Dvorak, lo recordaba perfectamente, entre el tercero y el cuarto.

Susana dijo: “me parece innecesario. —Al menos no se rió, simplemente, expresó la inoportunidad de su propuesta. Trató de

tomarlo a broma, quitarle cualquier peso sentimental que ella hubiera podido detectar, llevarlo más bien a su consecuencia pragmática, la posibilidad de verse más a menudo.

Igualmente innecesario, comentó ella. Hasta ahí entonces las cosas, se dijo Julián. Finalmente no era un problema demasiado grave. Se trataba de convocar una fantasía en las ocasiones que lo requiriesen. Confortado por este pensamiento no había vuelto a él, voluntariamente. Sin embargo una sombra había comenzado a presentarse cada vez con más frecuencia. El hecho de que su potencia disminuía. A pesar de la "fantasía Susana, —como la llamaba, varias ocasiones habían quedado deslucidas por una actuación sexual pobre.

Consultó con un amigo médico acerca de una nueva droga para la impotencia de la que había leído recientemente. Por otra parte, ¿por qué darle tanto peso?

Eran cincuenta y seis años cumplidos. ¿No es una buena edad para que los hombres comiencen a desfallecer? "Pero sí te va bien con ésa, ¿para qué te vas a preocupar? Lo que tienes que hacer es estar con ella. A la edad nuestra uno se va poniendo más exigente, —había sido el consejo de su amigo.

El concierto había terminado y se sintió sin nada qué hacer. La fallida cita con el japonés lo había dejado imposibilitado de volver a su rutina. Mucha seducción, alto restaurante, tremenda limusina, encopetada asistente y cero negocio. Es como una mujer que luego no se deja, pensó. Miró la tarde desde la ventana y comprobó que era luminosa, nueva, prometedora. Hizo algo insólito: llamar a su hija. Le atendió muy amablemente desde una distancia sideral

—Te lo agradezco mucho, pero no estoy preparada para vernos hoy."

¡Qué frase! ¿En qué manual de gerencia la había leído? Julián no insistió, comprendía que su hija no se había repuesto de la sorpresa de una invitación fuera de fecha y decidió tomarse la tarde para él solo. Para mí solo. La vida es para mí solo, repitió. Te estás poniendo viejo, Julián, no aguantas la soledad.

Salió a la calle pensando que, si el japonés reaparecía, era momento de cambiar el automóvil. Tomó una ruta cualquiera y cruzó varias calles hasta que decidió acercarse a un centro comercial que no había visitado. Frente a la tienda de música le pareció reconocer al joven que miraba los compactos detrás de la vitrina.

El centro comercial era desolado, con un diseño pobre, de largos pasillos a los que se asomaban locales vacíos, mal iluminado. Finalmente encontró un lugar donde sentarse, el Café Mediterráneo. Pidió un Campari.

No tenían. Pidió una cerveza y desplegó la revista de automóviles que acababa de comprar. No se le hubiera ocurrido encontrarla, pero

era ella, no cabía duda. Se veía más atractiva que nunca.

Judith Green le dijo:

—Vaya, Julián, ¿y qué haces por aquí?

—Te esperaba –contestó en su mejor tono seductor.

A Julián Sorel le gustaba que la casualidad lo llevara a encontrarse con antiguas amantes, disfrutaba el juego de reconocer en ellas su paso por la vida, examinarlas para ver si habían engordado, si los coquetos pliegues se habían convertido en arrugas, si seguían ofreciendo aquello que fuera lo que le hubiese gustado en otro tiempo. Si él seguía siendo una oferta aceptable.

Judith Green parecía más que nada urgida en llegar lo más rápido posible al estacionamiento pero concedió unos minutos a la aventura de Sorel, como la había catalogado. Alguien que apareció en un avión cuando ella regresaba de vacaciones a Caracas durante la época de Yale. El vecino de asiento que la había ayudado con el consabido truco de colocar un maletín pesado en el compartimiento superior y conversaron durante el vuelo. Un tipo más que le había dado su tarjeta y prometido llamar más adelante, lo que en efecto hizo, y con quien había disfrutado un fin de semana en un hotelito en la costa de Paria sin mayor intención de repetir la ocasión. Pero no era un mal recuerdo, Julián Sorel, y consintió en tomarse una cerveza.

De modo que cuando Elvira Madigan le comentó días atrás su pesadumbre por no hallar la manera de entrar en contacto con uno de los amantes de Susana y mencionó el nombre de Julián Sorel, Judith Green le había dado la buena noticia de que el hombre que buscaba era un experto financiero *freelance*, cuya especialidad era la asesoría de empresas extranjeras.

Ahora lo tenía frente a ella y le divertía pensar que estaba frente al secreto de Susana Saudi. ¿Por qué ocultaba ese novio en clandestinos encuentros domésticos? Ella sabría, Susana siempre sabía por qué ocultaba sus afectos.

Susana era una mentirosa profesional, una persona incapaz de ser otra cosa que un engaño. Era muy comprensible que Magda Delgado no le hubiera creído que María Eugenia Alonso estaba enganchada en coca. Por un momento pensó que si reanudaba la aventura de Sorel sería una manera de quitarle algo a ella. Rechazó la idea. Estaba comenzando a hartarse de odiar a Susana Saudi.

—¿Y tu amiga Saudi? ¿Cómo anda?

Julián Sorel se rió.- ¿Mi amiga qué?

—¿No eras amigo de una chica Saudi? Fue compañera mía en el colegio.

—Ni idea –dijo Julián Sorel-. ¿Crees que conozco a todas las mujeres de Caracas?

No soltará prenda, pensó Judith. Es igual que Susana. Dios los cría

y ellos se juntan.

Julián despejó la idea de prolongar el encuentro. Seguía en buena forma, elegante, contemporánea como la revista que dirigía pero demasiado acuciosa. No le gustaban las mujeres acuciosas. Generalmente terminaban por echar a perder las cosas.

16

Había apagado el despertador para dormir un rato más y el teléfono lo sobresaltó a las ocho y media.

— Sr. Sorel, buenos días, le habla Eleonor Rigby, la asistente del Sr.

Hayashi.

Julián acogió aquella llamada como una resurrección. La noche anterior se había acostado temprano con unos somníferos y un cognac para disipar un estado de ánimo difícil, y la voz de Eleonor Rigby le pareció una señal de que la vida, solo o acompañado, continuaba.

Se vistió apresuradamente, la visita se anunciaba en cuarenta y cinco minutos. Decidió que *cel o* de fondo y té de Ceylán constituirían una clara muestra de su refinamiento. Dispuso los detalles y cuando escuchó el timbre todo estaba preparado para su llegada. Le abrió la puerta como si él fuese su propio mayordomo, y el verdadero Julián Sorel, experto asesor financiero, aparecería después. Eleonor Rigby elogió el té, algunos detalles de la decoración, dejó una elegante carpeta sobre la mesa y se despidió cariñosamente.

—¿Te puedo llamar Julián? -dijo en la puerta-. Odio las formalidades.

— Claro, claro -contestó Julián encantado -. Dime como quieras.

Elvira Madigan sonrió con su mejor sonrisa de Eleonor Rigby, es decir con astucia, es decir como una mujer que quiere recordar que alguna vez tuvo una sonrisa pícara pero que sabe que ya es innecesaria.

— Te dejo bastante trabajo.

— Para eso estamos -contestó Julián más contento todavía.

El ruido del automóvil se alejó y cerró la puerta con alegría, casi que con precipitación. Dispuso la carpeta en la mesa de trabajo y se enfrascó en las informaciones requeridas por el inversor. Al rato hizo una llamada al buzón de Susana: “Tengo tremenda asesoría. Luego te cuento. —La idea de compartir su entusiasmo le había hecho tomar esa decisión impulsiva. Bueno, qué carajo, si no quiere que no conteste. Cuando anochecía no se había separado de la computadora más que para hacerse un sándwich y café. Susana no había llamado en todo el día, a lo mejor no había recibido el mensaje. Brincó al escuchar el teléfono pensando que era ella pero era la voz de Eleonor Rigby.

— Quería saber tus primeras impresiones.

— Fantásticas, pero debo decirte que esto no lo puedo resolver en unos días. El Sr. Hayashi pide una información muy exhaustiva y

necesito investigar algunas áreas.

— No hay apuro. Los japoneses son gente detallista. Detestan la improvisación. Por cierto, estoy encargada de invitarte a cenar de vez en cuando. No tiene que ser *sushi*, te confieso que es una comida que me cae pesada.

— A mí también.

— Propongo un restaurante italiano, aquí por mi zona.

Julián se sorprendió de sí mismo. Estaba encantado de aquella novedad: salir a cenar con una mujer con la que nada erótico lo unía, salvo el erotismo que pueda tener el dinero, por supuesto. Había calculado que la asesoría del Sr. Hayashi se traduciría en un BMW. Siempre había deseado un BMW y del extremo oriente había llegado el rey mago que se lo regalaría.

Cuando regresó de la cena, echó una mirada a la contestadora pero no tenía encendida la señal de llamadas.

Elvira Madigan se quitó los zapatos de tacón y desparramó el traje de chaqueta que se había puesto para cenar con Julián Sorel. Tembló cuando en el restaurante entraron las lesbianitas y una de ellas, la técnica en computación, saludó efusivamente a Sorel. Hubiera podido fácilmente meter la pata llamándola por su nombre pero se salvó, se limitó a un gesto amable y un “hasta luego, —e inmediatamente regresó a su mesa

—Es mi hija –dijo Sorel-, vive por aquí cerca. —Era obvio que le avergonzaba la evidente relación con la otra, de modo que no estuvo muy interesado en profundizar acerca de ella, y a Elvira le pareció notar un gesto de alivio cuando las chicas abandonaron el local.

Es un hombre inocente, pensó, alguien que solamente pretende disfrutar de la vida. Lamento este engaño que quizá no sirva para nada. No encuentro tampoco cómo decirle que las estadísticas indican que si Susana lo ama está en peligro. ¿Por qué salvarlo? Al fin y al cabo lo que quiero es salvar a Tom, si eso es todavía posible. Salvar a Julián Sorel sería un beneficio colateral. Por otra parte gasté una fortuna en estos encuentros y no creo que el padre de Judith Green le siga dando dinero. Julián Sorel, me temo que pronto te anunciaré que el Sr. Hayashi ha decidido desviar sus inversiones a otras economías emergentes y tendrás que enterrar tus sueños.

Encendió la televisión y se quedó dormida mientras veía un programa acerca de los cazadores de reno en Finlandia. Le gustaban las imágenes de paisajes fríos, en parte porque le recordaban su infancia pero también porque le tranquilizaban la mirada. Lo blanco y frío brillando en la pantalla, los pinos a lo lejos, la soledad y el silencio de la nieve le traían un sentimiento de refrescamiento interior. Las imágenes con animales la llevaban al tiempo cuando era niña y el mundo le parecía un lugar acogedor en el que se desarrollaba

la apacible vida de la humanidad. Recordó un libro preferido, las leyendas sobre gnomos nórdicos que su madre le regaló un día de su cumpleaños. Afuera nevaba intensamente, vivían todavía en la finca del abuelo, bastante al norte en la provincia de Alberta, y el frío era demasiado intenso para salir después que caía el sol. La noche comenzaba hacia las tres de la tarde y ya para ese momento todos se refugiaban en el interior. Su padre encendía la chimenea del saloncito y su madre empezaba los preparativos de la cena mientras ellas hacían las tareas de la escuela. A las seis ya habían cenado y entonces Emma y ella se iban a su cuarto, en la parte de arriba de la casa, y leían hasta que su madre con la escoba tocaba el techo para advertirles que debían apagar la luz. La ventisca era muy fuerte y era maravilloso sentirse en casa tan protegidas mientras afuera la temperatura caía a 5º Fahrenheit.

Entonces nunca pensó que hubiese otros peligros que la temperatura extrema.

La casa tenía varios termómetros, uno afuera en la entrada, otro en el patio de atrás y uno en el saloncito. Todavía no existía el Weather Channel y era esencial estar continuamente controlando el frío. Si el sistema de calefacción tenía algún desperfecto, su padre abandonaba cualquier otra tarea pendiente.

Ésa era la tarea literalmente vital: devolver la temperatura ambiente a las condiciones humanas.

Hasta que se mudaron a Calgary Elvira Madigan no había pensado en otros peligros. Proceder con mucho cuidado al vestirse en la mañana y cerrar bien la habitación para que no perdiera el calor acumulado. Mantener abierta la puerta de la casa lo menos posible cuando salían y entraban. Prever siempre que hubiese suficiente madera cortada para incrementar el calor en la noche y darle frente a las caídas de energía eléctrica. Ser muy cuidadosa cuando iba con los otros chicos a patinar al lago Athabasca. Si la superficie no estaba duramente helada serían atraídos por la fuerza del agua y la muerte por hipotermia sucedía en menos de quince minutos. Todas las comarcas tenían la historia de un niño descuidado que murió porque patinaba en un lago o un río no suficientemente helados. Esa historia se repetía en todas las aulas de clase cuando comenzaban el frío intenso en octubre, y los niños limpiaban y aceitaban sus viejos patines para la temporada. Elvira Madigan fue una buena patinadora. Ganó el segundo premio en el concurso de la escuela pública de Fort Chipewyan. Ésos eran los peligros de la vida, pensaron ella y Emma durante toda su infancia.

Cuando Emma cumplió catorce y ella tenía once su padre vendió la finca y abrió la tienda de aparatos eléctricos en Balzac, un suburbio de Calgary. Su madre se ocupaba de la registradora hasta que el negocio

prosperó y contrató un empleado. Era un negocio pequeño. Su padre nunca pensó que quería ampliarlo, sólo dar un buen servicio a los habitantes del área. La apertura de los grandes centros comerciales hizo que las ventas bajaran pero siguió siendo un negocio bien llevado y suficiente para cuatro. Después Emma se fue. Su padre dijo que *ahora* tendría probablemente suficiente para pagarle la mitad del costo de la universidad pero no fue necesario. Elvira Madigan obtuvo una beca de la Universidad de Toronto. Lo celebraron en un restaurante de langosta, el más famoso de Balzac. Un poco caro, cinco dólares por plato; un escándalo, opinó su madre. Su padre pidió un Bourbon, su madre y ella cervezas. Cuando regresaron a casa estaban felices. Su padre insistió en lo que había sido su argumento fundamental para vender la finca: la educación de sus hijas. No hablaron de Emma, casi nunca lo hacían.

Antes de irse a Toronto Elvira Madigan visitó la tumba. Llevó unas flores con su madre y permanecieron unos minutos frente a ella. Al día siguiente tomó el tren y no volvió al cementerio. Nunca había salido de la región hasta ese momento. Amaba a su familia pero quería ver la vida en otra parte. Ser ella frente a la vida. Ésa era la educación que había recibido y sus padres no esperaban que regresara a verlos sino en algunas fechas especiales.

Si Tom los visitara, aunque fuese una sola vez al año, sería suficiente para ellos. Pero ahora su madre era una anciana y le había dicho, por primera vez, que la *necesitaba*. Había sido educada en la premisa de que los hijos necesitan a los padres hasta los dieciocho años y los padres no necesitan a sus hijos salvo en la extrema vejez. Ella debía cumplir con ese mandato y devolver todo el trabajo de sus padres hasta ese día en que tomó el tren para Toronto. Su deuda no había sido pagada. Su deuda la reclamaba. Volvió a pensar en la posibilidad de vender el automóvil, a lo mejor Ronald podría ayudarla y buscarle un amigo interesado en un Chevette años 80. Cuando llegó a ese punto Elvira se quedó dormida mientras un reno se alzaba orgullosamente en la blancura que hería la pantalla.

Se despertó maldiciendo el teléfono.

— Hola, soy Ingrid.

Hacía mucho tiempo que no sabía de Ingrid Horowhitz y se reconcilió con una llamada un sábado a las siete y media de la mañana.

— Pero, Ingrid, ¿dónde estabas metida?

— En nada demasiado interesante. Hoy me desperté pensando en ti y decidí llamarte. ¿Cómo andas?

Elvira dudó entre darle una respuesta convencional o contarle la verdad de lo que le ocurría.

— ¿Pasa algo?, ¿por qué no dices nada?

— Pasa, en efecto, pasa que estoy metida en una situación muy terrible. Tom vino a visitarme y desapareció. No se ha sabido de él desde hace más de dos meses y lo más probable es que esté muerto.

Procedió a darle los detalles mientras Ingrid la escuchaba en silencio.

—Quisiera ayudarte pero no se me ocurre de qué manera, podemos vernos si quieres, a lo mejor te hace falta conversar, aclarar tu mente o no sé, simplemente compartir esto.

—Creo que sí, que será algo reconfortante para mí, pero estoy demasiado ocupada, intento conducir una investigación por mi cuenta y, a la vez, seguir viendo a los pacientes que me quedan. ¿Cómo anda tu consulta?

—Malísima, qué te puedo decir. Tuve que aceptar la dirección de un hogar para ancianos. Incluyendo guardias, a estas alturas.

Se compadecieron mutuamente y prometieron verse pronto. Ingrid Horowhitz cerró el teléfono anonadada. No porque fuese demasiado extraño que una persona hubiera sido víctima de la violencia sino porque le parecía muy injusto que le hubiese ocurrido a Elvira Madigan. En verdad tampoco es justo o injusto, simplemente ocurren las cosas, se dijo.

Había conocido a Elvira años atrás en una conferencia dictada por algún brillante talento de la psiquiatría mundial y se habían hecho amigas fácilmente. A Ingrid sus amigas matrimoniales –es decir, las compartidas dentro de la comunidad conyugal-habían terminado por resultarle incompatibles en la medida en que ella se había separado de su marido y resultaba, si no una amenaza, al menos una incomodidad. Los números impares son incómodos. La vida está diseñada en dobles, como los asientos de los autobuses. Elvira era como ella, un destino unipersonal, y además alguien interesante, le gustaba conversar de temas que no fuesen los inmediatos y cotidianos o las preocupaciones implícitas en la vida profesional. De vez en cuando se reunían para almorzar juntas o encontrarse un sábado para ir al cine. Nunca fueron “íntimas” como lo habían sido sus amigas de la infancia; ni “cómplices” como sus compañeras de universidad y de postgrado; ni “obligadas” como las otras madres del Club Hebraica. Elvira Madigan era quizá la única amistad individual, voluntaria, elegida, que había tenido en su vida. Una amiga con la que no tenía ningún sagrado recuerdo de infancia en común, ningún proyecto que compartir salvo mantener una consulta decente en tiempos difíciles.

Durante el resto del día siguió pensando en la desaparición del hijo de Elvira Madigan. No quería llamarla de nuevo para ofrecerle consuelo porque Elvira no era una mujer proclive al consuelo; si lo hiciera probablemente encontraría una respuesta distante, un refugio en su estilo pragmático de resolver los problemas, y terminarían en

una conversación irrelevante. Pensó que era mejor esperar su llamada y luego optó por una tercera vía: le envió un correo electrónico con un breve mensaje: “Elvira, muy pendiente de todo, estaremos en contacto. —Borró la segunda frase y cambió por “nos llamamos”.

Se dio cuenta de que nunca había hablado con ella acerca de su infancia, salvo que había nacido en un lugar cercano a Calgary. Nunca habían intercambiado demasiadas preocupaciones maternas, a excepción de informarse mutuamente acerca del paradero de sus hijos y la inevitable separación que vivían con ellos.

Tom, al parecer, llamaba muy de vez en cuando; y Raquel menos todavía desde su nueva vida en Israel. Una vez comentaron que eran unos hijos que habían dejado de serlo y que saber que estaban a miles de kilómetros de distancia, en contextos tan diferentes a los suyos, en existencias completamente distintas, producía a veces, un *a veces* muy subrayado, la impresión de que no eran sus hijos sino personas que conocieron alguna vez y que por circunstancias amamantaron o llevaron al pediatra, o ayudaron a completar las tareas escolares. ¿Qué hace que un hijo sea tu hijo? ¡Por favor!, qué tipo de pensamiento es éste, se recriminó. Por esa vía toda relación pudiera llevarse a lo anodino, a la reducción de que nada hace convincente nuestras vinculaciones. Todas son producto de la casualidad, incluida la maternidad. Fecundada por un hombre o por otro, los hijos serían completamente distintos. Nada hay en mí que me obligue a ser la madre de Raquel. Otra esperma hubiese producido una niña asiática o africana o canadiense. E igualmente la hubiera amado. Pero una vez que ese ser se ha concretado es mi legado hasta la eternidad.

Como toda madre profesional ambas se sentían culpables de no haberles dedicado suficiente tiempo a sus niños. Raquel había contado con una abuela incondicional y Tom con un excelente *day-care centre* pero –se habían confesado-nunca se supera esa condición de traición a la humanidad que supone entregar el cuidado del hijo a otra persona. Recordó una fiesta de cumpleaños a la que no pudo llevar a su hija porque tenía un examen, la encomendó a una amiga, y ésta, muy distraída o demasiado llena de niños, salió del parque sin Raquelita. Se dio cuenta cuando iba llegando a su casa. Por suerte la niña estaba allí, sentada en un parque vacío, todavía sin comprender lo que le había sucedido. Ahora, pensaba en Elvira, algo tan devastador como la desaparición de Tom se unirá a ese sentimiento de culpa acumulado por los teteros que no dio, las fiebres que no vigiló, los pequeños accidentes en los que no estuvo presente, y se intensificará con el hecho de que se separó de él en su infancia para seguir a un hombre desconocido y extraño y terminar viviendo en un país en el que finalmente nada se le había perdido, salvo ese hombre que tampoco ya está interesada en encontrar. Al menos en su caso, se reconfortó,

siempre había estado junto a su hija, y su separación se debía a la decisión de ella y no a la suya. Pero, de cualquier modo, lo ocurrido a Elvira era una catástrofe que superaba los sentimientos de culpa banales y de mayor recurrencia en cualquier madre.

En algunas contadas ocasiones Ingrid Horowhitz se había confesado a sí misma que odiaba la maternidad. Odiaba una condición que a cambio de una inmensa alegría ofrecía la culpa en garantía. Estaba segura de que ese sentimiento unía a todas las mujeres no importa su condición. Las mujeres podían reconocerse en la culpabilidad de no ser suficientemente buenas madres. Se acordó de Winnicott y su *good enough mother*; por eso no le había gustado nunca el psicoanálisis. Elvira y ella se habían divertido muchas veces con esos chistes

—¿Cuántos psicoanalistas hacen falta para cambiar un bombillo; uno, pero el bombillo tiene que querer”

—¿A qué conclusiones has llegado en tu psicoanálisis?; a ninguna, sólo estoy en el décimo año”

—Tú como judía deberías ser la psicoanalista y yo como anglosajona la conductista - decía Elvira-, vamos a contrapelo de nuestras tradiciones. — En realidad, pensaba Ingrid Horowhitz, tampoco la psiquiatría había sido una verdadera elección sino la especialidad que exigía menos guardias nocturnas; su marido y su madre insistieron en que la cirugía no era una profesión femenina. De todos modos de niña había querido ser pianista. ¿O era su madre la que había querido? Al final mis manos no sirvieron para nada, ni para el piano ni para el bisturí. Definitivamente esta historia del hijo de Elvira me ha entristecido más de la cuenta. Ingrid calentó la comida en el micro y siguió pensando en Tom Sawyer.

17

Era sorprendente que Victoria Verrazano la hubiera llamado, aunque, al fin y al cabo, no tanto. Estaba segura de que después de la muerte de Haller Susana estaba aislada, en pánico, y probablemente en muy malas condiciones.

Las aventuras de Julián Sorel la habían distraído de su verdadero objetivo, y además habían sido una lamentable pérdida de tiempo. De acuerdo con las informaciones de Ronald y Dinora Susana no había vuelto a visitarlo, y el destino de Sorel sin Susana no le interesaba. De modo que la invitación de Victoria no podía ser más oportuna. Sabía que era una excusa para que la viera a ella, probablemente necesitaba medicación urgente.

Si algo detestaba Alberto Saudi eran los pleitos entre las mujeres de su casa. Había sido criado con cuatro hermanas constantemente debatiéndose por la ropa, los peines y los secadores de pelo, los perfumes y el teléfono, y eso había dejado en él un cansancio que lo llevaba a encerrarse en su cuarto como hacía de niño cuando llegaba de la escuela y sus dos hermanas mayores lloraban mientras que sus dos hermanas menores se tiraban patadas, y su madre les gritaba a todas, y su padre le gritaba a ella. La situación presente lo había llevado a que Verónica le gritaba a Susana, que a su vez le gritaba a Victoria, y Alberto a las dos. Susana no podía comprender por qué su madre había dispuesto de la computadora de Andrés como si fuera de ella

—¿A quién carajo le importa esa computadora? ¿Tú no tienes suficientes computadoras en tu oficina? ¿Necesitas esa, *esa* computadora?" Verónica lloraba porque no quería ver a su hermana gritándole a su madre. Y Alberto trataba a gritos de explicar que no veía la importancia que le estaban dando al asunto. Ni por qué Victoria había decidido entregar la computadora para que fuera inspeccionada, ni por qué Susana veía en aquello una gravedad, ni porque a Verónica tenía que afectarle tanto un pleito tan nimio.

Alberto comprendía que la relación entre Susana y su madre era siempre difícil, y que aun cuando trataran de simular un encuentro feliz nunca lo lograban, cualquier detalle era suficiente para que estallara la tensión acumulada. En este caso estaba de acuerdo con Susana, pero decirlo hubiera arrojado más leña al fuego. Pidió misericordia, dijo que estaba agotado de trabajar, que no era posible regresar a la casa para ser testigo de este tipo de peleas, y finalmente dio un portazo y se refugió en su habitación. Desde la muerte del profesor Haller sufría una crisis depresiva, ahora decía que sería

acusada de homicidio, que todo el mundo estaba en contra de ella y terminaría en la cárcel. A partir de que Susana supo que su madre se había llevado la computadora de Andrés la crisis se había empeorado. A regañadientes tuvo que conformarse con la llamada de Victoria solicitando la presencia de Elvira Madigan. No veía, dijo, por qué entrometer a aquella desconocida en los problemas de la familia.

—Susana tiene una crisis –insistió Victoria.

—Entonces hay que llevarla a un psiquiatra.

—Precisamente.

—Pero no aquí, metida en casa. Llévala al consultorio.

—No lo aceptará.

La discusión se interrumpió por la llegada de Elvira. Efectivamente, aceptó Alberto Saudi, estaban preocupados porque Susana había sido citada dos veces a prestar declaraciones en la policía. No sólo por la existencia de las fotografías que alguien hizo llegar sino porque, a consecuencia de ese hecho, se había practicado una prueba de huellas dactilares y se encontraron las suyas profusamente diseminadas sobre el escritorio de Haller. Apareció un arma y se localizaron dos disparos, pero el cadáver no tenía señales de que hubiera sido el propio Haller quien los había efectuado. Todo esto descartaba la hipótesis de suicidio. Victoria había encomendado el caso a un colega experto en derecho penal. De acuerdo con su opinión no había nada que temer, no existía ningún indicio de culpabilidad, y el hecho de que hubiera sido su amante no era una prueba de nada. Era, simplemente, una circunstancia, pero una circunstancia desafortunada, pensaba Alberto.

Elvira Madigan escuchó el relato de los Saudi y observó que, a pesar de sus esfuerzos, la angustia era evidente en ambos. Alberto se sirvió varios whiskies mientras hablaba y Victoria atendía ausente la conversación.

Finalmente Elvira fue al grano.

—Creo que debo ver a Susana, puede necesitar ayuda.

Victoria Verrazano sintió un alivio, no se había atrevido a pronunciar la palabra “ayuda. — Encomendó a Verónica la tarea de avisarle que la doctora Madigan estaba de visita y le gustaría mucho verla. Verónica regresó con el mensaje de que pasara a su habitación.

—Yo no maté a Harry –dijo cuando Elvira se sentó a su lado en la cama.

— Ni se me había pasado por la mente.

—No me mientas, claro que lo has pensado, todo el mundo lo piensa. El comisario Salcedo lo piensa, mejor dicho, está convencido. Me van a poner presa. -No lo creo. Son averiguaciones de rutina y además estás en manos de un abogado experto. Me pregunto quién lo mató, si es que fue un crimen.

— Lo mató Elena Fermín –dijo Susana recobrando la tranquilidad. Su tono se hizo preciso, frío.

— Lo mató ella pero fue por mi culpa. Le dije que Harry se había reconciliado con la ex. Yo sé que Elena no soportó eso. Y ahora vete. No quiero verte más.

Elvira salió de la habitación de Susana sin hacer ruido. La conversación había tomado unos minutos y probablemente los Saudi suponían que sería larga. Tenía tiempo. Abrió y cerró con cuidado la puerta de la habitación de Andrés. Volvió a revisar las gavetas y los closets sin encontrar nada que no hubiese visto la primera vez, o al menos que le llamara la atención. Debajo de la cama, dijo la voz de su madre. Siempre la regañaba cuando metía cosas debajo de la cama para simular que la habitación estaba en orden. Se agachó y levantó el cubrecama. Se puso los lentes y pasó la mano barriendo el piso. Al fondo había un objeto. En sus manos vio que era una figura de porcelana, partida en dos pedazos, con un corte nítido que permitía pensar en pegarlos con éxito. Un pastorcito de porcelana policromada del mismo gusto dudoso que el resto de los adornos de la sala.

Volvió a ella y encontró a los Saudi ansiosos de saber cómo había reaccionado Susana. Extendió un récipe de Zyprexa y continuó la conversación explicando que estaba, efectivamente, muy perturbada. Por una parte tenía razones realísticas –la policía sospechaba de ella-, pero por otra su estado psíquico era muy frágil. Cabía suponer un empeoramiento y no era descartable una hospitalización. Antes de irse fijó su mirada en la mesa de mármol que centraba el salón. Una mesa cuadrada de por lo menos dos metros. Observó, entre otros detalles, una pastorcita.

—Vaya, vaya, por primera vez Susana Saudi acepta que llevó a alguien a la muerte –dijo Judit Green después de escuchar el relato de Elvira.

—Creo que sí, efectivamente indujo el crimen, aunque dudo mucho que fuera su intención. Nadie hubiera previsto que Elenita Fermín –la favorita de la Hermana Milagros, por cierto-resultara una asesina pasional.

— Nadie hubiera supuesto que Elenita Fermín tuviera pasiones, y, sin embargo…

— Es necesario intervenir, no quiero llevar a nadie a la cárcel, a no ser que fuera el asesino de mi hijo, pero tampoco puedo ver cómo comprometen a Susana en esto. No es verdad que no corre peligro, Salcedo está convencido de que ella mató a Haller, y hay evidencias de que fue vista en su casa el día de su muerte. Algún vecino ocioso vio pasar el automóvil y lo reconoció porque iba con frecuencia. La coartada a su favor, según me dijo Alberto Saudi, es una llamada por el portátil, al parecer pudiera probarse que Haller recibió un mensaje

de Susana después de la hora que se estableció como probable para el fallecimiento. Aunque no es una evidencia que descarte su posible culpabilidad.

—Pero, ¿cómo pudo inventar toda esa historia de la exesposa?

—Para hacer sufrir a Elena. Si le contó esa mentira es porque descubrió que Elena y Haller eran amantes y se sintió traicionada. Quiso vengarse. Y

Elena se vengó mandando las fotografías de Susana a la policía, estoy segura que fue ella.

—¿Y por qué Salcedo quiere culpar a Susana?

— No la quiere culpar, simplemente le parece que es culpable.

— Lo que no me explico es por qué piensa que es un homicidio si la causa de la muerte fue exceso de pastillas con alcohol.

—. Apareció un arma. Un revólver propiedad de Haller, tenía porte legal.

Fue utilizado dos veces, un disparo contra la ventana, detrás de la silla donde fue encontrado, y otro en el techo. Alguien disparó y no fue él, ya se hicieron las pruebas. Todo indica que fue obligado a consumir las pastillas bajo amenaza, de modo que simulara un suicidio.

—¿Y Elenita Fermín no ha visto suficientes películas para saber que debía llevarse el revólver?

—Quizá no tuvo tiempo. Yo creo que Susana estuvo ese día en casa de Haller, probablemente después, y tuvo que actuar rápido, salir corriendo, qué sé yo. No conozco la casa de Haller. Judit, es necesario que vayamos.

—Empezamos esto porque yo quería vengarme de la muerte de Oliver y de María Eugenia, ahora resulta que debo ayudar a Susana en su venganza contra Elena Fermín. Terminaremos colaborando para que vaya presa.

—Si es culpable, ése es su destino.

—¿Qué pruebas hay de que fuera ella? ¿Lo que te contó la loca de Susana Saudi? Ésa no puede ser una prueba suficiente, quizá no lo mató Susana, pero tampoco Elena, pudo ser la esposa, o cualquier otra persona, ¿qué sabemos de ese hombre?

—Nada, por eso debemos intentar averiguar algo. Si Susana Saudi termina en la cárcel, yo perderé la última posibilidad de encontrar a mi hijo.

— No hay ninguna certeza de que existiera una relación entre Andrés Saudi y Tom. Se conocieron en Margarita, es algo banal. Hablaron de Canadá, ¿qué importancia tiene? Hicieron una cita para continuar hablando de Canadá y el encuentro no tuvo lugar… A menos qué…

— A menos que sí tuviera lugar. ¿Te convences de que debemos

salvar a Susana? Además, ¿no te sientes culpable de que alguien sea condenado por un crimen que no cometió cuando tú puedes evitarlo?

— Claro que lo cometió. Inoculó en Elena una violencia que de otro modo no se le hubiera despertado. Le inyectó sus propios celos, y consiguió la destrucción de ambos: Harry Haller murió y, si Elena es condenada, se le acaba la vida.

—¿No habíamos quedado en que cualquier otra persona pudo hacerlo?

—Pero algo me dice que fue ella, Elena Fermín. ¿Quién lo hubiera pensado?

Cuando Elvira se quedó sola sus pensamientos volvieron a la sala de la casa de los Saudi. Vio la mesa de mármol, los adornos de mal gusto que la llenaban, la figura de la pastorcita. Su pareja rota debajo de la cama de Andrés.

Ella tenía una oveja en los brazos; él tocaba la flauta. Una burda imitación de antigüedades. ¿En qué pensaba Victoria Verrazano cuando los compró? ¿Una idílica pareja? El pastorcito se había fracturado por la cintura. Recordar el torso separado de las piernas le resultó hiriente. Soñó esa noche que la figura sangraba. Probablemente porque el pastorcito tenía unos pantalones rojos.

18

—Sólo eso. Es lo único que le estoy pidiendo.

— La casa está bajo vigilancia. No le puedo permitir el acceso.

— Comisario Salcedo, la policía no ha hecho nada por averiguar la desaparición de mi hijo, al menos ayúdeme en esto. ¿No le parece raro que en pocos meses se suiciden el hermano y el amante de la misma persona?

Hay razones fundadas para pensar que Susana Saudi está involucrada en la desaparición de Tom.

— No necesariamente, su hijo conoció casualmente al muchacho Saudi, no a la hermana.

— Pero fue usted mismo quien me dio su nombre, quien me dijo que siguiera la pista.

— Se lo dije, doctora Madigan, porque efectivamente era llamativo que el joven Saudi se hubiera suicidado la misma noche que éste desapareció, pero al momento no se han producido eventos que continúen relacionando los dos hechos.

— ¿Cómo sabe que no se han producido eventos relacionados si no ha abierto una investigación?

Boris Salcedo entendió que delante de él había una persona determinada a hacerle perder la tarde, y le dictó la dirección de la casa de Harry Haller.

— No la van a dejar pasar, ya se lo advertí.

Pero esta vez fue Elvira Madigan la que dejó al comisario con la palabra en la boca.

Arrancaron en dirección a la urbanización. Tantos años en esta ciudad y nunca había pasado por aquí, le comentó a Judit. También es cierto que mis amistades no representan los potenciales compradores de la zona.

Ascendieron la montaña temiendo que en cualquier momento al Chevette se le cortara la respiración pero no fue así. Zigzagueando y preguntando lograron finalmente llegar al frente de la barrera. Estaba cerrada y unos policías les impidieron el paso, como había pronosticado Salcedo. Elvira retrocedió y cuando salió de su visión detuvo el automóvil y se dispuso a pensar. No fue durante mucho tiempo. Unos niños jugando fútbol perdieron la pelota y salieron a la carretera a buscarla. Elvira Madigan se les adelantó y, con la pelota en la mano, esperó a que se inquietaran.

Finalmente les gritó, “aquí la tengo. —Los niños se acercaron al automóvil.

— Es nuestra –dijo el mayor-. Se nos salió del jardín.

— Claro que es tuya –dijo Elvira-, pero me debes una recompensa.

Los niños la miraron estupefactos.

— Voy a avisar a mi mamá –dijo el más chiquito.

— Estaba jugando, no les voy a hacer nada - Elvira les entregó la pelota-.

Esto les debe ocurrir a cada rato. Menos mal que por aquí no hay mucho tráfico. Es peligroso salir a la carretera como lo hicieron, sin mirar a los lados.

— El otro día –dijo de nuevo el menor-pasamos un susto. Venía una señora a toda velocidad y casi me pisa.

— ¿Lo ves? Por una pelota no vale la pena un accidente. Seguro que era una camioneta de esas tan pesadas que se colean fácilmente.

— Era un Toyota Camry –dijo el mayor.

— No era un Toyota –discutió el chiquito-, era un Hyundai.

— Era un Toyota, bobo. Un Toyota gris con la calcomanía de la universidad. Me acuerdo perfecto. La señora se asustó mucho y se paró a regañarnos.

— Bueno, bueno –dijo Elvira Madigan-, yo no los quiero regañar, sólo decirles que tuvieran cuidado.

Pero ya los niños se habían alejado pateando la pelota y el Chevette se encaminó a la universidad. Claro que viniste por aquí, Susana, no te vas a desaparecer ahora que estamos llegando a algo.

Atravesaron el portón de la universidad y se dirigieron a la Escuela de Ingeniería. ¿Cuántos Toyota Camry grises puede haber? Elvira estacionó y se dispusieron a rodear a pie el estacionamiento, cada una por un lado.

Finalmente Judit divisó un Toyota Camry gris. Movieron el Chevette lo más cerca posible y pacientemente esperaron a que la dueña apareciera.

Dos horas más tarde lo hizo.

—Es Elena Fermín -dijo Judit Green.

—Tienen el mismo modelo de automóvil –observó Elvira Madigan-. Creo que la señora que casi atropella a los niños es ésta y no Susana. Fue Elena Fermín la que salió corriendo después que mató a Harry Haller.

—Pudo ser cualquiera de las dos, ambas tenían motivos para correr.

—Es indispensable entrar en la casa de Haller. Estoy segura de que esos policías que puso allí Salcedo no van a pasar toda la noche en vela.

—Pero, ¿qué crees que podamos encontrar que no haya inspeccionado la policía?

—La policía, querida Judit, piensa en Haller como víctima, buscan huellas, trayectorias de balas, documentos, gavetas rotas. Yo pienso en

Harry Haller como *voyeur*. Harry tenía fotografías de él y Susana copulando, ¿no crees que también las tendría de Elenita Fermín?

—Es muy probable.

— Si es probable, entonces esas fotos están allí.

—Volvamos a nuestros amigos, los niños jugadores de pelota. Tienen que saber alguna manera de darle la vuelta a esa barrera.

Pero no fue necesario. Cuando el Chevette iniciaba el último tramo de la subida hacia la casa se cruzaron con el automóvil de los policías. Elvira aceleró. No tenemos mucho tiempo, seguramente van a comer algo en la panadería.

Estacionaron y sortearon a pie la barrera. Las ventanas estaban enrejadas, a excepción de una puerta trasera.

Me recuerda el *backyard* de la casa de mis padres -dijo Elvira-; lamento tener que romperlo.

Con soltura lanzó una piedra y el vidrio de la parte superior estalló fácilmente. Guardó la piedra en el bolso y con un pañuelo manipuló la cerradura de la puerta.

—Estamos adentro, no hay tiempo que perder. Estos hombres regresan en cualquier momento.

Un pasillo las condujo a las escaleras, optaron por bajar y se encontraron en el estudio de Haller.

—Mira bien, en alguna parte hay algo importante. Mira con la seguridad de que lo vas a encontrar –dijo Elvira Madigan.

Judit y Elvira se situaron en el centro de la habitación y fueron detallando las paredes, el techo, los muebles. Los minutos transcurrían. Abrieron las gavetas del escritorio pero estaban completamente vacías. No es ahí, no es ahí, decía Elvira en voz baja.

—Vámonos, por favor, vámonos rápido. Nos van a agarrar –suplicó Judit casi llorando.

Pero Elvira Madigan no la escuchaba y seguía escudriñando la habitación.

Judit no pudo reprimir levantar la voz. Un grabado llamó su atención.

—“Susana y los viejos”.

Palpó el grabado, no tenía vidrio.

—Es aquí -insistió-. Un grabado de Doré no lo tiene nadie sin protector.

Pasó suavemente los dedos por los rostros de los ancianos hasta que algo duro la detuvo. Dios me perdonará romper esta obra. Introdujo el índice. El papel cedió y, encubierto por la tinta oscura, apareció el ojo de una cámara.

Salieron rápidamente.

—Lo que le queda a Boris Salcedo es coser y cantar. ¿No dicen así ustedes?

–preguntó eufórica Elvira.

—Así decía mi abuela –contestó Judit.

—En esa cámara está filmada Susana, Elena Fermín, y probablemente otras.

Extraño hombre, Harry Haller. Ellas sabían que las fotografiaba pero no quiso que supieran que las filmaba –comentó Elvira cuando el Chevette las conducía de regreso a la ciudad.

—Extraño hombre –repitió Judit-. Secretamente filmó su muerte y la casta Susana se salva con un poco de suerte — *And with a little help from her friends.*

Elvira Madigan detuvo el automóvil. Antes de bajarse frente a su casa Judit la abrazó.

—¿Sabes qué? Después de todo no hubiese sido justo con ella.

19

Después que Emma murió desarrollé una pasión mórbida. Quería saber, estaba ávida de acumular todas las desgracias que les ocurrían a mis amigos. Por qué la madre de David Owen amanecía con frecuencia con un ojo morado; qué había causado la separación de los padres de Joanne Uqhuart; cuáles eran las razones por las cuales el padre de Brian Bowlby estaba preso (¿había asesinado a su hermano?); cuándo se había declarado incapacitado para convivir en la familia al padre adoptivo de las gemelas Levy; Todos esos acontecimientos estaban constantemente girando en mi mente. La quiebra del negocio de muebles de la familia Quinn, cuyo hijo había sido condiscípulo de Emma; el cáncer de Marylin Alcott, la madre de Louise, mi mejor amiga en la secundaria; el súbito retiro de Howard Wilson, nuestro profesor de biología (¿fue acusado de violación?); la noticia de que Oliver, el hermano mayor de Melissa Stone, había muerto en un accidente aéreo cuando viajaba a un campamento de verano en el que seria monitor de *rafting*. El mundo estaba plagado de malas noticias, no sólo nuestro hogar. En todas las familias de Balzac se producían constantes desgracias y si me disponía a registrarlas el tiempo no me alcanzaría para realizar mi tarea. Todos los días, a cada hora del reloj, algo desafortunado ocurría. Y en caso de que no fuera así, mi madre encendía la televisión y nos comunicaba cuántos muertos se habían reportado en Vietnam, cuántas casas habían sido derribadas por un ciclón en Florida, o cuántas personas habían sido torturadas por algún dictador latinoamericano. La generación de malas noticias era una constante universal y la muerte de Emma ocupaba un lugar infinitesimal en la eterna progresión de la infelicidad humana.

Emma era una persona que se planteaba problemas bergmanianos, comprendí tiempo después. No hubiera sido un ama de casa preocupada por los obstáculos en la carrera profesional de su esposo, ni una madre obsesionada por la crianza de sus niños; tampoco se hubiera planteado el típico problema de las mujeres de los 70. ¿Ama de casa o ejecutiva? Emma trascendió todas esas vicisitudes antes de encontrarlas. A los diecisiete años se miró en el espejo, no para preguntarse si era bonita o estaba demasiado gorda, sino para decidir si la vida merecía ser vivida. Y había llegado a una respuesta: la vida era limitada, el tiempo abusaba de los seres, y si ella no hacía algo para impedirlo algún día su mente estaría tan perdida como la del abuelo. Es decir que no tenía sentido empeñarse en ser una brillante alumna de la universidad de Calgary, como quería mi madre, ni de

encontrar un marido respetuoso y próspero como quería mi padre. Todas esas metas eran banales ante la certeza de lo inevitable: el tiempo transcurría y su inteligencia y su belleza se verían devastadas antes de pensarlo dos veces. Convencida de aquella verdad que había descubierto ante el espejo, cepillándose su abundante melena pelirroja, salió aquella noche que la temperatura rozaba los 25º bajo cero, y cuando llegó al pequeño lago a las afueras de Balzac se dejó caer entre los hielos hasta que Richie, el hijo del guardia forestal, vio que un trapo de colores, la bata de Emma, roja como su pelo, flotaba pegada de la orilla.

Mi madre en la oscuridad logró distinguir sus rostros detrás de la ventana. A la mañana siguiente, aproximadamente a las seis, Glen OŃeill y su hijo Richie tocaron el timbre, se sentaron en la cocina, y mi padre calentó agua para el té. Yo escuché desde lo alto de las escaleras cómo recibían la noticia de que el cuerpo de Emma había sido encontrado, y en aquel momento, en el mismo instante en que tomaban el té, estaba depositado en la morgue esperando que fuera identificado, aunque en verdad no era tan necesario, dijo Richard OŃeill, porque él y Emma el año anterior habían ganado el concurso de patinaje en la categoría de parejas mixtas y recordaba perfectamente su hermoso rostro. Mi padre se vistió, es decir, cambió su chaqueta y pantalones caseros por los de trabajo, y se subió en el automóvil de Glen OŃeill. Mi madre se encerró en su cuarto por varias horas, y yo entré en la habitación de Emma, y con una furia que me desconocía saqué a patadas todas las gavetas de su armario, toda la ropa de su closet, todos los libros y cuadernos de su escritorio, y cuando la habitación se convirtió en un amasijo intolerable, estuve llorando echada sobre su cama hasta que mi padre regresó de la morgue y me hizo ver, en su tono habitual, quizá más grave, que aquella reacción de mi parte era comprensible pero inútil.

Por la tarde los vecinos se presentaron con comida y se acomodaron en la sala para acompañarnos. El reverendo Preston vino desde Fort Chipewyan para dirigir el servicio y pronunció unas emotivas palabras en las que dijo que había conocido a Emma Madigan en los brazos de mi madre cuando cumplió seis meses de edad. Hacia las once todos se retiraron para dejarnos descansar.

El entierro tuvo lugar al día siguiente muy temprano. Antes de acostarme entré de nuevo en la habitación de Emma y miré el espejo vacío.

Comprendí el problema bergmaniano de Emma cuando subí por última vez a despedirme de su ausencia antes de irme a la universidad de Toronto. Mi madre había conservado sus objetos más personales y sólo consintió en donar la ropa y los libros a una organización de caridad. En un cofrecito con una llave de juguete Emma había

guardado su diario íntimo. En general las anotaciones eran superfluas y se limitaban a algunos comentarios sobre los chicos de la secundaria. La última de ellas, sin fecha, explicaba su decisión: “No estoy segura de que los seres humanos deban aceptar la muerte. Creo que tienen el derecho a decidirla”.

Cuando salí con mi madre del cementerio, en aquella última visita que yo por mi parte pensaba dedicarle, un único pensamiento llenaba mi mente: fuiste una estúpida, Emma Madigan. Estúpida y egoísta. Mi madre y yo regresamos reconfortadas a casa, y mi padre estaba esperándonos para la cena.

Hablamos hasta tarde y mi madre insistió en que llevara toda mi ropa porque así no tendría necesidad de comprar nada en un largo tiempo. Mi padre sacó unos billetes del bolsillo y con timidez me dijo que había ahorrado algo para aquel momento. No debía gastarlos sino ante circunstancias imprevistas. Eran exactamente 548 dólares y al guardarlos en el monedero me hicieron llorar.

Nunca pude gastarlos. No lo necesité tampoco.

Cuando terminé mis estudios de medicina regresé a Calgary para unas vacaciones. Fui una tarde a sustituir a mi padre en la tienda; lo había hecho muchas veces mientras estudiaba en la escuela secundaria de Balzac y sentía nostalgia por aquella adolescente ávida de cooperar con el negocio familiar.

Allí estaba yo, aquella tarde de viernes en la que mi padre se ausentó porque tenía cita con el cardiólogo, cuando sonó la campanilla de la puerta y frente al mostrador se presentó Bobby Sawyer a comprar un protector de voltaje. Nos tomó unos minutos reconocernos y luego nos abrazamos fuerte. Bobby y yo fuimos novios de segundo a quinto año hasta que lo vi coqueteando con Joanne Uqhuart y me pareció intolerable. Poco después me fui a Toronto y ahora nos encontrábamos por primera vez desde entonces.

Lo invité a cenar al día siguiente porque estaba segura de que a mi madre le agradaría, y, en efecto, se esmeró con el roastbeef. Mi padre y Bobby tomaron mucha cerveza esa tarde, sentados en el *backyard*, y hablaron de football. Ambos eran fanáticos de los Stamps y estuvieron de acuerdo en que el equipo había decaído mucho. Esa misma noche hicimos el amor y comprobamos que nuestros cuerpos se recordaban con alegría. Cuando regresé a Toronto Bobby Sawyer prometió ir a visitarme y lo hizo. Vivimos juntos durante mi residencia de psiquiatría y él logró un empleo satisfactorio como gerente de un supermercado. Al final de mi residencia quedé embarazada y decidimos casarnos. Fue la peor idea, como es frecuente que ocurra después de una convivencia de prueba. Cuando salimos del juzgado nos miramos las caras sabiendo que ya no teníamos nada qué decirnos, salvo esperar a que naciera Tom.

Después que llegó el bebé su padre perdió el trabajo. Sus hábitos de coqueteo no habían cambiado pero los tiempos sí, y el propietario consideró que no quería conquistadores molestando a las cajeras. Por entonces abrí mi primer consultorio, una pequeña oficina compartida, pero cuando completé el Master de psiquiatría con *High Honors*, el rumor se expandió y a los pocos meses mi clientela aumentó lo suficiente como para alquilar una oficina para mí sola por todo el día. Bobby encontró trabajo en un restaurante francés y decidimos continuar adelante y darnos otra oportunidad. Es lo que se dice en esos casos. Un año después contraté a una secretaria para controlar mis citas y adquirí la oficina. Ese verano me compré un automóvil bastante lujoso y les regalé a mis padres un viaje a Londres por catorce días. Los 548 dólares que me había dado mi padre seguían guardados en el monedero que siempre he conservado. Eran para situaciones imprevistas y nunca se presentaron. Todo lo ocurrido con Bobby Sawyer era predecible. Continuamos viviendo juntos varios años más. No éramos felices pero tampoco infelices. Creo, simplemente, que no teníamos la energía para movernos de dónde estábamos.Trabajábamos mucho y un niño pequeño es una tarea exigente. Turnábamos nuestras respectivas guardias en el consultorio y el restaurante, y cuando llegábamos a casa cada quien estaba lo suficientemente cansado de atender clientes y pacientes que, en definitiva, eran lo mismo, gente insatisfecha, como para plantearnos si verdaderamente nuestro matrimonio era la mejor opción.

Al contrario de Emma detesto los problemas bergmanianos, y en cuanto a Bobby, simplemente ignoraba que existieran. Cuando llegábamos a casa él tenía que llevar a la *babysitter* a la suya, y yo dar de cenar a Tom, meter la ropa en la lavadora y planchar la que sacaba de la secadora. Todo ello conspiraba contra el problema bergmaniano. Tom tenía nueve años cuando estalló una crisis mayor. No solamente porque Bobby había vuelto a las andadas y todo el mundo en el restaurante sabía que era amante de la dueña – incluyendo al marido- sino porque yo había conocido a un joven venezolano que me pidió un par de consultas –no podía pagar más-para resolver una situación de crisis que consistía básicamente en que estaba harto de su esposa, con la que había emigrado por razones políticas, según dijo.

Quizá porque mi madre estuvo siempre muy atenta al seguimiento del golpe contra Allende, o porque mi padre había sido socialista en su juventud, el “problema latinoamericano” estuvo bastante presente en la cocina de mi hogar durante algunos años, y verme frente a frente de un “problema latinoamericano” tan atractivamente encarnado en Santiago revolvió demasiado mi rutina. Así que cuando Bobby Sawyer me expuso la seriedad de sus sentimientos hacia Amanda Dupuy le dije que lo comprendía perfectamente y que podía ahorrarse los

detalles. Nos separamos con cariño y Tom se fue a vivir con mis padres. A Amanda no le gustaban los niños y Tom no quería vivir con una persona a la que no conocía. Traté de convencerlo de que se viniera con Santiago y conmigo para viajar a otros países y nuevas aventuras pero su decisión fue la misma: no le gustaba lo desconocido.

Mis padres quedaron estupefactos y no aprobaron mi decisión de dejar todo por un extraño. Quizá fue un problema bergmaniano, no lo sé, pero yo sentía entonces que mi vida tal como era me asfixiaba, y que no estaba escrito en la Biblia que yo sería hasta el final de mis días una renombrada psiquiatra de Toronto. Nos fuimos a Perú y en el avión me reveló que en realidad no estaba exiliado, solamente había experimentado un gran cansancio de ser lo que era en Caracas. Esto, creo, nos unió muy fuertemente. Hubiera querido hacer el amor en pleno vuelo. Santiago, en realidad, era la oveja negra de una familia de clase media en la que todo el mundo había estudiado en la universidad y trataba de mejorar su nivel de vida. Cansados de mantener a lo que en inglés se llama "bueno para nada, — sus padres le pusieron un ultimátum: si no quería estudiar, debía trabajar. Se empleó en la fábrica de baterías para automóviles de un tío. Su trabajo consistía en controlar la mercancía entregada a los distribuidores, lo que al parecer llevó a cabo satisfactoriamente por un tiempo, pero al año el tío descubrió que el control era, por decir lo menos, ocasional, y puso fin al empleo. Santiago entró entonces en una compañía de publicidad como asistente del asistente del director, y después de un efímero fracaso decidió irse con su esposa –la chica que había emigrado con él-a Perú.

La leyenda del exilio político se estableció alrededor de unos jóvenes peruanos con los que vivieron un tiempo, y que al parecer mantenían unos remotos vínculos con Sendero Luminoso. Finalmente Santiago y la chica lograron una visa como estudiantes de inglés y aterrizaron en Toronto. La crisis matrimonial coincidía con la terminación de la visa, la cual, a duras penas y gracias a mi declaración de fiadora, debo confesarlo, logró extender unos meses más. Los suficientes para que yo decidiera mi nuevo destino. Santiago me ofreció irnos juntos a Perú donde podríamos desarrollar una acción social y política importante, lejos de la aburrida rutina que ya empezaba a endurecerme el corazón. Por primera y estúpida vez se me ocurrió que no estaba obligada a ser Elvira Madigan. Podía ser otra. Santiago, en ese sentido, era el amante ideal: nunca quiso ser lo que era. Lejos de llegar a ser un mediano empresario de la industria automotriz le pareció que podría ser un héroe de la revolución latinoamericana. Quizá no un héroe, un portavoz, un auxiliar de vuelo.

Vendí todo. Mi oficina, mi automóvil, la mitad que me

correspondía del apartamento y los muebles con Bobby Sawyer, y terminé en una “venta de garaje” con mis libros, mis discos y mi ropa de invierno. Cuando el avión llegó a Lima yo era la mujer más libre del mundo: no tenía nada. Nuestra vida política en Lima fue, como todo alrededor de Santiago, una fantasía decayente hasta el punto en que gasté todo mi dinero en mantenernos. Al menos mi español era ya bastante bueno y decidimos trasladarnos a Caracas. Mis padres, enterados de este nuevo proyecto, me dijeron que las personas suelen cometer un grave error en la vida pero no dos de la misma naturaleza. Yo iba a echar por la borda todo lo que me había costado ser quien era. Esta alusión a mi identidad desató de nuevo el lado bergmaniano que hay en mí. O, simplemente, una tardía rebeldía que nunca ejercí porque nunca vi en mis padres nada contra lo cual rebelarme. Insistí en mi proyecto. Me presenté en la embajada y puse mi nombre en la lista de los profesionales residentes. A las pocas semanas tenía tres pacientes, más que todo personal de la embajada; luego comenzaron a llamarme ciudadanos ingleses, norteamericanos, y algún que otro extranjero que prefería expresar sus sufrimientos en inglés. Logré que mi rutina de Toronto se transformara en mi rutina de Caracas.

Algunos contactos profesionales me permitieron relacionarme con psiquiatras venezolanos, y como la gente aquí es, sin duda, hospitalaria, en poco tiempo puedo decir que hice amigos. A todas éstas Santiago se había convertido en un niño. Se bañaba y comía solo, es cierto, pero de resto yo me ocupaba de su manutención y bienestar. Una noche soñé que lo llevaba al colegio. A la mañana siguiente le dije que había decidido comprar un gato –el antecesor de Cheshire-y Santiago argumentó que yo sabía muy bien que él era alérgico a los gatos. Moriría de un ataque de asma. No debes morir –le dije-, múdate. Y así lo hizo. No he vuelto a saber de él.

Para ese momento regresar a Canadá era imposible. Ya no era la joven profesional exitosa y la competencia seguramente me había dejado atrás.

Ganaba bien en Caracas y eso me permitió mantener un ritmo de dos visitas anuales a mis padres y a Tom, que se había convertido en un joven desconocido. Patinábamos en mi visita de invierno y hacíamos vela en mi visita de verano. Eso nos daba la sensación de que compartíamos algo y de que, al fin y al cabo, éramos madre e hijo. Tom veía a Bobby Sawyer unas tres veces al año (se había mudado con Amanda Dupuy a Montreal para montar un nuevo restaurante), y en conjunto eso sumaba cinco contactos al año con sus padres, lo que, según me dijo, superaba el promedio de muchos de sus amigos. Me sentí tranquilizada. En Venezuela las familias tienden a desarrollar lazos simbióticos y la constante comparación con mis jóvenes pacientes me hacía experimentar una culpa permanente.

Mientras divagaba por las ruinas de su vida marcaba automáticamente el teléfono hasta que por fin se desocupó. Boris Salcedo quedó muy desconcertado cuando la doctora Madigan le dijo que en el estudio de Harry Haller, detrás de un grabado que representaba a una mujer desnuda bañándose y unos viejos mirándola, estaba el ojo de una filmadora. Preguntó si le estaba tomando el pelo.

—Dígale a los inútiles que tiene allí vigilando la casa que se lo lleven, y verá que no le estoy tomando el pelo. ¿O usted cree que yo tengo humor para tomarle el pelo?

Boris Salcedo, efectivamente, rescató la videocam y pudo ver cómo una mujer apuntaba a Harry Haller con un revólver mientras él tragaba unas pastillas acompañadas de un líquido, que de acuerdo a la autopsia, era tequila.

Probablemente el pobre hombre pensó que tendría más chance con las pastillas que con un disparo.

Si alguna vecina de Balzac hubiese asesinado a su amante por celos, ésa también hubiera formado parte de las desgracias acumuladas en mi registro.

Pero nunca ocurrió. No recuerdo ningún caso de crimen pasional en Balzac, siendo como señalan las estadísticas un móvil muy común de homicidio. Los asesinatos tienen móvil, por eso la muerte de Tom no era aceptable. ¿Quién hubiera querido matarlo? Por quitarle la billetera o los zapatos, doctora Madigan, no es necesario darle más vueltas. ¿Usted no lee las páginas rojas?

Hizo una segunda llamada. Quería que Susana estuviera tranquila.

El marido de Elena Fermín recibió a Salcedo en ropa deportiva. Estaba evidentemente nervioso, más que eso, fuera de sí e intentando controlarse.

—Comprendo su situación, es muy desagradable.

—¿Desagradable? ¿Llama usted desagradable a que mi esposa esté acusada de homicidio? Además de la pequeña noticia de que me ponía los cuernos con el muerto. .

—Comprendo su estado de ánimo.

—No es un estado de ánimo, comisario Salcedo, es un estado de colapso existencial lo que me acaba de ocurrir. Y supongo que me visita para que le dé pistas de cómo encontrar a Elena. Le anticipo que pierde el tiempo. Soy abogado. La Constitución protege mi derecho a no suministrar datos que puedan inculpar a mis parientes en primer grado de consanguinidad y, por supuesto, a mi cónyuge.

—Estoy al tanto de sus derechos, pero aun así creo útil hablar con usted.

Elena Fermín está indiciada como presunta asesina de Harry Haller. Primero, tenemos un video, aunque tampoco es una evidencia suficiente, pudiera estar montado. Segundo, en el video Elena Fermín

aparece apuntando con un arma al occiso, lo que tampoco es prueba de que haya accionado el arma. Quien lo hizo protegió las huellas. La acusación pudiera quedar en el cargo de intimidación bajo amenaza con arma de fuego, lo que es bastante menos grave que homicidio. Quiero decirle con esto que su información, lejos de culparla, pudiera más bien ayudarla. Es comprensible que haya huido pero probablemente eso no va a favorecerla para nada. La exesposa y los hijos han contratado un equipo de penalistas muy duros, dicho de otro modo, le quieren ver el hueso. Si ella colabora le irá mejor. Respetando, por supuesto, su derecho a permanecer en silencio.

—En esa habitación que puede ver al principio del pasillo hay dos maletas, cuando usted llegó me encontraba llenándolas de ropa y objetos personales. Me voy, Salcedo, me voy. No tomaré parte en la defensa de Elena, eso está claro. Su familia se encargará de defenderla. No tenemos hijos, nada me une a ella ya. Voy a solicitar el divorcio y tengo las causales a mi favor. No hay nada en mi contra. ¿O me va a dictar una medida de prohibición de salida del país?

—De ninguna manera. No hay nada en su contra. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Diga lo que quiera.

—En su opinión, ¿Elena mató a ese hombre?

—Vivimos siete años de casados en un matrimonio razonablemente feliz.

Decidimos de mutuo acuerdo no tener hijos, a ella le gustaba mucho su profesión, yo no soy particularmente amante de los niños. Ganábamos buenos ingresos, viajábamos dos veces al año, nos comprábamos todos los caprichos.

Éramos muy sexuales, y yo creí durante este tiempo que a mi mujer le gustaba mi manera de cogerla. Todo ello resultó falso. Mi mujer se acostaba con ese profesor con fama de nazi, y por razones que escapan a mi comprensión aparece en un video amenazándolo con un arma mientras el carajo se atraganta unas pastillas con alcohol hasta morirse. ¿Usted cree que yo conozco a esa mujer? La conozco tanto como usted, es decir, nada. Entonces, volviendo a su pregunta. Si en mi opinión Elena lo mató, le contesto: en mi opinión la Elena Fermín que yo conocí no sería capaz de matar a nadie ni en legítima defensa. La Elena que aparece en el video no la conozco.

—¿Pero la identifica?

—Hablaba en sentido figurado. Por supuesto que la identifico en el video, no me cabe la menor duda. Pero no declararé eso en un tribunal.

—¿Le parece que la idea de la legítima defensa pudiera tener algún lugar en esto? Harry Haller la amenaza y ella logra de alguna manera revertir la situación.

—Ésa es una hipótesis para policías. Yo soy abogado especializado en derecho mercantil, y el esposo agraviado por adulterio. Me gustaría pensar que es como usted dice, pero ni lo sé ni quiero ayudarlo más. Salvo que me dicten una medida de prohibición de salida, mañana por la tarde salgo de viaje a Portugal sin fecha de regreso. Tengo doble nacionalidad, así que después se verá.

—Le repito que no hay nada contra usted, puede entrar y salir del país como le dé la gana. ¿Por qué se va?

—¿Cree que un abogado cornudo y casado con una homicida tiene alguna oportunidad de continuar siendo confiable para sus clientes?

—¿Podría dejarnos una dirección en Portugal?

—Si necesita contactarme llame a mi madre, ella se va a quedar en este apartamento temporalmente.

Boris Salcedo salió con la convicción de que el marido de Elena Fermín había mentido. Por supuesto que le importaba lo que le ocurriera a su mujer.

Simplemente está destruido. Y no es para menos. Legítima defensa, es una hipótesis, claro que sí. Pero, ¿cómo hizo ella para quitarle el arma? Una mujer menuda, muy femenina, Haller era más bien corpulento. Si hubiera ocurrido una escena en la cual ella le arrebata el arma estaría en el video. A menos que la escena tuviera lugar en otro espacio de la habitación, fuera del campo del visor. La Saudi debe saber dónde se producían los encuentros más apasionados. ¿Portugal? Si él tiene doble nacionalidad, es muy posible que ella la haya adquirido también. Me temo que éste será otro caso irresuelto. Esa pajarita no va volver. ¿Interpol?, como si no tuviera suficientes problemas con el secuestro.

Salcedo se sentía deprimido. Siempre le causaba dolor culpar a las mujeres. Un día de éstos le pido una consulta a la doctora Madigan, pobre señora, volviéndose loca por encontrar a su hijo que probablemente no aparecerá nunca.

20

En la oscuridad de la capilla la Hermana Milagros se arrodilló en el primer banco y se tapó el rostro con las manos. Le gustaba rezar así, como lo hacía de niña, buscando evitar las distracciones. No había muchas en aquel momento, ya el rosario había terminado y las monjas estaban cenando. No tenía hambre, comió rápidamente cualquier cosa y se refugió en Dios. Una mano le tocó el hombro.

—¿Qué te pasa? Sube a mi cuarto.

Siguió a la Hermana María Cristina por el pasillo y entró en su habitación.

— He pensado sobre lo que me pediste el otro día, lo de irte un tiempo a La Victoria. No quiero ser dura contigo, creo que puedo darte un mes.

¿Suficiente?

La Hermana Milagros sacó una página de periódico del bolsillo del hábito.

— Gracias, Cris. Lo tomo en cuenta. Lee aquí, comprenderás que en La Victoria esto no se me va a olvidar.

Desplegaron la página y la Hermana Milagros la leyó en voz alta.

—¿Cómo puede ser esto? –dijo la Hermana María Cristina.

— Susana Saudi inculpada queda inocente, y, en su lugar, aparece Elena Fermín. Dos alumnas, del mismo año, además. En alguna parte fallamos.

En alguna parte nos equivocamos.

— No creo que debamos tomarlo así. Pero, tienes razón, el golpe es duro.

Y poco antes del período de preinscripciones. ¿Quién lleva a su hija a un colegio de monjas del que se gradúan asesinas?

— No es solamente eso, Cris, no es solamente pensar en la matrícula. Es que la alumna mejor de esa promoción está indiciada como presunta homicida, después de que la primera hipótesis, otra alumna, fue descartada.

¿Tú no crees que sea como para sentirse deprimidas?

— ¿Podemos hacer algo? ¿Propones algo?

—Se me ocurrió llamar a la madre de Susana, sin estar demasiado segura de que sea una buena idea. O llamar a los padres de Elena, para ofrecerles consuelo.

— ¿Llamar a la licenciada Magda?

—También. Confirmaremos que teníamos un salón de clases lleno de psicópatas. Una niña adicta y suicida, una niña paranoica, una niña asesina.

Lo que me tiene consternada es comprender que no supimos nada de ellas.

Pasaron seis, ocho, hasta trece años aquí, y no sabíamos nada de ellas.

—Conocimos unas niñas, unas adolescentes. Éstas son unas mujeres que nunca conocimos, no tuvimos tiempo.

—Unas mujeres que se suponía debíamos formar. Para eso nos entregaron a las niñas. ¿O era para enseñarles matemáticas?

—Yo creo que debemos buscar a los padres de Elena. Hacerles sentir que nos importa, que aquí hay un lugar para ellos.

—Los llamaré mañana.

Pero la Hermana Milagros tenía también pensada otra llamada a la supuesta madre de Susana Saudi, que, de acuerdo a Magda, era una psiquiatra de nombre Elvira Madigan.

—Entonces, ¿lo de La Victoria? ¿te vas?

—Me tomaré ese mes un poco más adelante. ¿Qué estás leyendo? –dijo observando la pila de libros sobre la mesa de noche.

— *Dios y Federación*. Te lo recomiendo.

—Disculpe si es un poco tarde para llamar, pero me urge hablar con usted. Soy la Hermana Milagros del Colegio de la Inmaculada; usted vino a verme hace un tiempo y me dejó este teléfono. Sé que usted es la doctora Elvira Madigan –dijo sin respirar.

— No se preocupe por la hora, me acuesto tarde. ¿Alguna consulta?

— Pues más que una consulta, una conversación. La supongo al tanto de lo ocurrido con el crimen de este profesor Haller.

—Efectivamente, estoy al tanto, pero no creo que puedo ofrecerle ayuda sobre eso.

—Claro que puede. Usted me vino a ver usurpando el nombre de la madre de una exalumna, Susana Saudi, con la excusa de que tenía muchos problemas por la muerte del hermano.

Elvira trató de interrumpirla para darle una explicación pero la monja no lo permitió.

—No tiene importancia, usted necesitaba saber de Susana y se le ocurrió esa estrategia. Ahora soy yo la que necesita saber de ella, y de Elena Fermín, que está acusada de homicidio.

— Yo espero que no lo haya tomado mal. Necesitaba hacerlo para ayudar a Susana. En cuanto a Elena Fermín no la conozco. Entiendo que hay pruebas contra ella.

— ¿Quiere venir a verme?

Elvira prometió hacerlo.

—La monjita está muy deprimida, le receté Lexapro, una medicación nueva mucho mejor que el Prozac, espero que se la tome.

— Y concretamente, ¿qué quería de ti? –preguntó Judit.

— Concretamente nada. Creo que quiere saber por qué una niña que fue la mejor alumna de la promoción, y además se comportó durante doce años como una personita razonable y solidaria, puede llegar a ser una asesina. Que fuera adúltera, te diré que no le llamó la atención. Pero la escena de Harry Haller atragantándose las pastillas la tiene en shock. La verdad es que la prensa ha sido inmisericorde, han producido un relato truculento con pelos y señales, me parece que hasta se los inventan. Me hubiera gustado ayudarla tanto como ella me ayudó a mí. Al final terminamos hablando de Susana. También esto la conmueve, que Susana hubiese sido la primera sospechosa porque era amante del tipo. En fin, comprendo que la Hermana Milagros se siente fracasada.

— Y de Susana, ¿dijo algo nuevo?

—No demasiado, pero volvimos al tema de María Eugenia Alonso. Era inevitable, fue una promoción desventurada. Por cierto, ¿sabías que María Eugenia era adoptada?

— No, nunca se supo eso.

— Sus padres murieron muy jóvenes en un accidente de automóvil. El padre tenía que hacer un viaje corto por algo del trabajo y la madre decidió acompañarlo. Dejaron a la bebé en casa de los tíos. La adopción fue algo natural, eran dos hermanos casados con dos hermanas, de modo que ni siquiera se produjo un cambio de apellidos. La hermana mayor era en realidad su prima hermana doble de modo que el parecido físico era notable. La niña no tuvo información de lo ocurrido hasta la adolescencia, parece que la psicóloga recomendó que se le dijera la verdad. ¡Dios mío!, la noción de que la verdad cura es inconmovible. Los tíos no querían, la tenían con ella desde antes de que cumpliera un año y realmente la consideraban su hija. Habían dado por olvidado lo ocurrido. La Hermana Milagros opina que la revelación fue bastante traumática y que el desempeño escolar de la niña bajó mucho; luego, al parecer todo fue volviendo a la normalidad y no se mencionó más el asunto.

Judit Green quedó muda.

— No pensé que te afectaría tanto saber esto. ¿Te molesta que María Eugenia no te confiara el secreto?

— La vida está llena de casualidades, pero ésta sin duda es muy fuerte.

Oliver Twist era también un niño adoptado. ¿Crees que es importante?

— Lo pensaré –dijo Elvira Madigan-. Puede ser importante o irrelevante.

— Me parece que fue un error decirle a María Eugenia que sus padres biológicos habían muerto. ¿No te parece?

— La licenciada Magda cometió muchos errores, pero no nos toca

juzgarla. Estamos llegando a un punto muerto, Judit. Creo que contribuimos para demostrar la inocencia de Susana, pero los Saudi lo ignoran y nunca lo agradecerán. Salcedo nos debe la resolución del caso Haller, y no era ese crimen el que me interesaba descubrir. Mientras tanto no moverá un dedo para resolver la desaparición de Tom. Ésa es la verdad que nos queda de todo esto.

Sonó el teléfono y Elvira lo levantó angustiada. Pensó que era una llamada de Calgary, quizá su padre se había empeorado. Era un joven australiano que estaba haciendo turismo en la Gran Sabana, pero ya sus vacaciones habían terminado y debía regresar a Melbourne. Sólo que había tenido un percance en la avioneta que lo había llevado al campamento y desde entonces sentía pánico de volar. No era capaz de subirse a un avión. En tres días tenía que viajar y si lo posponía el tiket aumentaba 50% de precio, además de que no podría incorporarse a su trabajo y tendría el riesgo de perderlo. Estaba desesperado. Elvira Madigan le aseguró que, si fuese necesario, haría un informe para la línea aérea y para su empresa justificando la demora por motivos médicos, y le dio una cita inmediata.

—Lo siento, Judit. Seguiremos hablando otro día. No puedo perderme estos dólares australianos.

21

John Lenon lloró sin parar durante cuarenta minutos en el diván de Elvira Madigan. En el minuto cuarenta y uno Elvira lo interrumpió.

—No hay nada que yo pueda hacer para convencerlo de la irracionalidad de su miedo. El estado de mantenimiento de esos avioncitos con los que llevan a los incautos a la Gran Sabana está más que demostrado, se han caído varios, así que tuvo suerte, y no puede compararlos con la calidad de las líneas aéreas australianas, pero nada de eso nos llevará a una solución. De modo, John, que tendremos que recurrir a un psicoanálisis abreviado para intentar identificar los motivos inconscientes de su fobia. Le daré, además, unos ansiolíticos para que aborde el avión en las mejores condiciones posibles, pero usted se tiene que ir dentro de tres días, a lo sumo siete. De lo contrario la fobia se hará crónica, no quiero que deje de viajar a los veinticinco años. Le falta mucho mundo por conocer.

—Es demasiado ridículo lo que me está pasando –dijo más calmado.

—Tratemos de no calificar sus sentimientos. Usted estuvo a punto de tener un accidente aéreo y sintió pánico, lo que es completamente normal. Ese pánico debería ir cediendo ante la evaluación racional de los hechos pero no ocurre así, por lo tanto debemos pensar que el accidente se conectó con una vivencia muy cargada emocionalmente que en este momento no puede relacionar. En dos días yo no puedo curar su neurosis, lo único que nos queda es intentar identificar esa vivencia para dotarle de mejores recursos internos que lo ayuden a afrontar el terror que le van a producir dieciocho horas de vuelo y tres conexiones aéreas. Por cierto, ¿viaja solo?

John Lenon volvió a llorar. Viajaba solo. Había preparado estas vacaciones con su chica y a última hora habían tenido una pelea muy fuerte.

De todos modos él persistió en el viaje. Estaba convencido de que tenía razón en la pelea y quedarse hubiera sido una prueba de debilidad.

—No me gusta sentirme débil. Los hombres no deben ser débiles ante las mujeres. No sé si es usted feminista, disculpe si lo es, pero estoy muy en desacuerdo con esos cambios en los roles de género, creo que solamente han servido para complicarle la vida a la gente.

—Estoy preparada para comprender la visión de género que usted propone, John. No se preocupe por mis puntos de vista, no nos ayudarán en esto. Hábleme más de su chica.

— Bridget Jones y yo somos novios desde hace varios años. No nos

hemos casado pero pensamos hacerlo pronto, sólo estoy esperando una buena promoción en mi trabajo, imagínese si ahora lo pierdo. ¡Cómo quedo ante ella!

Bridget también tiene un buen empleo, es enfermera en un centro de adopción. En realidad los dos fuimos niños criados en hogares sustitutos.

Tuvimos una historia similar y eso nos unió mucho.

Elvira Madigan pensó que había llegado el tiempo de creer en las sincronías, un concepto que siempre había rechazado. John Lenon continuó su relato.

— Bridget fue una niña abusada por el marido de la madre. La madre es una alcohólica y el tribunal resolvió que estaba incapacitada para criarla, su padre había muerto y no tenían familiares que vivieran en Melbourne. Las distancias son muy grandes para nosotros, y la jueza pensó que moverla con unos primos del padre a más de tres mil millas de distancia sería añadir más problemas en su vida, además de que ella nunca había visto a esa familia. Era tan desconocida como cualquier otra. Tenía once años entonces. Bridget encontró un buen hogar sustituto y quiere mucho a sus padres adoptivos. Es una chica muy guapa, me gustó desde el primer momento. Cuando salimos la primera vez ella no dijo nada de su pasado, eso es normal en los niños de hogares sustitutos. Uno adquiere una vergüenza que dura toda la vida.

Uno es producto de alguien que no pudo con uno. Uno queda para siempre indefenso, humillado. ¿Lo comprende?

— Lo comprendo perfectamente, continúe, por favor.

— Estuvimos saliendo un tiempo sin decirnos nada el uno al otro hasta que tuvimos relaciones sexuales por primera vez. Era la primera vez para los dos, quiero decir. Fue muy emocionante y lloramos mucho.

Entonces yo me atreví y le dije que a los nueve años fui abusado por mi padre. Nunca antes lo había dicho en voz alta. Mi padre abusaba de mí y de mi hermana menor. Mi verdadero padre, no el marido de mi madre, como en el caso de ella. Mi madre tuvo un colapso depresivo.

Se sintió incapaz de continuar cuidando de nosotros y pidió el traslado a un hogar sustituto para ambos. No he vuelto a saber de mi hermanita, la familia sustituta exigió que su identidad permaneciera anónima. En Australia esto es legal, no sé aquí. Bueno, como le digo, no la vi más.

Yo pasé a un hogar de prueba y viví con ellos hasta los catorce años, pero mi hogar sustituto no fue demasiado bueno, no se llevaban bien conmigo ni yo con ellos, y fui trasladado nuevamente. Las cosas resultaron mejor en esta segunda oportunidad y me quedé con ellos

hasta los veintiún años, a partir de entonces vivo solo. Los visito a veces pero realmente nunca los quise. También visito a mi madre, está en un hospital de enfermos mentales crónicos. Mi padre tuvo sentencia de prisión y murió en la cárcel. No lo volví a ver. Bueno, ésta es mi vida. ¿Comprende algo ahora de lo que me pasa?

— Comprendo que para usted ser débil es ser abusado, ser maltratado y ser abandonado. La debilidad es demasiado peligrosa para una persona que ha tenido una vida tan traumática.

— No es exactamente así. Un niño abusado es alguien completamente débil pero también completamente fuerte. Podría matar si alguien intentara hacerme algo.

— Un niño cuyos padres renuncian a cuidarlo es, además, un niño avergonzado.

— Eso es lo que siento. Usted lo ha leído exactamente.

— Es usted quien lo ha dicho, John, es usted quien lo sabe mejor que yo.

— ¿Y ahora qué hago con mi pasaje de avión?

— Usarlo. No debe avergonzarse por haberse sentido débil cuando la maldita avioneta estuvo a punto de caerse. Y no debe avergonzarse de pedirle perdón a Bridget, cualquiera haya sido la causa de esa estúpida pelea. ¿Por qué pelearon, a todas éstas?

Por primera vez John Lenon sonrió.

—Me da vergüenza contarlo, es demasiado estúpido.

—Está bien, si no quiere, no lo haga. Vuelva mañana, lo atenderé a las ocho.

Apenas fueron las ocho de la mañana John Lenon tocó el timbre del apartamento de Elvira Madigan. Se veía fresco, recién bañado, con una expresión apacible.

—Dormí bastante bien. Sólo durante una parte de la noche tuve sueños violentos, pero siempre los he tenido. Luego me volví a dormir y casi llego tarde.

Elvira lo dejó hablar sin seguir un camino demasiado dirigido. John explicó en qué consistía su trabajo, era supervisor del área de artículos de deporte en una tienda de departamentos muy conocida en Melbourne, y estimaba que el próximo año sería ascendido a gerente. En ese caso su sueldo mejoraría sensiblemente y podría tomar un crédito para una vivienda más amplia, que incluía, por supuesto, el proyecto matrimonial con Bridget. Él mismo no era muy deportista pero había llegado a tener un conocimiento muy amplio del ramo. Divagó un rato acerca de los deportes favoritos de los jóvenes australianos, pasando por el tenis y por los acuáticos.

—¿Qué tal el *windsurf*? –preguntó Elvira.

— Oh, es muy popular, de los más practicados. Sinceramente creo que los equipos que vendemos son los mejores del mundo. Una de las

razones por las que sentí curiosidad por venir a este país es porque recibimos muchas noticias de turismo y de hecho vendemos algo, sobre todo en una isla.

¿Marguerita?

—Isla de Margarita –confirmó Elvira-. Es muy conocida por los turistas extranjeros que practican *windsurf*.

— Ya. También está el *surf*, por supuesto. Hemos sido campeones en esto.

— ¿Es el *windsurf* un deporte difícil de aprender?

John Lenon pensó por un momento que Elvira Madigan quería tentar la suerte y trató de ser delicado.

— Lo practican personas de todas las edades, pero, claro, es mejor aprenderlo joven. Puede ser rudo, de acuerdo a las condiciones del mar.

No sé cómo serán aquí, nosotros tenemos olas de tres y cuatro metros.

Hace falta experticia.

— Por ejemplo, un joven de unos veinte años que nunca lo haya practicado, ¿podría aprenderlo rápidamente?

— Generalmente toma al menos una semana llegar a controlar la vela, los primeros días se van en aprender a estabilizarse sobre la tabla, y luego en aprender a girar. Depende del viento, pero más o menos una semana creo que es lo usual.

— De modo que alguien que nunca lo hubiera practicado en un fin de semana no podría ir muy lejos.

— No lo creo, a no ser que fuera una persona extremadamente bien dotada.

Elvira comprendió que John quería volver a su tema de los aviones y estuvieron un tiempo hablando acerca de las sensaciones que había experimentado cuando la avioneta estuvo a punto de caerse. Luego recayeron en Bridget Jones y cómo se habían conocido. Fue en un bar en un barrio obrero de Melbourne. Un lugar que no tenía nada de particular sino el hecho de que la decoración seguía las tendencias que les gustan a los jóvenes y abría hasta bastante tarde los viernes y sábados. Bridget estaba con sus amigas y John con sus amigos. Los dos grupos hicieron un movimiento de acercamiento y comenzaron a hablar tonterías. Luego salieron a una pista de madera en la que las parejas se apretaban porque era muy estrecha y ambos sintieron que estaban sudando más de la cuenta, aunque en realidad hacía mucho calor. Entonces se besaron y John pensó que algo se agolpaba muy seriamente en él, y probablemente Bridget pensó lo mismo, se abrazaron muy estrechamente y el calor entre ellos los excitó más de lo que nunca habían sentido. Pero no hicieron el amor ese día ni tampoco al día siguiente. Pasaron varias semanas hasta que Bridget y

él prepararon el almuerzo en el apartamento donde vivía John, aprovechando que su compañero de renta estaba fuera por el fin de semana, y entonces se amaron por primera vez. John nunca había estado con una chica, *all the way*, y sintió algo mucho más cálido y profundo por Bridget de lo que jamás hubiera experimentado. Después de varios meses se contaron sus vidas.

—Me pareció que había dicho que fue la primera vez que hicieron el amor.

—Oh no –dijo John Lenon-, es imposible que haya dicho eso porque lo recuerdo perfectamente. Ocurrió un día en que estuvimos remando en el lago del parque, se hizo tarde y tuvimos algo de miedo porque estaba muy oscuro.

Nos fuimos caminando abrazados y entramos en un cine, pero no nos interesó la película y nos quedamos en un banco comiendo las cotufas que no habíamos tenido tiempo de terminar. Sé que fue ese día.

—No tiene mayor importancia, lo significativo es que compartieron una historia común.

—Así es. No fue fácil, ¿sabe? Un niño que no ha podido ser criado por sus padres tiene sentimientos mezclados con respecto a otro que haya estado en la misma condición.

Elvira Madigan pensó que *mixed feelings* era una de esas frases que no traducían bien al español.

—Un niño que no ha sido criado por sus padres puede sentir un gran amor hacia su igual, pero también un gran odio. Desea destruir su vergüenza -

continuó.

—¿Por qué dices “un niño que no ha podido ser criado por sus padres” en vez de “abandonado”?

—No sé, así nos lo enseñaron a decir en el albergue mientras esperábamos por el hogar sustituto. Supongo que “abandonado” tiene una connotación negativa, y de la otra manera parece sólo una circunstancia. Como si los padres hubieran querido pero no podido. Además, es excluyente. En el albergue había muchos huérfanos, no puede decirse que los padres los abandonaron por morir jóvenes.

—Debe ser, suena mejor.

John Lenon se despidió muy agradecido. Estaba resuelto a volar con ayuda del Lexotanil que lo tranquilizaría y de la conversación que le había parecido muy útil.

—Saludos a Bridget –dijo Elvira en la puerta.

—Se los daré.

— Y regresa con ella, me gustará conocerla.

¿Por qué Susana Saudi amaba a Oliver Twist y a María Eugenia Alonso?

Porque eran sus iguales, niños que no pudieron ser criados por sus padres.

¿Por qué los odiaba? Porque quería destruir su vergüenza. Empiezo a estar dentro de tu mente, Susana. Es el colmo haberle cobrado trescientos dólares a John Lenon, más bien yo debería haberle pagado a él. Se recostó en la cama y encontró las manchas del techo. Allí están y allí estarán pero no me importan demasiado, estoy eufórica. Marcó el número de Judit Green.

—¿Qué tienen en común Oliver Twist, María Eugenia Alonso y Susana Saudi? –dijo cuando Judit atendió la llamada.

— Ya eso lo sabemos.

— Algo que sabíamos sin saber que lo sabíamos.

Judit permaneció en silencio.

—No se me ocurre nada más.

—Oliver, María Eugenia y Susana fueron niños avergonzados, niños completamente débiles y completamente fuertes.

—No lo entiendo.

—Es muy fácil. Fueron niños cuyos padres no pudieron cuidar. Fueron niños entregados a otros para que cumplieran esa tarea.

—No lo había pensado así.

—Yo tampoco, me lo explicó John Lenon.

—¿El *beatle*?, estás perdiendo la cabeza.

—Un joven que vive en Melbourne, adonde espero pueda regresar mañana para casarse con Bridget Jones.

Ahora es necesario conocer algo más de Harry Haller, pensó Elvira cuando terminó la conversación con Judit. Harry Haller, ¿quién sabe de ti?

22

Boris Salcedo marcó repetidamente el número hasta que se liberó la señal de ocupado. Entonces le salió la contestadora porque Elvira estaba poniéndole la comida al gato. Eres un animal tonto, Cheshire II, perdiste tus condiciones de cazador y has engordado comiendo las galletas inglesas para las que tengo que dedicar al menos una consulta semanal. Escuchó el insistente ring y tomó el teléfono. Ojalá que sea una nueva consulta, el empresario fracasado terminó de fracasar y no contribuirá más con tus caprichos. No todos los días aparecerá un John Lenon.

—Comisario Salcedo, siempre me da mucho gusto escucharlo. No porque piense que tendrá alguna noticia para mí.

Salcedo le confirmó que, en efecto, no había nada nuevo de su hijo, y en cuanto a Elena Fermín, había huido del país, así que probablemente la muerte de Haller quedaría por el momento indescifrada. La llamaba por otro asunto.

— Quiero una cita con usted, que me escuche un rato.

— Bienvenido a mi modesto consultorio, ¿cuándo puede venir?

— Ése es el problema, esta semana la única posibilidad que tengo es a las cinco de la mañana de mañana, o el jueves después de las once de la noche. ¿Le he comentado lo del secuestro de la hija del ministro, no?

— Leo la prensa, inspector.

— Ya. Pues esos son mis horarios disponibles, ¿qué me dice?

— Tendré que aplicarle una tarifa nocturna; de las dos horas que me propone prefiero la del amanecer. Llame antes de salir, no vaya a ser que me quede dormida.

Boris prometió hacerlo así y se presentó a las cinco y diez de la mañana.

Estaba aún oscuro y Elvira tomaba una taza de café. Le ofreció otra al inspector y se sentaron en los sofás del consultorio.

—Le escucho, Boris. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Básicamente haciendo eso que dijo, escúcheme.

Terminó su café y preguntó si podía servirse más. Luego pidió permiso para encender un cigarrillo.

—Si quiere fumar, pasemos a la cocina. A la mayoría de mis pacientes les molesta el olor.

Siguieron tomando café en la cocina mientras Boris Salcedo fumaba un cigarrillo tras otro. Elvira tuvo por un momento la sensación de haber perdido la razón del encuentro. Le pareció que estaba en una estación de tren frente a un amigo improvisado que

debía partir hacia su destino sin saber cuál era o por qué debía hacerlo. Dejó que el silencio flotara en el humo hasta que Boris Salcedo comenzó a hablar lentamente, con un tono pausado que le desconocía.

—Tengo treinta y ocho años, estoy casado desde hace cinco, y tenemos una niña de tres años. Gano un sueldo mediocre pero mi trabajo me permite hacer algunos negocios. No son ilegales sino laterales, quiero decir que son negocios que resultan de aprovechar algunas informaciones privilegiadas, pero eso no significa que le robo a nadie. No soy el policía delincuente que sale en las películas. En fin, tengo un buen nivel de vida gracias a ello. Compré un apartamento que, sin ser de lujo, está en una buena zona; mi hija entrará el año que viene en un colegio privado bastante reconocido; puedo pagarle a mi mujer dos semanas de vacaciones donde quiera en el país, no en el exterior, desde luego, y ayudo a mis padres. Mi padre es taxista y mi madre maestra jubilada. Les completo algunos gastos como las facturas del teléfono o algún extra que se presente.

Súbitamente dejó de hablar. Elvira abrió la ventana, la luz comenzaba a entrar en la cocina. Hizo esta pausa mientras Boris Salcedo buscaba agua en la nevera.

—Entré en el cuerpo muy joven, y pude ascender con bastante velocidad porque completé estudios superiores. Me becaron para hacer un curso en Estados Unidos y otro en Francia. Creo que soy un policía bien preparado.

—Nunca lo he dudado, Boris.

—Sé que le he quedado mal con su hijo pero de verdad no tengo tiempo.

Ése es el problema que quiero contarle, el que necesito que me escuche. Usted vio los horarios que tenía disponibles para venir a verla. Ésa es mi vida, doctora Madigan. Una vida que no existe. Una vida que no tiene tiempo. Mi tiempo ha sido robado. ¿Usted comprende lo que quiero decir?

—Perfectamente. Va a perder a su familia si no hace algo pronto.

Boris Salcedo la miró sorprendido.

—¿Cómo lo supo?

— Es mi oficio, así como el suyo es averiguar quién mata a quién, el mío es saber cómo hacen las personas para destruir sus vidas, y tratar de impedir que lo logren.

Boris Salcedo miró el reloj y comenzó a hablar en su tono rápido habitual.

—Yo creo que mi mujer me engaña. Hace más de un mes que no hemos tenido relaciones sexuales. Hace más de seis meses que no he podido dedicarle un fin de semana, desde hace dos años no la acompaño en sus vacaciones. La semana pasada cuando levanté a mi

hija de la cama, empezó a llorar. La niña no me reconoció, ¿entiende?

—A esa edad la fijación de imágenes es todavía muy inestable.

—Yo creo que Alida me engaña. Podría seguirla, sería lo más fácil del mundo pero también una vergüenza, no podría hacerlo con los muchachos del departamento. Mi pregunta es ésta: ¿cree que debo seguirla y saber si me engaña o no? Si decido hacerlo tengo que buscar a alguien de afuera, eso no es un problema, lo que necesito saber es si será bueno para mí, para ella, para todos.

—Si se ha tomado la molestia de venir a verme es porque tiene serias dudas de hacerlo.

— Eso es lo que quiero que me aclare. Tomar un asunto privado como un caso profesional es una decisión importante.

Elvira estuvo a punto de decirle que eso era precisamente lo que le había ocurrido a ella, pero se abstuvo. Al fin y al cabo Boris Salcedo era su paciente, aunque ocasional; su síntoma era no tener tiempo para hablar.

—Usted se imaginará que en mi profesión no es difícil observar los detalles que revelan un caso de adulterio. Alida los tiene todos.

—Y si llega a confirmar la sospecha, ¿qué haría?

—No lo sé, porque yo estoy muy enamorado de ella, ¿sabe? Parece absurdo decir que uno está enamorado de una persona a la que no ve nunca, ni tiene tiempo para amar, ni para acompañar. Y sin embargo, es así. La crisis se me presentó la semana pasada. Ocurrieron dos cosas esa semana. Una fue que entrevisté al marido de Elena Fermín. Vi a un hombre derrumbado, a un hombre que, después de haber vivido siete años con su mujer, tiene que confesar que es una extraña a la que no conoce. Una mujer que no sólo se acostaba con otro sino que era capaz de matar a ese otro. Me miré en su espejo. Me atormentó la idea de que la mujer de la que estoy enamorado ha desaparecido, y de que vivo con una extraña a la que no conozco porque simplemente no tengo tiempo de conocer. La otra cosa que ocurrió es que la madre de Alida fue hospitalizada con un infarto. Se ha recuperado bien, afortunadamente. Alida me estuvo llamando desesperada y no pudo dar conmigo. Yo estaba en una zona completamente fuera de cobertura y no entraba la señal del portátil ni del Tmotion, ni de ninguno de los cuatro aparatos que llevo conmigo. Llamó a la oficina y le dijeron que no podían mandar a nadie a localizarme, que le darían mi mensaje cuando llegara.

Cuando llegué ya la habían sacado de terapia intensiva. Esas dos circunstancias han sido muy fuertes. ¿Sabe por qué estaba fuera de cobertura? Por el maldito secuestro de la muchacha ésa, la hija del ministro. Los secuestradores la vendieron al ELN, ¿cómo le parece?

—Muy grave, pero el secuestro que nos interesa en este momento es el suyo.

Su vida está secuestrada, y mucho me temo que en algún momento tendrá que tomar la decisión de rescatarla o darla por perdida.

Boris Salcedo siguió con el relato de su rutina y la descripción de sus imposibilidades pero Elvira ya no lo escuchaba. Todo lo que venía a continuación era irrelevante. Encendió el último cigarrillo y vio de nuevo el reloj.

—No se imagina cuánto le agradezco eso que me ha dicho. No sé lo que voy a hacer pero usted ha abierto una puerta. Me acaba de decir que yo soy dueño de mi vida. Puedo decidir si quiero o no perder a Alida.

—También puede preguntarle a ella. Decirle lo que está pasando con las vidas de los dos, y la de esa niña que a veces no recuerda su rostro.

—Eso es más difícil.

—Sería la primera muestra de que reconoce su vida como suya. Vamos, hombre, si llega el caso estoy segura de que podría montar una compañía de seguridad privada como terminan haciendo todos los policías.

—¿Sabe que me lo han propuesto? Y nada menos que en Miami.

—Querido Boris, me gustaría seguir con usted pero van a ser las ocho y tengo una persona citada a esa hora.

Sacó la chequera y preguntó la cantidad.

—No todo se paga con dinero. Como usted sabe me veo obligada a ser detective en mis horas libres. Estoy cerca de saber qué ocurrió con Tom, pero sigo necesitando su ayuda. Una ayuda, cómo dijo de sus negocios, lateral.

Quiero hablar con la exesposa de Harry Haller. ¿Quién es, dónde la encuentro?

—Se llama igual que la amante, Elena. Elena Panraw. La puede encontrar en la universidad, escuela de Ciencias Biológicas. Pero esto no es un verdadero pago, la información podría haberla obtenido de cualquier otro modo. Todo el mundo la conoce en la universidad, y después de lo que pasó hasta los que atienden la cafetería deben saber cómo localizarla.

—Pongamos que es una pequeña parte del pago y queda a crédito el resto. A lo mejor quiere hablar conmigo más adelante. La verdad me gustaría saber qué piensa Alida de todo esto que me ha dicho.

Boris Salcedo se despidió y Elvira lo vio desde la ventana montarse apuradamente en su automóvil. Pobre hombre, pensó. Es víctima de sí mismo. ¿Y quién no lo es, Cheshire II?

Siendo que no hay tal paciente de las ocho, me voy en tu búsqueda, Elena Panraw.

El camino a la universidad le era ya familiar. Traspasó el portón de la entrada y se dirigió a la escuela de Ciencias Biológicas. Allí una

empleada le comunicó que la profesora Panraw estaba en clase hasta las once. Todo era muy fácil. Merodeó por los pasillos y los patios universitarios sin poder evitar el recuerdo de sus años de estudiante. También todo parecía fácil entonces. Se trataba de estudiar, de trabajar muy duro para obtener el mejor resultado y continuar siendo merecedora de la beca. Era el orgullo de sus padres y estaba segura de que su madre disfrutaba mucho cuando iba al supermercado y la cajera la reconocía y le pedía noticias de su hija. ¡Oh, muy bien!, diría su madre. Elvira lo está haciendo muy bien en la universidad. Y también su padre recibiría a los viejos clientes con la sonrisa de que su hija pronto sería médica.

¿Vendrá a instalar su consulta en Calgary?, preguntarían. No, no creo, diría su padre. Tiene muy buenas oportunidades en Toronto. Ése sería el tenor de los diálogos que habían sostenido sus padres. ¿Y Elvira, no piensa volver?, preguntarían quizás algunos vecinos, los Uqhuart, por ejemplo. ¡Oh no!, diría su madre. Le va muy bien allá en Venezuela. Seguramente también alguien habría preguntado por Tom. Y el muchacho, ¿no regresa? ¡Oh no!, contestaría su madre. Está escribiendo un libro muy interesante de turismo, tendremos un escritor en la familia. Al menos su padre había sido dado de alta, de nuevo en casa, había dicho su madre por el teléfono. Tom regresará pronto. Una vez más mintió. Su madre no había preguntado por él. Elvira comprendía que en su no pregunta estaba la pregunta. ¡Qué bueno, cuántas ganas tenemos papá y yo de verlo¡ La casa sin él está vacía.

Tomó un café mientras esperaba que dieran las once. Desde la barra del cafetín vio que los estudiantes se arremolinaban a la salida de un aula y se dirigió a ellos. No tuvo ni siquiera necesidad de preguntar por la profesora Panraw. Una alumna la llamó por su nombre y Elena Panraw contestó que tendría las notas del examen listas para el viernes. Elvira la siguió hacia su automóvil y cuando los alumnos se fueron la abordó sin preámbulos.

—¿Profesora Panraw?

Elena Panraw se volteó a mirarla. Era una mujer muy alta, sus ojos de un azul acuoso estaban rodeados de arrugas, pero era evidente que había sido una mujer imponente. Se mantenía con muy buena figura y se vestía con una simplicidad elegante. La vio sin curiosidad, acostumbrada a que alguien necesitara su atención.

—Soy la doctora Elvira Madigan. Necesito hablar con usted.

— ¿Acerca de…?

—Acerca de mi hijo.

— ¿Qué semestre?

—Ninguno.

El rostro de Elena mostró cierta sorpresa, no demasiada.

—No sé en qué puedo ayudarla entonces.

—Si me concede treinta minutos se lo diré.

La profesora miró el reloj. Treinta preciosos minutos de su vida gastados en aquella desconocida le parecían demasiados.

—Es que si no me da más detalles me temo que no podré atenderla.

—Voy al punto, profesora. Por razones que serían muy largas de explicar necesito tener más información acerca de su exesposo. Esa información no tiene otro fin que el de completar la investigación que hago acerca de las causas de la desaparición de mi hijo. Su exesposo estuvo relacionado con varias mujeres, no solamente la que está acusada de haberlo asesinado. Yo creo que entre una de las mujeres vinculadas con su exesposo y la desaparición de mi hijo hay un nexo. Y parte de ese nexo es conocer más acerca de Harry Haller. Es lo más claro que puedo poner esto.

Elena Panraw la miró con la certeza de que estaba frente a una loca.

—Discúlpeme, estoy muy apurada.

—Déme esos treinta minutos. Si trato de explicarle por qué me interesa saber más de su exesposo tendría que contarle demasiadas historias. Acepte que le estoy pidiendo algo que no comprende.

—¿Es de la policía? Ya yo presté declaración y prometieron no molestarme más.

—Si fuera de la policía no le estaría rogando que me diera treinta minutos, la obligaría a hacerlo.

Elena Panraw sentía debilidad por los razonamientos lógicos. Le gustaban las personas capaces de pensar metódicamente.

—Le voy a dar esos treinta minutos, pero por supuesto que no contestaré nada que me parezca inoportuno. No entiendo nada de lo que me explicó.

—Es muy difícil que lo entienda sin tener los detalles. Yo no creo que usted quiera saber de una historia que no le interesa. En cambio para mí es vital conocer algo más acerca de Harry Haller. Concretamente, de su infancia.

Cómo transcurrió. Qué acontecimientos fueron significativos en ella. Eso es todo. Nada relacionado con la tragedia ocurrida.

—¿Tragedia? Tragedia es la vida que Harry Haller impuso a los demás. No me sorprende que esa muchacha haya terminado por matarlo. Cualquiera que estuviera relacionado con él sentiría ganas de hacerlo.

Elvira comprendió que había ganado la batalla. El odio de Elena Panraw estaba a punto de derramarse sobre el estacionamiento, y ella estaba allí para recogerlo.

—Tengo entendido que el padre de Harry Haller colaboró con los

nazis y huyó a Suramérica cuando perdieron la guerra. ¿Es exacto?

—Es parcialmente exacto. Su padre no era un colaborador sino un miembro prominente del partido. Huyó a Paraguay poco antes de la derrota final sin decirle nada a la esposa. Se cumplió la ley de las ratas abandonando el barco.

La madre de Harry era checa y salió con Harry, que era un niño muy pequeño, a Praga. Allí alegó que era soltera y se casó de nuevo. Harry decía que aquel hombre los maltrataba, golpeaba a la madre y la chantajeaba constantemente amenazándola con denunciar que había sido nazi. Cosas así, no sé si son ciertas. Luego la madre murió, según Harry la mató el marido, y él pasó a vivir con unos parientes en Berlín. Antes de que se levantara el muro esos parientes lograron escapar y vinieron con Harry a Venezuela. Ya era un adolescente.

Fue el mismo caso de mis padres y aquí se hicieron amigos, de modo que Harry y yo nos conocimos muy jóvenes.

Elvira Madigan miró el reloj.

—Ocho minutos.

—¿Perdón?

—Que sólo necesité ocho minutos. Muchas gracias, profesora Panraw.

Hoy todo ha sido muy fácil, se dijo Elvira, mientras Elena Panraw la miraba alejarse con la certeza de que había estado hablando con una demente.

Pero no le importó, aquella mujer le había dado la oportunidad de expulsar de sí misma los últimos recuerdos de Harry Haller.

23

—El *pattern* está claro. Susana quedó mutilada emocionalmente con esa estúpida decisión de la familia de separarla de su madre por culpa del intrascendente *af aire* con Julián Sorel. La convirtieron en lo que John Lenon define como “niña que no pudo ser criada por sus padres, — y sus vínculos significativos se establecieron alrededor de personas que compartían la misma definición: Oliver, María Eugenia y Harry. Personas que amaba y cuya vergüenza quería inconscientemente destruir porque era la suya. Pero, ¡por Dios!, ¿cómo la licenciada Magda no se dio cuenta de que una niña que inventa que la madre está muerta es una niña avergonzada? ¿Crees que Sorel forma parte del club?

—No lo sé –dijo Judit Green-. No recuerdo que me dijera nada de su infancia en nuestro breve encuentro sexual. Estuvimos afanados en otros detalles.

—¿Es un buen amante?

— Lo era, pero no respondo por el actual Julián Sorel. Cuando me lo encontré hace poco lo vi un tanto desgastado. Si quieres lo contacto y le ofrezco recordar buenos tiempos.

Judit odiaba la idea de buscar a Julián Sorel pero tuvo la impresión de que Elvira Madigan estaba derrotada.

—El *pattern* está claro y no sirve de nada saberlo –dijo como para sí misma-.

Se vincula con personas que fueron niños no criados por sus padres.

—Personas completamente débiles pero también completamente fuertes”.

Hacen una conexión inconsciente con ella, encuentra en ellos la semilla de su propia destrucción, y, sin saberlo, la hace crecer. El pobre Oliver Twist, el hijo indeseable de una oligarca colombiana, cuando por fin encuentra un hogar decente, sigue siendo un niño humillado y tiene que probar que es el Johnny Weismüller de la historia para ahogarse como un bobo en un club de playa en Venezuela.

—¿Quién es Johnny Weismüller? –preguntó Judit.

—El actor favorito de mi madre. Fue el primer Tarzán. No me interrumpas, por favor, estoy conectando los hilos. María Eugenia Alonso, una niña a quien el destino lleva la perfecta sustitución de unos padres malogrados en un estúpido accidente, seguro que era un borracho que se los llevó por delante, se da con la psicóloga más tonta que he conocido en mi vida, que se empeña en que hay que decirle a

la niña la verdad para que en plena adolescencia comprenda que ha vivido una ilusión y que siempre fue una huérfana. Y

emprenda entonces la aventura de la chica rebelde que se roba el automóvil del papá para ir a comprar drogas hasta que la culpa la lleve a tirarse por un barranco. Y Harry Haller, un profesor de alto nivel académico que no halla qué hacer con la vergüenza de un padre asesino y de una madre envilecida, y que reproduce en su pequeño escenario *voyeur* las imágenes del hombre que se acostaba con su madre. Así que Susana acicatea a una mujer errática, que tanto admiró la Hermana Milagros, llevándola al disparate de matarlo, o ayudarlo a morir, cosa que creo Haller quería hacer desde hace tiempo.

— Un poco truculento para mi gusto.

—El alma humana puede ser así, querida Judit, sólo es necesario herirla.

Ahora el punto es que nada de esto me sirve para nada. Que en Susana Saudi se haya generado una mente enferma que la ha llevado a vincularse con personas igualmente enfermas para despertar en ellas aquello que podía destruirlas es muy interesante, y si estuviera presentando un caso en una reunión clínica estoy segura de que suscitaría los más sofisticados comentarios de mis colegas, pero para mi caso, lo único que me interesa, nada añade.

Puedo escribir cien páginas acerca de la patología de Susana Saudi y puedo igualmente quemarlas. Susana me produce conmiseración, es una joven muy perturbada. Ojalá que sus padres decidan llevarla fuera un tiempo y pueda curarse lejos de todo esto. Pero, para mí, para Tom, todo continúa igual. La única circunstancia que sigue vigente es la que me dijo el comisario Salcedo: Tom desapareció la misma noche en la que Andrés Saudi se suicidó. *So what?*

Hay mil historias en la ciudad dormida. Una simple coincidencia factual. Un muchacho decide matarse el mismo día en que probablemente otro decidió matar al mío.

—Elvira Madigan. Cuando mencionaste al actor favorito de tu madre, eso me hizo pensar en cine y recordé la película “Elvira Madigan. — Siempre me dije que tu nombre me resultaba conocido.

—Por favor, Judit. ¿Crees que tengo ganas de hablar de cine?

—El tema musical del filme es un concierto de Mozart, el concierto número 21. Quedó con el nombre de “concierto de Elvira Madigan. — Durante un tiempo pensé que Mozart le había puesto ese título en homenaje a una mujer, cuando vi la película me di cuenta de que era al revés. Bautizaron el concierto por el título de una película. El argumento es muy sencillo. Un oficial sueco huye con una joven a la que ama apasionadamente. Él pierde su puesto en el ejército por esa razón, y tampoco puede casarse con ella porque ya lo está con otra. Ambos deciden vivir su pasión hasta el final y recorrer un camino que

no los lleva a ninguna parte. La vida se ha cerrado frente a ellos. No tienen a dónde huir. Deciden matarse juntos. Él le dispara con su arma de reglamento y acto seguido se dispara a sí mismo.

— ¿Y?

—Estás en peligro. Metida en un callejón sin salida. Los argumentos románticos son callejones sin salida. Siempre he odiado los argumentos románticos, es lo que te quiero decir. Los argumentos románticos están basados en el plan único. Para mí siempre hay un plan B.

—¿Y?

— Has llegado al final del plan A. Estás derrotada. En una vía que te deja dos opciones. O te vas a Calgary y les confiesas a tus padres la verdad o te quedas en Caracas ocultándoles indefinidamente lo ocurrido. Tratemos de ir hasta el final.

—Éste es el final. Sé más acerca de Susana Saudi que nadie en el mundo. El problema es que todo lo que sé es irrelevante.

—Ir hasta el final es seguir otra vía. El plan B es saber más acerca de Tom.

—Es lo que vengo tratando de hacer.

—Sí, pero dejaste de lado que él también fue "un niño que no pudo ser criado por sus padres. —Cito a John Lenon.

Se produjo un silencio muy duro.

—De todos modos intentaré buscar a Julián Sorel –dijo Judit-. Aunque su infancia haya sido la más feliz del mundo, su existencia es para ella el recordatorio de su propia vergüenza. A la luz de lo que sabemos me parece improbable que Susana haya emprendido la relación con él ignorando que fue el amante de su madre. Así que algo útil se debería desprender de invitarlo a una noche íntima. Me miró con codicia cuando nos encontramos, aunque creo que le dio miedo no estar a la altura de la costa de Paria.

Elvira Madigan buscó en su agenda el número de teléfono de Julián Sorel.

—Otra aventura perdida, y el dineral que costó toda la farsa del Sr. Hayashi.

Me siento avergonzada de haberle hecho gastar ese dinero a tu padre.

—Quizás no haya resultado tan inútil. Te aviso cuando lo haya encontrado.

Cuando Judit se fue sentí un impulso irrefrenable. Encontrar los

dólares que me dio mi padre. Revolví todas las gavetas y allí estaban, guardados en el monedero dentro del maletín que no había vuelto a usar desde que me vine del Perú con Santiago. Era un pequeño monedero en forma de corazón con incrustaciones de perlas

y piedras preciosas de baratija que me había regalado Louise Alcott en mi décimo cuarto cumpleaños.

Calculo que le costó siete dólares. En esa época ahorrábamos para regalar cosas bonitas a nuestras amigas en sus cumpleaños y en Navidad, y ahorrar siete dólares nos tomaba siete meses. Allí estaban los billetes con la imagen de Queen Elisabeth II. El pasaje Caracas Toronto cuesta 679 dólares, de modo que me faltan solamente 131, sin contar impuestos y traslados. Mi padre me los dio para "circunstancias imprevistas. — *Unforeseen circunstances*, dijo aquella noche última de nuestra convivencia. Uno se va de casa una sola vez y esa noche era mi última noche "en el nido. — Creo que fue el momento más emocionante de mi vida y la de mis padres. El momento en el cual se concentraba todo el destino para el que me habían preparado. Esa noche se reunían todas las noches en las que mis padres me habían llevado dormida a la cama, en las que mi abuelo había leído historias para Emma y para mí mientras vivíamos en una deshabitada región al norte de Calgary, y hablábamos de osos que en realidad nunca vimos. Afuera la temperatura temblaba debajo de los 30º Celsius y adentro crepitaba el amor de cinco personas que confiaban en que la ventisca no tumbara los transformadores de la electricidad.

Cuando me fui de Toronto el apartamento de la Yonge Street se vació pero no con la misma emoción. Era un buen lugar, muy cómodo y bien amueblado, pero nunca tuvo la categoría de nido. Hay, en realidad, un solo nido. Los demás son lugares en los que habitamos. ¿Dónde vivía con Santiago en Perú? Apenas si lo recuerdo. Me parece que era una casita de pueblo, con pisos de cemento y una habitación grande en la que tiramos un colchón donde hicimos muchas veces el amor. Más adelante nos fuimos a otra, muy parecida.

Mis padres fueron los dueños del nido y quiero regresar a él. Una casa que mi padre compró con un buen crédito con la idea de mudarnos a otra mejor de acuerdo con la prosperidad del negocio. Pudimos hacerlo pero mi madre no quiso. Dijo que era una casa suficientemente grande y cómoda para la familia, y que el dinero extra –mis padres llamaban dinero "extra" a lo que no se gastaba en el presupuesto mensual-debía ser colocado en un banco para la universidad de "las chicas. — No es una casa bonita, tampoco fea. Es exactamente igual a todas las casas del barrio y cuando iba a visitar a Joanne Uqhuart, o las gemelas Levy, o a Louise Alcott, o a Bobby Sawyer o a Brian Bowlby, o a David Owen, o a Melissa Stone, no encontraba ninguna diferencia. Sus casas eran iguales a la nuestra y sus padres las habían comprado con créditos similares al que obtuvo mi padre porque sus rentas anuales eran las mismas. Vivir en América Latina me ha hecho comprender que esa homogeneidad es un

privilegio.

En aquella época pensaba que todo el mundo vivía de la misma manera y me parecía lo más natural reunirme con mis amigas en sus casas idénticas para planear los cumpleaños en los que nos regalaríamos regalos idénticos con los dólares “extra” que ahorrábamos de nuestra mesada, que también era la misma. No he vuelto a saber de ellos, de mis amigos de Balzac. Yo fui, de todas las chicas de Balzac, la que auguraba un destino más exitoso. Ninguna, creo recordar, superó los dos años de College. O bien porque se casaron o bien porque no tenían suficiente garra para continuar más adelante

—Lo bueno de Elvira –decía mi padre-es que es una chica con mucha garra. —Era una velada alusión a Emma pero también un reconocimiento a mi tenacidad que, dicho sea de paso, no he perdido con los años. Mi ascendente en el horóscopo es Capricornio, y, según parece, ésa es una condición persistente.

Cuando me separé de Bobby Sawyer y vendimos los muebles el apartamento quedó completamente desnudo, a excepción de un saco de dormir en el que pasamos la noche. Bobby bajó al restaurante chino de la esquina y trajo un Chop-Suey y un arroz frito horriblemente malo y frío. Creo que desde entonces desarrollé asco por la comida china. Lo comimos así y nos quedamos en silencio. El apartamento tenía una vista magnífica. Era un piso muy alto, como un 20 o 21, y desde la ventana central del salón se veía un buen marco de los rascacielos de Toronto. Por un momento me sentí confundida, creo que él también. Parecía más bien la escena en la cual la pareja se muda al apartamento nuevo en el que va a vivir. Pero era al contrario.

Estaba vacío porque ya no íbamos a vivir más juntos. En ese momento de confusión compartida sentimos ganas de hacer el amor –nuestro más logrado evento en común-pero Bobby no quiso. Si hubiese querido es probable que todavía estuviéramos allí. Hacer el amor hubiera puesto de manifiesto la irrelevancia de todo aquel momento de mudanza y separación. Hubiera colocado en su lugar a Santiago y a Amanda. Hacer el amor con Bobby Sawyer siempre fue mejor que con Santiago. El mito, compartido por todas mis amigas de Balzac, según el cual los hombres latinos son más calientes, resultó falso. Santiago nunca fue mejor que Bobby, y otros latinos que conocí después escasamente le dieron por las patas. Es una curiosa expresión, “dar por las patas. — Ahora comienzo a sentir la extrañeza de los modismos de lenguaje. Tom no estaba en el apartamento. Lo habíamos llevado a casa de mis padres para evitarle el efecto traumático del vaciamiento de su nido.

Nunca le pregunté a mi hijo si aquel apartamento de Yonge Street fue su nido.

24

Julián Sorel aceptó la llamada de Judit Green como si su ángel de la guarda se hubiera de pronto acordado de su existencia. Judit Green era una mujer espectacular, una chica verdaderamente atractiva que hacía el amor con mucha desenvoltura y no pretendía que al terminar le dijeran cuándo continuaba la sesión. Una persona que podía conversar con amenidad y buen humor y que no le hacía sentir a los hombres que eran unos desgraciados aprovechados, ni unos posibles maridos, ni siquiera unos futuros amantes. Era una chica que sabía vivir el momento y le daba un toque de ternura a lo que no era demasiado emocionante. Aceptó su llamada y su excusa de que se había quedado pensando en él cuando se encontraron en el Café Mediterráneo, y no se molestó en preguntarle cómo había averiguado su número de teléfono.

Aceptó su visita de la mano de una botella de vino con buen prospecto y se dispuso a preparar un pollo tailandés con la sabiduría de algunos ocasionales cursos de cocina. Aceptó que Judit le recordara el hotelito de la costa de Paria como un lugar soñado al que podrían volver, si fuera el caso, y aceptó también una disertación un tanto larga acerca de un joven artista cuya exposición valía mucho la pena visitar. Todo ello lo aceptó Julián Sorel con una sonrisa en los labios. Lo que empezó a resultarle incómodo fue que Judit pusiera sobre la mesa el tema de Susana Saudi. Como un kilo de plomo el nombre de Susana reposaba entre los platos y las copas y Julián no pudo escapar de una persona decidida a sacarle hasta el último gramo de información.

¿Por qué –quería saber Judit-se había enamorado de Susana?

Julián negó, disuadió, evadió, pero finalmente se derrumbó. Era en aquel instante un hombre muy viejo, muy agotado. Su encanto de galán de otoño había desaparecido por completo y sólo era una persona al final del camino, con la sensación de niño con las manos vacías el día de Navidad.

—Hace tiempo que no sé de ella –dijo con la voz quebrada.

—Lo sé -mintió Judit.

—¿La has visto?

— Nos vemos a veces –mintió de nuevo.

—¿Y cómo está? Es terrible lo que pasó con este hombre, Halley, Haller.

No recuerdo, el que mataron. La culparon a ella, eso ha debido hundirla.

—El tema está resuelto y ya le levantaron los cargos. Se va un

tiempo del país.

—¿Adónde?

—No lo sé, sus padres quieren que esté fuera mientras termina de acallarse el asunto.

—Pero es terrible de todas maneras.

Julián Sorel se pasó la mano por la cara, como si le hubiese entrado polvo en los ojos.

—Es una mierda lo que le ha pasado. Y es una mierda para ti porque seguramente no sabías que tenía otro amante.

—No, no lo sabía. Pero no tenía por qué saberlo. Susana y yo estuvimos juntos sin ningún compromiso. Yo tenía mis cosas y ella las suyas.

—Pero no te lo imaginabas, estoy segura de eso.

—No, ciertamente no. Vanidad de macho.

—Susana es mi amiga, mi mejor amiga. Estoy preocupada por ella. Creo que todo esto le ha hecho mucho daño. Primero la muerte del hermano y después la de Haller, que, además, la engañaba con una amiga.

Julián Sorel se sirvió la última copa de la botella y se levantó a buscar algo más que beber.

—Así es la vida, uno no se imagina lo que le espera. Yo estaba convencido de que tenía entre manos un super negocio con unos japoneses, y que a partir de allí me iba una temporada a Londres. Siempre he querido vivir en Londres, un capricho que no me he podido dar. Imagínate que llegué a pensar que a lo mejor Susana quería irse conmigo. Ahora ni los japoneses ni un coño. He perdido varios clientes, en parte por la situación económica, pero también porque he estado como distraído, como ausente, y esa gente no perdona. Si no tienes a tiempo los informes buscan a otro. No ando muy bien de dinero últimamente, para decirte la verdad. Pero sobre todo no estoy bien de ánimo. He bebido mucho y solo. No es bueno beber encapillado. Mis hijos no se ocupan para nada de mí, escasamente me llaman el día del Padre. Y, te digo esto con toda confianza, como si estuviera hablando con un amigo, las mujeres ya no me llaman la atención de la misma manera.

—Una mala racha.

—Muy mala, sí.

Se levantó de nuevo y buscó un compacto.

—¿Quieres algo de música? Me alegra mucho que me hayas llamado, de verdad, Judit. No me lo esperaba.

Judit hizo entonces lo que había venido a hacer. Llevar a Julián Sorel hasta el último peldaño para que terminara de hablar de sí mismo. Lo besó en la oreja, le pasó la mano por el cuello y comenzó a desabotonarle la camisa.

Julián respondió por reflejo y la besó largamente. Se desplazaron a la habitación y se desnudaron. Después de un largo e inútil forcejeo el pene de Julián continuaba en el mismo estado de flacidez.

—Te quedo mal –dijo derrotado-. Otro día que esté en buena forma demostraré que sigo siendo el mejor.

—No te sientas obligado al humor. Todos tenemos un mal día.

— Van siendo más los días malos que los buenos.

Se quedaron en la cama y Julián encendió la televisión. Vieron una película más o menos entretenida y Judit aprovechó para rematar su misión.

—¡Qué buena esta película! Me gustan las historias de gente feliz. Yo fui una niña bastante feliz, ¿sabes?

—Yo también. Mi familia fue una familia maravillosa, creo que todo iba bien por entonces. Fui un niño feliz y he sido un hombre feliz. Y he tenido mucha suerte con las mujeres.

—¿No te pegó mucho el asunto que tuviste con la mamá de Susana?

—¿Cómo sabes eso? –estaba visiblemente irritado.

—Me lo contó Susana. Se lo contó a todo el mundo en el colegio. La hacía muy especial. Nadie tenía una mamá que hubiera tenido un amante.

—No te creo. Susana quedó muy avergonzada por eso. Me lo confesó una vez.

—Te debe haber mentido. No le importó nada.

—Bueno, no lo creo. Yo estuve muy enamorado de Victoria. Fui un cobarde, no me atreví a divorciarme. Ella estaba dispuesta y yo no. Encontrar a Susana fue como volver atrás, como amarla de nuevo. A Victoria, quiero decir. -Se convirtió en una abogada famosa, a lo mejor contigo no lo hubiera logrado.

—Probablemente no. No me gustan las ejecutivas, soy a la antigua. Me entristece todo lo que ha ocurrido. Toda mi vida me parece ahora un fracaso, cuando por el contrario no debería quejarme. Me ha ido más bien que el carajo.

Judit comprendió que Julián volvía a ser quién era. La hora de las confesiones estaba por terminar. Se levantó y se vistió. Julián la acompañó a la puerta.

—Quedo en deuda. Vuelve.

—No te preocupes. Te llamo pronto, cariño.

Cuando llegó a su casa le escribió un correo electrónico a Elvira Madigan

—El plan B se impone. Por el lado de Sorel no hay más nada. Fue un niño a quien sus padres pudieron felizmente criar. Misión cumplida.”

Elvira estaba muy contenta con el arreglo que le había hecho

Cristal Sorel a su computadora. Pensó que no era conveniente comentarle que casualmente conocía a su padre. Todo había pasado discretamente aquel día en que coincidieron en el restaurante italiano y ninguna de las dos hizo mención del encuentro. Bajó sus correos comprobando que aunque la máquina seguía siendo un juguete arcaico, al menos funcionaba. Sin embargo la notó más lenta que de costumbre y decidió llamarla. Al fin y al cabo la filtración seguía allí, amenazante. Subió un piso y tocó la puerta. Cristal le abrió enseguida y prometió bajar tan pronto terminara lo que estaba haciendo.

Cuando la vio entrar la notó tímida. Se dirigió a la máquina y la manipuló un poco.

—Lo que pasa, doctora Madigan, es que este equipo no tiene capacidad para actualizar automáticamente el antivirus que le puse. Recuerde que tiene que hacerlo manualmente.

—Lo hice la semana pasada.

—El antivirus se tiene que actualizar diariamente. Si no está pendiente este aparatico no le va a sobrevivir.

Elvira Madigan aceptó como una niña regañada su descuido. Luego le ofreció un café con las galletas inglesas de Cheshire II.

—Tenía un gato cuando era niña –dijo Cristal.

Siguieron conversando acerca de gatos, un tema en el que Elvira tenía un conocimiento bastante extenso, hasta que Cristal lo interrumpió.

—¿Será que le puedo hacer una pregunta profesional?

Lesbiana culpabilizada, pensó Elvira Madigan. Pero estaba en un error.

—Usted se acuerda de que Mireya trabaja en ese escritorio de abogados, el de la doctora a la que se le suicidó el hijo. Bueno, esa doctora, la doctora Saudi se llama ella, quería que le limpiara el equipo del chico que murió.

Desde que me lo entregaron no ha hecho sino llamarme y yo me le he estado escapando. Pero ya no se puedo más. Le está haciendo la vida imposible a Mireya.

—Y no has podido terminar el trabajo –dijo Elvira Madigan en su segundo error.

—Sí lo terminé. Lo terminé hace rato. Pero es que no sé qué hacer. Si le entrego lo que encontré o será que le digo que todo se perdió.

De Julián Sorel no habrá más nada pero de la hija como que hay noticias, pensó Elvira sintiendo que la vida le devolvía algo aquella mañana.

—Quieres decir que encontraste información que te parece que le puede hacer daño.

—Exactamente. Por un lado, no me gusta hacer sufrir a la gente, pero por otro, le soy sincera, doctora Madigan, me da miedo que la

furia la pague con Mireya. Como ella fue la que me recomendó…

—Ya. ¿Y es muy grave lo que encontraste? –Elvira quería que su voz sonara con el tono más inofensivamente materno.

—A lo mejor me estoy enrollando por una tontería. De hecho, la mayor parte de la información se perdió. Quedó un archivo que pude rescatar parcialmente. Unos correos en los que dice algo como que su hermana había tenido una relación con él. Una relación no de hermanos, quiero decir. Y que a ella ya no le parecía bien seguir con eso porque se había encontrado un enamorado por Internet, un chamo que había conocido en un *chat room* que pensaba venir de Canadá a verla. Algo así, medio confuso, pero se entiende que él estaba herido por lo de la hermana. Lo tenía olvidado y quería cambiar de vida. Entonces, la pregunta es: ¿le doy eso a la doctora Saudi o le digo que no había nada? ¿O…?

—O le inventas algo que le guste.

—Me leyó la mente. Eso es lo que pensé. Mireya dice que eso está mal hecho, pero yo creo que no. Ésa es la pregunta.

—A las madres les gusta creer que todo está bien con sus hijos. Saber que tenían una relación incestuosa no le puede gustar.

—Eso es lo que yo le insisto a Mireya. Por ejemplo, mi mamá. Ella vive en Estados Unidos con su marido, y está feliz pensando que yo tengo un novio. Cuando me pregunta que por qué no nos casamos le digo que es para el año que viene. Y así pasa el tiempo. Se me ocurrió que yo podía devolverle el diskete diciendo algo como que le dolía mucho separarse de su familia pero quería ser él mismo, irse a otra parte y hacerse su propia vida por su cuenta.

No quería ser un niño con todo resuelto. Eso se me ocurrió porque dice algo así como “quiero ser otro, una vida alterna, un ser nuevo en un mundo nuevo. —Un chamo medio raro, no me extraña que se haya matado. Si quiere se lo traigo.

Elvira no quería demostrar que era lo único que quería y logró aparentar una voz neutra para decir:

—Tráemelo más tarde. Ahora voy a estar ocupada pero si lo leo te puedo decir cómo darle una versión que no sea del todo mentira pero tampoco la verdad cruda.

—Gracias, doctora. Gracias de verdad. Luego se lo bajo. Y gracias por las galletas.

Cristal se fue muy contenta. Una buena chica, pensó Elvira. Alguien a quien todavía le conmueve hacer el bien y, sobre todo, una persona inteligente que duda del beneficio de la verdad.

Elvira Madigan sabía que había llegado el momento de visitar de nuevo a Victoria y Alberto. La información que Cristal les iba a entregar con seguridad tendría un efecto benéfico. No fueron necesarios muchos cambios en el diskete original. Dónde decía “lo de

Susana y yo, — se alteró por “el cariño entre mi hermana y yo. — Las consideraciones acerca del odio que sentía por el enamorado que había aparecido en Internet se suprimieron. Ninguna idea suicida en este texto, observó Elvira. Ninguna fantasía de muerte.

Decidió esperar hasta que Cristal le confirmara que le había llevado el diskete a Victoria para iniciar una aproximación telefónica. Victoria no estaba en casa y atendió Alberto. Elvira le dijo que había buenas noticias, las acusaciones recaían sobre otra persona y la policía dejaría en paz a Susana.

Quería saber cómo había reaccionado a la medicación que le dejó indicada.

Alberto le habló de muy mala gana. La información no era necesaria porque estaban perfectamente enterados de lo sucedido, el abogado los tenía al tanto minuto a minuto del caso, y tan pronto levantaran la medida de prohibición de salida, cuestión de días, pensaban viajar con ella para que se apartara un tiempo de todas estas circunstancias. De ninguna manera quiso que se pusiera al teléfono. Susana necesitaba tranquilidad. La puerta está cerrada, pensó Elvira Madigan. ¿Por qué?

Se imaginó a Alberto hablando por el teléfono de la sala, estaba sobre una cónsola de marquetería con incrustaciones doradas que le había particularmente horrorizado. Vio de nuevo la mesa de mármol y el pastorcito sangrante con el que había soñado. Apenas si se dio cuenta cuando Alberto terminó unilateralmente la comunicación.

25

Elvira Madigan sentía una profunda vergüenza. Sentía que Judit Green iba muy por delante de ella en el alma de Tom. Sentía que lo que estaba ocurriendo sobrepasaba cualquier concepto de sí misma que hubiera logrado construir. Pero era cierto. Cuando le comentó a Judit los hallazgos de Cristal en la computadora infectada de Andrés Saudi, su respuesta había sido inmediata.

—Ese chico canadiense que Susana conoció en el *chat room* tiene muchas posibilidades de ser Tom. —Elvira se había rebelado contra esa idea.

¿Cuántos chicos canadienses podían frecuentar Internet? ¿Qué posibilidad estadística podía establecer que el amigo virtual de Susana Saudi era Tom Sawyer, su hijo, y no otro que también pudiera tener el mismo nombre?

—Ninguna –había dicho Judit-pero así es un plan B. No podemos dejar pasar la coincidencia. Sabemos casi todo de los Saudi y nada de Tom. —¿Quién era Tom Sawyer?, en efecto. ¿Quién era un joven al que no veía hacía tres años?

¿Quién era el adolescente con el que hacía vela quince días de verano y patinaba una semana de invierno? ¿Quién era aquel ciudadano empleado del servicio postal de Balzac que, al contrario de todos sus amigos, renunciaba a su independencia para vivir con sus abuelos porque sentía dolor de dejarlos solos? ¿Quién era un niño cuyo padre llevaba un restaurante francés a tres mil kilómetros de distancia y su madre era una psiquiatra en una ciudad cuyo nombre nunca logró pronunciar correctamente? Judit había insistido: un joven canadiense que le dice a Susana Saudi que vendrá a visitarla a Venezuela no puede ser pasado por alto.

Contra su voluntad, contra sí misma, contra sus sentimientos había marcado el número de sus padres. Papá seguía bien, muy limitado en sus movimientos, pero bien. Mamá con la artritis, pero bien. Estaban allí, en su casa, y contentos de que Elvira hubiera llamado. Se sentían muy solos. Su mejor amigo, John Uqhuart, había fallecido aquel verano. Eso era triste para ellos. Lo demás, la ausencia inexplicable de Tom, no era algo mencionable.

Elvira insistió en su versión aunque algo le decía que era en vano. Su madre cambiaba la conversación. No quieres mentiras, mamá, pensó. ¿Por qué no tratas de aceptar una mentira mientras tanto? Las madres deben aceptar mentiras de vez en cuando. Entonces se atrevió, cuando su madre dijo, como quien no quiere subrayar algo demasiado, que la habitación de Tom estaba intacta

—No quise introducir ningún cambio hasta que vuelva y a papi le parece bien. —Mamá –había dicho Elvira-, Tom quiere que le envíen algunos materiales que tiene guardados en la computadora. Los necesita para el libro que está escribiendo sobre turismo. Sé que es difícil para ti, ¿crees que Megan pudiera hacerlo? Megan los visitaba martes y viernes, seguramente ella sabría cómo hacerlo, dijo su madre. Era necesario pasar por una segunda llamada, el viernes a las cuatro. Megan se mostró dispuesta. No era una experta pero tenía los conocimientos básicos en el manejo de computadoras y lo que la doctora Madigan pedía era sencillo. Copiar toda la información y enviarla por correo a la dirección electrónica cristal@cantv.net. Su equipo, había anticipado Cristal, no podría bajar una carga muy pesada. ¿Cuán pesados eran los documentos de Tom?

Finalmente no demasiado. Fuera de algunos juegos que Megan omitió y algunos reportes del servicio postal, lo más abultado eran los correos electrónicos. La revisión fue larga y agotadora. Allí estaban en la bandeja de "enviados" su correspondencia con Susana Saudi. O en todo caso con una mujer cuya nombre electrónico era un tanto enigmático: SSV1234, pero demasiado coincidente con sus iniciales para dudar. En uno de los últimos correos Tom Sawyer enviaba una foto suya y anunciaba su viaje. Los firmaba Tom Canty. En las respuestas de SSV1234 no se incluían fotos. Únicamente que estaría atenta a su llegada. Tom Canty hablaba de querer ser otra persona, vivir en otro lugar, llegar a convertirse en otro. Su tono no era el de un enamorado, aunque contestaba con cariño los mensajes de Susana, crecientemente eróticos. Qué extraño, pensó Elvira. Un niño que rechazaba lo desconocido, a quien no le gustaba cambiar ni visitar lugares diferentes.

— Queda claro, bastante claro por lo menos, que Tom y Susana se encontraron en un *chat* y algo entre ellos promovió que siguieran escribiéndose.

—Tom decide venir a Venezuela, pero, sin que mis inclinaciones edípicas sean omitidas, no puede obviarse que no sólo su amiga virtual sino su madre viven en ese país. Manda una foto como es usual hacerlo, y anuncia las fechas de su estadía.

—Algo que entre ellos se promovió es que Tom, si lees bien todos los correos, menciona que vive con sus abuelos desde niño porque sus padres viven lejos. Niño que no pudo ser criado por sus padres, diría John Lenon.

—De acuerdo. Eso es un gancho para Susana. Otro posible es…

—¿Así que no te dice nada que Tom Sawyer quisiera ser Tom Canty? – dijo Judit.

—En principio nada. Por supuesto me dice que no estaba contento con ser quien era y eso es bastante.

— *El príncipe y el mendigo* – dijo Judit .

— *The Prince and the Pauper*. Fue lectura obligatoria en High School, pero nunca logró interesarme demasiado. ¿Cómo era el argumento?

—Era una trama de dobles. El príncipe Eduardo Tudor cambia su rol por el de Tom Canty. Un personaje dickensiano, un muchacho que pide limosna en las calles de Londres abusado por su padre.

—¿Mi hijo Tom quería ser un príncipe inglés? Me parece demasiado estrambótico.

Elvira Madigan tosió como si quisiera disimular la voz quebrada.

—Hay algo que no puedes ver, que yo he visto, pero ahora veo verdaderamente.Se levantó y buscó las fotografías de Andrés, Ronald y Dinora. Las puso frente a Judit junto a la de Tom.

—Es asombroso.

—Es asombroso que sólo ahora puedo reconocer el parecido.

—Es asombroso –repitió Judit sin encontrar otra respuesta. Por eso decide interrumpir su relación con el hermano, acaba de encontrar a alguien que sin serlo se le parece bastante.

—Son fotos de carnet. No podemos comprobar que tienen una talla parecida. Vi algunas fotos de Andrés en su casa, creo que era más bajo y más delgado.

—Esto replantea todo –dijo Judit al cabo de un rato-. Es altamente probable que Andrés y Tom se conocieran. Es necesario saber si ocurrió y cómo fue ese encuentro, solamente Susana puede decirlo. No hay mucho tiempo que perder, cuando se vayan del país perdemos el contacto con la única persona que sabe qué pasó.

—No es la única.

—¿Quién más?

—María del Valle Salazar, Ronald Cárdenas y Dinora Ramos. Pero lo más importante es esto: Tom Sawyer y Andrés Saudi eran dos jóvenes descontentos con sus identidades.

Elvira Madigan había recuperado su capacidad de pensar.

—Tenías razón en el plan B.

—Y tenía razón Salcedo. Esta gente se conoció, los chicos que buscaban emigrar a Canadá, el chico canadiense que les iba a ayudar, Susana. Lo que no sabemos es qué ocurrió. La cosa es si estás dispuesta a ir hasta el final. Qué explica la muerte de Andrés y la desaparición de Tom.

Elvira Madigan sirvió dos ginebras. Desde la ventana de la cocina se veían los techos de las casas vecinas. Era una calle estrecha, de construcciones pequeñas. Una mujer recogía apresuradamente la ropa del tendedero porque la lluvia amenazaba.

—Va a llover –dijo sin inflexión.

—Pensaré sobre esto. Hace tiempo que no veo a Ronald y a Dinora,

pero no será difícil encontrarlos. En cuanto a María del Valle, tendremos que dar un rodeo.

Bebieron en silencio mirando cómo caía la lluvia.

26

Patricia Delgado seguía a Elvira Madigan por el pasillo del aeropuerto con su morral en la espalda y cierta alegría contenida. Al fin y al cabo un fin de semana en Margarita no le venía mal a nadie. El motivo del viaje era un tanto ambiguo, Judit le había explicado que la necesitaba para hacer un reportaje acerca de los jóvenes extranjeros que van al centro internacional de *windsurf* de El Yaque advirtiéndole que le daría los detalles más adelante. No se sabía para qué medio era ese reportaje ni por qué la acompañaba Elvira Madigan.

Solamente que Judit Green la había llamado para decirle que no tenía nada para ofrecerle en la revista Contemporary pero había surgido esta ocasión y se la proponía mientras tanto. Convinieron un precio y a Patricia le pareció bien.

Viajaron comentando trivialidades y haciendo planes de ir a Graffiti para comprar unos juegos de sábanas que en el folleto de publicidad que encontraron en el asiento del avión se veían económicos y de buena calidad, y analizaron la posibilidad de que si les sobraba tiempo podrían darse un baño y almorzar en la arena. Todo sonaba muy bien. Alquilaron un vehículo pequeño y se dirigieron directamente a la playa El Yaque. Por el camino Elvira advirtió que buscarían a una chica llamada María del Valle, sería una excelente informante para su reportaje. Patricia preguntó quién era y Elvira explicó que era la hija de un cuidador de tablas, la persona que más sabía acerca de los jóvenes deportistas que de todas partes del mundo venían a este paraíso del viento. Patricia preguntó la extensión del reportaje y la posibilidad de entrevistar a otras personas pero Elvira le aseguró que con María del Valle sería más que suficiente.

Había decidido ir con Patricia porque supuso que la chica no le soltaría prenda a ella. En cambio Patricia era más o menos de su edad o en todo caso alguien joven, acostumbrada a interrogar a personas en circunstancias difíciles y experta en “sucesos. —Era la persona ideal y Judit Green estuvo de acuerdo, aunque protestó el costo y advirtió que su padre no iba a seguir financiando las supuestas deudas que había contraído en su tarjeta de crédito

—Comienzo a sentirme indigna, — le había dicho. Pero Elvira Madigan era imbatible en argumentaciones éticas. *There is no such thing as a free lunch.* Tu padre lo entendería. Elvira reservó una habitación en el lugar más barato que pudo encontrar, también apreciaba la dignidad.

Estacionaron el automóvil y Elvira luchaba contra el viento que le impedía abrir la puerta. Era un automóvil muy liviano y el viento

empujaba con mucha fuerza esa mañana nublada. Había poca gente en la playa, a lo lejos cientos de velas de colores anunciaban a los windsurfistas. Se dirigieron al establecimiento de alquiler de tablas y preguntaron por María del Valle.

Alguien señaló con la mano otro establecimiento y caminaron hacía allí tapándose los ojos para protegerse de la arena que levantaba el viento.Efectivamente María del Valle trabajaba allí pero debían esperar hasta la tarde porque estaba en Porlamar haciendo una diligencia. Nadie preguntó por qué la buscaban ni a nadie le importó su presencia. Patricia se quitó el short y la franela y decidió bañarse un rato. Elvira alquiló un toldo y unas sillas de extensión y se dispuso a leer *El príncipe y el mendigo* en busca de claves olvidadas en su lejana adolescencia en Balzac. Comieron un pescado frito no demasiado bien preparado y durmieron una breve siesta hasta que alguien las despertó.

— ¿Me estaban buscando? –dijo María del Valle.

Era una muchacha bonita, muy delgada, con ojos muy tristes, más bien claros, y muy tostada la piel, casi arrugada para su edad.

—Tuve que ir a Porlamar a comprar unas cosas. ¿Quieren alquilar los *windsurfs*?

Patricia Delgado entró en acción. Debía demostrar que merecía el dinero que se invertía en ella.

—No, chama, soy periodista y lo que quiero es entrevistarte, eres un personaje aquí en El Yaque y quiero hacer un reportaje para publicarlo en una página Web de turismo que vamos a lanzar.

María del Valle la miró con desconfianza. Las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más intensas.

—¿Entrevistarme? Yo lo que hago es cuidar las tablas y las velas con mi papá. Trabajo para ellos –y señaló el establecimiento.

Patricia comenzó a profundizar su indignidad.

—Pero es que eso es lo que le interesa a los turistas. La chica que cuida las tablas, la cálida belleza tropical que los va a recibir cuando vengan del frío.

Ahora te hago unas fotos y vas a quedar bella.

Logró que María del Valle se riera.

— Bueno, a mí me da lo mismo. Pregúntame lo que quieras.

—Vale, y nos tomamos algo por aquí. ¿No hay caipirinhas?

Las dos muchachas se alejaron y Elvira volvió a su libro. Todo iba sobre ruedas.

Comenzaba a bajar el sol cuando vio las figuras avanzar hacia ella. Se detuvieron frente al cobertizo donde se estacionaban las tablas y se quedaron unos instantes, recortadas sus siluetas frente a la última luz como en los carteles de turismo. Es una verdadera estampa del Caribe, pensó Elvira Madigan. María del Valle se alejó y la vio perderse

buscando la carretera.

— Listo. ¿Nos vamos?

Se subieron al automóvil. El viento amainaba en la tarde y cuando salieron a la vía principal la noche había caído. Llegaron a Porlamar y se registraron en el hotelucho que había reservado Elvira.

—Me voy a bañar –dijo Elvira-. No aguanto la arena pegada de la piel.

La habitación era oscura, no tenía ventilación exterior y apenas si salían unas gotas de agua. Se ducharon como pudieron y salieron a la calle.

—Me dijeron que por aquí hay una pizzería muy buena –comentó Patricia Delgado.Efectivamente en la esquina había un pequeño restaurante que anunciaba las mejores pizzas de la isla. Pidieron una grande de champiñones y jamón para compartir y dos cervezas.

El reportaje es muy sencillo, le había dicho Elvira mientras esperaban a que María del Valle regresara de Porlamar. El reportaje consiste en saber qué escuchó o vio esta muchacha la noche en que un grupo de canadienses, entre los cuales estaba uno llamado Tom Sawyer, se reunió con unos venezolanos, entre los cuales había un Andrés Saudi.

Esa tarde los canadienses tomaron litros y litros de cerveza como era usual, y dos chicos venezolanos se acercaron a su mesa y se pusieron a hablar con ellos. Los reconoció porque tenían varios días haciendo *windsurf* y lo hacían muy bien. Luego se fueron y los canadienses se quedaron bebiendo y la invitaron a sentarse con ellos. Uno de ellos, muy buen mozo, se llamaba Tom, no recordaba el apellido. María del Valle se quedó con él y luego se fueron a dar un paseo por la arena. Y se besaron fuerte. Luego se quedaron dormidos y María del Valle se despertó con el sol y se fue. No sabía nada de lo que hablaron con los venezolanos porque la conversación había sido en inglés, pero por la mañana los venezolanos vinieron otra vez a alquilar las tablas y le preguntaron por Tom. Querían saber en qué habitación dormía Tom, pero María del Valle no lo sabía. Su trabajo es lavar las tablas, no tiene nada que ver con la posada. Le propusieron darle dinero a cambio de que les dijera en qué habitación estaba Tom pero aunque hubiese querido no podía decirlo porque no lo sabía. Luego le preguntaron si Tom estaba en el agua y que les avisara cuando regresara. Pero María del Valle no lo hizo, no quiso hacerlo porque entendió que eran unos chicos malos y no les avisó. Por la tarde volvieron pero ya los canadienses se habían ido. El autobús para llevarlos al aeropuerto vino a buscarlos como a las cuatro y ella no los vio más, ni a los que preguntaban por Tom ni a Tom.

—Sra. Madigan, para decirle la verdad, yo me siento mal de cobrar por esto, no es un reportaje ni nada que se le parezca. Es una anécdota

banal que igual usted hubiera podido averiguar.

—Déjame el trabajo de decidir lo que es banal y lo que no lo es. Tu misión está cumplida y tus honorarios serán pagados como convinimos.

Patricia Delgado sonrió con amargura. Tenía un modo muy cruel de sonreír.

– Como usted diga, a la final este asunto no es problema mío. ¿Vamos a Graffiti?

Consultaron el reloj y vieron que les quedaba tiempo libre hasta la hora de su avión pero la oferta de sábanas no era tan atractiva como parecía en el folleto de publicidad y prefirieron no comprarlos.

— Le llevaré un queso holandés a mi mamá –decidió Patricia en el aeropuerto.

Elvira Madigan aprovechó para comprar dos botellas de ginebra a mitad de precio y unas galletas para Cheshire II.

—Yo era el otro, el que estaba con Andrés en El Yaque –al rato Ronald habló-. Se empeñó en que lo acompañara porque quería aprender a hacer *windsurf* y acepté. No soy deportista como él pero me pareció bien pasarme un fin de semana en la isla. Me acuerdo de los canadienses perfectamente.

Cuando usted nos explicó el problema de su hijo, no me hubiera imaginado que ese muchacho era él. No hice la relación. Quedamos en volvernos a ver en Caracas para hablar de lo de Canadá. Nos había prometido ayudarnos para buscar alojamiento. Teníamos una cita el mismo día que murió Andrés, pero Andrés nos dijo que Tom no podía venir porque esa noche iba a cenar con su madre, es decir, usted, pero que lo llamáramos inmediatamente que llegáramos a Toronto, nos dio su teléfono y su correo electrónico.

— tomcanty@yahoo.com, me acuerdo perfecto –dijo Dinora.

—No lo volvimos a ver –concluyó Ronald.

Elvira les mostró una foto de Tom.

—Sólo para ver si estamos hablando de la misma persona.

Miraron la foto atentamente. Ronald dijo que sí lo reconocía. Dinora se mostró dubitativa, dijo que podía ser, que todos los gringos se parecían un poco.

—Andrés nos contó que su hermana había conocido por Internet a un chico canadiense que quería irse de su país y empezar una nueva vida. Dijo que era como nosotros, pero al revés. Fuimos a Margarita para encontrarnos, pero entonces su hijo dijo que había cambiado de opinión, que había vuelto a ver a su madre y que pensaba que la idea de abandonar su vida era una locura.

Que no quería el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? –saltó Elvira.

—El acuerdo que había hecho con Andrés por Internet, que me iba

a dar su pasaporte a cambio de mi cédula.

—Pero nos traicionó –gritó Dinora-. Cuando Andrés lo vio dijo que se parecía más a él que a Ronald, y que el pasaporte tenía que ser para él. Estaba muy confiado de que le iban a dar la visa de emigración pero al final no fue así. Se la negaron igual que a nosotros.

Ronald estaba visiblemente furioso.

—No importa ya eso, lo que ocurrió, doctora Madigan, es que su hijo no quiso el acuerdo. Dijo que volvía a su país y que trataría de ayudarnos si llegábamos a irnos, que él estaba seguro de que nos encontraría trabajo aunque no fuera como diseñadores. No lo vimos más. Quedamos en vernos en Caracas, como para pasar el rato, quería conocer los bares y eso, pero no apareció. Andrés dijo que había llamado para cancelar la cita, ya se lo dije antes. No supimos más de él. No sabemos qué pasó.

—Y Andrés se mató esa noche. ¿No les parece raro?

— Andrés era una persona rara. Usted conoce a la hermana, son gente rara.

—Díganme la verdad. No les va a pasar nada, se lo prometo. Lo único que quiero es saber qué le pasó a mi hijo.

Ronald y Dinora estaban dispuestos a continuar hasta el infinito su misma explicación: no sabían nada, no lo vieron más, canceló la cita porque iba a cenar con su madre.

Sea lo que sea que hubiera ocurrido Elvira Madigan supo que había recuperado una parte de la paz. Por absurdas e incomprensibles que fuesen las razones por las cuales Tom había trazado el deseo de ser un Ronald Cárdenas venezolano, o cualquier otro, había desistido. Cuando llegó a Caracas y pasó una noche con ella antes de viajar a la isla ese encuentro le había hecho recapacitar. Ver a su madre y saber que era su hijo no había sido inútil. Tom Sawyer esa noche abandonó el argumento de Tom Canty. Muerto o vivo, seguía siendo su hijo. Eso no era suficiente pero era mucho. Si Ronald y Dinora no sabían más, o no querían decir más, Susana Saudi tenía una deuda con ella y con Judit Green. La habían salvado de ir a la cárcel. Tenía que pagar esa deuda. Ojo por ojo, dice el Talmud.

La voz de Alberto Saudi era cortante, hablaba en un tono que no le conocía, como si estuviera dándole órdenes a un empleado a punto de ser despedido. Toda su compostura parecía haber desaparecido.

—Susana está perfectamente. No puede atenderla porque no se encuentra en casa en este momento. Le diré que usted llamó pero le repito que no es necesaria su ayuda. Nos vamos pronto y eso será lo mejor para todos. Desde que usted se metió en esta familia no han cesado los problemas.

—Disculpe, señor Saudi, pero no estoy demasiado de acuerdo.

—No me interesa si está de acuerdo o no, le digo que no llame

más, que no moleste más a mi familia.

Elvira comprendió que era inútil irritarlo y terminó la llamada. Sólo quedaba intentar hablar directamente con ella pero Susana nunca atendía el portátil. Esperaba a escuchar el mensaje y luego devolvía la llamada si le daba la gana. Marcó el número, escuchó la grabación, y dijo: “Susana, soy Elvira.

Espero tu llamada Creo que me debes la libertad.”

Esperó cinco minutos, diez, treinta, una hora, dos. Repitió el mensaje exactamente igual. Y esperó de nuevo. A los cuarenta minutos sonó el teléfono.

—¿Qué quieres?

—Necesito verte pronto. Sé que te vas del país por tiempo indefinido.

Me alegro por ti, pero para mí las cosas quedan igual. Y no es justo. Tú sabes que no es justo.

—Nada es justo.

—No hablo de la justicia del mundo, hablo simplemente de que si Judit Green y yo no hubiéramos descubierto la filmadora en casa de Haller, probablemente tú estarías ya en la cárcel de mujeres. Sabes que es verdad lo que digo.

—¿Para qué quieres verme?

—Quiero hacerte un par de preguntas, nada más.

—En el Pretty China, dentro de una hora.

Elvira arrancó en un taxi. El Chevette no quiso acompañarla. Llegó al restaurante antes que Susana y se sentó en la barra, como lo había hecho la primera vez. El mesonero le preguntó qué quería ordenar y pidió una cocacola, demasiada comida mala le había comprado. Susana llegó media hora después de lo acordado. Su estado mostraba un visible deterioro. El pelo sucio, sin peinar, vestida con un mono deportivo medio roto y que le quedaba apretado, el rostro ajado, los ojos embotados.

—No tengo mucho tiempo –advirtió.

— Estuve con Ronald y Dinora, no me digas que no los conoces porque ellos te conocen muy bien a ti. Estuvieron en el apartamento de tus padres en Margarita, cuando Tom fue a El Yaque. Creo que tú también estuviste allí.

—No es cierto. Son unos mentirosos.

—Vale, no quiero discutir detalles. El caso es que ellos dicen que conocieron a Tom y tenían una cita con él la noche que desapareció, que es la misma noche en que murió Andrés. La cita era en tu casa. ¿Qué pasó esa noche? -No pasó nada.

—Pero estuvieron en el apartamento.

—Estuvieron un rato y luego se fueron. Después Andrés se fue también.

—¿Se fue o se murió? No es lo mismo.

—Se fue.

—¿Adónde?

—No lo sé. Él quería irse desde hace mucho tiempo pero no sabía cómo decírselo a mis padres.

—Es decir que para no darles la mala noticia de que quería irse a otro país prefirió pasar por muerto. Muy coherente.

—Andrés no es una persona coherente.

—Muy bien, es una persona incoherente, pero aquí hubo un entierro.

¿Quién era el muerto? Yo creo que era mi hijo.

—Tu hijo no estuvo nunca en mi casa. Lo estaban esperando pero no llegó a la cita. Dijo que tenía que cenar contigo.

—De acuerdo, pero se conocieron en Margarita. ¿Sí o no?

—Sí se conocieron allá, por eso Andrés lo invitó a casa.

—La pregunta sigue en pie. ¿A quién enterraron con el nombre de Andrés Saudi?

—Me haces demasiadas preguntas. Tengo la mente confundida. No recuerdo bien las cosas. Todos están contra mí, mis padres también están contra mí. Dicen que vamos a Miami a la casa que les prestaron unos amigos para que yo descanse, pero es mentira. Todos mienten. Me llevan para hospitalizarme allá. Escuché a mi padre hablar con un médico en Estados Unidos, me llevan para dejarme internada allá, y luego no volverán a verme nunca más. Me quedaré allí para el resto de mi vida. Después dirán que no me conocen, que no me conocieron nunca. Mamá arregló para dejar pagado el hospital por toda la vida, la escuché hablando con el hospital. Dijo, “todos los gastos. —Verónica lo sabe pero no puede hacer nada. Todos saben el plan, y tú también. Seguramente fuiste tú la que recomendaste el hospital, desde el primer momento has estado en contra mía, convenciste a mis padres de que yo necesitaba internarme para siempre.

—Estás delirando, Susana. Yo fui la persona que descubrió el crimen de Haller. Es gracias a mí que estás libre.

—Es mentira. No estoy libre, lo que ocurre es que mi madre le pagó al policía para que no me metieran en la cárcel a cambio de que me sacaran a ese hospital en Miami.

—Susana, tu mente está confundida en este momento. Estás mezclando tus fantasías de persecución con la realidad. Te sientes perseguida porque varias personas han muerto alrededor tuyo, crees que eres culpable y que debes pagar por ello. Pero no es así. Esas personas murieron por distintas razones y tú no tienes la culpa.

—Sí la tengo. Tengo la culpa de que muriera mi tía Iraida porque yo le dije que su marido tenía una novia que estaba esperando un bebé. Y de que muriera Oliver, y María Eugenia, y también Harry. Y

Andrés. También tengo la culpa de que muriera Andrés. Yo lo obligué a tener relaciones conmigo y él no lo soportó más. Por eso se mató.

—Dijiste hace cinco minutos que no estaba muerto, que se había ido.

—No dije eso. Tú lo estás diciendo. Tú también estás en contra mía. Y

Judit Green. Te hiciste amiga de ella para acabar conmigo. Judit es mi peor enemiga. Siempre quiso destruirme.

El mesonero venía observando que la cocacola se había terminado y se acercó a preguntar qué más querían.

—Los mesoneros de este sitio saben todo lo que ha pasado. Les dijeron a mis padres que yo estaba loca. Uno de ellos quiso matarme una vez. Me sacó un cuchillo pero en ese momento llegó gente y no pudo hacerlo.

—Susana, es urgente que tomes la medicación que te indiqué. No traje conmigo la libreta de récipes pero más tarde te puedo dejar uno en el buzón de correos del edificio. Estás muy enferma en este momento y es indispensable que tomes unas pastillas para cortar estas ideas confusas que te están atormentando.

—Tú eres la que me atormentas con tus preguntas. Papá me prohibió hablar contigo y tiene razón.

—Creo que tu padre se había acostumbrado a la idea de que Andrés estaba muerto y ahora lo duda, eso lo angustia, y a lo mejor piensa que soy yo la que ha introducido esa duda.

—No fuiste tú, fue esa cachapera que trabaja con mi mamá. La amiga le llevó los disketes de Andrés y de allí sacaron la conclusión de que está vivo.

Sigo siendo yo, pensó Elvira, pero a la vez comprendió que era inútil.

Su mente estaba perdida.

Se alejó del Pretty China con la seguridad de que no volvería a entrar en él. Recorrió varias calles sin que apareciera un taxi y decidió bajar hasta la avenida para tomar el metro. Elvira Madigan se sentía derrotada. Había perdido demasiado tiempo, el interrogatorio a Susana debería haber tenido lugar antes de que la psicosis avanzara tanto; ahora era imposible deslindar la verdad del delirio. Quedaba en pie que Tom había conocido en persona a los Saudi. Si Andrés era tan bueno haciendo *windsurf*, de acuerdo a John Lenon, probablemente pasó allí varios días tratando de convencer a Tom de que les diera su pasaporte. Sin embargo, lo que más le intrigaba era por qué Alberto Saudi se había declarado en su contra. Nunca tuvo con él una aproximación demasiado cercana, pero por qué le había dicho en forma tan tajante que no molestara más a su familia. Una razón pudiera ser que, efectivamente, estaba destruido con la duda de si

Andrés estaba muerto o evadido; esto era comprensible pero, ¿por qué pensar que ella era responsable de esa duda?

Cristal había sido contratada por Victoria, sin que yo tenga nada que ver, hasta donde él sabe. Otra razón pudiera ser que teme lo que yo sé. ¿Y qué es lo que yo sé? Nada en concreto. Pero quizás él piensa que sé más de lo que sé.

Cuando regresó a su casa había oscurecido. La tarde se fue rápido, pensó Elvira Madigan. Metió la llave de la puerta principal del edificio y le sorprendió comprobar que estaba abierta. La regulación de los vecinos había establecido que quedara cerrada a partir de las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Eran más de las siete. Alguien había olvidado cerrarla. Subió en el ascensor y al llegar a su piso la luz del pasillo estaba apagada. Otro descuido de la conserje, debería estar pendiente de cambiar los bombillos quemados.

En la oscuridad tanteó la cerradura y cuando la puerta cedió fue violentamente empujada hacia dentro. Un hombre con pasamontañas la tenía atenazada por el cuello. El filo del cuchillo le rasgó la blusa. El asaltante entró con ella y rápidamente le amarró los brazos a la espalda y la empujó de nuevo. Elvira cayó al suelo. Le puso una cinta pegante en la boca y comenzó a revisar el apartamento como buscando algo.

Efectivamente, confesó la conserje, había salido un momento a la panadería y olvidó la llave, así que no cerró la puerta principal, pero fueron sólo diez minutos. No pensó que pasaría nada. Elvira le impidió llamar a la policía. No vale la pena, insistió, ya ese tipo está lejos

—Pero pudo dejar huellas, —dijo la conserje. Eso es en las películas, le argumentó Elvira, nada va a suceder porque haya dejado unas huellas en mi casa. Lo importante es seguir las reglas. La conserje avergonzada se metió en su apartamento y Elvira regresó al suyo. Antes de entrar tocó la lámpara del pasillo, era una luz baja de fácil acceso. El bombillo estaba flojo, lo apretó y encendió perfectamente.

Luego revisó el escritorio y el closet de su habitación, todas las gavetas estaban abiertas pero en perfecto orden, nada fuera de lugar o dañado. Qué extraño ladrón, se dijo, tan cuidadoso. Aflojó el bombillo sin romperlo. Así que alguien me advierte, ¿de qué?, ¿de qué sé demasiado? La verdad está en mí y al parecer la única que no la sabe soy yo.

Los ruidos del edificio disminuían después de las 9, cuando ya la mayoría de los habitantes habían salido. Solamente ella y Cristal trabajaban en casa. Subió el piso que las separaba y tocó la puerta. Quería saber, era indispensable que Cristal le confirmara exactamente qué decía el documento que le había entregado a Victoria.

—No guardé copia.

—No es necesario, solamente tengo curiosidad por saber si

añadiste algo a lo que yo te sugerí. Conozco a la familia y los he visto un poco alterados últimamente, como si hubieran tenido alguna información extra.

—Añadí algo, es verdad. Donde decía “quiero ser otro, hacer otra vida, —etcétera, puse algo como “sufrirán por un tiempo pero luego volveré. — Él hablaba de hacer otra vida, no de matarse. Eso fue lo que usted me dijo. ¿Cree que hice mal?

—No lo sé.

—La doctora Saudi se puso muy contenta cuando lo leyó. Me llamó enseguida y me prometió pagarme muy bien. Todavía no he cobrado pero dice Mireya que será algo bueno.

27

Ingrid tomó el teléfono y volvió a colgarlo. Era la tercera llamada sin respuesta. Pasadas las 10 de la noche lo intentó de nuevo. Esta vez contestó.

Estaba decidida a contarle lo que había sabido. Elvira Madigan la escuchó sin decir palabra durante más de media hora. Después se sirvió una ginebra sin hielo y se acostó en la cama. Vio una vez más las manchas amarillas, los libros de su biblioteca justo frente a la cama, y el aparato de televisión que desde hace tiempo quería cambiar por un modelo con mejor sonido. Vio la ropa tirada sobre una silla en la esquina contraria a la de la mancha de humedad y sintió un enorme cansancio al pensar que una blusa que había usado tres veces en la misma semana pedía a gritos ser planchada. Vio un vaso sucio que había quedado en una mesa en la que dejaba su agenda y algunos papeles con anotaciones de cosas por hacer, y vio la fotografía de Tom en la misma mesa.

Vio todo esto, sus pertenencias, como si fuera por primera vez o como si necesitara guardar un archivo fotográfico en su mente sin olvidar el más mínimo detalle. Como si alguien le fuera a preguntar exactamente cuántos libros había en las repisas de la biblioteca, en qué año había comprado el televisor, en qué lago había tenido lugar la foto de Tom sentado junto a una canoa con un suéter rojo que tenía el escudo del colegio.

Entonces llamó a Ingrid Horowhitz y le preguntó: -Dime si es absolutamente cierto todo lo que me acabas de contar hace cinco minutos.

—Es absolutamente cierto –contestó Ingrid.

—Gracias –dijo. Se levantó de la cama, fue a la cocina, buscó la botella de ginebra y se sirvió otro vaso.

Con el vaso en la mano regresó a la contemplación de los objetos.

Estaba dispuesta a mirarlos hasta que amaneciera. En efecto, la luz aclaró, los ruidos habituales del edificio se escucharon y Elvira Madigan seguía mirando los objetos de su habitación. La realidad de lo que veía le era indispensable para asegurar la realidad de lo que había oído, las palabras que durante media hora habían compuesto la narración de Ingrid Horowhitz. Cuando estuvo segura de que todo era completamente real, sintió una profunda paz. Consultó su agenda y comprobó con alivio que no tenía ninguna cita en la mañana.

Fue al baño y sacó dos píldoras de la caja de ansiolíticos, las tragó con el agua del lavamanos, activó la alarma del despertador y se acostó a dormir.

Durmió completamente entregada hasta las dos de la tarde. Entonces se dio una ducha y buscó ropa limpia en el closet, se peinó con más esmero y preparó un café. Una nueva vida ha comenzado para mí. Casi no le importó cuando la joven médica le comunicó que se veía en la necesidad de rebajar el número de sesiones. Dos meses sin que el hospital le pagara el sueldo.Marcó el número de Boris Salcedo. Estaba demasiado ocupado y prometió devolver la llamada. No parece haber entendido la lección, pensó Elvira.

Lo hizo por la noche, casi a las doce.

—Sé que es tarde pero no pude llamar antes. Le estoy muy agradecido, sabe, Alida y yo estamos mucho mejor. La semana que viene pedí unos días de permiso y nos vamos con la niña a una casa que alquilé en Adícora. Todo está más tranquilo. ¿Vio que apareció la joven secuestrada? Creo que esto representa un ascenso.

—Sabe que leo la prensa, Boris. Lo llamaba por eso, para felicitarlo. Y

sobre todo le felicito por esa semana en Adícora.

—Cuando regrese me gustaría hablar de nuevo con usted, me hizo mucho bien.

—Tiene pendiente el pago de la sesión de madrugada.

—Dígame cuánto es y se lo enviaré.

—Es un revólver lo suficientemente pequeño como para que quepa en una cartera de mujer.

—¿Qué?

—Lo que escuchó, Boris. No me haga repetirlo porque seguramente le graban las conversaciones.

—¿Me está extorsionando? ¿Le va a contar a Alida lo que le dije de ella?

—No me tome por sus clientes. Le estoy pidiendo lo que necesito.

Alguien me está siguiendo. Legítima defensa. Le aseguro que no tendrá razones para arrepentirse.

—No puedo hacer algo ilegal.

—Digamos que no es ilegal sino lateral.

Boris Salcedo tuvo un ataque de risa.

—Es usted una persona increíble, no he conocido a nadie como usted.

—¿Cuándo?

—Paso mañana a la misma hora, esté pendiente porque no me bajaré del automóvil.

—Saludos a Alida –dijo Elvira Madigan antes de cerrar.

Ingrid Horowhitz estaba desayunando con su amigo David Seligman en “Arepas and more, — un local recién estrenado. Cada tanto se reunían para conversar y dudar de nuevo, veinticinco años después, si el gran error de sus vidas no había sido dejar de casarse

entre ellos y haberlo hecho con terceras personas. En silencio volvían a repasar las circunstancias que habían impedido el matrimonio que los hubiera hecho felices. David Seligman estaba seguro de que el error se produjo cuando él hizo un viaje a Israel con el colegio y en ese tiempo Jacobo Ackerman aprovechó para seducir a Ingrid. Cuando regresó ya Jacobo no salía con Ingrid pero algo se había roto entre Horowhitz y Seligman. Una sensación de inocencia o de primer amor que habían cultivado cada uno en secreto y que Ackerman había destrozado despiadadamente.

Entonces Susy Rabinovitch había interceptado a David, a la vez que Ingrid había viajado con el colegio a Israel, y ese traslado la había inclinado hacia Sami Berenstein. A partir de allí el colegio terminó y David estuvo un tiempo estudiando en Estados Unidos; cuando regresó Ingrid Horowhitz se había casado con Manuel Toledo y cualquier esperanza estaba perdida. Él, entonces, encontró a Miriam Benaim y se casó con ella, aunque no por mucho tiempo.

David retornó a la ensoñación Horowhitz sin mucha esperanza mientras Ingrid se divorciaba de Toledo con un “nunca más. — Todos estos movimientos eran recordados minuciosamente por ambos cuando se reunían los domingos por la mañana y comentaban chismes de las familias amigas o banalidades acerca de las nuevas tendencias en la decoración de interiores.

Pero aquel domingo Ingrid estaba demasiado preocupada como para pensar en sus amores adolescentes y dilucidar si el matrimonio con Seligman no hubiera sido más apreciable que con Toledo como, fuerza era recordarlo, su madre le había advertido inútilmente. El caso es que Toledo la tomó con una fuerte pasión, mientras que Seligman siempre le había parecido un buen muchacho aburrido.

—Estás en la luna. No me sigues la conversación –le reclamó David.

Ingrid se excusó, era cierto. No sabía de qué estaban hablando.

—Dime una cosa. Si tú tuvieras la información que una persona busca desesperadamente, pero a la vez supieras que esa información le va a hacer mucho daño, ¿se la darías?

— ¿Qué tiene una enfermedad o algo así?

— No, que sabes quién mató a su hijo.

— Pero, ¿qué película es ésa?

Seligman y Horowhitz compartían la afición cinematográfica.

— No es película, es vida real.

—Nunca me he visto en esa circunstancia. Creo que sí. Si supiera que alguien necesita saber algo, aunque sea muy duro saberlo, y que al saberlo se va a tranquilizar, se lo diría.

— Eso es lo que yo pienso también. Pero es muy difícil hacerlo.

— Estás rarísima, Ingrid. ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

— No, quiero seguir hablando de lo que estábamos hablando antes de que yo te preguntara lo que te pregunté.

Pidieron otro jugo de guanábana. Ingrid le preguntó a David cuánto pensaba que le darían por su automóvil viejo, y si sería mejor comprarse uno más nuevo aunque fuera de segunda mano. Después de revisar las opciones, regresó a su casa con dos convicciones: debía conservar su carromato y hablar con Elvira Madigan.

Ingrid era una persona dada a las cavilaciones. A veces, cansada de no poder elegir entre sus propias dudas, tomaba decisiones imprudentes o irreflexivas. Por ejemplo, había decidido no seguir trabajando en el consultorio que compartía con Toledo cuando descubrió su infidelidad, y años más tarde comprobó que haberle vendido su parte del consultorio fue un mal negocio.

También el matrimonio con Toledo había sido parcialmente irreflexivo, apresurado, envuelto en una tormenta amorosa que como toda tormenta estaba destinada a desvanecerse, pero igual le ocurría a mucha gente. Lo apresurado fue no dar tiempo a que Seligman regresara de los Estados Unidos, siendo que él le había advertido que volvería. Ingrid, cuando analizaba su vida, llegaba siempre a la conclusión de que sus decisiones nunca eran del todo buenas ni del todo malas y, sobre todo, que fuesen las que fuesen, las conclusiones eran siempre confusas. Pero en este caso una luz persistente la llevaba a pensar que hablar con Elvira Madigan era una decisión absolutamente correcta. No era por un sentimiento de amistad, ni menos de compromiso. Era como una certeza de que si no lo hacía no volvería a estar tranquila con su conciencia.

Se alargó en el sofá de la sala y puso un vetusto compacto de Richard Clayderman. Era una música que la tranquilizaba. Le permitía pensar. No era de las personas a quienes la música las perturba para concentrarse, a ella la estimulaba. En un volumen bajo Clayderman sonaba detrás de sus cavilaciones. Le hubiera gustado escribir sus ideas para ponerlas en orden pero tenía poca facilidad para las letras. ¿Cómo se llamaba esa escritora que ella había conocido de niña en aquel colegio *goy*? Su encuentro había sido muy fugaz cuando lo del 4 de febrero. No quería perderse en recuerdos no conducentes. Elvira Madigan y su hijo. Ése era el caso que quería resolver.

¿Cómo decirle a Elvira Madigan que sabía quién había matado a su hijo? Primeramente debía violar la ética profesional. Se detuvo en esto. Era dudoso. La persona a través de quien sabía lo ocurrido no era su paciente sino alguien allegado a un paciente del hogar para ancianos. Por lo tanto, su información no estaba bajo promesa de confidencialidad. Era una comunicación casual. Una chica que acompañaba a un chico que venía con su madre a internar a su abuela. La chica era una acompañante también casual.

No era su paciente ni tampoco estrictamente hablando familiar de la persona internada. Sería su novia o su amiga, o a lo mejor alguien que circunstancialmente estaba presente el día del internamiento. Todos lloraban, como es frecuente, y hablaban con bastante confusión. La anciana todavía bastante lúcida comprendía que el internamiento se debía a que necesitaba cada vez más cuidados que ni la hija ni el nieto podían darle. Todo era muy doloroso, como siempre lo es. Era un trabajo de mierda el que tenía. No como cuando era una joven psiquiatra a punto de estar de moda. Bien, el ingreso de la anciana había transcurrido con las pautas habituales, la residente llenó la historia médica, la psicóloga entrevistó a los familiares, y luego ella había practicado el examen mental para concluir que sí, efectivamente, la señora tenía una sensible disminución de las funciones psíquicas y los síntomas apuntaban muy claramente al síndrome de Alzheimer, algunas pruebas ulteriores completarían el diagnóstico. La acompañó a su habitación, dio instrucciones al enfermero y conversó con los familiares algunos detalles finales. Y fue entonces cuando ocurrió lo que ahora la colocaba en una situación tan inusual.

La hija y el nieto decidieron entrar una vez más a despedirse de la anciana y ella aceptó que lo hicieran aunque esto no era lo usual. Los vio tan sinceramente conmovidos que rompió la pauta y les abrió la puerta para que pasaran a la habitación. Ingrid continuó con lo que estaba haciendo, es decir terminar de revisar las historias y actualizar las medicaciones, y dejó que la muchacha permaneciera en silencio, sentada frente a su escritorio.

— Los psiquiatras ¿pueden eliminar los sentimientos de culpa?

Ingrid Horowhitz se quitó los lentes y la miró tratando de ser amable.

Tolerar ese tipo de pregunta era parte del oficio.

— A veces sí, a veces no.

— Yo tengo un sentimiento de culpa que necesito quitarme.

— Bueno, eso es algo que podrías conversar con un terapeuta.

— Yo necesito quitarme el sentimiento de culpa -No hago psicoterapia, mi especialidad es la administración de psicofármacos.

Tiene que ser ya –insistió la muchacha en un tono fuerte, casi agresivo.

Ingrid nunca había tenido paciencia con los neuróticos. Sus interminables rumiaciones la abrumaban. Y menos una neurótica gratuita, no estaban las cosas para donaciones.

—Muy bien –le dijo-, entonces voy a recomendarte una excelente psicoterapeuta que se ocupa de casos como el tuyo.

Buscó en la agenda y anotó el nombre y el teléfono de Elvira Madigan.

— Llámala de parte mía, te atenderá muy bien.

La muchacha leyó el papel que le extendió la Dra. Horowhitz. Entonces dijo algo que se asentó en el espacio del estrecho consultorio como si fuera un muro de piedras.

— ¿Cómo lo supo?

— ¿Supe qué?

—¿Cómo supo que es ella la persona que me produce sentimientos de culpa?

He perdido el olfato de tanto ver ancianitos deteriorados. Mírame la loca que tengo delante y se me pasó por encima, pensó Ingrid.

— Puede ser una casualidad –dijo con un tono sin énfasis.

—No, no es una casualidad porque es un nombre raro. Queríamos robarle a su hijo los documentos de identidad. Fue un accidente.

— ¿Quiénes son “nosotros”?

— Mi novio, yo…

La puerta se abrió y la hija y el nieto de la anciana entraron en la sala de consulta.

—Gracias doctora, me ha ayudado mucho conversar con usted –dijo la muchacha al despedirse.

Ingrid estuvo segura de que la había visto sonreír. Me quedo con mis viejitos. Pero ahora tenía que hacer de aquella anécdota una historia para Elvira Madigan. La muchacha tenía razón, no eran nombres comunes. El nieto de la anciana querían robarle los documentos a Tom Sawyer y había ocurrido un “accidente". ¿Qué quería decir “accidente”?, ¿qué lo habían matado para robarle los papeles? Qué fácil, ¿no?, qué suave, un accidente.

Como si estallara un caucho, como si alguien resbalara en la ducha, como si se fueran los frenos.

Contarle a Elvira Madigan el “accidente". Es decir, que una pareja de jóvenes había decidido robar la documentación de su hijo y accidentalmente éste había muerto. La muchacha no había dicho eso. No podía estar segura de que el accidente hubiera sido mortal, pero Tom estaba desaparecido desde hacía meses. La conclusión era inevitable. ¿O no? Todo le era incomprensible pero quizás Elvira lo entendería. Ataría cabos. Ahora venía la segunda parte de sus cavilaciones; si bien la muchacha no era su paciente y, por lo tanto, se sentía autorizada a divulgar la información, el nombre de su novio era indispensable para que Elvira Madigan supiera de quién se trataba. El nombre de esa familia no lo podía dar. Casualmente conocía al presunto asesino, el familiar de una interna del hogar de ancianos, luego era un nombre confidencial. ¿Cómo decirle a Elvira Madigan quién era sin mencionarlo? Y

por otra parte, ¿cómo estar segura de que cuando la muchacha hablaba de su novio se refería al joven que estaba acompañando a la

anciana? Pudiera ser un amigo, y el novio otra persona. Esta duda la sumió en una larga cavilación.

Le narraría la historia desde el principio, es decir desde el primer momento en que había recibido a aquella familia. La muchacha no era una esquizofrénica, era una joven que conocía a Elvira Madigan y se había quedado en absoluto estado de sorpresa cuando Ingrid Horowhitz la recomendó como posible terapeuta de su sentimiento de culpa. Llamaría a Elvira Madigan para tantear si aquella versión tenía algún asidero. Había anticipado que si después de los saludos y los ponerse al día, no había ninguna alusión a su hijo, le preguntaría por él. Seguramente ella diría que estaba bien, trabajando en Calgary y ella con ganas de verlo, y todo quedaría en lo que había sido su impresión: una joven paranoica. Pero he aquí que Madigan le había relatado que su hijo estaba desaparecido, no había dicho muerto pero sí desaparecido y *probablemente* muerto. Luego, sin necesidad de ser una experta criminalística, la historia de la muchacha no era la expresión de un delirio sino el relato veraz de un hecho que había ocurrido: el homicidio de Tom Sawyer en su visita a Caracas. O en todo caso un grave accidente. En su primera llamada no había sido capaz de contarle la historia completa. Lo había dejado como un primer contacto después de un largo tiempo sin renovar la amistad.

Lo dejó pasar durante varias semanas hasta que se reunió con Seligman el domingo. Tomó la decisión y esa misma noche lo intentó varias veces sin que atendiera el teléfono. Quizás estaba dormida. Siguió llamando a distintas horas hasta que por fin atendió y le dijo, Elvira Madigan, voy a contarte algo que te interesa mucho. Por favor no me interrumpas porque si lo haces perderé el valor y no seguiré adelante. Y durante más de media hora dio vueltas hasta relatarle lo le había contado la muchacha. Tardó todo ese tiempo porque abundaba los detalles, se perdía en insignificantes pormenores para retardar el único momento importante: que esa joven y su novio, cuyo nombre no diría, querían robarle a Tom sus documentos y en el episodio se había producido un accidente, probablemente su muerte.

Elvira Madigan había escuchado pacientemente la rutina de una casa de ancianos, de cómo en verdad ese día el trabajo había sido agotador porque la residente llegó tarde a su guardia y tuvo que administrar los medicamentos ella sola. De cómo los enfermeros planteaban insolubles problemas de reivindicaciones salariales que no estaban en su mano resolver; de cómo estaba arrepentida de haberse quedado sin el consultorio de San Bernardino para tener que aceptar este trabajo que le destruía los nervios y la deprimía cada día más sin esperanzas de mejorarlo.

Elvira Madigan escuchaba todo aquello sin interrumpirla porque sabía que al final habría una frase que le cambiaría la vida.

Recordaba, mientras Ingrid desarrollaba una cronología sin sentido, cuando de niña iba a pescar con su abuelo. Tenía un pequeño bote para dos personas que amarraba de un muelle improvisado en el *Peace River*, el río que atravesaba la finca de ovejas.

Su abuelo tenía ochenta ovejas. En verano las trasquilaba y ella solía ayudarlo junto con dos muchachos de los alrededores que venían a trabajar a destajo, luego llevaban la lana al mercado de Edmonton. También pescaban truchas.

Era la alegría del día regresar a la casa con las truchas, generalmente tres o cuatro piezas, montados en el pequeño camión de su abuelo. Pescar las truchas llevaba mucho tiempo. Había que ponerse unas botas hasta la rodilla y esperar largas horas. Salían muy temprano, casi amaneciendo, y su madre desde la puerta saludaba con la mano en el delantal deseándoles buena suerte.

Era muy importante volver con las truchas. Quería decir que habían tenido suerte y que los deseos de su madre se habían cumplido. Su padre y Emma también estarían contentos. Todos celebrarían que esa noche su padre las asaba en la parrilla del jardín de atrás de la casa mientras el larguísimo atardecer de los veranos se desenvolvía delante de sus ojos. Comentarían que estaban muy sabrosas, que los colores del atardecer eran más hermosos que nunca, y su abuelo estaría muy feliz de seguir siendo útil

—Ves, Elvira, cuando atrapas una trucha aprendes algo que deberás recordar toda tu vida. Nada hay sin esfuerzo, nada hay sin paciencia. Sabes tu objetivo y esperas, firmemente de pie esperas, y Dios te premia. La vida no viene en paquete de regalo”.

Cuando su abuelo se fue ya no pescaron más. Su padre solo tenía demasiado trabajo con las ochenta ovejas

—Qué raro que a Emma nunca le gustó ir con el abuelo a pescar” comentó su madre después que Emma se fue también

—Emma no tenía paciencia, —contestó su padre. Siempre recordó esa frase de su abuelo, “la vida no viene en paquete de regalo". Se le hacía dura porque en esa época solamente recibían dos regalos al año, el del cumpleaños y el de Navidad. El del cumpleaños era generalmente un útil escolar ya que era poco antes del reinicio de las clases. El de Navidad era el más esperado, una sorpresa, y además su madre sabía escoger muy bonitos papeles para envolver los regalos de Navidad. Era maravilloso ver los colores del papel centelleando bajo el enorme pino mientras cantaban los *carrols*. “Emma tenía bonita voz” comentaba también su madre

—Lo heredó de mamá, — replicaba siempre su padre.

Ahora Elvira Madigan esperaba pacientemente su objetivo. Estaba en pie, firmemente de pie como decía el abuelo, hasta que Ingrid le entregara su pieza. Y lo hizo. Dijo simplemente:

—La muchacha confesó que ella y su novio querían robarle a Tom los documentos y que ocurrió un accidente. ¿Tú entiendes esto?

—Lo entiendo perfectamente.

—El caso es, Elvira, yo creo que tú sabrás comprender, no puedo darte su nombre. Me siento traicionando mi ética. Ni siquiera sé si lo que dijo esa niña es verdad.

—No es necesario que me des sus nombres. Todo está aclarado ahora.

—Pero, ¿cómo es posible que ellos quisieran esos documentos de esa manera?

— Porque ellos saben que la vida no viene en paquete de regalo.

Ingrid Horowhitz se acostó a dormir. Sentía una enorme tranquilidad.

Un dolor oscuro pero muy tranquilo. Cuando unos minutos después el teléfono repicó y era Elvira Madigan para preguntarle si todo cuanto le había dicho era cierto, esa llamada le confirmó que había actuado bien. David Seligman era un buen consejero y con seguridad un mejor marido.

28

The Talented Mr. Ripley, ¡cómo no lo pensé antes! *El príncipe y el mendigo* era la historia de dos chicos que intercambian sus identidades y sorprenden a los demás con sus ademanes inadecuados, pero Eduardo Tudor y Tom Canty están a la vista de todos. Buscó a Patricia Highsmith en su biblioteca, tenía sus obras completas. Leyó toda la noche y comprendió. Dos jóvenes que se parecen –no demasiado- , uno de los cuales mata al otro y asume su identidad.

—Pero en Ripley sabemos quien está vivo y quién está muerto. Aquí, puesto que los dos han desaparecido, cabe la duda de quién es quién –dijo Judit.

—Dices eso para consolarme. El muerto es el mío.

—No necesariamente.

—Te ruego que no me digas que solicite una exhumación para examinar el ADN.

—Eso es una posibilidad.

—Que ocurre en las películas y en las novelas. Anda a decirle a Salcedo que quiero exhumar el cadáver de Andrés Saudi porque tengo la duda de que es el de Tom Sawyer. Verás a Victoria Verrazano en acción. No tengo la más mínima probabilidad.

—La verdad es que sería una mínima probabilidad. Atemos cabos. Los Saudi se van por tiempo indefinido, no es extraño, muchas familias pudientes se van a Miami. Están en edad de retirarse y tienen el dinero para hacerlo.

Además cargan con una hija completamente loca con la que no saben qué hacer. Pero, además de todo eso, se van porque hay algo que quieren ocultar, algo con lo que quieren poner tierra por medio. Una loca es una persona riesgosa, ¿no? ¿Qué puede decir Susana enfrentada a un psiquiatra cuando la crisis psicótica sea insostenible en casa? Susana puede ser un peligro mayor.

—En cambio, en Estados Unidos, cualquier psiquiatra simplemente diagnosticará una esquizofrenia paranoide y los vínculos entre la realidad y el delirio le serán imposibles de deslindar. La realidad será lo que los Saudi cuenten, más nada.

—Otro cabo. ¿Por qué Alberto Saudi, que hasta el momento tenía contigo una relación cordial, decide echarte fuera de juego? Evidentemente te teme. ¿Y qué puede temer de ti?

— No estoy tan segura ahora. Siempre fue un poco reticente conmigo.

Creo que después que esta chica Cristal les lleva un diskete en el que Andrés habla de “ser otro, — “vivir otra vida, — “tener otro

corazón” y “volver más adelante” sabe que Andrés no murió y que la consecuencia es que hay alguien enterrado en su lugar. El suicidio fue un trago amargo, pero un homicidio es demasiado. Un homicidio en la misma familia en la cual la hermana mayor ha sido la primera sospechosa de un crimen, salvada en la raya por nosotras. No están seguros de que ese muerto sea responsabilidad de Andrés, y a lo mejor no lo es, tampoco nosotras estamos seguras, pero es un muerto. Alguien que cayó desde la terraza de su penthouse. Si las cosas son así, vuelvo al principio.

Tom está muerto pero no me consta. No pude enterrarlo. No pude ver su cadáver. El único que sabe si ese cadáver enterrado en la tumba de Andrés Saudi es el suyo, es quien lo mató. Y quien lo haya matado, por razones demasiado obvias, no lo dirá.

— -Nos queda Verónica. Puede no saber todo lo ocurrido pero sí algo que confirme un sentido u otro de las hipótesis. Patricia Delgado dijo que estaba tan afectada que no quiso molestarla con muchas preguntas.

— Bueno, no es tan extraño que estuviera afectada por el suicidio de su hermano.

— Afectada porque su hermano se acaba de matar, o porque acaba de matar a alguien. ¿Cómo es Verónica?

—La conozco poco, es una niña, se acaba de graduar de bachiller. Tiene un noviecito que debe estar desconsolado con su viaje. Creo que es una muchacha sencilla, más normal que el resto de la familia.

—¿Fue también alumna de las Hermanass de la Inmaculada?

—No, estudió en otro colegio, igual que Andrés, pero no sé el nombre.

—¿Hace algún deporte? ¿Tiene alguna afición conocida? ¿Dónde podemos encontrarla?

—Creo que va a un club de tenis.

—No fui mala jugadora –dijo Judit-. Ojalá sea el mismo club al que está asociado mi padre. ¿Qué tal una partidita? ¿Tienes raqueta?

—Estás banalizando la situación. Estamos hablando aquí de que mi hijo fue enterrado en vez de Andrés Saudi.

—Estamos hablando aquí de que tienes muy pocas posibilidades de comprobarlo, y llegamos así al plan C.

—Debe haber recibido la orden de no hablar conmigo. Nos queda, además, otro cabo suelto. Mi atentado.

—¿Tu atentado?

Elvira relató lo ocurrido con el hombre del pasamontañas.

—Un mensajero, evidentemente. Un mensajero de que en esta ciudad cualquier cosa puede pasar, y como desapareció Tom, podría desaparecer yo.

—La cosa es en serio, Elvira. Me tranquiliza saber que los Saudi se

van, pero antes de que estén en Weston es indispensable hablar con esta niña. Ese hombre lo mandó Alberto Saudi. Ese hombre fue pagado para asustarte, sin hacerte daño. No quieren ir tan lejos. No son unos asesinos.

—Nadie es un asesino hasta que comete un crimen.

—-¿Qué fue lo que le dijo esa chica Dinora a tu amiga? Que había ocurrido un accidente. Ese "accidente" cambió el argumento.

—Recapitulemos. Mi hijo conoció a esta gente por Internet. Estableció una relación sentimental con Susana, y ella lo atrajo hacia sí, como hace cuando se encuentra con un niño que no fue criado por sus padres, a excepción de Sorel, que es, como quien dice, la causa de todas sus vergüenzas, y a quien decide entregar al olvido, como su madre lo hizo con ella. Tom vino a Venezuela, podemos pensar que quería verme, pero no hay duda de que quería verla también a ella. Se encontraron, algo me dice que fue así, y probablemente tuvieron una relación sexual durante esos días en Margarita.

No es cierto lo que dijo Ronald de que estuvieron un fin de semana; María del Valle comentó que Andrés era un buen windsurfista y esa habilidad toma tiempo adquirirla. El verdadero interesado en Tom es Andrés. Con seguridad Susana, cuando le habla de este joven que viene a verla, le dice algo acerca de los deseos de Tom de vivir otra vida. Hasta allí funciona el argumento de *El príncipe y el mendigo,* pero el mendigo, o el príncipe, cualquiera de los dos términos es adjudicable, no quiere el acuerdo y entonces se produce el accidente que cambia la historia a *El talentoso Mr. Ripley*. ¿Por qué Tom no quiere el acuerdo? Porque comprende que es una locura insostenible. Tom Sawyer decide negarse una vez en tierra firme, o quizás en la isla. Por eso Andrés y Ronald vuelven a buscarlo y presionan a María del Valle para que les diga en qué habitación está. Tom da por terminado el juego, pero alguien se lo ha tomado en serio. Andrés y Ronald no están jugando. Insisten una vez más para verlo en Caracas, saben que es la última oportunidad antes de que viaje. Dicen que él canceló la cita. A lo mejor es verdad, no fue a reunirse con ellos.

—Lo mataron en una pelea. ¿No fue eso lo que dijo? Que querían robarle los documentos pero no matarlo.

—No dijo que lo habían matado en una pelea, solamente que había ocurrido algo, pero, por supuesto, ese accidente, sea lo que sea, produjo la muerte de Tom –concluyó Elvira en llanto.

Cuando se repuso volvió a los cabos sueltos.

—En ese accidente se rompió el pastorcito, la figura del pastorcito de porcelana pintada, ¿recuerdas que te lo comenté? Estaban las dos partes en una gaveta del cuarto de Andrés, las recogió y las guardó debajo de la cama, luego olvidó desaparecerlas. Salieron precipitadamente, no les dio tiempo.

Susana se quedó en el apartamento y llamó al periódico. Lo demás es rutina.

Llega la policía, la hermana mayor reconoce el cadáver, el cadáver es llevado a la morgue, está tan desfigurado que en el entierro deciden mantener la urna tapada. Patricia Delgado interroga a la hermana menor porque los padres no están.

— Indispensable hablar con esta niña. La Hermana Milagros nos tiene que ayudar.

— Te dije que ella no estudió con las monjas.

— Una monja es mucho más confiable que una psiquiatra o que una graduada en Arte –insistió Judit Green.

Cuando Judit tocó el timbre del colegio la monja que abrió la puerta la reconoció.

—Judit Green Cabello. ¿A qué no te acuerdas de mí?

— Hermana Lucía, ¿cómo no me voy a acordar? Siempre me escapaba por esta puerta cuando usted se distraía.

Se abrazaron y la monja preguntó a qué se debía su visita. No la habían visto en quince años.

—La Hermana Milagros está en la capilla –dijo cuando Judit le explicó que tenía un asunto urgente con ella-, pasa, le darás una alegría.

Su madre murió hace una semana, ¿sabes? Está muy desconsolada.

Judit Green entró en la capilla con el corazón encogido. Era visitar su infancia, pasearse por su adolescencia, atravesar el espacio en el que había transcurrido la mayor parte de su vida durante casi doce años. La vio arrodillada en un banco de la primera fila y no se atrevió a interrumpirla. Sentada más atrás esperó. Cuando la Hermana Milagros dio la vuelta y comenzó a recorrer el pasillo Judit pensó que le costaba trabajo reconocerla. Había envejecido mucho. La Hermana también tardó en reconocerla. Se abrazaron y siguieron hacia el jardín.

—Acaba de terminar el recreo así que tenemos tiempo de sobra.

Judit intentó interesarse por el colegio, cómo iban las cosas, cuántas alumnas había, si seguían haciendo los campeonatos de basketball, si por fin terminaron la construcción del nuevo laboratorio de física, si continuaban las mismas profesoras. La Hermana Milagros la interrumpió.

—Tú no has venido a eso, Judit. Tú has venido para hablar de Susana Saudi y de Elena Fermín.

Admitió que sí, que estaba muy impresionada con lo ocurrido, el crimen de Haller, la sospecha sobre Susana, la acusación sobre Elena.

—Dígame una cosa, Hermana, ¿no siente como si algo se hubiera roto para siempre? Una inocencia, una promesa.

—Creo que tienes razón, Judit. Es necesario comprender qué pasó.

En dónde fallamos.

—Yo pienso que usted lo hacía muy bien, ¿sabe? Cuando me fui a Estados Unidos a estudiar comprobé que usted lo había hecho muy bien en nuestra preparación académica, en nuestra formación ética, en todo.

—Por Dios, Judit. En tu curso se suicidó una niña a los dieciséis años, una niña adicta a la cocaína; otra estaba comprometida con un profesor y casi la acusan de matarlo, y una tercera, también comprometida con el mismo profesor, es la asesina. Y esos no son los únicos casos sonados, hay otros que ahora no vale la pena mencionar, que me han llevado a dudar mucho de lo que ha sido mi vida. Aunque tampoco debería sentirme así, es una soberbia por mi parte, no todo está en las manos humanas. El Señor tiene sus caminos.

—Hermana, yo quiero decirle algo que usted no sabe. Es algo en lo que puede ayudar a reparar una injusticia.

—Si está en mí…

Judit pasó a relatarle lo ocurrido con Tom Sawyer y la necesidad urgente de hablar con el único testigo que podría quizá dar alguna iluminación.

—El hijo de esa psiquiatra…, con razón. Era tan extraña aquella visita. Supe esa misma tarde que era alguien usurpando el lugar de la madre de Susana pero sentí que una poderosa razón llevaba a aquella mujer a armar ese engaño. La puse en contacto con varias de ustedes, y con la licenciada Magda. Me pareció que debía ayudarla, aunque no podía de ninguna manera suponer que era tan grave como lo que me estás contando. Pero, ¿hablar con esta niña? No fue alumna nuestra, mi nombre no le dirá nada, suena disparatado lo que me pides.

—Es bastante disparatado pero es la única posibilidad que le queda a Elvira Madigan para saber qué pasó con su hijo. Los Saudi se van del país. Después todo quedará cerrado.

—No se me ocurre ningún pretexto, ninguna manera de acercarme.

—Usted lee los periódicos, usted supo lo ocurrido, usted está absolutamente preocupada por Susana, usted quiere ofrecerle a los Saudi el consuelo de la religión.

—No, si esa gente nunca fue creyente. La pusieron aquí porque una de las tías insistió o algo así, pero no son personas de fe.

—La semana que viene se cumplen tres meses de la muerte de Andrés. Hay muchas posibilidades de que vayan al cementerio. Yo la vengo a buscar.

Judit salió del colegio con el compromiso de la Hermana Milagros sospechando que en cualquier momento perdería el trabajo, demasiadas llegadas tarde y salidas temprano.

Se apostaron frente a la sección en la que estaba enterrado Andrés Saudi con unas botellas de agua y unos sándwiches. El calor era

implacable aquella mañana. Nada podía asegurar que vinieran, y mucho menos a qué hora, pero Judit supuso que Victoria Verrazano haría la visita o temprano por la mañana o a mediodía. Llegaron a la hora de entrada para no tomar riesgos, eran las primeras visitantes de los muertos. La Hermana Milagros sacó el rosario y Judit un libro. Se echaron bajo la sombra de un árbol y Judit tuvo de pronto la impresión de que era como si estuvieran haciendo *picnic*.

Aproximadamente a las diez un automóvil se detuvo frente al suyo. Era el primero que veían llegar a aquella sección y se aproximaron hacia una tumba cercana para simular que rezaban. Judit limpiaba la hojarasca y la monja continuaba el rosario. Se bajaron dos personas, Verónica y su novio. Ella estaba llorando mientras el chico la abrazaba fuertemente. La Hermana Milagros se acercó.

—Disculpa que te interrumpa, pero creo que debes ser la hermana de Susana Saudi. Yo soy la Hermana Milagros, del colegio donde ella estudió. Estaba buscando la tumba de tu hermano, quiero rezar por él, y por todos ustedes, sé que han sufrido mucho. Susana fue una niña muy querida nuestra.

Verónica la miró con sorpresa.

—Hoy se cumplen meses de su muerte, pero Susana no pudo venir. Ni mis papás tampoco. Están muy ocupados porque nos vamos un tiempo de viaje. Yo quise visitarlo antes de irnos.

Presa fácil, pensó la Hermana Milagros.

—Ya sé que hoy se cumplen tres meses, por eso vine. Estuve muy pendiente cuando vi la noticia en el periódico. Cuando murió le dedicamos una misa en el colegio.

—Yo no fui a un colegio de monjas –dijo Verónica sin que pudiera desprenderse si lo lamentaba o no-, pero me parece que es bueno hacer las misas. Ayuda a quitarse el peso de encima. ¿Verdad?

El chico asintió. Estaba de acuerdo. Incluso pensaba que hubiera sido una buena idea hacer una misa aquel día pero los padres de Verónica no estuvieron interesados.

—Le pediré al capellán del colegio que la de mañana la ofrezca por la memoria de Andrés, y por todos los que han tenido muertes violentas.

Verónica rompió en un sollozo. El chico la abrazaba más y lloraba con ella. La Hermana Milagros sabía que había dado en el blanco sin saber dónde. En todo caso, la palabra mágica era “violencia”.

Insistió.

—La violencia ha traído muchas muertes a nuestro país. Muchas muertes inocentes.

El llanto se cronificaba, parecía como si no hubiera tenido oportunidad de llorar suficientemente.

—Es bueno llorar, ¿sabes? Mi madre murió hace poco y yo, a pesar

de mi edad, la lloro todos los días. Como si fuera una niña.

Mientras siga llorando, voy ganando, pensó.

—Pero la muerte de su mamá, yo no sé por qué sería, pero me parece que era una persona mayor, ¿no? Tuvo una muerte natural. Las personas nos morimos cuando somos viejas.

La Hermana Milagros decidió jugar su última carta. Mentir puede ser a veces necesario para obrar el bien.

—Mi mamá tenía casi ochenta años, pero a pesar de eso tuvo una muerte que no fue natural. Una muerte violenta. Ella vivía sola con una tía mía y se les metieron en la casa para robarles. Imagínate qué les iban a robar si no tenían casi nada, pero hay mucha violencia por donde está su casa. Los ladrones entraron, a mi mamá la empujaron y se cayó.

—¿Eso le pasó a su mamá? –dijo Verónica sin que pudiera saberse si la noticia la sorprendía o la consolaba.

—Así fue.

—Lo mismo que pasó con Andrés –dijo el chico.

Verónica lo miró con reprobación.

—Es verdad, Vero, no sé por qué no puede decirse. Tú misma me dijiste que Susana te lo contó, que metió en la casa a un tipo que acababa de conocer, que el tipo quiso robarle, y en la pelea Andrés se cayó por la terraza.

—Lo que pasa es que mis papás no quisieron que se supiera eso.

Mi mamá dijo que era más escándalo, que podían pensar que el tipo había venido a la casa por alguna cuestión de drogas o algo raro. Eso fue lo que pasó, pero, Hermana, por favor, no se lo diga a nadie.

—No, hija, hay cosas que es mejor que sólo Dios las sepa. Vamos a rezar un poquito por su alma.

Judit desde lejos los vio rezar y supo que faltaba poco.

29

Tomé los 548 dólares. ¿Servirían esos billetes después de tantos años?

Efectivamente no, me dijeron en la embajada, no podían ser usados para pagos a terceros pero serían recibidos en el banco. Aún así, no es suficiente.

Necesito mil dólares más. Adiós al Chevette. Me hubiera gustado regalar la ruina pero las condiciones no lo permitían. Puse un aviso clasificado y esperé las llamadas. Finalmente apareció alguien capaz de pagar el equivalente a quinientos dólares y mi Chevette se fue con él. Ojalá tenga suerte, pensé. Lo más probable es que se ahogue en el primer semáforo. Luego se fueron los muebles y la nevera. Todos juntos hicieron los otros quinientos dólares. Me sentía de nuevo yo misma. Una joven emprendedora que conocía el valor del dinero.

Hice una lista de las personas de las que quería despedirme, pocos nombres, y a pesar de ello escribirlos me produjo un gran cansancio. Pensé en todas las palabras que tendría que decir, en tantas amabilidades que debería inventar, y el aburrimiento me fue tomando toda la energía. Escribí entonces un mensaje colectivo desde un cyber café –ya mi dinosaurio se había marchado con Cristal-en el que decía: “Te quiero mucho. Me despido de ti con mucha pena”.

Los venezolanos usan la palabra “pena” en dos sentidos, como dolor o sentimiento (*as pity)* y como vergüenza (*as shame*). Es una palabra ambigua y me pareció oportuna. Poco después de haber enviado el mensaje recibí dos llamadas. La primera fue de Judith Green. Le aseguré que estaría en contacto con ella y la tendría al tanto de los acontecimientos. La segunda fue de Ingrid Horowhitz preguntándome si me quería suicidar. La tranquilicé diciéndole que era la intención más alejada que pudiera pensar, lo cual es cierto. Tengo demasiadas cosas pendientes. Mi abuelo me enseñó a pescar truchas, a esperar con el hilo tensado a que la pieza caiga. Y había llegado el momento de demostrar que sabía hacerlo.

Fui al banco y saqué hasta el último centavo. Le regalé el gato a la niña de la conserje, como siempre había pensado que haría y ella estaba esperando desde tiempo atrás. Así que me quedé tranquila con mi conciencia de que Cheshire II encontraba un buen hogar sustituto. Hice una maleta con ropa que no pensaba usar más y la llevé con la comida sobrante a la iglesia del barrio, como hubiera hecho mi madre, y luego me serví el último trago de ginebra que quedaba, como hubiera hecho mi padre. El apartamento completamente vacío me pareció demasiado hostil así que llamé a Ingrid Horowhitz para ver si

podía pasar la última noche en su casa pero no la encontré. Hice una segunda llamada buscando asilo y conseguí a unos viejos amigos, unos ingleses que no estaban en la lista de los que recibieron mi correo de despedida. Muy sorprendidos aceptaron recibirme. Les pedí que no hicieran preguntas, volvía a Canadá por una larga temporada, había entregado mi apartamento y mi avión salía al día siguiente. Cenamos, recordamos tiempos mejores, y luego se retiraron a su cuarto. Por la mañana no me encontrarían. Pedí un taxi muy temprano y antes de que amaneciera estaba ya camino del aeropuerto. Irse era sólo eso.

—*Scotch on the rocks"* pidió Cristal. *"Vodka tonic,"* , solicitó Mireya a la expectante auxiliar de vuelo de la American Airlines.

— Siempre he querido conocer Nueva York -dijo Mireya acomodándose alegremente en el asiento con el vaso en la mano.

— Hubiese preferido que el pasaje llegara hasta San Francisco – comentó Cristal -, muy tacaña la doctora Saudi.

— Vea cómo es usted de inconforme. Le dan la falda y quiere la blusa.

— No era tanta la diferencia. 300 dólares más.

— ¡No! Si es que todavía va a ser poco, siete días de gastos pagados, y usted todavía protestando.

— Vamos a ver si en Manhattan se te quita el cachaco.

Los monitores se encendieron y aparecieron las imágenes del video.

Una mujer atravesó el pasillo en dirección al baño. Al pasar frente a ellas, le hizo un gesto de complicidad a Cristal.

— ¿Y qué hace la vecina aquí? -preguntó Mireya.

— Diera la impresión de que viaja en avión, linda.

— ¿Por qué contesta siempre con el sarcasmo? Lo que digo es que me llamó la atención la casualidad.

— La vida está llena de casualidades, dijo un gran poeta.

— *The french kiss*, y tan mala que es -comentó Mireya cuando salieron los créditos en la pantalla.

— ¿No era que uno no se debía quejar? Vea, pues, su película en paz.

Mireya iba a contestar pero decidió no hacerlo. Aprovechó que pasaba la auxiliar de vuelo y le pidió un segundo trago.

— Es raro de todos modos que esta mujer viaje en el mismo avión, ¿no?

Capaz que vuelve a reclamarnos lo de la filtración.

Mientras esperaban el equipaje, Cristal escudriñaba a los pasajeros tratando de divisarla pero no la encontró. Cruzaron las puertas automáticas y afuera llovía. Le pareció reconocer a Elvira Madigan en la pasajera de uno de los taxis que circulaban frente a la salida del J.F.K pero no estaba segura, y en todo caso, daba lo mismo. Mireya

arrastrando la maleta hacia la parada de los autobuses a Penn Station, le gritó: — Yo aquí embolatada con la valija que le rompieron la ruedita y usted como si estuviera esperando al chofer.

Elvira Madigan tomó un taxi hacia el aeropuerto de La Guardia para conectar con su vuelo a Toronto. Dos horas después recorría la ciudad en la que había sido una impecable psiquiatra. Atravesó la larga avenida que rodea el lago Ontario. Muchos días había ido con Bobby y Tom a ver los veleros que surcaban las tardes esplendorosas del verano. Doblaron por la Yonge Street, donde había tenido su consultorio; mejor situado imposible, al lado de los edificios de cuarenta pisos en los que habitaban miles de entusiastas ejecutivos, tiendas de moda, centros comerciales espectaculares. La ciudad había cambiado, todas las ciudades cambian. La gente se veía más informal, más variada gracias a la emigración, refrescada del entorno un tanto estirado que recordaba. El automóvil atravesó la kilométrica vía dejando atrás el *downtown* rumbo al norte. Comenzaron a aparecer lujosas casas suburbanas, cada vez más lejanas unas de otras hasta que se fueron perdiendo también y la avenida se transformó en una autopista que atravesaba un paisaje solitario. El taxista consultó su mapa digital y las flechas verdes señalaron que debía tomar el próximo cruce a la izquierda, por la A-237. Una vez fuera de la autopista surgían pequeños centros poblados hasta que llegaron a Bradford. Dejaron atrás el centro comercial, la iglesia, y a la derecha cruzaron por una calle algo empinada con hileras de casas de dos pisos, todas más o menos iguales —Ha llegado a su destino. 73 dólares. Gracias por su viaje" dijo la voz digital.

Elvira Madigan pagó y se bajó del automóvil. En la puerta de la planta baja colgaba un *Closed*. Tocó el timbre y esperó. Nadie abría. Se asomó por la ventana y comprobó que era una oficina fuera de horas de trabajo. Volvió a tocar el timbre. Cómo se me ocurre despedir el taxi, y quedarme sola en este lugar perdido. Pero en eso lo vio llegar por el fondo de la calle.

—Soy de la oficina del ambiente del distrito –Elvira habló en inglés-.

Necesitamos que llene un formulario y que nos permita verificar las condiciones de seguridad contra incendios.

Subieron a la planta alta de la casa por una escalera exterior y entraron en una habitación con la cocina al fondo.

— Disculpe el desorden, no me dio tiempo de limpiar. Me parece que tengo mi extinguidor en buenas condiciones. No creo que tengo ninguna deuda pendiente .

— La tienes conmigo– Elvira habló en español.

Andrés Saudi soltó una carcajada.

— ¿Cómo es eso? ¿Quién es usted? –continuó en inglés.

— Tú tenías una deuda con tus padres y yo te ayudé a pagarla. Ahora me debes a mí.

— No entiendo nada, voy a llamar a la policía.

— Es bastante fácil y tú eres un chico listo, así que no cometas la tontería de meter al departamento de inmigración en esto. Pon atención a lo que te voy a explicar. Si no fuera porque yo quise investigar la desaparición de mi hijo, tú seguirías muerto. Pensaste que nadie te encontraría en este lugar, que aquí serías un habitante perfectamente anónimo, un Tom Sawyer cualquiera, pero se te pasó el detalle de que en este país la perfección ciudadana consiste en pagar impuestos, aquí nadie se pierde, aquí tienes un número que dice dónde pagas tus benditos *taxes,* salvo que hubieras tomado la decisión de esconderte en Yukon a cuarenta bajo cero con los esquimales, y aun así te hubiera encontrado, de modo que cuando supe que estabas vivo y coleando, tuve la certeza de que estabas aquí, en alguna parte de este país, y que encontrarte era cuestión de tiempo. Tus padres te echan de menos pero ya no viven el tormento de tu suicidio. Es horrible, de paso, lo que hiciste. Yo no sé si te hubiera perdonado, pero en fin, tu madre lo hizo.

Todos pusimos de nuestra parte para que terminara su tormento. Así que volviste a la vida, a la que escogiste en este lugar perdido de North Toronto, sin que nada explique por qué, y del que algún día regresarás cuando todo esto se haya olvidado. Pero mi hijo, fíjate bien, mi hijo no puede regresar a su vida porque tú lo mataste. No temas, no vine a denunciarte. No hay nada qué denunciar. Tus amigos estaban aterrorizados, de ellos no quiero saber, no los veré nunca más, o eso espero. Tú y Ronald y Dinora mataron a mi hijo de la manera más absurda posible, del modo más cruel, es decir, por nada. Al final no necesitabas su identidad, te informo que finalmente tu visa fue aprobada, pero no la reclamaste a tiempo, así que por ahora tendrás que seguir siendo Tom Sawyer.

Andrés Saudi estaba pálido, miraba a Elvira Madigan en silencio.

— No sé de qué me está hablando.

— Oh no, ya tienes las maneras inglesas de decir las cosas. No te voy a aceptar un despectivo *I dont know what you are talking about.* Claro que lo sabes. Tú, Andrés Saudi, Ronald Cárdenas y Dinora Ramos mataron a mi hijo Tom Sawyer en la casa de tus padres en Caracas cuando trataron de robarle sus papeles de identidad. La visa de emigración no les salía y el plan se les echaba a perder, así que decidieron robarle la documentación a un gringuito bobo que estaba feliz porque iba a ayudar a unos amigos venezolanos a emigrar a su maravilloso país. Y

cuando le quitaste la chaqueta y sacaste la cartera con los documentos, Ronald Cárdenas se enfureció contigo. Ese pasaporte era

para él. Así que te cayó a golpes para arrebatártela y a mi hijo se le ocurrió defenderte, entonces lo empujaste para sacarlo del medio y cayó al piso con la mala suerte que la cabeza dio contra la mesa de mármol de la sala y quedó muerto en el acto. Por cierto, se rompió también una horrible figurita de porcelana que el mal gusto de tu madre había puesto allí y la guardaste en tu cuarto mientras tanto. ¿Estoy poniendo tus recuerdos al día? Pensaron que estaba desmayado o algo así y se desesperaron cuando se dieron cuenta de que estaba muerto. Mi hijo era un cadáver en la sala. Así que tuviste una gran idea: arrojarlo por la terraza del *penthouse* para que pareciera un suicidio, pero cuando comenzó a llegar la gente, se asustaron, y, de nuevo, tuviste otra gran idea, decir que el suicidado eras tú porque así se evitaba la investigación acerca del insólito caso de un joven canadiense que, estando en la casa de la familia Saudi, donde nunca antes había puesto el pie, había decidido suicidarse allí, el día antes de irse a su país. Así que obligaste a Susana a que llamara al primer periódico amarillo que se le ocurrió, de modo que quedara bien clara y reseñada la noticia de que el hijo de una connotada abogada se acababa de tirar desde un piso 14. Y entonces tú, y Ronald, y Dinora, salieron corriendo por la escalera de servicio y desaparecieron como si nada hasta que la culpa no dejaba vivir a Dinora y le confesó lo ocurrido a la doctora del asilo donde internaron a la abuelita de Ronald. Cuando me equivoque en algún detalle, me lo dices, por favor. Quiero ser muy exacta. Esa madrugada Susana infectó tu computadora sin ni siquiera revisar lo que contenía, lo hizo para salvarte, porque ese cadáver no eras tú y temía que hubieras dejado algún documento comprometedor. Ese cuerpo era el de Tom Sawyer, y cuando llegaron los policías ella confirmó que el muerto era su hermano. Una gran suerte que tus padres estuvieran fuera, llegaron cuando ya ella había estado en la morgue y reconoció el cadáver como tuyo. Se prometió a sí misma guardar silencio toda su vida. Ese secreto la está volviendo loca, ¿sabes?

—La que está loca es usted. Nada de eso es verdad, nada de eso ocurrió.

Pero entonces, y al escucharse su propia voz en español, Andrés Saudi rompió a llorar y estuvo sollozando por un largo rato —No merezco vivir, — exclamó varias veces. Súbitamente se abalanzó sobre ella y la empujó fuera del apartamento. Elvira rodó varios escalones y se quedó acurrucada en la escalera como desmayada y sosteniendo fuertemente su bolso de viaje. Andrés Saudi la pateó para hacerla caer más abajo pero Elvira se apoyó contra la pared, sacó el arma y le apuntó: - Lo merezcas o no, estás vivo. Vivirás con ese tormento a no ser que hagas lo que yo te diga. Yo soy la única persona en el mundo que puede pacificar tu sufrimiento. Vivirás ochenta años más y nunca

encontrarás a la persona que tiene la respuesta para ti. Si me matas nadie lo sabrá pero más nadie en el mundo podrá perdonarte. Así que deja de llorar y escucha lo que vas a hacer. Vas a cumplir mis instrucciones paso a paso y si te equivocas lo único que necesito es llamar a Bobby Sawyer y pedirle que venga a identificarte como su hijo.

Tendrás la oportunidad de comprobar las excelentes condiciones de una cárcel canadiense mientras esperas tu deportación.

Pidieron un taxi al aeropuerto y Elvira Madigan y Andrés Saudi despegaron en un vuelo a Calgary. Una vez allí alquilaron un automóvil y se dirigieron a Balzac.

— Te voy a vender la cabeza porque tuviste un accidente de moto, nada serio. Tienes más o menos la misma estatura de Tom, un poco más delgado, pero, en caso de alguna pregunta, se debe a que haces mucho ejercicio. Mamá no ha querido operarse las cataratas y está bastante sorda, es necesario gritar para que escuche algo, de modo que vas a hablar en voz baja y emocionada por el llanto para que no distinga tu acento. Es bastante bueno, por cierto, pero no lo suficiente. Papá quedó ausente desde la operación de las coronarias, apenas si entiende lo que ocurre a su alrededor. Vas a abrazarlos muy fuertemente, vas a decirles que estás arrepentido por todos estos meses de sufrimiento, vas a llorar y a pedirles perdón, y vas a decirles que regresas a Venezuela porque eres muy feliz allí, estás escribiendo un libro de viajes de Suramérica, y los llamarás de vez en cuando. Lo harás en *Thanksgiving*, Navidad, y los días 3 de marzo y 18 de noviembre, sus cumpleaños. No será por mucho tiempo, te lo aseguro. Pero mientras uno de ellos esté vivo tendrás que hacerlo. Cuando sientas la tentación de olvidar esas llamadas piensa en Bobby Sawyer y en Elvira Madigan solicitando que demuestres tu identidad como hijo nuestro. Ahora te voy a decir las frases que vas a repetir para que te las aprendas de memoria y las digas exactamente como yo las digo.

Cuando se despidieron en la puerta la Sra. Madigan se acercó a su hija y le dijo al oído:

—Estoy tan feliz por papi. Ha sido muy duro no saber de Tom en este tiempo. Nunca debió irse allá pero ya que está contento con su vida, debemos aceptarlo. ¿No crees? Cuando me abrazó fue muy conmovedor. ¿Te fijaste? Esta noche dormiré tranquila.

ÍNDICE

El corazón del otro
Every life is inexplicable
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29